MENÉNDEZ-PELAYISMO

PUBLICACIÓN DE LA SOCIEDAD DE MENÉNDEZ PELAYO

1

MARCELINO MENÉNDEZ PELAYO
LOS GRANDES POLÍGRAFOS ESPAÑOLES

ESTUDIOS Y BIBLIOGRAFÍA
MENÉNDEZ - PELAYISTA

Santander, 19 de mayo de 1944
XXXII ANIVERSARIO DE SU MUERTE

Biblioteca Pública de Teruel

Sala .....

Estante B-1

tura 42

F.A 3890
P-81-686

R-2-4,313

BIBLIOTECA PUBLICA TERUEL

M. Menéndez Pelayo

BIBLIOTECA PUBLICA TERUEL

ALDUS, S. A. de Artes Gráficas. — Santander - Madrid

F.A. 3890

MENÉNDEZ-PELAYISMO

PUBLICACIÓN DE LA SOCIEDAD DE MENÉNDEZ PELAYO

1

MARCELINO MENÉNDEZ PELAYO
LOS GRANDES POLÍGRAFOS ESPAÑOLES

ESTUDIOS Y BIBLIOGRAFÍA
MENÉNDEZ - PELAYISTA

nR-1.988
R-4313

Santander, 19 de mayo de 1944
XXXII ANIVERSARIO DE SU MUERTE

MENÉNDEZ-PELAYISMO
(2.ª ÉPOCA DEL BOLETÍN
DE LA BIBLIOTECA DE
MENÉNDEZ PELAYO)

PRESENTACIÓN Y PROGRAMA

¿QUÉ ES «MENÉNDEZ-PELAYISMO»? ¿QUÉ PRETENDE? ¿CON QUÉ MEDIOS CUENTA?

MENÉNDEZ-PELAYISMO *no es una* publicación nueva, *sino* renovada. *Entre las numerosas revistas que hoy se publican en España dedicadas a la investigación científica, artística y literaria, no hemos querido sacar una más, sino una* específica, *muy nuestra, de campo acotado, es cierto, pero campo fecundo, en el que pueda instalarse un* vivero *de selectas plantaciones que vayan repoblando las tierras todas de la Patria.*

MENÉNDEZ-PELAYISMO *es una continuación, una* segunda época *de aquel* «Boletín de la Biblioteca de Menéndez Pelayo», *fundado por nuestro entrañable y fraterno Miguel Artigas, que siguiendo las rutas a que apuntaba una rosa ideal de los vientos, esparció la semilla, empapada en Ciencia Española, y signó el mapa con una cruz cuyos brazos alcanzaban desde Jerusalén al Canadá, desde la Universidad de Oslo a la del Plata. Y en el centro, España... Santander... y la «Biblioteca de Menéndez Pelayo».*

Entonces, y gracias a esa fecunda labor, comenzó a nacer el «menéndez-pelayismo». Hoy está granado el fruto y ya con ansias de romper la envoltura que le aprisiona. Bien a las claras nos lo dice todo ese ambiente anheloso de la generación actual por estudiar a Menéndez Pelayo, por penetrar en el santuario españolísimo de sus doctrinas y que las mentes queden iluminadas con la luz que irradian no sólo en la ciencia y en el arte, sino hasta en una política salvadora y de altos vuelos que señala los rumbos certeros de nuestro porvenir.

A esta inquietud espiritual, a los deseos de concretar y dar cauce práctico a ese ambiente, aún vago e impreciso, responde la publicación que hoy saca a luz la «Sociedad de Menéndez Pelayo», de Santander, con el título de MENÉNDEZ-PELAYISMO.

Los seres de realidad tangible, la piedra, la flor, el ave, el bruto, nacen, viven y mueren a veces innominados; la idea, cosa tan sutil y quebradiza, necesita, para tener consistencia, de la investidura, del verbo creador: leves rasgos en la fina lámina de papel, vibración casi imperceptible del aire, una palabra lazo sutil entre lo incorpóreo y lo material, un nombre.

No hemos encontrado otro más apropiado que el de MENÉNDEZ-PELAYISMO; *porque si de* Séneca *nació el* Senequismo *y de* Suárez *el* Suarismo *y de* Vives *el* Vivismo *y de* Don Juan *el* Don-Juanismo, *¿cómo hemos de llamar al conjunto y trabazón armónica de las doctrinas de nuestro Gran Polígrafo, que intentamos de un modo operante difundir, sino* MENÉNDEZ-PELAYISMO, *y a los discípulos, seguidores y simpatizantes de estas enseñanzas, sino* Menéndez-Pelayistas?

Éstos encontrarán siempre en nuestra publicación, que aparecerá todos los aniversarios de la muerte (19 de mayo de 1912) y del nacimiento de Menéndez Pelayo (3 de noviembre de 1856), primeramente y como guión y bandera, algún opúsculo o trabajo inédito del Maestro: apuntes taquigráficos de las explicaciones en la Cátedra de Historia Crítica de Literatura Española, interesantes epistolarios, reseñas desperdigadas en la prensa de conferencias, como éstas sobre «Los Grandes Polígrafos Españoles» que hoy publicamos, escritos juveniles como las bibliografías para su proyecto de una «Biblioteca de Traductores Españoles» que inéditos se conservan entre sus papeles. Una sección de estudios biobibliográficos y críticos exclusivamente menéndez-pelayistas, constituirán la segunda parte, y daremos cuenta en la tercera del movimiento cultural menéndez-pelayista: publicaciones, círculos de estudios, cenáculos de amigos de Menéndez Pelayo

que, a ejemplo de nuestra Sociedad, quieran establecer filiales en otras poblaciones.

El menéndez-pelayismo está en marcha y tiene ya su órgano de expresión: MENÉNDEZ-PELAYISMO; *pero cuenta además con cuatro firmes pilares sobre los que hemos de levantar el más digno monumento a Menéndez Pelayo, el que mayor satisfacción habría de proporcionar a aquel gran español con cuyo nombre nos honramos; monumento no de mármoles y de bronces, sino de instituciones de cultura,* aere perennius, *que contribuyan con su esfuerzo al engrandecimiento de la Patria. Estas firmes bases son: La «Biblioteca de Menéndez Pelayo», la «Edición Nacional de las Obras Completas de Menéndez Pelayo», el «Estudio Menéndez Pelayo» y nuestra—así con toda la entrañable fuerza con que empleamos en Castilla este posesivo, no en tono de dominio y señorío, sino de amor—* nuestra *«Sociedad de Menéndez Pelayo».*

De la Biblioteca de Menéndez Pelayo *decía modestamente su dueño, después de haber escrito tantas y tan maravillosas obras, que era la única de que se encontraba medianamente satisfecho. El* Genius loci *ha quedado prendido aquí y vaga inquieto entre sus amados libros: éste contiene aún la huella del dedo que descuidadamente se entintó, aquél está marginado con preciosas notas autógrafas, tales otros traen dedicatorias en prosa y verso al Maestro, en el estilo más exaltado y ditirámbico. Todos éstos, que apretados no dejan ya ver las paredes de la sala, son ricos incunables, ediciones príncipes, manuscritos preciosos, ejemplares únicos.*

Colección selecta de una bibliografía científico-histórica española, pensó siempre Menéndez Pelayo en completarla enriqueciéndola con viejas y nuevas adquisiciones, para que sirviera de base a lo que fué ilusión y afán de toda su vida, completar el estudio de la historia de la Ciencia Española, la aportación que los españoles hemos hecho a la cultura y civilización del mundo en todos sus aspectos.

Ni el Ayuntamiento y la Diputación de Santander, que echaron los primeros cimientos para la fundación

de este rico tesoro bibliográfico con su generoso donativo cuando el joven Menéndez Pelayo, terminada su carrera, salió al extranjero, no a recorrer turísticamente ciudades sino antiguas bibliotecas y adquirir viejos libros españoles olvidados cuando no despreciados y que él supo revalorizar; ni estas Corporaciones locales, ni mucho menos el Ministerio de Educación Nacional que tiene hoy al frente tan destacado menéndez-pelayista como es el señor Ibáñez Martín, pueden dejar a medias esta obra, sino que se compenetrarán unos y otros en la tarea, que no es puramente de interés local, sino patriótico, de completar e instalar con el mayor decoro y aprovechamiento, lo que, si se dejara así, inacabado, pudiera convertirse en un anticuado museo del libro.

Y harán sin duda una biblioteca modelo, una biblioteca activa, en la que se continúe, como cosa fundamental, el sentido histórico de toda disciplina, hasta la de aquellas cuyos progresos, por ser muy del día, parece que no tienen pasado; pues no hay que olvidar que entre las aberraciones astrológicas y los sueños locos de la alquimia y los ciegos tanteos de un indocto curanderismo, que con sus fatales intervenciones en personas reales hizo hasta cambiar muchas veces el rumbo de nuestra historia, van naciendo la astronomía, la química y la medicina de nuestros días.

La Edición de las Obras Completas de Menéndez Pelayo *fué, en primer lugar, anhelo ferviente de su autor, que dejó iniciada la empresa, y es deseo, en segundo término, de todos los españoles cultos que con desesperación han visto el fracaso reiterado de todo intento de dar nuevo ímpetu y ritmo acelerado a aquella primera edición. El «Consejo Superior de Investigaciones Científicas», que se ha dado cuenta perfecta de que para obras de tales vuelos y magnitud no bastan las iniciativas privadas, con patriotismo que le honra está llevando ya a tan buena marcha la impresión ordenada de toda la producción científica de Menéndez Pelayo, que hoy, con la publicación del vol. V de la «Antología de Poetas Líricos» a punto de*

salir a la venta, quedan terminados 21 volúmenes de la colección, que estará formada por cuarenta y tantos tomos de magnífica presentación y en los que aparecen no sólo trabajos dispersos y desconocidos de Menéndez Pelayo, sino hasta varios de ellos inéditos.

En la página 205 del presente libro, un crítico francés enfoca certeramente este asunto de la impresión de las Obras de Menéndez Pelayo: «España está en la obligación de facilitarse a sí misma y a los extranjeros el conocimiento de uno de los más honrosos monumentos que se han elevado a su pasada grandeza y que será de los que más han de impulsar su renacimiento. La influencia ejercida por el restaurador de la tradición nacional sólo más tarde ha de producir sus frutos.»

Vergüenza nacional que se nos echaba frecuentemente en cara, la de tener parada la impresión de estas obras. De ella nos ha librado la diligencia del «Consejo Superior de Investigaciones Científicas», y merece por esto la gratitud de todos los buenos españoles.

El Estudio Menéndez Pelayo — *estudio, como se denominaron antes que Universidades las viejas Escuelas, estudio que significa ardor, deseo, ímpetu — es un hermoso edificio con toda la prestancia de los de las antiguas Universidades que, cercano a la Biblioteca del Maestro, se está reformando totalmente para poder albergar a los extranjeros que vienen a los Cursos de Verano de Santander y a cuantos eruditos deseen trabajar sobre el rico legado bibliográfico que nos dejó el autor de la Ciencia Española. Y sobre todo para instaurar en él un Centro de enseñanzas en el que unos pocos jóvenes seleccionados entre nuestros mejores de toda España, bajo la sombra protectora de Menéndez Pelayo, se formen y aprendan, como él se formó y aprendió, guiado, no por los infecundos planes de enseñanza que entonces regían, sino por la Providencia que desde la escuela a la universidad le fué deparando los más sabios maestros, que estimularon sus inclinaciones y le inculcaron sus métodos.*

Probablemente ninguno de estos educandos tendrá

aliento para emprender a los veinte años obras de la profundidad y los conocimientos que revela la «Historia de los Heterodoxos Españoles», porque no son los lustros ni los decenios, sino los siglos, los que deparan genios como el de Menéndez Pelayo; pero indudablemente se le acercarán si sienten como él

«aquel intenso amor irresistible
que hacia las letras dirigió mis años»,

y teniéndole por guía y conductor en la ardua tarea, dirán con el dulce poeta latino: longe sequor et vestigia adoro. *Y surgirá de nuevo la, no ya rara, sino extinta especie de los* Humanistas, *que tanta gloria dieron a nuestras letras y cuya desaparición lamentaba D. Marcelino.*

Y, por último, como fuerte fundamento de un menéndez-pelayismo, no hueco y palabrero, sino eficiente y fecundo, está la Sociedad de Menéndez Pelayo, *de Santander, la vestal que conservó el fuego sagrado en este hogar espiritual y lo difundirá y comunicará a todos, creando círculos de estudio, sociedades de amigos de Menéndez Pelayo, filiales en las que infiltre su fervor y entusiasmo por el Maestro.*

Tales son nuestro programa y proyectos los cuales sabemos que han de encontrar ambiente propicio, y que tampoco ha de faltarles el necesario apoyo de quienes están más obligados a prestarlo.

* * *

En cuanto al presente número, he aquí las advertencias que debemos hacer al lector.

Todavía perdura en el ambiente como un eco del profundo entusiasmo que despertaron las conferencias sobre «Los Grandes Polígrafos Españoles» pronunciadas por Menéndez Pelayo en la cátedra de la «Escuela de Estudios Superiores» del Ateneo de Madrid durante cinco cursos comprendidos desde el año 1896 a 1901; pero

desgraciadamente entre tantos fervientes admiradores y discípulos como oyeron aquellas sabias explicaciones no hubo taquígrafos que las tomaran. Resúmenes muy bien hechos son las reseñas que de la primera y segunda lección que publicamos, firmadas por Manuel Multedo y Pascual de Liñán y Eguizábal. Ambos eran personas de gran cultura y de inteligencia despierta, los dos acudían a la tertulia de D. Marcelino y de uno y otro nos consta que sometieron a la aprobación del conferenciante sus cuartillas.

¿Por qué se suspenden de pronto en El Globo *y en* La Ciudad de Dios *las prometidas continuaciones de estas reseñas? El secretario del Ateneo anuncia como* en publicación *las conferencias sobre «Los Grandes Polígrafos Españoles» en la «Memoria del Curso de 1897 a 1898», y tal vez esto contuvo como ya inútil la labor comenzada diligente y concienzudamente por Multedo y Liñán. No queremos comentar más ni aventurar juicios; pero es lo cierto que la tal publicación del Ateneo no llegó a aparecer, aunque, eso sí, pocos años después las ideas vertidas por Menéndez Pelayo en su cátedra empiezan a figurar en varios libros y hasta constituyen el núcleo principal de algunos que con gran fama y éxito, que justamente perdura, se dieron a la estampa.*

Los resúmenes de las conferencias sobre Séneca, a los que faltan las que se refieren a la moral y a la metafísica del filósofo cordobés, no hemos podido hallarlos en ninguna revista ni periódico de la época; pero esta parte va en cambio enriquecida con dos preciosos guiones de Menéndez Pelayo, uno de ellos totalmente inédito. Forman entre ambos 53 páginas de las dedicadas en este número de MENÉNDEZ-PELAYISMO *a reseñar las conferencias dadas en el Ateneo.*

Se notará además que desde Raimundo Lulio a Luis Vives se ha dado un salto en la exposición doctrinal que Menéndez Pelayo se propuso desarrollar en su programa sobre «Los Grandes Polígrafos Españoles». Después del Beato mallorquín debió hablar sobre la ESPAÑA HUMANISTA: ANTONIO DE NEBRIJA; *pero estas lecciones no se*

dieron, tal vez, como parecen indicar los eruditos estudios que acaban de hacer los señores Galindo y Ortiz, porque no tuvo a mano el Maestro todo el material que juzgaba imprescindible para presentar dignamente el tema.

Algún otro vacío que el lector pudiera hallar en estas reseñas, va también indicado en el texto mediante el empleo de puntos suspensivos.

Otras dos buenas plumas recogen también las conferencias sobre «Los Grandes Polígrafos»: Julio Puyol y Tersites. El primero vive aún y continúa con gloria y aprovechamiento dedicándose a estudios literarios; del escritor que bajo el seudónimo de Tersites se oculta, nada podemos afirmar con seguridad, aunque fundadas sospechas tenemos que fué Francisco Navarro Ledesma, amigo, discípulo y admirador entusiasta de D. Marcelino. Ni la prosa deshilvanada, ni las ideas borrosas e imprecisas, revelan ciertamente al docto catedrático y correcto escritor; pero la precipitación con que hubo de escribir las cuartillas y la mala interpretación que seguramente les dieron los cajistas tratándose de asuntos que no estaban muy a sus alcances, pueden explicar suficientemente los deslices y oscuridades y hasta lagunas que se notan. Léase lo que al final de las lecciones sobre Alfonso el Sabio dice Tersites.

Las demás reseñas, aunque no tan detalladas, dan idea al menos de la orientación y amplitud de las explicaciones.

No hemos querido convertirnos en intérpretes de lo que el periodista quiso decir y no dijo o lo dijo mal, o de lo que quizá los cajistas le estropearon corrompiéndole las oraciones. Los textos van tal como en la prensa los encontramos y si alguna vez interviene nuestra pluma pecadora es sencillamente para rectificar nombres y títulos mal tomados u otras erratas evidentes. Si en ocasiones se impone la enmienda o la aclaración, acudimos por medio de notas a la fuente de las Obras de Menéndez Pelayo o a lo que se dice en alguna otra información a nuestro juicio más exacta y completa en aquel punto.

Por no hacer demasiado larga esta Presentación, *dejamos de tratar aquí—tiempo y lugar habrá más oportunos—de lo que fué la famosa «Escuela de Estudios Superiores del Ateneo», de la buena fe con que acudió D. Marcelino a dar allí sus explicaciones, de cómo terminó todo aquello, que tenía su mar de fondo, y del porqué el Sr. Profesor encargado de la cátedra sobre «Los Grandes Polígrafos Españoles» creyó necesario suspender sus explicaciones en el curso de 1900 a 1901, a pesar de las instancias y ruegos que se le hacían y de seguir considerándole como profesor de la Escuela y anunciando oficialmente la continuación de sus explicaciones en los cursos siguientes hasta 1904.*

Momento de gran interés éste en la vida de Menéndez Pelayo; es el en que las izquierdas, que tanto le habían combatido directamente o con el silencio, hacen una viración en su política e intentan captarle. Casi todas las reseñas que publicamos—curioso e interesante dato—son de periódicos avanzados, y no sólo las mejores o menos incompletas que hemos podido hallar, sino escritas en tonos fervorosos, entusiastas e imparciales. Esta campaña de atracción continúa y culmina en el año 1906, cuando se enfrentan Menéndez Pelayo y Pidal en la candidatura a la Presidencia de la Real Academia Española. Pero en el Maestro, hombre humilde y con fe cimentada en roca, no hacían mella los halagos.

Si estas explicaciones sobre los «Grandes Polígrafos Españoles», que duraron cinco cursos, se hubieran terminado y su autor las hubiese reunido en un libro, constituirían, sin duda, una de sus obras más profundas y geniales; lo que publicamos no es más que como un ligero recuerdo que nos quedó prendido en las plumas de los cronistas de la época, destellos lejanos, quizá ya no más que sombras, de una brillante teoría de ideas que de espaldas hoy a tantas cosas, vemos pasar como el filósofo, reflejadas en el fondo de nuestra oscura estancia.

ENRIQUE SÁNCHEZ REYES.

INDICE

Págs.

PRESENTACIÓN IX

ESCRITOS INÉDITOS

M. MENÉNDEZ PELAYO.

Los Grandes Polígrafos Españoles. (Conferencias pronunciadas en la Cátedra de Estudios Superiores del Ateneo de Madrid.)

I. Concepto del Polígrafo. Polígrafos representantes de España en cada época 3
II. España Romana: L. Anneo Séneca 13
III. España visigoda: San Isidoro 53
IV. España árabe: Averroes 65
V. España hebrea: Maimónides 77
VI. España medieval en los siglos XIII y XIV (Castilla): Alfonso el Sabio 89
VII. España medieval en los siglos XIII y XIV (Cataluña): Raimundo Lulio 149
VIII. España en la Edad de Oro: Luis Vives, Francisco Suárez, Arias Montano 167

ESTUDIOS MENÉNDEZ-PELAYISTAS

E. SÁNCHEZ REYES.
La muerte de Menéndez Pelayo en la Prensa extranjera .. 195

RUGGERO PALMIERI.
Menéndez Pelayo y la cultura italiana 211

FERNANDO BARREDA Y FERRER DE LA VEGA.
El primer trabajo periodístico de Menéndez Pelayo 223

MARCIAL SOLANA Y GONZÁLEZ CAMINO.
Un nuevo opúsculo de Menéndez Pelayo 225

BIBLIOGRAFÍA MENÉNDEZ-PELAYISTA

Págs.

MARCIAL SOLANA.
«Los Jesuítas en Menéndez Pelayo», de M. Cascón, S. J. 235
RICARDO GULLÓN.
«Menéndez Pelayo», de P. Laín Entralgo..... 241

ANUNCIOS MENÉNDEZ-PELAYISTAS

(DE GRAN INTERÉS)

«MENÉNDEZ-PELAYISMO» 249
SOCIEDAD DE MENÉNDEZ PELAYO..... 250
OBRAS COMPLETAS DE MENÉNDEZ PELAYO..... 251
EPISTOLARIO DE MENÉNDEZ PELAYO..... 252

LOS GRANDES POLÍGRAFOS ESPAÑOLES

I.—CONCEPTO DEL POLÍGRAFO. POLÍGRAFOS REPRESENTANTES DE ESPAÑA EN CADA ÉPOCA

Aunque el título dado a la presente cátedra parece de suyo bastante claro y explícito, no holgará declararle un poco más, para que desde el primer momento pueda ser plenamente entendido el fin y propósito de nuestra enseñanza.

El nombre de polígrafo puede tomarse en dos distintas acepciones, conformes ambas con el valor etimológico de la palabra.

Llámanse polígrafos en el más vago y general sentido aquellos autores que han cultivado diversas ramas de la literatura, ya científica, ya amena, y es claro que los escritores de tal género abundan en todas las literaturas. Pero aquí no llamamos polígrafo al que haya sido a un tiempo, como lo fué Lope de Vega, poeta dramático, épico, lírico, novelista, ni al que haya sobresalido en varias ciencias a la vez, siendo, por ejemplo, filósofo, naturalista y médico, como lo fueron Andrés Laguna y Vallés, sino que buscamos otro concepto más transcendental que informe nuestra enseñanza y la preste unidad.

Para declarar este concepto, conviene tener presente que la historia de la cultura humana en general, lo mismo que la peculiar historia de la civilización de cada pueblo, puede ser expuesta por dos diversos métodos que responden a las dos capitales direcciones del pensamiento en toda investigación racional sobre el sujeto humano y sus obras en el espacio y en el tiempo.

Y aunque cada cual de estas direcciones, si aisladamente se la cultiva, pueda conducir a perniciosos exclusivismos, también es cierto que entre las dos, debidamente ponderadas y armonizadas, pueden agotar íntegramente el rico contenido de la historia; y no hay grave riesgo en preferir para la exposición una de ellas, siem-

pre que no se pierda de vista la restante. Es decir, que, o bien se considera la historia por el lado social, colectivo, impersonal, estudiándose principalmente, los caracteres étnicos, las fuerzas intelectuales de la raza, el desarrollo de los organismos sociales, las aptitudes científicas y estéticas colectivas, los elementos que han favorecido su desarrollo y los obstáculos que se han opuesto a él, y éste es el más seguro camino, quizá el único, para explicar los grandes esfuerzos de la colectividad, los monumentos que pudiéramos llamar anónimos, tales como la elaboración del derecho y de la poesía épica; o bien se atiende al elemento individual histórico que se revela triunfalmente en los grandes capitanes, en los grandes legisladores, en los artistas soberanos, en los inmortales escritores y hombres de ciencia.

Ambos escollos pueden y deben evitarse en la recta disciplina del espíritu, y, por lo que a nosotros toca, sin pecar de intransigente individualismo, y reconociendo, como de buen grado reconocemos, que la obra de la cultura de un pueblo es labor esencialmente colectiva, no podemos menos de afirmar con igual resolución que la conciencia de los pueblos y de las razas, así como la conciencia universal del género humano, se revela y manifiesta de un modo más concreto y luminoso en un corto número de hombres privilegiados, a quienes ya Fray José, de Sigüenza, llamó *Hombres providenciales*, y en nuestros tiempos ha llamado Carlyle los *Héroes* y Emerson los *Hombres representativos*.

De esta manera evitaremos la exageración del primer procedimiento, que nos conduciría a una especie de panteísmo histórico avasallador, igualmente que la del segundo, que degeneraría en un jacobinismo individualista y una falsa filosofía personal, verdadera apoteosis del orgullo humano. [1]

No vamos a trazar la historia de toda la cultura humana. Nues-

---

1 *Nota del Colector.*—Pascual de Liñán y Eguizábal, en su reseña de esta conferencia, publicada en la revista *La Ciudad de Dios*, vol. XLI, correspondiente al año 1896, pág. 514, añade aquí el siguiente párrafo:

«... De ambos extremos toma la verdadera Historia los elementos cautivadores de su manifestación artística, simbolizada por el gran Niebuhr «en la ninfa de la leyenda eslava, aérea al principio e invisible, hija de la Tierra luego, y cuya presencia se manifiesta sólo por una larga mirada de vida y de amor». Únicamente así, resurgirá de mudas formas y yertos recuerdos un mundo que pasó, dejando de su historia la grandeza, pero también el perpetuo testimonio de sus caídas;

tro propósito es más modesto. Nos ocuparemos en dos cursos de la de España, y de ésta, sólo de la comprendida en una esfera particular: la de los grandes polígrafos, o sea, la representada por las grandes personalidades científicas españolas en las distintas épocas.

Antes de pasar a la elección de las referidas personalidades, conviene advertir que escogeremos tan sólo aquellos escritores que por su carácter enciclopédico, por la gran variedad de sus escritos, por la influencia que tuvieron en la cultura de su tiempo, bien por su enseñanza escrita o hablada, o la ejercida por medio de sus discípulos, resumen mejor el estado general de la cultura en sus respectivas épocas. De aquí la importante omisión de los grandes escritores puramente literarios, como Cervantes, Lope, Calderón; y de los que sólo se han distinguido en alguna rama particular de la ciencia, tales como los grandes teólogos y filósofos Francisco Vitoria y Domingo Soto, por no referirnos a tantos otros insignes varones que hicieron grandes investigaciones en la historia y en las ciencias experimentales.

Es, pues, nuestro intento resumir la historia general de las ideas en España en sus grandes épocas en una o dos personalidades que justifiquen el dictado de Emerson, sino en su aspecto humano, universal, sí, al menos, en lo que a nuestro país se refiere.

Empresa relativamente fácil en lo concerniente a la antigüedad y Edad Media, y aún posible en el pasado siglo XVIII, que, con su famosa Enciclopedia, originó otra Anti-Enciclopedia; pero en los tiempos actuales, por la complejidad misma que el desarrollo de la ciencia ha alcanzado, se nos hace de todo punto indispensable el detenernos en nuestro estudio ante el umbral del siglo XIX.

Otra indicación previa que hemos de hacer es la siguiente: manifestar que, no siendo esta cátedra de Literatura en su sentido estricto, sino de Ciencias Históricas, la cuestión tan debatida de si

---

concepto de la Historia que, estudiando la vida en los múltiples órdenes de su manifestación constante, compenétralos íntimamente, haciendo brotar del compuesto total, como de las humanas energías brota de ordinario, el mundo del ayer vivificado y real, *sentido;* penetrando en nosotros como algo que nos toca muy de cerca, y que hemos presenciado y aun discutido con afanes de próximo triunfo; como una página ignorada de nuestra juventud narrada por aquel historiador, soñado por el maestro, aun más grande que Tácito y que Macaulay, el cual hará la historia por la historia y con alta impersonalidad, sin más pasión que la de la verdad y la hermosura para retejer y desenrollar la inmensa tela de la vida.»

una literatura nace al par que la lengua o bien antes de su formación, y que en el arte puro reviste suma importancia, en un estudio acerca de la cultura general semejante distinción no puede ofrecer sino escaso interés.

Porque el saber en las civilizaciones modernas no es espontáneo, sino producto de civilizaciones anteriores. El fondo de ideas de que la cultura vive, procede de la educación clásica (Grecia-Roma); de la enseñanza de la religión cristiana; y entre nosotros, de la influencia semítica, que aquí llegó, no de reflejo, sino directamente y con anterioridad a otros pueblos.

Por eso esta historia monográfica e individualista de la cultura española, la vamos a comenzar por la cultura romana. Y claro está, con *Lucio Anneo Séneca*, como su más genuino representante.

No fué éste el que primeramente inició esa gloriosa cultura. Tuvo como predecesores a otros escritores también de la Bética, que poseían ya condiciones de estilo, que habían de acentuarse en él luego, tales como Porcio Latrón, Junio Galión, Julio Higinio y Marco Séneca, el Viejo. Y aun cuando en la literatura del primer siglo del imperio romano y en el entero período que, con igual razón que se denomina romano, pudiera también llamarse hispano, hubieron de florecer poetas como Lucano, geógrafos como Pomponio Mela, naturalistas como Columela, retóricos como Quintiliano, satíricos como Marcial, importantes todos en las materias en que mostraron su ingenio, ninguno de ellos alcanzó la transcendencia de Séneca en todos los ramos que cultivó.

Así, en competencia con Cicerón, es el mayor moralista de la antigüedad, y no es, como éste, escéptico y retórico, pues su moral tiene un fundamento metafísico, basada como está en los conceptos de Dios, alma, universo, en esto bien distinta hasta del estoicismo de Marco Aurelio y Epicteto.

Es de los poquísimos autores romanos que trataron de filosofía natural o física general. Su único predecesor en cosmología fué Lucrecio, que, si bien le avantaja en las galas de expresión, queda, sin embargo, vencido en la intención moral práctica.

Consignó gran número de nociones físicas que no eran comunes entre los romanos, y puede decirse que adivinó su genio el método experimental, desconocido en las escuelas de Roma.

Es, además, el representante de la tragedia entre los romanos.

De las que llevan su nombre, tres, por lo menos, fueron consideradas auténticas por los gramáticos. Las otras, que son muy semejantes, serían ensayos de sus discípulos o de individuos de la *gens Annea*. Aunque no se representaron, tuvieron gran influencia entre los italianos del Renacimiento, entre los trágicos franceses y en la Inglaterra del tiempo de la reina Isabel.

Poeta lírico, escritor profundo y de extraordinario brío de expresión, el número y variedad de sus obras es por demás importante. Su gran originalidad, sus relaciones supuestas o no con el cristianismo..., la influencia que como moralista tuvo en la Edad Media y en el Renacimiento, en Quevedo, que tanto le admiraba, y en Diderot y Rousseau, hacen del gran filósofo cordobés el representante general, sino el único, de la cultura romana en España.

San Isidoro es el nombre que verdaderamente se impone para resumir el saber de la España visigoda.

Es como un eslabón entre las doctrinas de los clásicos y las primeras enseñanzas de la ciencia cristiana. Sus numerosos escritos sobre el Trivium y el Quadrivium sirvieron para la educación de Inglaterra en el siglo VIII, y de Francia en el siglo IX.

En sus *Etimologías* hay que reconocerle el valioso mérito de que, merced a él, salváronse citas de libros, frases, ideas, palabras, que perecieron después.

¿Qué es lo que hay de propio en sus obras? ¿Que es de repertorio coleccionado de los antiguos? Filósofo, canonista, historiador, poeta, arqueólogo, es San Isidoro la síntesis de la cultura visigótica.

La fama de *Averroes*, más bien que su valer, nos ha impuesto ese nombre como la personalidad característica de la España árabe. A quien conozca esa brillantísima, aunque efímera civilización, que produjo matemáticos como Azarquiel y al-Pitruchi, botánicos como Aben-Beithar, médicos como Abulcassis y Abenzoar, árabes españoles todos ellos, de más grande originalidad que Averroes, y lo mismo en la filosofía, donde no hay trabajo alguno de Averroes que supere al esfuerzo de investigación que se manifiesta en el *Régimen del Solitario*, de Avempace, y sobre todo en la novela filosófica del escritor didáctico Abu-Beker Abentofail, titulada *El filósofo autodidacto*, no dejará de extrañarle que se elija a Averroes, cuya originalidad en todo es tan discutible. Pero su nombre y su influencia, no sólo en el islamismo—donde, según Renán, la vida

filosófica fué un accidente, pues la especulación original al modo de los griegos sólo brilla en Europa y Persia—, sino en el mundo cristiano, fueron grandísimos, aunque él fuera bien inferior a Avicena. Y es que le favorecían la índole enciclopédica de sus escritos, o por mejor decir: con paráfrasis y comentarios dió al sistema de la ciencia, una especie de enciclopedia, a la vez que muy elemental, adecuada a las necesidades de su tiempo.

Nacida esta filosofía en España, en la escuela de Toledo, fundada por Alfonso VII el Emperador y su Canciller el Arzobispo don Raimundo, y llevada en el siglo XII a París, y después a Italia, donde finalmente muere en el siglo XVII con Cesare Cremonini en la escuela de Padua, fueron durante ese tiempo en las escuelas Averroes y el averroísmo legión y bandera de librepensadores por las tesis heterodoxas que sostenían, contrarias a las teologías muslímica y cristiana, entre otras, verbigracia, la eternidad del mundo; y combatidos sin tregua por Alberto Magno y por Raimundo Lulio, por Petrarca y Luis Vives.

Dificultad análoga hemos hallado al considerar el brillante período de la civilización hispano-judaica, que comprende del siglo XI al XIV. *Maimónides*, a pesar de sus numerosos escritos (filósofo, médico, naturalista), no la representa en su totalidad. Falta su admirable poesía lírica religiosa—la más alta manifestación de la lírica en Europa desde el siglo V al XIII, en que aparece Dante— y que no tiene eco en las obras de Maimónides, como le halla armonioso en las de Jehudá Haleví y Salomón ben Jehudá ben Gabirol.

Tampoco tiene la filosofía religiosa de que se engendró el Talmud, la Kábala que esplende en *La Corona Real*, de Salomón ben Gabirol y *La fuente de la vida*, del mismo autor, conocido en las escuelas cristianas con el nombre de Avicebrón.

Pero es cierto que de todos estos escritores, unos por ser místicos y formar escuela esotérica dentro de la Sinagoga, y otros por ser heterodoxos y distanciados de ella, sólo Maimónides tuvo ese carácter canónico. De aquí que se dijese en las Sinagogas: «De Moisés a Moisés no hay más que un solo Moisés.»

Maimónides como teólogo, tiene gran semejanza con Santo Tomás. Se ve así en su *Guía de los que van por incierto camino*, que tiene analogías con su otra obra capital, *Comentarios*, que es como un Derecho Canónico cual el de Graciano, y ha tenido en las

Sinagogas una especie de autoridad análoga a la compilación de las Decretales de San Raimundo de Peñafort. [1]

Maimónides brilla más en la lógica formal que en la metafísica.

Representa el movimiento científico de la escuela judaico-española.

La España cristiana de la Edad Media (siglos XIII y XIV), tiene por sus representantes a *Alfonso el Sabio* y *Raimundo Lulio.*

En ese período que en cierto aspecto forman los dos siglos, elegimos una individualidad en Castilla y la otra en los países de lengua catalana. Las dos son enciclopédicas.

Fué Don Alfonso legislador, primer historiador nacional y el que más eficazmente contribuyó a la propagación de las ciencias astronómicas de los árabes y judíos en el mundo cristiano.

Fué Raimundo Lulio el primero que en España, como Dante en su *Convivio,* usó la lengua vulgar tratando de ciencias, a fin de que todos le entendiesen. Escribió su *Nueva Lógica,* tentativa atrevida, especie de teodicea popular para convertir a moros y judíos. Empleó, además, medios artísticos: la alegoría, cuento, novela utópica, libros de caballería, lírica y poesía didáctica.

El representante más completo y popular del humanismo en España en el siglo XV es el gran maestro Nebrija. Representólo en su profesión de gramático (sinónimo entonces de hombre de letras). Interpretación de autores clásicos, exégesis bíblica, arqueología clásica, crítica de la historia latina, etc. El maestro Nebrija es la principal personalidad intelectual del tiempo de los Reyes Católicos.

Del siglo XVI, Edad de Oro, hemos elegido tres grandes polígra-

---

[1] *Nota del Colector.*—Aquí el Sr. Liñán (loc. cit. pág. 519), amplía en esta forma.

«Al leerla (La Guía de Maimónides) se le ve atormentar a la Biblia para encontrar dondequiera las ideas de Aristóteles, de quien sólo se separa en lo relativo a la eternidad del mundo. Pero su sentir era demasiado racionalista para que contentase a los judíos: por eso la traducción de su libro produjo una verdadera tempestad en las Sinagogas de Provenza, y por su causa fué prohibido en el Sínodo de Barcelona el estudio de la Filosofía antes de los veinticinco años. El carácter sintético de la *Guía,* por igual inspirada en el Peripato y en la Biblia, razón por la que antes comparábamos a su autor con nuestro Santo Tomás, y el gran valor de sus *Comentarios,* que le dan en el Derecho canónico-hebreo tanta significación como tienen en el católico Graciano y San Raimundo de Pañafort, son, en suma, títulos suficientes para hacerle el preferido dentro del período judaico-español.»

fos: *Luis Vives*, que es el espíritu crítico del renacimiento encarnado; *Francisco Suárez*, el iniciador de la Escolástica renovada en el Renacimiento, y que florece al presente, puesto que hoy la que se enseña es más la de Suárez que la de Santo Tomás. Las obras de ambos ostentan un carácter enciclopédico. [1]

Arias Montano es el que mejor representa los estudios orientales y enlaza más perfectamente la cultura oriental y la clásica.

Quevedo, el Obispo Caramuel y *don Nicolás Antonio* son los hombres representativos del siglo XVII.

Quevedo: popularísimo, político, moralista. En sus sátiras y composiciones festivas tiene conceptos más serios que en sus libros

---

1 *Nota del Colector.*—En Liñán (loc. cit. pág. 521), este breve párrafo está desarrollado así:

«Conforme vamos acercándonos a nuestros días, ya los autores parece sernos más familiares, lo cual, en parte, nos evita la tarea de justificar selección. Tal acontece con los tres nombres que para nosotros representan el siglo XVI: Vives, Suárez y Arias Montano.

Sería vano y temerario empeño querer encerrar en breve marco la gigantesca figura del gran polígrafo de Valencia, recordar su acción sobre la sociedad de su tiempo. Dos o tres nombres hay que compiten con el suyo en la historia de la ciencia española: no hay ninguno que le supere. Es el gran pedagogo del Renacimiento, el escritor más completo y enciclopédico de aquella época portentosa, el reformador de los métodos, el instaurador de las disciplinas. Él dió el último y definitivo asalto a la barberie en su propio alcázar de la Sorbona: en él comienza la escuela moderna. Él restableció el alto concepto de la enciclopedia filosófica, perdido o casi olvidado entre las cavilaciones sofísticas del nominalismo decadente. Él reconcilió la elegancia de las letras humanas con la gravedad del pensamiento filosófico. En una época abierta a todo género de temeridades, profesó y practicó constantemente el principio de la sobriedad y parsimonia científica, el *ars nesciendi*. Rodeado de eruditos que filosofaban sin grande originalidad y confundían sus reminiscencias clásicas con cierto vago espíritu de innovación, invocó el testimonio de la razón y no el de los antiguos y formuló por primera vez los cánones de la ciencia experimental, lo cual le ha valido, por un tratadista nada sospechoso y biógrafo suyo, Lange, el ser proclamado *como el mayor reformador de la Filosofía de su época.*

Personificación del pensamiento esencialmente teológico, y por ende filosófico, el eximio Suárez reduce a polvo las doctrinas cesaristas del Rey Jacobo y el torpe fundamento de la Iglesia anglicana; abre dentro mismo del Escolasticismo el sendero de nueva escuela, de trascendencia notable aún en nuestros tiempos, y da en sus obras inmortales, donde se ve aunado todo linaje de disciplinas, el modelo de la educación metafísica. No menos ilustre fué el sapientísimo Arias Montano, varón incomparable, a quien la Filosofía oriental y las ciencias bíblicas, las cuales dieron por su pluma fruto opimo en uno de los jalones más firmes de nuestra cultura, nunca pudieron arrebatar del todo a la filología clásica. Su vasto saber, su inmensa lectura y su poderoso dominio, en especial sobre las inteligencias de su tiempo, nos hace unir su nombre a los de Vives y Suárez.»

más graves. Profunda originalidad en sus ideas del mundo y de la vida.

El Obispo Caramuel es el escritor más enclopédico del tiempo de Felipe IV y en el que aparece la cultura española más influída por la extranjera, tanto en lo que afirma, cuanto en lo que niega. Escribió muchísimo y con gran erudición acerca de física, moral, teología, matemáticas, preceptiva, astrología. Predominan en él las influencias cartesianas y de Gassendi.

Don Nicolás Antonio, gran escritor del tiempo de Carlos II. Benemérito colector de noticias de ciencia española de siglos anteriores. Cultivó la crítica histórica (que no viene del siglo XVIII) en la esfera del Derecho Romano y en la historia de nuestros Anales patrios.

El Padre *Feijóo, Hervás y Panduro* y *Jovellanos* son las destacadas figuras del siglo XVIII.

El Padre Feijóo, a quien tanto debió la cultura española, Hervás y Panduro, más enciclopédico, y fundador de la filología comparada, y don Gaspar Melchor de Jovellanos, que trató de tan diversas materias en sus numerosos ensayos, adornando el espíritu español con el extranjero. [1]

Estos tres serán los últimos insignes varones que atesoraron

---

1 *Nota del Colector.*—Liñán, pág. 523, escribe:

«En el mismo siglo XVIII destácanse tres nombres cuya importancia en vano fuera discutir. Feijóo, viviente enciclopedia de su tiempo; verdadero archivo del saber popular, y su martillo no pocas veces, luchó denodadamente en pro de nuestra cultura tradicional, que también demostraba conocer, rompiendo lanzas contra todo viento de barbarie, e iniciando, quizá el primero, y antes de ser escritor por *disposición real*, la publicación periódica, casi siempre madura, que en nuestros días, con humos de profundidad, todo lo arrolla y lo comprende todo. En él, además, podemos estudiar con provecho el último baluarte donde se defendió la, cuando Dios quería, potente Filosofía española.

Hervás y Panduro yérguese majestuoso fundador de la Filología comparada con su admirable Catálogo de las Lenguas, y es además acabada personificación de aquella serie de sabios deportados a Italia en el reinado de Carlos III por los amaños de abyectos ministros. Entre ellos quiso contarse por algún tiempo al preclaro D. Gaspar Melchor de Jovellanos, español de raza, satírico de primera línea, modelo entre los prosadores de su edad, jurisconsulto eminente, estadista de propia cuenta, víctima no pocas veces de enredos de gabinete, especie de *varón fuerte* de la nueva era y fundador, con su *Delincuente honrado*, de la bárbaramente llamada *alta comedia*, que llega a lucir con todo su esplendor en Ventura de la Vega, Tamayo y Ayala.»

conocimientos que habremos de estudiar en esta cátedra sin alardes oratorios y trabajando sólo sobre los textos inspirado por el fruto de la propia investigación y auxiliados por el de la ajena experiencia ya depurada.

M.[ANUEL] M.[ULTEDO].

(De *El Globo*, Madrid.)

II.—ESPAÑA ROMANA: L. ANNEO SÉNECA

Inicia la serie de nuestros polígrafos el que de entre ellos, y por pertenecer no a la cultura española, sino a la general, quizá más facilidades presente de investigación, ya por el grande influjo que como educador moral ejerció en el mundo todo, ya también por las infinitas obras y concienzudos trabajos que acerca de su persona y producciones reunimos; circunstancias por ningún otro presentadas dentro de nuestra historia científica, la cual no puede ofrecer carácter parecido al de Séneca por lo tocante a su popularidad. Esto le asemeja a Platón y Aristóteles—desde luego en una esfera más limitada, la ética práctica—, haciéndole compartir con ellos el cetro de la hegemonía intelectual durante el largo período de la Edad Media y el Renacimiento. Tropezamos, sin embargo, con la dificultad de decir lo anteriormente sabido y escrito relativo a Séneca sin caer en la mera recopilación, haciendo labor de propia cuenta. Para obviarla procuraremos dar a nuestras investigaciones tinte original, especialmente en lo que atañe al pensamiento español y a nuestra cultura tradicional. No es esto afirmar que vaya a ser nuevo cuanto digamos. Muchas cosas referiremos de antiguo aprendidas entre las personas cultas, y vulgarizadas en obras magistrales sobre la civilización helénica y la del primer siglo del Imperio Romano, leídas y meditadas por los que se consagran a estos estudios. Únicamente a modo de recuerdo, expondremos algunas ideas acerca de la aparición y el desenvolvimiento de las escuelas filosóficas griegas en Roma, con especialidad del estoicismo, el cual hubo de adquirir una especie de segunda vida, supliendo su falta de base metafísica con un carácter práctico de moralidad, en algo semejante al Cristianismo primitivo. También hablaremos en esta introducción de la tan conocida y dramática

historia del Imperio Romano en el primer siglo de su existencia, particularmente de los reinados de Calígula Claudio y Nerón, período en el cual Séneca vivió, representando un papel importantísimo. Esto dicho, conozcamos el método que hemos de seguir.

Debe comprender el estudio de Séneca como polígrafo: 1.º La exposición de su biografía, recordando las fuentes de que para ello nos valemos y prescindiendo de minucias bibliográficas. 2.º El catálogo de sus obras y las convenientes noticias e indicaciones críticas para la más fácil inteligencia y discernimiento, así de las que se perdieron, como de las que conservamos en estado fragmentario o que erróneamente se le atribuyen. 3.º El estudio de su sistema metafísico deducido de los pocos pasajes, pero interesantes, que nos legó en dos de sus principales obras; [1] porque, si bien es ante todo moralista, su moral está fundada en una metafísica que será más o menos ecléctica, más o menos razonada, pero que no deja por eso de ser una metafísica al fin y al cabo. En este punto estudiaremos, por tanto, sus conceptos de Dios, del Universo, del alma humana, conceptos que en parte son los del estoicismo y en parte también distintos de los de Zenón. 4.º Sistema moral, causa de su continua nombradía. 5.º Influencia de Séneca en las edades todas, singularmente en Quevedo, Rousseau y Diderot, apuntando los rasgos característicos del pensamiento español que se encuentren en sus obras, su popularidad asombrosa, y, por último, la mayor o menor probabilidad de sus relaciones con el Cristianismo.

Hay todavía en el estudio de Séneca una parte de gran interés: sus tragedias; monumento, según hemos dicho, de familia, en las cuales hemos de ver una causa principalísima del inmenso prestigio que durante mucho tiempo después de su muerte conservó su nombre y que son, a la vez, las últimas muestras que del teatro romano han llegado a nosotros. Dentro de la enumeración de los hechos externos de la vida de Séneca, se impone otro preámbulo como este que trazamos a su biografía: el relativo a la disparidad de los informes concernientes a su discutida conducta moral, y a las fuentes de nuestro estudio. Son éstas pocas en número, dis-

---

1 Sus *Epistolas a Lucilio* y sus *Consolaciones* (a Helvia, a Marcia y a Polibio). Más adelante se indican las ediciones que aprovechamos para las referencias.

cordes y con sensibles lagunas y vacíos; cosa tanto más lamentable cuanto que se trata de una personalidad que alcanza muy alta representación en la historia de su siglo. Moralista de primer orden, especie de director de la conciencia de sus contemporáneos, hay necesidad de tener presente cuanto de Séneca escribieron detractores y panegiristas, conviniendo saber si estuvo su conducta en contradicción con su moral, o si, por el contrario, hubo ecuación perfecta entre sus enseñanzas y algunos actos discutibles de su vida.

Estimamos como fuentes, por lo que hace relación a este punto, los datos recogidos de sus propios escritos, o sean los que encontramos en algunas de sus *Epístolas a Lucilio* [1] y en sus *Tratados de Consolación,* [2] toda vez que no conservamos de él *Memorias.* En estos libros, no sólo da noticias relativas a su persona, cosa extraña en aquel tiempo, sino que, además, hace indicaciones de su vida interna, confidencias personales acerca de su modo de ser psicológico y moral, revelaciones íntimas, tales que constituirían *Memorias* propiamente dichas de no estar todo ello diseminado y como repartido en sus diferentes obras. Hay que consultar asimismo lo que nos dicen Tácito, en sus *Anales;* Suetonio, en sus *Doce Césares;* Dion Casio, en su *Historia Romana.* Tocante al estilo de Séneca, apreciaremos las referencias conservadas en Fronton en Aulo Gelio, y más detenidamente en Quintiliano, no sin antes discurrir, siquiera con brevedad, acerca del valor de cada una de ellas, empezando por la obra de más cuenta, por los *Anales* [3] de Cayo Cornelio Tácito, monumento admirable (el primero de la

---

1 Especialmente en las 49, 98 y 108. Para las citas directas entiéndase, tanto en este caso como en los sucesivos, que nos referimos a la edición grande de Nisard (París, Dubochet et C^ie^); en las españolas seguimos la versión de la *Biblioteca Clásica* por D. F. Navarro y Calvo. (Madrid, 1884), tomo LXVI.

2 Sobre todo el dedicado a su madre. Pueden utilizarse también: *De Tranquillitate animi, De Otio ad Serenum* y *De Vita Beata,* donde se hallan datos autobiográficos. Tenemos estos tratados magistralmente traducidos al castellano por el licenciado Pedro Fernández de Navarrete, como puede verse en ediciones de todos conocidas, en las *Bibliotecas de AA. EE.,* en la *Clásica* y en la *Económica Filosófica.*

3 Hacen relación a Séneca: XII, 8, 3; XIII, 2, 11, 13, 42; XIV, 52, 53; XV, 60, 62, 63, 65, etc. de la edición Nisard. Para las citas españolas nos valemos de la clásica traducción de Carlos Coloma (2.ª edición acompañada del texto latino, con licencia, Madrid, Imprenta Real, 1794), corregida e ilustrada por D. Cayetano Sixto, Presbítero, y D. Joaquín Ezquerra, tomo II, folio.

historiografía romana), y sí incompleto [1] suficiente para nuestro propósito. [2]

Los *Anales* de Tácito, escritos por quien como nadie se preciaba de representar la tradición semiestoica, no por completo abrazada, como sabemos, por nuestro filósofo, han de adolecer indudablemente de cierta acritud hostil, pero con todo, y a través de las graves acusaciones que formula, muéstrase el gran historiador un tanto favorable al maestro de Nerón; pudiéndose decir que es el primer escritor serio que ha tratado de la vida de Séneca, si bien está demostrando a la continua que pertenecía a ese partido de oposición virtuosa, especie, repetimos, de estoicismo que tanta influencia tuvo bajo los primeros Césares y tanto brilló en los Flavios y Antoninos, llegando a su apogeo al subir al solio imperial Marco Aurelio.

Conviene, para juzgar con imparcialidad el valor que deben merecernos las opiniones que los referidos testimonios nos han dejado acerca de la persona de Séneca, de su moral y de su gusto literario, apreciar las tres reacciones por aquel entonces acaecidas. Política la primera, siguió inmediatamente al triunfo de Vespasiano y Tito, no acabando ni con los frenéticos furores de Domiciano, y tenía por objeto afear la memoria de Tiberio, Calígula, Claudio y Nerón. Cuéntase del mismo Vespasiano que ordenó a Cluvio hiciese tres libelos, intitulado uno de ellos *Martirologio de las víctimas de Nerón* y como éste infinidad de ellos, de los cuales el mismo Tácito asegura que, aun diciendo en parte la verdad, estaban inspirados a menudo en los odios y pasiones de circunstancias.

Menos hay que notar de Cayo Suetonio Tranquilo (especie de Varrón de la decadencia), colector de anécdotas acerca de *Los Doce Césares*, de curiosas noticias literarias en su obra de *De Viris Illus-*

---

[1] No conocemos más que el primero y último tercio: los cuatro primeros libros, fragmentos del V y VI, y desde el XI al XVI, con mutilaciones al comienzo y al fin. Nos falta, por tanto, el reinado de Calígula, el principio del de Claudio hasta el año 47, y los años 66-68 del de Nerón. Están escritos en tiempo de Nerva y Trajano, a la vista de preciosas *Memorias*, entre ellas las de la Emperatriz Agripina.

[2] *Nota del Colector.*—En la reseña de esta conferencia publicada por M. M. (Manuel Multedo) en *El Globo* de 18 de noviembre de 1896, se añade al llegar a este punto lo siguiente: «Respecto a filosofía, ningún testimonio nos será dable hallar. Con él murió la corta tradición filosófica latina, que empieza en Cicerón y acaba en Séneca. Después habla en griego, verbigracia en los Soliloquios de Marco Aurelio.»

tribus, de la cual nos restan, algo mutilados, los capítulos *De Claris Grammaticis* y *De Claris Rhetoribus*, y de algunas biografías de poetas, más o menos abreviadas o alteradas; escritos, desde luego ajenos a nuestro propósito, si exceptuamos el primero de los citados, o sean *Los Doce Césares*. [1]

Pero donde se encuentra reunido el mayor número de acusaciones contra el polígrafo cordobés, y donde mayor carácter de gravedad revisten también, es en Dion Casio, griego de nacimiento y de lengua, autor poco leído ni digno de serlo por su estilo, aun cuando curioso por el número de noticias que supo reunir: escribió una *Historia Romana* en 80 libros, desde los más antiguos tiempos, hasta Alejandro Severo; trabajo perdido en su mayor parte, pues no se conservan de los 35 primeros libros sino algunos trozos inconexos, e insignificantes reliquias del LV en adelante. Los XIX libros del XXXV a LIV, son los que existen casi completos, pudiendo servir para subsanar la falta hasta el LXXX el compendio o extracto, casi cronológico, del monje Xiphilino, que vivió hacia el siglo XI, y en donde se leen los mayores cargos contra Séneca. Al formularlos, debió de guiarse Dion Casio por el libelo de un tal Suilio, Magistrado y Gobernador concusionario del tiempo de Nerón, procesado por Séneca a causa de sus latrocinios, y que lo escribió para vengarse, consiguiendo con ello ser nuevamente perseguido por calumniador y que el Senado en justicia le condenase. Tiene la conjetura tanto más fundamento, cuanto que el tono y carácter de la obra manifiestan bien a las claras que Dion Casio no pudo tener animadversión contra Séneca, a quien apenas nombra al hablar de Calígula, siendo, todo lo más, eco póstumo de los odios que abrigara respecto del filósofo cordobés algún escritor más antiguo, casi con seguridad Suilio. Con todo preséntase Dion Casio diligente y severo; experto en las cosas públicas, con gran conocimiento de las leyes, costumbres e instituciones de todos los pueblos y señaladamente del romano, lo que le daría lugar preferente entre los historiadores de su edad si se revelase menos intolerante con los hombres y no tan benévolo con las supersticiones paganas. Estos antecedentes, junto con la especie de reacción

1 Véase, sólo desde un aspecto anecdótico, el reinado de los tres Césares, que ocupó la vida del filósofo, ed. Nisard. Poseemos ed. castellana de la *Biblioteca Clásica*, hecha por F. Norberto Castilla. (Madrid, 1883), tomo LXIV.

política de que dejamos hecho mérito, y que en parte él representaba, explican sus dicterios contra Séneca. [1]

Paladín de otra reacción, la simboliza por la escuela nueva, que bien puede llamarse romántica dentro del clasicismo romano, y en un orden por completo literario, debe considerarse al retórico de tiempo de Domiciano, al calagurritano M. Fabio Quintiliano, decidido defensor de la antigua forma, y el más ardiente mantenedor de los triunfos de Cicerón, a quien siempre cita como modelo, con lo cual dicho queda el juicio que le merecería la hinchada y altisonante declamación de nuestro polígrafo, no obstante reconocer en él algunos méritos, lo que quizá hiciera obligado por su espíritu culto y por el deseo constante de no traspasar los límites que le imponía su gusto acendrado, lo que hoy llamaríamos *buen gusto*. [2]

No rayó, ni con mucho, a la altura de Quintiliano, aún siendo en su época personaje de los más distinguidos y, desde luego, el que mejor representa su fisonomía, Marco Cornelio Frontón de Cirta (hacia 100-175 después de J. C.), ya famoso como orador desde los días de Adriano, nombrado por Antonino Pío preceptor de Marco Aurelio y de L. Vero, y Cónsul en 143, gran corruptor del estilo, de positivo influjo en las costumbres y uno de los que con más dureza se significan contra Séneca; cosa que nada tiene de extraño, considerando los malos vientos que por entonces corrían para las ideas senequistas. [3]

Aulo Gelio pertenece a la misma escuela arcaica de Frontón, si bien tenía más de arqueólogo que de gramático, siendo de escasa importancia lo que escribe acerca de Séneca. [4] Los veinte libros

---

1 No conocemos traducción castellana impresa de este libro. Una de las mejores del texto latino es: Dionis Cassii: *Historiae Romanae quae extant*, ed. F. W. Sturz.—Lipsiae, 1824-25, ocho vol. in 8.º La comúnmente citada es la greco-latina de Didot.

2 IX, 2, 8; X, 1, último de Nisard. Aprovechamos para las referencias castellanas la traducción de los PP. Rodríguez y Sandier, de las Escuelas Pías, anotada según la ed. Rollin.—Madrid, Imprenta-Administración del Real Arbitrio de Beneficencia, 1799, tomo II, 4.º

3 La última edición de Frontón (su *Correspondencia* con M. Aurelio, y sus *Tratados de Elocuencia y Oraciones*, etc.), después de la de A. Mai y la recensión de Del Riu, «recensuit S. A. Naber», según Teuffel, se ha publicado en Leipzig, Teubner, 1867, XXXVI + 296 págs.

4 Lib. XII, cap. II de Nisard. Puede consultarse con fruto la traducción espa-

de sus *Noches Aticas* son fuente inagotable de rarísimas curiosidades y anécdotas, no solamente gramaticales, sino literarias, aunque su crítica sea pobre y estrecha y sus noticias carezcan de todo método, como por la generalidad acontece en estos libros de miscelá-neas, que tanto abundan en la decadencia de las dos literaturas clásicas.

La cuestión relativa a la moralidad de Séneca—el cual hasta entonces era tenido como Padre de la Iglesia, pues Tácito no fué leído hasta el siglo XV, y además, ni le ultraja en gran manera, ni le hace desmerecer en gloria—adquiere gran importancia en el siglo XVII, con motivo del descubrimiento de Dion Casio, mejor, del Códice de Xiphilino, continuando desde entonces hasta hoy con idéntica efervescencia. No vamos a discutir, que fuera pueril hacerlo, las relaciones más o menos lícitas de Séneca con Agripina, ni menos la casi bélica contienda mantenida en el siglo XVIII entre Tiraboschi, el gran historiador, por un lado, y Lampillas, Andrés, Serrano, [1] por otro; pero sí entraremos, siquiera sea de corrida, en el apologético de Diderot *(Sobre la vida de Séneca el Filósofo, sus escritos y los reinados de Claudio y de Nerón);* apologético tan sólo escrito para hacer resaltar la oposición que él creía existir entre las ideas de Séneca y las de los Santos Padres. Tuvo Diderot adversarios que le combatieron con la misma virulencia por él empleada, sin que consiguieran el uno ni los otros aportar datos nuevos a la discusión.

Y no paró en el siglo XVIII este alegato contra o en favor de la inmoralidad de Séneca: en nuestros mismos días, por el año 1885, se han publicado dos libros, francés el uno, alemán el otro, defendiendo briosamente los actos del filósofo—bien que como de soslayo—y atribuyendo la muerte de Agripina, no al asesinato, sino al suicidio, lo cual tanto vale como defender lo indefendible. Va esto dirigido a disculpar el mensaje, manifiestamente de Séneca, dirigido por Nerón al Senado a causa de la muerte de su madre.

ñola, inserta en la *Biblioteca Clásica*, por D. F. Navarro y Calvo, tomo II. Madrid, Hernando, 1893. Hacen también relación a Séneca, aun cuando de pasada, entre los antiguos: Marcial, VII, 44 (a la pág. 440-41 de la ed. esp. de Capalleja); Juvenal, V, 119; Plinio (N. H., XIV, 51), etc., etc.

1 *Nota del Colector.*—La reseña de Multedo en *El Globo*, añade: «que se creían obligados a defenderle, no ya por sus méritos o por espíritu de justicia, sino por vanidad nacional, empleando todo género de argucias y nimiedades.»

Para nuestro estudio nos atendremos a los tres primeros citados historiadores (con especialidad a Tácito y a las referencias de Séneca), olvidando las posteriores publicaciones, ora con carácter ditirámbico, ora pacífico o crítico; insuficientes para destruir antiguos testimonios.

P. DE LIÑÁN Y EGUIZÁBAL.

(En la revista *La Ciudad de Dios.)*

* * *

Nació Séneca en año que aún no ha podido fijarse con entera seguridad, probablemente hacia el 750 de la fundación de Roma, o sea, cuatro años antes de la era vulgar.

Su patria, Córdoba, sí que se encuentra consignada por los antiguos y hasta por él mismo, que repetidas veces alude a ella en sus obras: *Cordubensis nostri Municipii*. Vió, pues, la luz en la región de España, que quizá recibió los primeros gérmenes de una cultura, ya floreciente, según Estrabon, en la época de los Turdetanos.

Su familia era ilustre, rica y considerada entre las gentes patricias. Marco Anneo Séneca, su padre, primer individuo de la *gens Annea*, pertenecía al orden ecuestre, fué magistrado y agricultor en la Bética, y por su propio hijo sabemos que era de carácter rígido y chapado a la antigua. En tiempo de Augusto, pasó a Roma, donde se cree tuvo escuela de oratoria, lo que dió lugar a que se le designase con el sobrenombre de *el Retórico*, para distinguirle de su hijo Lucio Anneo, comúnmente llamado *Séneca el Filósofo*. Fué, sin embargo, aquél, más bien que Retórico el colector, poco afortunado de un género de discusiones que los antiguos llamaban *Suasorias* y *Controversias*.

Esta colección de trozos de discursos, que había oído en su juventud de boca de los más famosos oradores que sucedieron a Cicerón, hízola en su vejez a ruego de sus hijos Lucio, Novato y Mela, ayudado por su portentosa memoria que le permitía repetir quinientos versos seguidos y recordar palabra por palabra las estrambóticas declamaciones de sus contemporáneos.

La mayor pate de dichos fragmentos son muestras de esa clase de ejercicios oratorios, verdadera esgrima de escuela, juego

pueril en que se complacía entonces míseramente la juventud romana, discutiendo con detestable estilo causas fingidas de extravagante asunto, de forma absurda y pésimo gusto. Arte declamatorio, en suma, falso y enervante, que había sustituído a aquella *magna et oratoria eloquentia* de la era de Augusto, que vibró y fulminó en la tribuna y en el foro y murió al sucumbir las libertades romanas.

Erudito recopilador por puro *dilettantismo* de tan abigarrado género oratorio, protesta, sin embargo, como crítico, del mal gusto dominante en su época y del que él mismo no consigue librarse; consigna excelentes doctrinas en sus prólogos de las *Controversias* y *Suasorias*—documentos curiosísimos para el estudio de la historia literaria de su tiempo—; suspira por la grande y viril elocuencia, ya perdida; siente y deplora su decadencia, que combate en todas sus formas y agrádale tan sólo el modo de decir enérgico y agreste de Porcio Latrón, su genial paisano.

Si al afán declamatorio, triunfante en su siglo, y del cual él por necesidad tuvo que sufrir la influencia, se añade la tendencia común a los retóricos de la Bética, entonces en boga, hacia la hinchazón y el énfasis, abuso de color y conceptismo, aún debemos considerar más digno de encomio, que tratase de poner un dique al desbordamiento del mal gusto; aunque desgraciadamente fuera mayor entre sus coetáneos el influjo de los ejemplos perniciosos que recopiló, que el de sus sanos preceptos.

Lejos, pues, de ser él fautor de los vicios literarios de su época, es censor vehementísimo de ellos, y, como preceptista, puede, en cierto modo, ser considerado como discípulo de Marco Tulio y predecesor de Quintiliano; no obstante de que, como ya hemos dicho, sufriera el contagio funesto de la mala retórica imperante, contagio que comunicó a su hijo Lucio Anneo.

En la educación de éste se combinaron dos direcciones: beneficiosa la una para formar su carácter y desdichada la otra.

En su juventud, mostró Séneca aficiones no sólo a la filosofía teórica, sino también a la práctica, puesto que sabemos que observó la abstinencia pitagórica y los austeros principios de los estoicos, que aprendió de los griegos Sotion y Atalo, y de los romanos Demetrio el Cínico y Papirio Fabiano, todos ellos famosos en Roma, y de los que el mismo Séneca dejó cariñosos recuerdos en sus escri-

tos, y especialmente, en sus *Cartas a Lucilio*. A estos filósofos debió la parte robusta y viril de su carácter. Lástima grande que la segunda tendencia de que ya hemos hablado, la enervante manía retórica que formaba a la sazón el ambiente de Roma, se mezclase a su severa educación filosófica, haciendo que Séneca fuera a la vez que filósofo estóico, orador aplaudido y retórico a la moda. De aquí, esa especie de contradicción entre sus ideas y su estilo, entre su moral y algunas de sus acciones.

Ya en tiempos de Calígula se ejercitó en el foro, por consejo de su padre, y además desempeñó los cargos de cuestor y senador. Sus éxitos juveniles le hicieron caer en desgracia del extravagante Calígula, que no carecía de un cierto buen gusto, pero que entre sus locuras tenía la de creerse literato y, sobre todo, gran orador, y que llegó a decir de los discursos de Séneca, que parecían hechos de cal sin arena por lo abundantes en sentencias y faltos de trabazón.

Esta envidia imperial llegó a exacerbarse de tal modo, que Calígula pensó en matarlo y sólo desistió de su propósito (según cuenta Dion Casio), convencido por una de sus concubinas, de que siendo tan mala la salud del desmedrado filósofo, pronto se vería libre de él y de sus discursos, sin necesidad de acudir a la violencia. Realmente, la salud de Séneca no debía ser por aquel entonces muy buena (aunque él acaso por precaución exagerase sus dolencias); puesto que influído por la enseñanza de los pitagóricos, se ejercitó en la abstinencia, renunciando al lujo y a los placeres de la mesa; siendo su vida de asceta pagano, vivo contraste de la opulenta y corrompida de los romanos de su tiempo.

No creyéndose todavía seguro y aprovechándose de la estancia de Casio Pollion, su tío, en Egipto, en calidad de prefecto, huyó a las orillas del Nilo. Este viaje fué ocasión de que escribiese dos libros, que se han perdido, acerca del Egipto el uno y de la India el otro. Algunos eruditos, juzgando por los títulos de estas obras, afirmaron que Séneca viajó por la Persia, la Bactriana y la India; pero la verdad es, que nosotros no sabemos nada de positivo acerca de estos viajes a los que Séneca no alude en sus obras conocidas.

Lo que sí demuestran estos libros es una curiosidad científica hacia el estudio de la Naturaleza, tan poco frecuente entre los

romanos, que casi constituye una excepción en Plinio, y que en Séneca también se manifiesta en sus *Cuestiones naturales*, especie de manual de física, no falto de observación propia, y que aventaja a cuanto sobre el particular escribieron los romanos.

A su regreso de Egipto abrió una escuela en Roma que se vió muy concurrida. Pero acusado por Mesalina—ignórase con qué fundamento—de sostener relaciones adúlteras con Julia Livilla, hija de Germánico, fué desterrado por Claudio a la isla de Córcega. La semejanza de la causa del destierro de Séneca—según el sospechoso y tardío testimonio de Dion Casio—con la del de Ovidio nos hace imaginar que acaso se haya atribuído equivocadamente al extrañamiento de Séneca la misma causa que provocó el destierro del autor de las *Metamórfosis*. Por lo demás, sería inútilmente ridículo el pretender hoy averiguar la verdad de la existencia de estos amores, así como también de los que le han supuesto con Agripina. Tal discusión recordaría cómicamente la cruenta disputa sostenida en las asperezas de Sierra Morena entre Don Quijote y Cardenio, sobre si la reina Madásima tuvo o no amores con el maestro Elisabad...

Durante los ocho años de la estancia del filósofo en Córcega, se dedicó a sus investigaciones morales y cosmológicas y escribió además varios epigramas (únicos versos sueltos que de él nos quedan) y tres *Consolaciones* a Helvia, su madre, a Marcia y a Polibio. ¡Curioso contraste literario y moral el que ofrecen el primero y el último de estos documentos!

La *Consolación a Helvia*, en la que hace un magnífico retrato de su atribulada madre, es propia de un moralista incorruptible; moralista que desaparece en absoluto entre las bajezas de la desgraciada *Consolación a Polibio*, digna de ser comparada con la más triste y humilde de las elegías ovidianas.

Adula en ella la vanidad literaria del liberto, que se sentía hombre de letras con la misma razón que su amo el Emperador Claudio, que también se creía literato a pesar de ser un imbécil. Con el pretexto de consolar a Polibio de la muerte de su hermano, nuestro moralista, abandonado ya por su estoica filosofía, enaltece la gloria de vivir cerca del Emperador y le ruega que interceda para que termine su destierro.

De simple flaqueza literaria podría benévolamente calificarse

esta especie de memorial, sin el chocante contraste que ofrece con el libelo vulgarmente llamado *Apokolokynthosis*, o sea *Transformación de Claudido en Calabaza*, escrito por Séneca en los comienzos del reinado de Nerón, y en el que manifiesta en toda su crudeza su verdadero juicio—que era el de todos los romanos—acerca del ya muerto Emperador. Esta donosa sátira, comparable a los *Diálogos* de Luciano, es una especie de *Menipea*, escrita en prosa y verso, digna de la fama y del ingenio de Lucio Anneo.

Aunque con ello no demos una gran idea de la firmeza de carácter de nuestro biografiado, nos vemos obligados a reconocer que la misma mano que escribió la ampulosa, fría y pesada *Consolación a Polibio*, fué la que trazó los sangrientos perfiles del libelo contra Claudio. Diderot, entre otros, negó la autenticidad de la primera; en cambio, los escritores enemigos del filósofo han supuesto que el segundo no sea suyo. Medios ambos muy socorridos para defender la propia opinión apasionada. Nosotros, prescindiendo de estos juicios extremosos, admitimos como del mismo autor ambos documentos.

La subida de Agripina al solio imperial cambió los destinos del filósofo. Queriendo la Emperatriz dar satisfacción al mundo intelectual romano, que volvía sus ojos hacia el desterrado de Córcega, le designó para dirigir la educación de Nerón. ¿Cómo cumplió Séneca tan importante cometido? Muy mal, si sólo juzgásemos por los actos del discípulo.

Es cierto que en el llamado «quinquenio neroniano», Séneca, ayudado por el prefecto Burrhus, consiguió contener los feroces instintos de Nerón y atenuar la depravación de su gusto artístico. En las provincias donde sólo llegaban los decretos imperiales, obra de Séneca, acerca de la administración (excelente, según Dion mismo atestigua), se tenía un buen concepto de Nerón, hasta el punto de que a su muerte varios impostores tomaron su nombre para sublevar aquellas regiones.

Nerón, naturaleza vesánica, como la de casi todos los descendientes del matrimonio de Augusto con Livia, tenía el espíritu viciado por una cierta literatura que le llevaba a realizar en la vida lo que en el arte no podía ejecutar por falta de recursos artísticos. Era un mediocre—con todos los vicios inseparables de la mediocridad—que no sólo envidiaba, sino perseguía de muerte a los

literatos de valer. Su reinado fué de un romanticismo sanguinario y fúnebre, a la vez que voluptuoso y brutal, que llegó al colmo de lo horrible después de la muerte de Agripina.

Séneca tuvo en estas tendencias de Nerón una parte de culpa. Aunque era un gran moralista, hemos visto ya en él con toda claridad sus inclinaciones a la decadencia y al mal gusto. Estas inclinaciones que en el maestro—gran artista—se exteriorizan (atenuadas en parte por su genio), en los atroces argumentos de sus tragedias, que no son otra cosa que declamaciones en verso; en el discípulo—artista frustrado—que en cambio contaba con la voluntad y con el poder, se tradujeron en hechos. No pudiendo escribir tragedias, las vivió.

La influencia perniciosa que la literatura declamatoria de Séneca ejerció en el Emperador, fué en parte compensada por la sabia y consoladora doctrina de su Ética y de los libros *De Ira* y *De Clemencia*, que le dedicó.

Durante los primeros cinco años pudo contrarrestar un tanto sus instintos perversos; pero viéndose más adelante impotente para refrenarlos, fué poco a poco retirándose de los negocios. Desgraciadamente, aún tenía alguna parte en ellos cuando se cometió el parricidio contra Agripina.

Éste es el punto más sombrío de la vida de Séneca y uno de los más oscuros de la historia. Hasta el mismo Tácito no nos puede inspirar absoluta confianza, puesto que no es difícil descubrir en el pasaje de su historia que dedica a este drama, una tendencia a hacer efecto, a componer el cuadro.

Los apologistas de Séneca notan ciertas inverosimilitudes en los preparativos de la trirreme, en el modo de salvarse Agripina a nado en Baia y en la escena entre Nerón, Séneca y Burrhus. Aun siguiendo a la letra a Tácito, vemos que Séneca sólo tomó una parte indirecta en los hechos. El ilustre historiador con un estilo sobrio y elocuente, en él tan habitual, cuenta que al saber Nerón por el liberto de Agripina que ésta se había salvado, consultó con Séneca y Burrhus; les dijo que Agripina había querido matarle y les enseñó el puñal con que lo intentara, pidiéndoles consejo. Miráronse Burrhus y Séneca, y este último más fácil en expedientes—*hactenus promptior*—preguntó si se podría contar con los pretorianos. La respuesta fué negativa y Tácito añade (aunque sin

asegurarlo), que entonces Nerón, sin consultar más, ordenó al liberto Niceto que asesinase a la Emperatriz.

Muerta Agripina, Nerón envió un mensaje dando cuenta de su fallecimiento al Senado, documento que redactó Séneca. En las noticias que de él nos trasmite Tácito, se ve patente el afán de justificarse. Sin embargo, del único fragmento que del famoso mensaje nos queda en las *Instituciones Oratorias* de Quintiliano, se puede deducir que Séneca creía que Agripina había intentado matar a su hijo, dándose muerte después. De cualquier modo que los hechos ocurrieran, madre e hijo tenían poco que echarse en cara y el testimonio de Tácito es más contra Nerón y contra toda la familia de Augusto que contra el filósofo cordobés.

Después de la muerte de Agripina los favoritos de Nerón trataron de indisponerle con su maestro, diciéndole que éste con sus cuantiosas riquezas—que parece que ascendían a 300 millones de sextercios—quería formarse un partido en Roma anulando a Nerón. Séneca, previendo el peligro, pidió permiso al Emperador para cederle sus inmensos dominios—entre los que se contaban jardines espléndidos, descritos por Juvenal—y retirarse al campo. Tácito pone en boca del filósofo un discurso admirable con este argumento, y otro en la de Nerón, rehusando la oferta y manifestándole su filial cariño. No fiándose Séneca, renunció a su fastuoso tren de vida, licenció gran número de libertos y se fingió enfermo de la gota, retirándose a una de sus haciendas con Paulina, su mujer, y dedicándose a las especulaciones filosóficas.

Trató Nerón, en vano, de envenenarle, porque Séneca en su retiro sólo se alimentaba de frutos y bebía agua solamente. Por fin pudo Nerón realizar descaradamente sus deseos de matar a su maestro, aprovechando como pretexto la conspiración de Pisón. No hay indicios de que en ella tomase parte Lucio Anneo, aunque sí se sabe que estaban complicados su hermano Mela y su sobrino el poeta Lucano. Parte de los conjurados pretendían—según Tácito—hacerle emperador por sus virtudes. Cosa que no demuestra la complicidad del filósofo en la conjuración, sino solamente el gran concepto en que se le tenía por sus méritos.

Rodeado de sus amigos y secretarios cumplió la orden de Nerón, abriéndose las venas. Como por su mucha edad la sangre corriese con lentitud, tomó la cicuta, pero no le produjo efecto

alguno. Por último, se hizo conducir a un baño caliente. Al entrar en él echó agua sobre los esclavos que le rodeaban, diciendo: «Yo ofrezco estas libaciones a Júpiter libertador», y pronunciando filosóficas sentencias, murió con la estoica serenidad que convenía al autor de las *Epístolas a Lucilio*, el año 68 de J. C., octavo del reinado de Nerón.

* * *

Como complemento de la biografía e historia externa de Séneca, expondremos a continuación el cuadro general de sus obras, enumerándolas y clasificándolas.

Aun cuando son muchas y tan diversas las que de él han llegado a nosotros, bastantes son también las que en el transcurso del tiempo se han perdido y conocemos tan sólo por simples fragmentos o meras alusiones.

De Filosofía natural, por ejemplo, leyeron los latinos además de las *Cuestiones Naturales*, las siguientes obras: un libro sobre los terremotos *(De motu terrarum)*, que escribió Séneca siendo joven, otro de Mineralogía, acerca de las piedras *(De lapidum natura)*; otro sobre los peces *(De piscibus)*; un tratado de Cosmología *(De forma mundi)* y los libros ya indicados sobre la India *(De situ Indiae)* y el Egipto *(De situ et sacris Aegyptiorum)*.

De Filosofía moral hanse perdido también sus escritos *(Moralis philosophiae libri... Exhortationes, De Officiis, De inmatura morte, De matrimonio, De paupertate, De superstitione)*. Esta última obra de Séneca existía aún en tiempo de San Agustín, que la cita en su *Ciudad de Dios* por el interés que ofrecían las noticias curiosas que había en ella acerca de Mitología y del estado social del primer siglo del Imperio Romano.

No nos quedan tampoco sus discursos, y ya hemos dicho que fué orador político y forense, ni los documentos públicos (mensajes, oraciones, etc. que escribió para Nerón). Sabemos también que era muy considerado como poeta, pero sólo nos quedan las tragedias y epigramas antes citados. Además, escribió una biografía de su padre, un elogio de Mesalina, varias cartas a Novato y Cesonio Máximo; todo lo cual se ha perdido. Pero lo que resta de él basta para que admiremos su mente luminosa y sus condiciones de pen-

sador, moralista y poeta, que le hacen digno de su fama de gran polígrafo.

La más simple clasificación que podemos hacer de sus escritos, es la siguiente: Obras en prosa y composiciones en verso.

Al primer grupo pertenecen: Las *Cuestiones naturales*, dedicadas a Lucilio *(Naturalium Quaestionum libri VII)*. Tratado de Cosmología y Física, que aún servía de texto en la Edad Media. *De Clementia*, dos libros, de los cuales el segundo no está completo. *De beneficiis*, siete libros. *Epistolae ad Lucilium*, son veinte libros que contienen 124 epístolas. *Dialogorum libri XII*, que comprenden las siguientes obras: un libro *De Providentia*, otro *De Constantia sapientis*, tres libros *De Ira*, uno *De Consolatione ad Marciam*, otro *De Vita beata*, un opúsculo *De Otio* (incompleto), uno *De tranquillitate animi*, otro *De brevitate vitae* y las *Consolaciones* a Polibio y a Helvia.

Debemos advertir que estos tratados se designan en el códice más antiguo con el nombre de Diálogos, no por las razones a que obedece Platón al dar este calificativo a sus obras, sino en el sentido estoico; es decir, porque el filósofo habla en ellos como si tuviese ante sí un interlocutor, a cuyas supuestas objeciones responde.

Antes de enumerar las obras que pertenecen al segundo grupo de nuestra clasificación, debemos, desde luego, rechazar, por falta de datos, la existencia de un Séneca, *el Trágico*, diferente de Lucio Anneo.

De las tragedias a él atribuídas, cuatro *(Medea, Hipólito, Edipo* y *Las Troyanas)* son indudablemente suyas, según el testimonio de Quintiliano. Las demás *(Hércules furioso, Las Fenicias, Agamenón, Thyestes, Hércules en el Eta)*, muy conformes con el estilo y caracteres de las tragedias auténticas de Séneca, deben de estar escritas por discípulos inmediatos y acaso parientes del maestro, puesto que sabemos que su hermano y algunos de sus sobrinos, se dedicaban a la literatura. Las referidas tragedias están tomadas de Sófocles y Eurípides. La única de argumento romano y en la que figura como personaje el propio Séneca, la *Octavia*, debió de ser hecha con posterioridad a la muerte de Nerón, de cuya caída en ella se habla, y probablemente por Floro, amigo de Adriano, y quizá de la *gens Annea*.

La colección de estas tragedias *(Senecanum opus)*, de rigurosa autenticidad las unas, y atribuídas, con más o menos fundamento las demás a nuestro trágico, está inspirada, como la *Farsalia*, en un concepto de estoicismo práctico, y en la forma ostenta un carácter uniforme de ampulosidad y de romanticismo.

Además de la colección de tragedias, debemos citar las siguientes composiciones en verso: *A Córcega, A la ciudad de Córdoba, A un amigo, Contra un enemigo, Poder del tiempo, Un voto, Epitafio.* Finalmente, también incluímos en este grupo, aunque parte de ella esté escrita en prosa, la *Apokolokyntosis*, título que se ve sustituído en algunos códices por este otro: *Divi Claudii Apotheosis a Seneca per saturam.*

A la fama de que gozaron las obras de moral de Séneca se debió no sólo que fuesen copiadas con esmero, sino el que algunos autores tratasen de dar autoridad a sus trabajos atribuyéndoselos al filósofo cordobés. En este caso se encuentran las 14 epístolas a San Pablo, hoy de indiscutible falsedad, pero que San Agustín y San Jerónimo citan como auténticas.

En la Edad Media era tanto el renombre de Séneca que se le atribuyeron: La obra de San Martín Dumiense, Obispo de Braga, que floreció en el 560; un compendio de historia romana, de Floro; y con algo más de fundamento la obra de Petrarca, *De remediis utriusque fortunae*, para la cual el escritor italiano aprovechó el tema y varios fragmentos del trabajo de Séneca: *De remediis fortuitorum*, que se había perdido.

Los manuscritos de las obras en prosa de Séneca son numerosos, pero en su mayoría de fechas recientes. Los más antiguos son el *Mediolanensis* del siglo IX, el *Memmianus* y el *Bongarsianus* (perdidos) y un *Berolinensis* del siglo XIII. Para la primera parte de las Epístolas, un *Parisinus;* para la segunda, los manuscritos de Bamberg y de Strasburgo del IX y del X. Notabilísimo el códice de la Ambrosiana de Milán, del siglo IX, que contiene doce Diálogos y ha servido de base de las ediciones modernas.

La edición *princeps* de las obras en prosa de Séneca hízose en Nápoles en 1475. De las tragedias hay fragmentos en un códice de miscelánea del siglo IX al X. Pero el que tiene mayor número es el códice florentino de la Medicea, que ha servido de base principal para las ediciones críticas modernas. Entre éstas las dos más acep-

tables son las de Fickert y Haase. La segunda (Leipzig, 1878), que es la más usual, forma parte de la edición de Teubner. Para el teatro de Séneca es la más corriente la de F. Leo. Berlín, 1879.

Los mejores comentaristas de Séneca fueron Erasmo, Muret, Justo Lipsio, Ruhkopf, Fickert, Diderot, Rousseau, Quevedo y Martín del Río. Y en nuestros días Haase, Baehrens, Cornelissen, Madvig, De Maistre, Fleury, Aubertin, Prevost-Paradol, Gastón Boissier y Martha.

M.[ANUEL] M.[ULTEDO].

(De *El Globo*, Madrid.)

. . . . . .

. . . . . [1]

Influencia filosófica y moral de Séneca

La cuestión de las relaciones de San Pablo y Séneca, puede considerarse como el primer capítulo de la historia de la influencia de Séneca en el pensamiento filosófico y moral de las generaciones sucesivas.

Explicación de esta influencia. Sus caracteres. Séneca influye más por sentencias y aforismos aislados que por el conjunto de su doctrina. Influye principalmente como moralista. La eficacia de su pensamiento ético es independiente de la metafísica estoica, que paulatinamente y por las tendencias del genio romano, iba quedando relegada a segundo lugar, aun entre los estoicos mismos. Así como el eclecticismo de Séneca le había permitido adoptar ideas de diversas procedencias, así esta misma amplitud suya de criterio, y si se quiere su propia indiferencia doctrinal en algunos puntos y lo que llamaban los antiguos la *poca diligencia* o preci-

---

1 *Nota del Colector.*—No hemos podido hallar desgraciadamente reseñas de las lecciones correspondientes a los apartados 3.° y 4.° en los que habló Menéndez Pelayo de los sistemas metafísico y moral de Séneca, materia, sin duda, la más importante de cuanto dijo sobre el filósofo cordobés; pero ofrecemos en cambio al lector en las páginas que siguen dos guiones que sirvieron al Maestro para la explicación en la cátedra del Ateneo. El primero solamente se ha publicado en el «Boletín de la Biblioteca de Menéndez Pelayo», y el segundo, que es el más extenso, ha estado hasta hoy completamente inédito.

sión de su filosofía teorética, contribuyó acaso a hacer más duradera su influencia moral, y a que ésta pudiera acomodarse a hombres de diversas escuelas, de diversos tiempos y hasta de religiones distintas. Contribuyó también al crédito persistente de las enseñanzas de Séneca su estilo que tiene grandes defectos, pero también grandes cualidades: brillante, rico de antítesis y de imágenes, rico en fórmulas de inmejorable concisión, lleno por una parte de ingenio y agudeza (elemento intelectual) y por otra de color y vibración nerviosa, estilo febril y agitado que parece reproducir las convulsiones de una sociedad enferma; estilo romántico dentro de la antigüedad, estilo de escuela cordobesa, abundante en sorpresas, donde las ideas cruzan como relámpagos, estilo admirable en su propio desorden, aunque no pueda proponerse como tipo de belleza clásica y aunque fatigue la imaginación por exceso de brillantez y el entendimiento por exceso de sutileza; estilo caracterizado por una continua efusión de luz, que sin intermitencia deslumbra los ojos, y que principalmente carece de claro-oscuro. A esta opulencia fastuosa del estilo, que contrasta con la austeridad de la doctrina y con el corte seco y rígido de las cláusulas y al modo original con que Séneca renueva todos los lugares comunes, se debe en parte su prestigio, pero se debe, sobre todo, a lo elevado de su ideal ético y al sentimiento exquisito y a veces gracioso que tuvo de la belleza moral, al tono familiar y cariñoso de su enseñanza, a la fuerza trágica con que expone los conflictos y las angustias de la conciencia y a la emoción personal que pone en sus predicaciones, al interés dramático que sabe comunicar a los problemas morales, rompiendo con la luminosa serenidad de la filosofía antigua: todo lo cual hace de él un escritor esencialmente moderno, un filósofo doméstico, un consolador de las almas afligidas.

Nunca ha influído por el conjunto de su sistema, pero puede decirse que ha influído siempre y que su espíritu vive perenne no sólo en la moral práctica, sino en ciertos puntos de filosofía trascendental: influye por las tendencias eclécticas o más bien armónicas de su pensamiento: por la conciliación entre los conceptos platónico de la *idea* y aristotélico de la *forma;* influye, sobre todo, por su filosofía de la voluntad (Fichte, Maine de Biran, Schopenhauer...), y por su doctrina de la conciencia, y de la inmanencia de Dios en el fondo del alma.

Entre los antiguos, los gramáticos y retóricos como Quintiliano, Fronton y Aulo Gelio, le zahieren y tienen en poco por su estilo. Los filósofos, los moralistas como Epicteto y Marco Aurelio desarrollan y continúan ampliamente sus enseñanzas. El estoicismo sentado en el trono imperial.

Los cristianos le adoptan. La Edad Media cree en el cristianismo de Séneca, y aunque no influye en el organismo de la escolástica, como otros filósofos más metódicos, principalmente Aristóteles, sirve de fondo a todas las compilaciones morales, a todos los centones de máximas, que suelen decorarse con los nombres de *Séneca* y *Catón,* como tipos de la sabiduría moral y práctica entre los antiguos. El nombre de Séneca, principalmente en su patria, España, llega a hacerse sinónimo de sabiduría. El de *De remediis fortuitorum* del Petrarca pasó por de Séneca.

El Renacimiento niega el cristianismo de Séneca (Luis Vives y Erasmo los primeros); pero sigue venerándole como rey de los moralistas. Montaigne se funda principalmente en las máximas de Plutarco y de Séneca, y llama la doctrina de éste *la Crème,* es decir, la nata de la filosofía. Muchas veces traduce a Séneca sin decirlo y le mezcla con las conclusiones de su propio escepticismo risueño y mundano.

Renacimiento erudito del estoicismo. Justo Lipsio levanta un monumento a la gloria de la filosofía de Séneca. Síguenle muchos españoles, especialmente Quevedo y Gracián (Malebranche). Los cartesianos le tienen en poco.

Séneca en los moralistas franceses del siglo XVII: Le Rochefoucauld, La Bruyere. Séneca en el siglo XVIII. J. Jacobo Rousseau, mezcla de estoico y de cínico, repite muchas de las paradojas de Séneca en la carta sobre los espectáculos, en el discurso sobre la desigualdad de las condiciones, en la carta sobre el suicidio inserta en *La Nueva Eloisa;* el famoso trozo del Emilio declamando contra el uso de comer carne de animales, procede de Séneca.

Entusiasmo delirante de Diderot por Séneca, y fogosa apología que hace de su vida y doctrinas.

La Harpe contra Séneca.

Séneca en los filósofos de la voluntad:

A) El estoicismo Kantiano. La crítica de la Razón práctica. El Imperativo categórico. Las teorías estéticas y la práctica dra-

mática de Schiller. Escritos morales de Fichte *(Discursos a la nación alemana)*. Introducción a la vida bienaventurada, etc.

B) Maine de Biran, reacciona contra la ideología sensualista, partiendo de un punto de vista psicológico análogo al de Séneca: teoría del esfuerzo voluntario.

C) Influencia de Séneca en el pesimismo de Schopenhauer, tanto por su doctrina de la voluntad, como por sus aforismos prácticos. Gracián, sirve de lazo entre Séneca y Schopenhauer. Acción inconsciente de la voluntad en Schopenhauer: filosofía del dolor y de la muerte.

Acción consciente y libre de la voluntad en Séneca: (filosofía del ser y de la vida.)

D) Séneca en España. Primer senequista español, San Martín Dumiense (siglo, VI) oriundo de Panonia (actual Hungría), catequista de los suevos *(De differentiis quatuor virtutum, Fórmula vitae honestae, De moribus*, etc.). Sus obras llegaron a confundirse durante la Edad Media con las de Séneca, cuya doctrina reproducen, aunque cristianizada.

Siglos XIII y XIV. En las compilaciones morales de estos siglos predominan las sentencias arábigas, pero hay también muchas de Séneca («El de Córdoba») con preferencia a las de cualquier otro filósofo gentil. *(Libro de los doce sabios, Poridat de Poridades, Bonium, Flores de Philosophia, Livre de la Saviesa, Castigos et documentos* de Don Sancho, etc.)

Siglo XV. La influencia latina, pero mucho más de Séneca que de M. Tulio, triunfa de la influencia oriental en nuestros moralistas. *Virtuosa Bemfeitoria*, del Infante Don Pedro; *Leal Conselheiro*, del rey Don Duarte; Fernán Pérez de Guzmán, traductor de las epístolas; don Alonso de Cartagena, Obispo de Burgos, traductor de varios tratados *De vita beata, De providentia*, etc. Dice de Séneca que «puso tan menudas y juntas las reglas de la virtud en estilo elocuente, como si bordara una ropa de argentería, bien obrada de ciencia, en el muy lindo paño de la elocuencia».

El Dr. Pedro Díaz de Toledo, traductor y glosador de los *Proverbios*. «En él se mezcla la influencia platónica con la de Séneca.»

El Rey de Aragón Alfonso V. Traductor de las epístolas de Séneca en la poesía moral: «El Marqués de Santillana» *(Bias contra Fortuna*, etc.).

Siglo XVI. El pensamiento armónico de la metafísica de Séneca reaparece en Fox Morcillo.

En el siglo XVI, sin embargo, los metafísicos predominan sobre los moralistas: es la edad de oro del genio nacional: aristotelismo alejandrista, helenista o clásico (Sepúlveda, Govea, Cardillo, Núñez), el anti-aristotelismo y ramismo (Herrera, [1] Núñez Vela, *el Brocense)*. Platonismo y neo-platonismo (León Hebrero, Fox Morcillo). Pensadores independientes—filosofía crítica, vivismo o eclecticismo español—(Vives, Gómez Pereyra, Vallés, Huarte, doña Oliva, Francisco Sánchez). Peripatismo escolástico (Suárez, Vázquez, etc.). Entre los místicos y ascéticos sólo Fr. Luis de León aparece influído por conceptos estoicos («Dichoso el que jamás ni ley ni fuero...»).

En el siglo XVII se imponen los moralistas: *Razzia* [sic] pesimista. Su influencia en la poesía: la *epístola moral.*

El senequismo del siglo XVII: Quevedo, Saavedra Fajardo (más bien Tácito y Maquiavelo que Séneca), Baltasar Gracián.

Libros de Núñez de Castro, Martín Rizo, Díaz de Aux y otros muchos, en pro y en contra de Séneca *(Séneca juez de sí mismo, Séneca contra Séneca, Séneca y Nerón,* etc.). *El Heráclito y Demócrito,* de Alonso López de Vega, «que en el ingenio parece un Séneca y en el decir le excede». Riqueza de la literatura senequista en el siglo pasado.

Todavía pueden encontrarse rastros del estoicismo de Séneca en Quintana («granos todos de incienso...») y de su estilo brillante, antitético y paradójico, en los escritos filosóficos de Donoso Cortés, que parece el último retoño de la escuela cordobesa.

M. MENÉNDEZ PELAYO.

* * *

Tragedias de Séneca.—Sus orígenes y suerte que han tenido en el mundo.

Durante la Edad Media Séneca sustituye en el mundo latino a los trágicos griegos, enteramente desconocidos hasta el Renaci-

[1] *Nota del Colector.*—Hernando Alonso de Herrera.

miento. Aun dentro de él, y en los primeros momentos no pierde el crédito antiguo. Hacia 1480 se representó en Roma el *Hipólito* (en su original latino), haciendo el papel de Fedra el sabio Inghirami. Séneca fué antes de los griegos, el modelo de los modernos. Ya en el siglo XIV le imitaba en Italia Mussato. (Vide el libro de Chassang, *Essais dramatiques imités de l' antiquité au XIV^e^ et au XV^e^ siècle*. París, 1852.)

Agamenón. Tiene muy pocas relaciones, fuera del asunto general, con la obra imponente de Esquilo. Ignoramos las que pudieron unirle con el *Agamenón* de Ion y con la *Clitemnestra* de Sófocles, porque estas obras se han perdido, lo mismo que el *Egisto*, de Livio Andrónico, y el *Egiito* y la *Clitemnestra* de Attio, cuyos rarísimos fragmentos conservados tampoco tienen que ver con la pieza de Séneca. Lo que tiene que ver, y mucho, es un fragmento de 300 versos de una *Clitemnestra*, exhumados en 1805 por Matthaei, como obra de Sófocles. Pertenecen a un imitador de Séneca *(simia Senecae*, dice Boissonade) de la extrema decadencia bizantina. Es curioso este hecho, que demuestra la popularidad escolástica de las tragedias de Séneca en todas las épocas y países de mal gusto, aun en la patria degenerada de Sófocles.

Patin llama al *Agamenón* senequista: «esbozo incoherente y confuso, donde sólo pueden notarse algunos rasgos felices de diálogo». Es, sin duda, la peor de las tragedias, después de la *Octavia*, y la antítesis más viva de la manera de Esquilo. Séneca (a imitación, sin duda, de otros trágicos), ha despertado un interés de curiosidad, desconocido del vetusto trágico ateniense. Pero en esto han sido más felices que Séneca Alfieri y Lemercier, a quienes en esta parte abre el camino, modernizando el asunto y quitándole grandeza épica y solemnidad expiatoria. Lo menos malo que hay en Séneca son algunos rasgos del personaje de Casandra, que por otra parte Séneca ha desnaturalizado, dándole una sed de venganza feroz en vez de la piedad que rebosa en Esquilo.

Vicimus victi Phryges, etc.
(acto 5.º, verso 859 y ss.)

Entre las obras modernas inspiradas por este asunto son imitaciones de Séneca la de Carlos Toutain, amigo de Baif y de los

demás poetas de la Pléyade (1557), la de Duchat (1561), la de Rolland Briset y la *Clitemnestra*, de Pierre Matthieu (1589), el *Agamenón* de Arnaud (1642), escrita en el estilo sentencioso, y la de Boyer (1680), todas oscurísimas y detestables, según Patin.

Thomson, Alfieri y Lemercier (traducido en verso castellano por Tapia) tienen ya muy poco de Séneca, aunque no dejaron de estudiarle para sus respectivos *Agamenones*. Lemercier es el más ecléctico. Alejandro Dumas, en la primera parte de su *Orestia* (1856), sigue con bastante fidelidad a Esquilo. Alfieri llama *pésimo* al *Agamenón* de Séneca, y dice que le cerró, al escribir el suyo, para no encontrarse con él. ¡Todavía no había leído a Esquilo!

Hércules Eteo. El modelo más remoto son *Las Traquinianas* de Sófocles, a la cual siguieron en el mismo teatro griego otras tragedias oscuras y perdidas, v. g. el *Hércules abrasado* de Spintharo. Ovidio tiene, como de costumbre, su parte de influencia en Séneca, por las *Heroidas* y por las *Metamórfosis*.

La tragedia es de las peores de Séneca, por el desorden de su plan, por la extravagancia de sus personajes, que parecen gigantescos muñecos movidos por groseros resortes. La tierna venganza de Sófocles se ha convertido en una furia, en una bacante, y Hércules en un fanfarrón o *miles gloriosus*, que desafía al dolor y le llama al combate, y describe sus propios padecimientos con la exactitud de un anatómico o de un sonámbulo lúcido, y recuerda, en tan tremenda situación, las altas empresas de su vida. Todos los personajes hablan con la misma difusión, afectación y énfasis. Las imitaciones francesas, todas bien infelices y olvidadas, lo son generalmente de Séneca, especialmente el *Hércules* de Prévost (1614), el *Hércules moribundo* de Rotrou (1632), que añadió, según la costumbre, insípidos amoríos de su cosecha; el *Hércules* del Abate Abeille, publicado a nombre del comediante La Thuillerie, en 1681; *Alcides o el triunfo de Hércules*, tragedia-ópera de Campistron (1693); la *Muerte de Alcides*, tragedia de Dancourt (1704); *La muerte de Hércules*, tragedia de Renou (1757); el *Hércules moribundo*, ópera de Marmontel (1761); el *Hércules en el monte Eta*, de Lefevre (1787); *La muerte de Hércules*, de Lafond, actor trágico tan notable como infeliz poeta (1793). C. Théveneau escribió en 1804, imitando las cantatas de Rousseau, un poema ditirámbico, *Hércules en el monte Eta*, lleno de inspiración, de vigor y de energía,

e inspirado principalmente por Séneca. (Vide el *Séneca trágico*, de Lemaire, tomo III, págs. 128 a 153.)

Aparte de este ditirámbico robo, la obra de Rotrou, y sobre todo el libro 15.º del *Telémaco*, donde este asunto se reproduce, fundiéndose rasgos de Sófocles, Séneca y Ovidio, merece recuerdo.

Nosotros tenemos la «*Tragedia de Hércules Furente y Oeta, con todo el rigor del arte, por Francisco López de Zárate. Dedicada a D. Pedro Messía de Tovar, conde de Molina, del Consejo de su Magestad, en el Real de Hazienda, Governador de Cádiz*». Pp. 250 a 338 de las «*Obras varias de Francisco López de Zárate. Dedicadas a diferentes personas. Año 1651. En Alcalá, por María Fernández, a costa de Tomás Alfay*». Engendro monstruoso en la concepción, y desmayado y frigidísimo en el estilo. Su autor, poeta prosaico y predecesor de la escuela del siglo XVIII, que por boca de Montiano le elogió como escritor de estilo «alto, noble y conceptuoso», fundió violentamente en uno los dos *Hércules* de Séneca, suprimió los coros y usó gran variedad de metros, incluso los de ocho y siete sílabas, y en otras cosas combinaciones sumamente artificiosas, tales como octavas y sonetos, contemporizando en esto con los hábitos teatrales de su tiempo.

Edipo. No hay duda que Sófocles fué el principal modelo de la tragedia de Séneca, aunque pueda haberse valido también de Eurípides o de algún otro de los numerosos Edipos griegos perdidos. «Séneca (dice Patin) ha sustituído, según su costumbre, el orden por la casualidad, la acción por los cuadros y las máximas, la naturalidad por la exageración, la sencillez por el énfasis; no puede ni quiere interesar ni aterrar ni conmover: busca sólo texto para amplificaciones pomposas y controversias sutiles; trabaja, no para el teatro, sino para la escuela, y sus mejores versos, los que centellean en medio de las tinieblas de este fárrago trágico, por la brillantez de las imágenes, por la viveza del giro o por la fuerza del concepto, son de un retórico más bien que de un poeta dramático. El drama propiamente dicho, ocupa muy poco lugar, es como el pretexto, y está ahogado bajo un tropel de lugares comunes de toda especie: descripción de la peste, del sacrificio, de la evocación, recuerdos de toda la historia fabulosa de Tebas desde Cadmo, disertaciones morales sobre los peligros de la grandeza, sobre las ventajas de la medianía...»

De los *Edipos* modernos sólo el de Corneille, el más endeble de todos, desciende del de Séneca. Dryden, Corneille, La Motte, Voltaire, José María Chénier, Forciroli, Lacroix, Martínez de la Rosa, intentaron, cada cual a su manera, seguir las huellas de Sófocles, y generalmente maltratan a Séneca en sus preámbulos.

«Al leer la tragedia de Séneca—dice Martínez de la Rosa—, se echa de ver que, habiendo dejado subsistir los defectos que se imputan, por lo común, a la de Sófocles, apenas acertó a sacar de ella ningún provecho. No echó mano, es cierto, de materiales extraños y de episodios inútiles para completar su composición, como lo han hecho casi todos los modernos, pero... a duras penas mueve una acción flaca y desmayada. Dos actos llenó, cada cual con una escena... y se echa de menos en la tragedia latina el artificio dramático que se admira en la griega; la exposición magnífica, el nudo hábil y la solución inimitable... En la tragedia latina averigua Edipo, por medio de un diálogo con Yocasta, que él fué quien mató a Layo, lo cual aumenta la inverosimilitud de no haberlo preguntado y sabido antes; verificado este descubrimiento, que poquísimo efecto produce en el ánimo de uno y otro, retírase de la escena la Reina, sin saberse el motivo ni el objeto. De donde provino también que Séneca omitiese una de las mayores bellezas del ejemplar griego, porque..., habiendo alejado de la escena a Yocasta en punto tan importante, suprimió la bellísima inquietud de la Reina, y desaprovechó la impresión terrible, que debe producir su retirada silenciosa, presagio de mayores desdichas.

En la larga descripción que hace un nuncio, en la tragedia latina, del castigo que se ha impuesto Edipo, se nota inverosimilitud en las circunstancias, afección en los discursos y sobrada prolijidad en los pormenores. Lo que merece notarse con especialidad (por el sentido estoico y fatalista) es el coro que se halla en la escena segunda del último acto.

El instinto delicado de los griegos dió a conocer a Sófocles que, después de saber los vínculos que los unían, ni un sólo momento debían presentarse juntos Edipo y Yocasta, así es que, aun antes de aclararse el misterio, huye aquélla de la escena, llamando a Edipo *desdichado*, por no saber qué nombre darle. Lo contrario hizo Séneca: sacó a la escena, después de tiempo, a Yocasta; le

hizo dudar sobre el nombre que daría a Edipo, explanando malamente lo que tan bello era no diciéndolo.

Pide a su hijo que la mate, ya que mató a su padre: le arrebata luego la espada que ciñe (cosa contraria a los usos griegos), y después de tenerla en la mano, duda si se herirá en el pecho o en el cuello, y, al fin, resuelve traspasar con ella el seno criminal que pudo contener juntamente a un hijo y a un esposo. Nada hace ni dice Edipo para impedir esta muerte, y así es que el final de la tragedia parece frío y poco natural, a pesar de las bellezas esparcidas que en él se notan, no menos que en lo restante de la obra, porque el carácter trágico de Séneca, más enérgico y vigoroso que tierno y patético, le hizo lucir en su composición muchos rasgos varoniles y hermosos, capaces de honrar al mejor poeta, pero no le consintió y mucho menos con los achaques, declamación y mal gusto, desplegar con maestría los sentimientos más delicados del corazón humano, como lo hizo tan hábilmente el trágico de Atenas.»

El *Edipo* de Corneille, producción debilísima de su vejez, fué representado en 1659. Le habían precedido, y deben ser imitaciones de Séneca, uno de Juan Prévost en 1605, y otro de Nicolás de Sainte Marthe en 1614.

Druyden (1679) imita a Séneca en lo de presentar al adivino Tiresias con su hija Manto y, sobre todo, en las repugnantes conversaciones de Yocasta con su hijo antes de matarse, añadiendo nuevos y nuevos horrores.

Tebaida. No tiene relación alguna con la *Antígona* de Sófocles, y la tiene muy remota con las *Fenicias* de Eurípides. Pero es de la misma familia que la *Tebaida* de Estacio, tan hinchada y declamatoria como ella, aunque en forma épica.

Racine escribió en el prefacio de sus *Hermanos enemigos:* «En cuanto a la *Tebaida* que pasa por de Séneca, yo me inclino a la opinión de Heinsio, y creo, como él, que no sólo no es tragedia de Séneca, sino que es la obra de un declamador que no sabía lo que era una tragedia.»

Falta el 5.º acto. No tiene coros en ninguno de los anteriores.

Pero si Racine la ha imitado menos, tomaron mucho de ella, lo mismo que de Estacio, Garnier y Rotrou para los primeros actos de sus respectivas *Antígonas* (1580 y 1638), que son en los

últimos actos un fárrago grosero, mixto de Sófocles y de Eurípides, y de languideces sentimentales que no son griegas ni romanas.

Advierte St. Marc Girardin, en la lección 3.ª de su curso de *Literatura dramática*, con ocasión de esta *Tebaida*, que Seneca es el verdadero inventor de ese procedimiento tan familiar a la literatura moderna, que consiste en establecer cierta simetría entre el hombre y la naturaleza, entre la sombría oscuridad de los bosques solitarios y los crímenes del malvado. Todo malvado ha de tener su caverna, su noche y su tempestad, nada de crímenes en día claro y sereno: el furor de las pasiones exige para estallar el furor de las tempestades. Así Séneca no se contenta con los infortunios del Edipo antiguo, sino que hace uno a su modo, pretencioso afectado, declamador, comentador y parafraseador de sus crímenes, poniendo sus infortunios en escena y pensando mucho en la decoración, puesto que va a ocultarse pintorescamente al fondo de un antro rodeado de bosques.

Es el primer tipo del malvado fatídico, que parece enorgullecerse de sus propios crímenes, como si fuera por ellos un ser privilegiado.

> Ego ille sum, qui scelera conmitti vellem,
> Et abstinere sanguine a caro manus,
> Doceam?...

La Yocasta de Séneca no es menos sentenciosa, no menos declamatoria; pero, por desgracia, la han imitado, prefiriéndola a la de Eurípides, no ya sólo Garnier y Rotrou, sino el mismo Racine, y a pesar de lo que dice en su prefacio. De Séneca y no de Eurípides ha tomado el consejo que Yocasta da a Polínice de ir, como caballero andante, a conquistar un reino en Asia, en vez de empeñarse en reinar sobre Tebas. De Séneca y no de Eurípides, ha tomado, parafraseándole mucho, para evitar el sabor antimonárquico y revolucionario, este pensamiento que, a modo de consuelo, da Yocasta a Polynice: *Ne metue: poenas et quidem solvet graves: Regnabit...*

En concepto de Patin, la *Tebaida* es un caos donde se amontonan todas las formas del mal gusto: difusión y sequedad, énfasis y trivialidad, rudeza y afectación, extravagancia y frialdad, las variedades más discordantes de lo falso y de lo feo, escapándose

a veces relámpagos brillantes de poesía en medio de tantas figuras sutiles y de tantos detalles atroces y repugnantes en que el incesto y parricidio parecen pretexto para los caprichos más extravagantes y los más estudiados artificios de pensamiento y de estilo.

Afirma que los *Hermanos amigos* de Racine no tienen *casi nada* de Eurípides. Alfieri se aleja menos de éste, pero no defraudaba a Séneca, antes dice de él en su autobiografía (Época IV, cap. II): «En 1776, durante mi estancia en Pisa me di a leer mucho las tragedias de Séneca, aunque bien veía que eran en todo contrarias a los preceptos de Horacio. Pero algunos rasgos de verdadera sublimidad me arrebatan, e intenté traducirlos en verso suelto para mi doble estudio del latín y el italiano, para verificar y adquirir estilo. Al hacer estas tentativas comprendí la gran diferencia que hay entre el verso yámbico y el verso épico, y entre el metro del diálogo y el de cualquiera otra poesía, y al mismo tiempo quedó para mí evidentemente demostrado que no teniendo nosotros, los italianos, otro verso que el endecasílabo para toda composición heroica, era preciso crear un corte de palabras, un romper siempre variado de sonidos, un *frasear* de tal brevedad y fuerza que distinguiese absolutamente el verso suelto trágico de cualquier otro verso suelto y rimado, así épico como lírico. Los yámbicos de Séneca me convencieron de esta verdad, y quizá en parte me dieron los medios de vencerla. Algunos rasgos varoniles y feroces de este autor deben la mitad de su energía sublime al metro poco sonante y despedazado.

:....Concede mortem:
Si recusares, darem.....

»La lectura de Séneca me inflamó y esforzó para idear de un parto dos tragedias gemelas: el *Agamenón* y el *Orestes*. No me parece, sin embargo, que hayan resultado un hurto hecho a Séneca.»

La *Polínice* de Alfieri está bizarramente traducida al castellano por Saviñón con el título de *Los Hijos de Edipo*.

Hipólito. Es la más notable de las tragedias de la colección senequista y también la más célebre, por servir de eslabón entre Eurípides y Racine.

Bellísimos versos que condensan el carácter de Hipólito (654-660):

«Est genitor in te totus: et torvae tamen
Pars aliqua matris miscet ex aequo decus.
In ore graio scythicus apparet rigor.»

Los cita Schlegel contra Racine.

La principal novedad de Séneca consiste en hacer que Fedra se declare por sí misma y no por medio de su nodriza.

La Fedra de Séneca difiere no menos profundamente de la de Eurípides que de la de Racine: «No resiste (dice Patin) a sus deseos feroces: se abandona a ellos por el contrario, proclamándolos impúdicamente, confesándoselos sin vergüenza al mismo que los ha inspirado, buscando con audacia el modo de satisfacerlos, cayendo a los pies del varón que ama y después de haber intentado salvar su honor por medio de una atroz calumnia, sucumbiendo a una desesperación innoble y haciendo gala, hasta en el último momento, y a los ojos de su esposo, de los sentimientos de un amor infame. Es el vicio endurecido, sin pudor y sin remordimiento; es una imagen degradada de la naturaleza humana, y si el objeto de la tragedia es reproducir la dignidad de ésta, nada más extraño al arte que semejante pintura.» Reconoce numerosas bellezas de pensamiento y de estilo, aprovechadas por Racine.

Insinúa que la Heroída IV de Ovidio pudo dar a Séneca algunos rasgos, pero que no hay en ella nada que se acerque a la escena 3.ª del acto II (versos 608 y ss.), famosa, sobre todo, por la admirable imitación de Racine: es decir, la escena de la declaración de Fedra, «el más bello título de Séneca a la gloria dramática». Admira el artificio singular de este diálogo, y todas esas relaciones imaginarias de viuda de Teseo, de hermana, de criada de Hipólito, que Fedra va poniendo por delante, al paso que Hipólito la llama madre.

El mismo artificio, sino que en orden inverso, presentó Schiller en *D. Carlos* (acto 1.º, escena 5.ª): «Alabemos a Séneca (añade), pero esta escena tan audazmente concebida, y tan hábil, tan naturalmente conducida, siguiendo el proceso lógico de la pasión.» Esa palabra *Miserere amantis* (te amo), tan largo tiempo esperada, tan preparada, y, por decirlo así, envuelta en todo lo que precede, concluye felicísimamente esta tirada apasionada.

Racine ha imitado toda esta escena, atenuando la brutalidad de Hipólito.

El *Hipólito*, en su texto original, fué representado en Roma en 1483. En Francia, le imitó Garnier en 1573 y en 1635 La Pinilière, y en 1646 Jilbert, que ya recordó algunos rasgos de Eurípides. Racine los hizo olvidar a todos lo mismo que a su insulso émulo Pradon (1677).

Medea. Imitada de Eurípides lejanamente. «Retoño degenerado de la *Medea* de Ovidio (en los Metamórfosis), porque también Ovidio había compuesto una tragedia de *Medea* que no tenemos», dice Patin. Séneca, como Ovidio y todos los autores de decadencia ha hecho consistir el principal interés del personaje de Medea en su poder mágico y en la descripción de sus encantos (Confer. Lucano: la maga de Tesalia). Obedecían en esto a la tendencia de una época incrédula que se refugiaba en las supersticiones. Enumeración infinita de raros y exóticos ingredientes, plantas envenenadas y bestias ponzoñosas de todos los países, despojos de todos los monstruos de la fábula: ciencia de farmacia mágica, que puede agradar a las gentes del oficio, pero en la cual nosotros, simples mortales, sólo podemos admirar la habilidad de expresión necesaria para tales pinturas, pero que degenera en Lucano en lo repugnante, aunque sombrío, fantástico y terrible: en Séneca en lo grotesco, friamente erudito y horriblemente descriptivo. ¡Cuán inferior a Shakespeare en las brujas de *Macbeth!* Las ha rodeado de una especie de oscuridad que las hace fatídicas y espantosas y no se ha empeñado en familiarizarnos con ellas, para que perdamos el terror. Séneca, con formas de elegancia refinada, no consigue producir ningún efecto, a pesar de ese arsenal y museo de drogas infernales.

Todo este aparato didáctico es más risible que espantoso y empequeñece y degrada a la heroína, quitándole su grandeza sobrenatural, que por otra parte no logra conservarle Séneca a pesar de la audacia criminal y la impudente jactancia que le presta. Esta mujer que lleva al crimen una especie de pasión de artista y se complace en variar sus formas y sus efectos, no tiene nada de común con la naturaleza ni con el arte. Es una fantasía fría y pequeñamente atroz, no obstante todo el énfasis y el tumulto de las palabras que tanto contrastan con la verdad y la sencillez de Eurípides.

Séneca apenas ha conservado nada del drama de pasión. Medea

tiene calma para comparar su corazón con una nave sacudida por los vientos. Juega con antítesis y pensamientos sutiles. Envidia la fecundidad de Niobe, para tener más hijos que exterminar. Séneca persigue desordenadamente el terror, o más bien, el horror trágico, hace que Medea trucide *coram populo* a sus hijos, dividiendo este espectáculo en dos cuadros, para mayor barbarie.

Otra de las novedades de Séneca, y ésta ingeniosa, consiste en haber explicado la conducta de Jason, suponiendo que éste abandonara a Medea, y se une a Creusa, para poner a sus hijos a salvo de la venganza del hijo de Pelias.

De vez en cuando se admiran en esta producción monstruosa y fría algunos rasgos enérgicos, concisos y de verdadero sentimiento, v. gr., el *Quid, Medea, superest* que imitó Corneille.

A la *Medea* de Séneca habían precedido, en latín, una de Ennio, otra de Ovidio, de la cual queda un verso, y parte de otra.

Existe, a nombre de Hosidio Geta (núm. 235 de la *Anthologia Latina* de Burmann, aumentada por Meyer, Leipzig, 1835, tomo 1.º, página 81), otra *Medea* latina, que es un *rifacimento* de la de Séneca, pero escrito en forma de centón, con versos virgilianos. El autor parece haber vivido en tiempo de Caracalla.

Una de las más antiguas producciones de la escena trágica francesa es una traducción de la *Medea* de Séneca, con coros, hecha por Juan de la Péruse en 1553. En 1635 la imitó Corneille. Son enteramente de Séneca, la escena IV del acto 1.º:—Souverains protecteurs des lois de l' himenée,—Dii Conjugales; el *Quid, Medea, superest* de la escena III del tercer acto; el — Ne fuyez pas, Jason, de ces funestes dieux —, que es el *Fugimus, Jason fugimus*, y otros muchos rasgos, que él confiesa en su *Examen* haber traducido, así como en el *Pompeyo* confiesa haber traducido mucho de Lucano (100 ó 200 versos, todos del libro 8.º que pusieron en moda la *Farsalia* y movieron a Brébeuf a traducirla), a quien admiraba «por la fuerza de sus pensamientos y la majestad de su razonamiento que le determinaron», para enriquecer su lengua, «a convertir el poema épico en tragedia, siguiendo en todo a este grande hombre y conservando su carácter cuando su ejemplo me faltaba» (1641). Dice el *Examen* haber aspirado solamente a que su estilo se confundiese con el del poeta cordobés, hasta el punto de que sus aciertos pasasen por felices latrocinios: *j'ai tâché, pour le reste,*

que ce qu'il m'a fallu y joindre du mien, sentût son génie, et ne fût pas indigne d'être pris pour un larcin que si je lui eusse fait. Corneille fué muy apasionado de la familia de los Sénecas: un pasaje del libro 1.º *de Clementia*, capítulo IX, le dió la idea del *Cisma*.

A la *Medea* de Corneille sucedió la de Longepierre (1694). Las posteriores, entre las cuales sólo la de Legouvé se ha sostenido en las tablas gracias al talento de la Ristori, no merecen particular recuerdo porque tienen más de Eurípides que de Séneca o presentan modernizado el asunto. Así Glower en Inglaterra (1761), Grillparzer (1824) en Alemania y Niccolini en Italia.

Entre nosotros, Rojas (siglo XVII) compuso una absurda comedia de mágia con el título de *Los Encantos de Medea* y Hartzembusch, en sus juveniles años, una tragedia de *Medea*, que *pareció inédita*, según él cuenta en sus notas a Calderón y donde la protagonista no era mágica, sino vengativa y celosa. El *Quid, Medea, superest* está traducido en estos términos:

> .....Sin hijos, sin esposo,
> ¿Qué te ha quedado?—Mi furor, mis celos.

Coro célebre: profecía del descubrimiento del Nuevo Mundo.

Las Troyanas. Imitada de Eurípides. Estímanlas algunos (entre ellos Patín) por la mejor y más dramática de la colección senequista: yo encuentro bellezas superiores en el *Hipólito*.

El asunto de *Las Troyanas* había sido ya tratado en la escena latina por Attio y Quinto Cicerón y recordado por Virgilio y por Ovidio.

Juicio de Patín sobre la *Tróade*, de Séneca. Le censura, como siempre, de no haber tomado por lo serio sus asuntos, de haber sustituído a la fábula, a los caracteres, al lenguaje de la pasión, una *apariencia* de drama, lleno de declamaciones ya enfáticas, ya sutiles o ambas cosas a la vez, cuándo una redundancia difusa, cuándo una lacónica concisión, y acá y allá algunos rasgos brillantes que son, a la verdad, los únicos héroes en que se ha ocupado el autor. Con todo eso, *Las Troyanas* es, de todas sus tragedias, la que se parece más a una obra dramática. Es verdad que no salva la duplicidad del interés con un arte tan delicado y profundo como Eurípides, pero hay cierto conjunto, ordenación y plan, desusados en Séneca. Es más, el poeta ha corregido con bastante habilidad

la sencilla intriga de Eurípides, retardando el desenlace con algunos obstáculos. De aquí nacen (cosa rara vez vista en lo demás de su teatro) dos escenas de intención determinada y aun de un carácter original no exentas, en verdad, de los vicios habituales de su pensamiento y de su estilo, pero compensados uno y otro por bellezas dramáticas muy reales.

La primera de estas escenas es la 2.ª del acto 2.º en que Pirro reclama para la sepultura de su padre la sangre de Polixena, y Agamenón se resiste. Séneca parece haber querido poner en contraste el arrebato natural del joven Neoptolemo y la moderación y sangre fría del rey de reyes, y ha marcado este contraste, aunque de un modo algo grosero, por la simétrica opoción, primero de dos largos discursos y luego de réplicas cortas sentenciosas y de sarcasmos e injurias harto refinadas para ser homéricas. Racine ha imitado esta escena en *Andrómaca* (acto 1.º, escena 2.ª), cuando el rey de Epiro se niega a entregar el hijo de Hector a los griegos. *Ah! si du fils d'Hector la perte etait jurée.*

Ha suprimido juiciosamente algunas redundancias, pero ha tomado las ideas principales y todo el movimiento del pasaje. También *la fureur du glaive* de *Atalia* es frase de Séneca: *gladii libido.*

La segunda escena, que puede dar lugar a una situación viva y tierna, es el diálogo entre Andrómaca y Ulises, que quiere arrebatarle su hijo. Racine ha saqueado esta escena para la 5.ª del acto 2.º de *Andrómaca:*

C'est Hector, disait-elle, en l'embrassant toujours.

Es de Séneca la idea feliz y singularmente ingeniosa, de ocultar Andrómaca a su niño en el sepulcro de Héctor. Las palabras de Andrómaca, en esta situación, están llenas de una fuerza patética, que brilla aun en medio de los juegos de ingenio y de palabras. El diálogo con Ulises es muy animado dentro de la forma simétrica de los diálogos de Séneca. El monólogo de Ulises está muy en la condición sospechosa de este personaje; el *Matrem timor detexit* es un rasgo de verdad humana de primer orden. Todo es aquí ingenioso y teatral, y el resto de la escena no lo es menos. La violencia con que Andrómaca rechaza la agresión de los helenos contra el sepulcro, contradice a la púdica serenidad del gusto griego, pero está enteramente conforme con los hábitos de nuestro teatro:

lástima que ella misma, en el pretencioso lenguaje, habitual en las heroínas de Séneca, se compare con una Ancerone y una Ménade. Siempre la disciplina declamatoria y el vicio de la intemperancia descriptiva, el describirse los personajes a sí mismos. El final de esta escena (las súplicas y los ruegos de Andrómaca) es lo más natural, tierno, verdadero, elocuente y humano que hay en todo el teatro de Séneca.

De todo esto deduce Patín que el teatro francés debe una parte a estas escenas, el admirable papel de *Andrómaca.*

Digne objet de leur crainte.....
.....
Seigneur, tant de grandeurs ne nous touchent plus guère.
.....
Non, vous n' espérez plus de nous revoir encor
Sacrés murs que n'a pu conserver mon Hector
.....
..... Andromaque, sans vous
N'aurait jàmais d'un maître ambrassé les genoux...

¡A pesar de haber entrado a saco por *Las Troyanas,* Racine no confiesa en su preámbulo deber cosa alguna a Séneca, imitado aquí por él más que Eurípides y que Virgilio!

La escena termina menos felizmente por las invectivas sin mesura y sin dignidad que Andrómaca dirige a Ulises y por la despedida a su hijo, donde se echa mucho de menos la naturalidad y fuerza patética de Eurípides en la misma situación. El dolor de la Andrómaca latina se evapora puerilmente en un detalle minucioso e infinito de las felicidades que reservaba la suerte a su hijo. Ulises muestra una ferocidad inútil, que no tiene en Eurípides. En Séneca anda siempre mezclado lo excelente con lo detestable. De todas maneras, esta escena que por sí sola forma un drama completo, es por el arte y el efecto dramático única en Séneca.

En el resto de la pieza, los defectos de la manera de Séneca vuelven a campear, casi sin ninguna compensación. Los relatos de las muertes de Astyanacte y de Polixena, abundan en rasgos de mal gusto y lo que principalmente parece llamar la atención del poeta es la descripción de los espectadores y del lugar del sacrificio. El valor estoico, atribuído a un niño y a una doncella, sale de todos los límites de la naturaleza, aun en el heroísmo. Para colmo de falta

de interés, Polixena es en todo el resto de la obra, un personaje mudo. Es el primer ejemplo de pantomima trágica, pues sólo responde (durante todo un acto entero) a Helena y a Andrómaca, con el gesto, ya triste, ya alegre. Hécuba, en vez de ser como en Eurípides, el punto central de la composición, es un accesorio de ornato, un retórico que juega con el dolor, disertando sobre él, ya enfática, ya sutilmente. Hay una escena sembrada, no obstante, de bellos rasgos, en que rodeada de las cautivas troyanas, prescribe la forma del duelo y el orden de las lamentaciones. Otra, la primera de la obra, que es célebre por la crítica de Boileau. Séneca suprime muchas veces las bellezas de Eurípides, pero conserva cuidadosamente los defectos y los exagera. Prodiga los recuerdos mitológicos, por gala de erudito y trabajo de versificador, pero no cree en la mitología, y en audacias escépticas deja atrás a Eurípides. Hay un coro entero consagrado a negar la inmortalidad del alma y la vida futura: es un bello trozo de poesías, digno de compararse con el libro III de Lucrecio. Voltaire tradujo este coro. ¡Extraño coro en un drama donde hay un sueño profético (el de Andrómaca, una aparición y dos sacrificios humanos! No hay realmente en las piezas de Séneca más creencia sincera que la filosófica. Lo demás es un juego de escuela, una mentira, en que desaparece la verdad y la naturalidad de los griegos, o deja sólo huellas groseras. Se experimenta, al ver esta destrucción literaria, algo de lo que sentían las troyanas en presencia de las ruinas.

Bongiani Gratterolo imitó esta tragedia en su *Astyanacte*. El trozo de Pirro en *Hamlet* parece un recuerdo lejano de Séneca.

En Francia, Garnier (1578), amigo y secuaz de Ronsard escribió una *Tróade*, en que el fondo es de Séneca y algunos versos de Eurípides. No faltan en ella versos numerosos. Se citan además la *Polixena* de Billard (1607), la *Tróade* de Sallebray (1640), la de Pradon (1679), la *Polixena* de Lafosse (1696), las *Troyanas* de Cheteaubrun, la *Polixena* de Legonvé (1784), la de Aignau (1804), la de Vauzelles (1860). La *Polixena* italiana de Juan Bautista Niccolini, premiada por la Academia de la Crusca en 1810, tiene poco de Séneca.

Nosotros poseemos *Las Troyanas*, de González de Salas y algunos fragmentos de la *Polixena*, del abate Marchena.

González de Salas tradujo fiel e hinchadamente el texto, aña-

diendo su propio énfasis y tenebrosidad gongorina al énfasis de Séneca. Tiene versos buenos y malos, pero ninguna escena que se pueda citar entera.

Alteró el coro materialista, por acomodarle a la verdad religiosa y añadió suplementos de su cosecha en dos lugares donde le pareció que quedaba incompleta la contextura de la tragedia.

Esto sin contar con una entrada al gusto de las *comedias famosas* del tiempo:

> ..... Rompe, quema, derriba
> Muera la inicua Troya, Grecia viva.

Usó todo género de metros (pareados de siete y de once, endechas, redondillas, silvas, cierta especie de tercetos desligados, sextinas, décimas, romances octosílabos y eptasílabos, etc.)

Al frente puso unas *Observaciones* tan eruditas como pedantescas, en que reivindica, para Séneca, la propiedad de *Las Troyanas* y la propone por modelo en que se ven cumplidos los preceptos de Aristóteles (!). González de Salas, lo mismo que su amigo don Francisco de Quevedo, era gran partidario de Séneca, «gloria y honra suma de nuestra España y de su patria Córdoba». Tres son las tragedias que le atribuye (suponiéndolas escritas por este orden): *Hipólito*, *Medea* y *Las Troyanas*, remitiendo la primera, *que es floridísima*, a la juventud del filósofo; la segunda, a su edad media, y la tercera, que es la más severa, a sus dos o tres postreros años. Se obstina en suponer que las tragedias de Séneca fueron representadas.

El abate Marchena escribió una *Polixena*, que nunca fué representada, ni quizá impresa del todo. Yo sólo conozco los cuatro fragmentos insertos en sus *Lecciones de filosofía moral y elocuencia* (Burdeos, Pedro Beaume, 1820).

Hércules Furioso. Imitada de Eurípides. Es de las más endebles. Patín la juzga duramente, considerándola como una serie interminable de lugares comunes, de hipérboles, de refinamientos, de descripciones y de máximas, sin interés dramático y sin ninguno de los rasgos naturales y de expresión humana que se admiran en Eurípides. Séneca no imita de Eurípides más que los defectos, y entre, ellos el de esos prólogos nada dramáticos...

Trozo lírico, ingenioso y elegante el coro del primer acto, aun-

que es un lugar común sin relación directa con el asunto. Séneca ha estropeado el carácter de Megara, que se presenta en escena con una relación, en más de cuarenta versos, de los trabajos de Hércules. Razonamiento sutil y sofístico entre Megara y Anfitrión. Séneca por una novedad no infeliz ha quitado a Lyco su noble origen y los derechos que la tradición le suponía al trono de Tebas. Controversia declamatoria entre él y Megara. Refinamiento de crueldad muy romano, y muy del imperio, en Lyco:

Miserum veta perire: felicem iube.

El coro de este acto, que contiene la historia de Orfeo y Eurydice, es agradable, pero ajeno a la acción.

En el tercer acto aparece Hércules, que vuelve de los infiernos con el Cerbero, pronunciando extravagancias *sexquipedales*. Pesada e inoportuna descripción de los infiernos. ¡Más de cien versos! Hay rasgos imitados por Fenelón en el *Telémaco*. Es rasgo enteramente cómico lo que dice Teseo:

Me quoque potentis munus Alcidae dedit.

El coro es verdaderamente lírico, aunque lleno de esas moralidades, familiares a Séneca. La segunda parte del coro, que está en coriámbicos glicónicos, es preciosa, llena de movimiento y de gracia.

La primera escena del acto IV es solemne, aunque llena de rasgos enfáticos. La pintura de la insania y furor de Hércules es un modelo de hinchazón. El héroe se convierte en verdadero energúmeno. Falta absoluta de gusto y de sobriedad. Se complace en los horrores *coram populo*, evitados por Eurípides. Monstruosidades en frío.

Séneca es siempre mucho más racional y de mejor gusto en los coros. El de este acto, que está en anapestos, contiene una bella invocación al sueño.

El principio del acto V es enumeración y amplificación geográfica, procedimiento común en Séneca. Ha aventurado una innovación de buen efecto teatral, haciendo que sea Hércules mismo quien descubra por sí los horrores que ha cometido. Siguen las pedanterías geográficas y la erudición mitológica. En conjunto: la

tragedia es brillante, pero con falso brillo. No ha sido imitada en el teatro moderno, sino por López de Zárate, que la mezcló con el *Hércules Oeta* (vide supra).

Tiéstes. Se han perdido las tragedias griegas que debieron servirle de original y también las latinas, v. gr., el celebradísimo *Tiéstes*, de Vario. Representa, pues, para nosotros la tradición del teatro antiguo sobre este argumento, de suyo antipático, pero llevado a los últimos términos de la exageración y de la monstruosidad declamatoria por Séneca. Villemain la ha analizado en la lección 3.ª de su *Curso de Literatura del siglo XVIII*. Nota los *horribles equívocos* de Atreo... repugnante espectáculo propio para una fiesta de Nerón, pero que sin duda no fué representado y quedó en las tablillas de su autor... Tuvo el buen gusto de no alterar la horrible leyenda griega con un episodio de amor. Los contrastes, que ha buscado, son de otra naturaleza y no carecen de cierto encanto severo. Tal es el canto del coro, que celebra la vida oscura: tal la alegría melancólica de Tiestes, cuando vuelve a ver su patria, el palacio de sus padres y el estadio donde corrió su juventud.

Al recorrer esta pieza, se cree reconocer la mano del mismo Séneca y un siniestro reflejo de la corte de Nerón. Se piensa en Británico, al leer estos versos:

> ..... Irâ frater abiectâ sedit
> Partemque regni reddit et lacessitae domus
> Componit artus...
> Nihil timendum video, sed timeo tamen.

Las palabras de Tiestes a su hijo tienen otro interés que el de una declamación elegante: no son lugares comunes de moral, no son sentencias traducidas de Eurípides: todos los detalles son extraños a Grecia: es la *Domus aurea*, de Nerón, son sus lagos artificiales, sus fiestas de antorchas: el terror que el imperio infundía a Séneca. En las respuestas del siervo (*¡confidente*, le llama todavía Villemain!) se reconoce el genio del palacio de los Césares. La fábula griega está conservada en toda su monstruosa sencillez, pero por monstruosa que fuese, su siglo le daba colores con que pintarla. El mejor rasgo de esta tragedia horrible, pero poderosa de estilo, es el

> Natos quidem noscis tuos?—Agnosco fratrem.

«Rasgo sublime (añade Villemain), pero mezclado con detalles repugnantes.»

Crébillon, en su *Atreo*, tomó por modelo la obra de Séneca, echándola a perder con su pueril intriga amorosa, y tradujo, entre otros, ese rasgo:

Reconnais tu ce sang?—Je reconnais mon frère.

Es el mejor verso de su pieza, por lo demás incorrecta y bárbara en el estilo, al decir de los críticos franceses. También la copa ensangrentada es idea de Séneca.

Más fiel a la imitación de Séneca fué Hugo Fóscolo en su *Tiestes*, escrito a los diez y nueve años y representado en Venecia el 4 de enero de 1797, ensayo juvenil y absolutamente antidramático, pero lleno de versos ásperamente grandiosos y viriles, como sabía hacerlos el cantor de *Los Sepulcros*.

Octavia. De esta tragedia, que indudablemente no es de Séneca y que además es muy mala, aunque curiosa como única muestra de tragedia romana sobre asuntos históricos contemporáneos, no conozco más imitación moderna que la *Octavia* de Alfieri, el cual, por lo demás, tomó su principal inspiración de Tácito y rehizo completamente el cuadro casi con los mismos personajes y dando al de Séneca un carácter ideal de perfección moral y de filosofía.

M. MENÉNDEZ PELAYO.

III.—ESPAÑA VISIGODA: SAN ISIDORO

Ayer continuó el doctísimo maestro de la Central sus estudios sobre los grandes polígrafos españoles, circunscribiéndose en su trabajo a los de la España visigoda.

Fácil es—decía el Sr. Menéndez Pelayo—personificar la cultura de este período en la figura de San Isidoro, que es maestro de la España cristiana de los siglos octavo al onceno. Aun después de este tiempo, su influencia no desaparece, bien que aparezca mezclada con la de otros elementos. Principalmente en la que se llama alta Edad Media, o sea desde el siglo octavo a fines del siglo onceno, persiste entre los cristianos toda la tradición científica de San Isidoro. Llámase este período de cultura de la España visigoda, y no puede llamarse así en absoluto, pues está compuesto principalmente de elementos latinos, no germánicos, que son derivación de la cultura romana de los siglos IV y V. Las antiguas escuelas de gramáticos y retóricos reviven en las escuelas cristianas.

No hay—añade—en el paso del mundo antiguo al moderno solución de continuidad, sino en lo relativo a los altos conceptos de la Teología cristiana; en lo demás, el mundo nuevo es heredero inmediato de la tradición antigua, y en esta misma tradición se forman los padres de la Iglesia. San Agustín, por ejemplo, es primeramente un retórico, Lactancio calca el estilo de Cicerón, y San Ambrosio, en su libro *De ecclesiasticis officiis*, imita el *De officiis* del Orador Romano.

La enseñanza de las entonces llamadas artes, tal como se dió en las escuelas eclesiásticas medievales, se funda en la famosa doctrina del *Trivium* y del *Quadrivium*, división antigua que está ya en la obra de Marciano Capella, escritor latino del siglo V, y pasó de allí a Casiodoro y a Boecio.

Al llegar a este punto, exornando su peroración con erudición imposible de reseñar, el Sr. Menéndez Pelayo hizo una exposición biográfica de San Isidoro, fundada en los escritos de su discípulo San Braulio.

Trazó la labor bibliográfica del Santo e hizo después resaltar la figura de tan eminente varón con matices tan ricos, con tan prodigiosa maestría, que cuantos escuchaban al docto catedrático aplaudieron con entusiasmo el digno remate que supo dar a su notabilísima disertación.

* * *

En la de ayer ha continuado el sabio literato, Sr. Menéndez y Pelayo, el estudio de San Isidoro de Sevilla, modelo de eminentes polígrafos de nuestra patria durante la época visigoda.

Hecha la exposición de las obras de San Isidoro, y antes de entrar en el examen de sus famosas *Etimologías*, manifiesta el Sr. Menéndez y Pelayo que dicha obra, como todas las de aquella época, carece de originalidad; en ellas no se hace otra cosa sino trasmitir la civilización romana a los pueblos bárbaros; revisten el carácter de compilaciones y pueden considerarse como ciencia de residuos. Entiende, sin embargo, el docto profesor, que dichas obras tienen gran valor científico, no sólo porque, como las de Boecio, Casiodoro, Alcuino y otros, sirvieron de base de educación en la Edad Media, sino porque en ellas se adquieren noticias muy valiosas respecto a los autores latinos que han servido de fuente de estudio a San Isidoro, y que, como la *Historia de Roma*, de Salustio, se han perdido para nosotros.

Mas advierte el Sr. Menéndez y Pelayo que el examen de dichas fuentes es muy dificultoso por la confusión que establece San Isidoro al mezclar pasajes de distintos autores, que unas veces cita y otras omite. Agrega asimismo que al tomar la obra de las *Etimologías* como fuente histórica, debe procederse con gran cautela, no admitiendo muchas de las aseveraciones del autor sin que se hallen comprobadas por crónicas y documentos posteriores.

Al comenzar el análisis crítico de las *Etimologías* de San Isidoro, dice el Sr. Menéndez y Pelayo que este libro no debe con-

siderarse como un diccionario, según parece indicar su nombre, sino como obra de enseñanza pedagógica y como tratado de mnemotecnia, en suma, lo que hoy llamaríamos *Diccionario de Artes y Oficios.*

Las *Etimologías*—dice—carecen de método en la exposición y no fueron hechas de una sola vez. Son una compilación desaliñada de datos y noticias recogidas por San Isidoro, que luego ordena y distribuye en libros su discípulo San Braulio.

Los libros que comprende pueden dividirse en tres grupos. Compuesto el primero de las materias referentes a las artes liberales; el segundo de estudios de explicación, y el tercero, de artes mecánicas e industriales.

El primer libro trata de la Gramática. El segundo libro contiene la Retórica. El tercer libro las cuatro disciplinas matemáticas. Las fuentes del estudio han sido Boecio y Casiodoro. El cuarto, en donde comienza el grupo de estudios de aplicación, estudia la Medicina, que divide en las tres escuelas: *metódica, empírica* y *lógica.* El quinto trata de las Leyes. En la primera parte (tratado de jurisprudencia) establece principios de derecho natural, civil y penal, que se reproducen más tarde en los códigos visigóticos en que revive el espíritu de San Isidoro.

El sexto es un tratado bibliográfico. El séptimo y octavo tratados teológicos referentes a la Iglesia y sus sectas. El libro noveno, muy curioso para los filólogos, estudia las lenguas y los pueblos. El diez es un glosario etimológico. El once comienza el estudio de la Historia natural, ocupándose del hombre. El doce es un tratado de zoología, en que San Isidoro clasifica los animales por el tamaño. El trece trata de Cosmografía y Meteorología. El catorce es de Geografía. El quince de Arquitectura. El diez y seis conocido con el nombre de *Lapidario de San Isidoro,* fué el que más renombre obtuvo en la Edad Media por la virtud que en él se atribuye a ciertas piedras, como el ágata, por ejemplo, de la que dice servía para ahuyentar las serpientes y conocer la virginidad.

En los cuatro últimos libros que forman la sección de artes mecánicas e industriales, se trata de agricultura, espectáculos, juegos públicos, náutica, construcción naval, habitaciones, muebles, joyas, perfumes, manjares y bebidas.

En la exposición rapidísima del contenido de *Las Etimologías*, el Sr. Menéndez y Pelayo hizo gala de su poderoso talento crítico, haciéndose aplaudir de todos los que escucharon su erudita disertación.

* * *

Continúa el doctísimo conferenciante Sr. Menéndez y Pelayo el análisis de las obras de San Isidoro, que, aparte de otros méritos que luego expone, tienen el de la novedad en su método expositivo y el del valor de las fuentes en que se fundan, muchas de ellas perdidas ya para nosotros.

Lo que parece conoció mejor San Isidoro—dice el Sr. Menéndez y Pelayo—de la tradición clásica, son los compiladores y los gramáticos. Nutrióse de Varrón y de Suetonio, entre otros. Abundan menos en sus obras las citas y los textos de los poetas, pero se advierte que San Isidoro no tuvo inconveniente en tomarlos aun de aquellos que inspiraron algún recelo a los padres de la Iglesia Lucrecio y Virgilio parecen serle de los poetas más familiares.

Acudió para sus obras de carácter histórico a Plinio y a Solinio. Tomó también con este propósito trozos de la *Historia Romana*, de Salustio, razón por la que—ya lo hemos dicho—aumenta el aprecio de la obra del gran polígrafo, pues de la Historia de Salustio sólo se conservan hoy fragmentos.

Establece el Sr. Menéndez y Pelayo, abundando en opiniones que ya iniciara en la conferencia anterior, que San Isidoro conocía de la lengua griega lo bastante para utilizarla algunas veces como fuente etimológica; pero teniéndose que valer en más de una ocasión para sus compilaciones de las traducciones y comentarios de Boecio, pues no se puede admitir, como algunos han sostenido, que San Isidoro conociese profundamente el griego, ni tampoco que lo ignorase en absoluto, como han llegado a afirmar otros.

Hace constar a este propósito cómo hasta el siglo XII no se conocían de Aristóteles y Platón, autores citados por San Isidoro, traducciones del griego.

San Isidoro parece haber ignorado las leyes de Justiniano, lo cual da cierta originalidad a sus conceptos generales de filosofía

jurídica, aunque algunos bien pudieran resultar que fuesen como el eco de predecesores suyos.

Abandonando el examen del esqueleto de las *Etimologías*, el Sr. Menéndez y Pelayo empieza un ligero análisis de los demás libros del Santo. Los divide, para mayor claridad, en dos partes.

Una de las que pudieran llamarse obras teológicas, y otra de las profanas. A la vez divide las primeras en tres grupos:

1.º El Dogmático.

2.º El Escriturario.

3.º El de las obras litúrgicas y disciplinarias de la Iglesia.

En la exposición de las materias de que especialmente trata cada uno de estos libros, el Sr. Menéndez y Pelayo señala gallardamente, y en una síntesis posible sólo al que, como él, conoce profundamente el asunto de que trata, las particularidades que encierra cada uno de ellos, sus méritos, sus defectos, su valor positivo o de relación, hace, en suma, en breves palabras, el juicio crítico de cada una de las obras.

Y en ese paseo triunfal por el campo de la cultura isidoriana, el Sr. Menéndez y Pelayo apunta la compenetración que ya en aquellos tiempos se iniciara entre la teología cristiana y la filosofía de la antigüedad; las exigencias de la escolástica, que no se encontraban aún en los libros de San Agustín, y que por primera vez se manifiestan en el siglo VII; la menguada originalidad que se ve en San Isidoro, como en Tajón, como en otros, pues todos entran a saco en los textos de San Agustín y antecesores; la influencia de los *Tres libros de las Sentencias* del Santo Polígrafo, que por ser resumen acabado de la enseñanza teológica del siglo VII, discútense en el reinado de Sisebuto y dominan tiempos después.

Y de entre esos libros, alguno como el titulado *De Fide catholica contra Judaeos*, tiene el mérito especial de lo que significa como curiosidad histórica.

Hace el análisis de los libros que contienen los comentarios de San Isidoro a la Sagrada Escritura, y dice que nada se ve en ellos de nuevo tampoco. Lo que presenta algunos puntos originales es el estudio dedicado a las predicaciones del apóstol Santiago, y la interpretación que da de las obras de las artes plásticas y el simbolismo de la Iglesia.

Respecto del libro *Regula monacorum*, dice el Sr. Menéndez y

Pelayo que tiene el valor que le da el haber sido el autor testigo de los hechos que refiere, y que si se hubiera acudido en consulta a dicho texto, habríanse evitado no pocos errores históricos.

La regla monástica de que habla San Isidoro, procede—dijo el orador—de África y de Oriente. Obsérvase—añade—en las órdenes españolas mayor compenetración con el poder civil que en las de otras naciones en esta época. Viven aquéllas acatando la autoridad de los Obispos y apelando en sus apremios y litigios a los condes, pero nunca se ven en ellas, por ejemplo, esos alardes de independencia de que la orden benedictina hace gala en Italia y en Francia.

Respecto de las llamadas obras profanas de San Isidoro, difíciles de clasificar por orden de materias, el Sr. Menéndez y Pelayo explica el valor e importancia del tratado que suele titularse *Diccionario de sinónimos* o *Libro de las lamentaciones*, diálogo en prosa poética entre el hombre y la razón, en el que el gran polígrafo pudo tener por modelo a San Agustín y a Boecio; habla del *De natura rerum*, que sirvió como *Manual de física* de la Edad Media, y que en 42 capítulos trata de los días, de los meses, de los años, de las estaciones, del mundo, del cielo, de los planetas, de los terremotos, etc., etc., etc.; y pasando a los libros históricos, del *Cronicón de fechas*, interesante por su ordenada distribución en edades; del de la *Historia de los Reyes vándalos, godos y suevos*, de gran valor en lo que se refiere a los tiempos de San Isidoro y anteriores, y por ser fuente histórica del reinado de Leovigildo, y que persiste después. Se revela en este libro un rasgo del carácter independiente de San Isidoro que no aprueba la conducta de San Hermenegildo al sublevarse contra su padre. También es en él, notable el elogio que encierra de España, que, por lo poético, entusiasta y bien sentido, resulta interesantísimo, y puede ser considerado como el primer despertar del sentimiento de la nacionalidad española, y su afirmación completa y entusiasta.

El orador da lectura del texto a que alude, que traduce directamente del latín según va leyendo; y bastará decir en pro del elogio que de España hace San Isidoro, que el público acoge los primeros párrafos con prolongados murmullos de aprobación, como si la prosa en que está contenido fuera obra de estos días, y su autor el español más amante de la patria.

Enumera el orador otros trabajos menos importantes de San Isidoro, algunos de dudosa autenticidad; alude a los dísticos que escribiera el Santo para su biblioteca y en los que previene y amonesta a los copistas y a los importunos que, se conoce acudían a molestarle cuando trabajaba, y con esto pone fin a su brillante peroración, de la que son pálido reflejo estas líneas.

* * *

Con un auditorio cada vez más numeroso y escogido comenzó su conferencia el sabio profesor Sr. Menéndez Pelayo, continuando el estudio de la cultura isidoriana, después de haber examinado en las anteriores explicaciones el contenido de las obras del fecundo y genial polígrafo hispalense.

Trata en primer término de las obras de carácter colectivo que han solido designarse con el nombre de isidorianas, aunque de él no tengan más que el espíritu que se refleja en toda la época gótica. Se refiere especialmente a los tres monumentales empresas de aquel tiempo: los *Viejos Fueros*, la *Liturgia Gótica* y la *Colección Canónica* de la Iglesia española.

¿Por qué—pregunta el Sr. Menéndez Pelayo—se han atribuído, un poco a la ligera, y sin hacer los previos estudios, tales trabajos a influencia directa de San Isidoro? Porque sus obras, de carácter enciclopédico y en las que se trataban todas las materias que ocupaban el entendimiento humano, eran la síntesis más completa de la cultura intelectual de aquella época. Escribió de todo, y de aquí que todo lo que en aquella época se escribe se le atribuya.

La cultura isidoriana es fundamentalmente latina y clásica; pero conoce y recoge cuando de ello es necesario hacer mérito; todo lo que posteriormente se escribe, como se ve fácilmente repasando las obras de Idacio y San Martín Dumiense, las ideas trasmitidas por los bizantinos y las de las escuelas eclesiásticas de los siglos IV y V. San Isidoro representa, dentro de la cultura visigótica de España, lo que entre los ostrogodos de Italia representaron Boecio y Casiodoro.

Habla después el docto catedrático de las escuelas que existían en tiempo de San Isidoro, que divide en monásticas y epis-

copales; cita entre las primeras las *servitana, biclarense, agaliense y dumiense*, y entre las segundas las de Sevilla, Zaragoza y Toledo, que fueron la cuna de la cultura isidoriana. Trata de la enseñanza que se daba en dichas escuelas, de las materias que comprendían el trivium y quadrivium, y en las que se concedía especial importancia a los estudios gramaticales, de retórica y de elocuencia. Esta enseñanza—añade—se destinaba, no sólo a la juventud dedicada al sacerdocio, sino también a la seglar.

Comienza después el Sr. Menéndez Pelayo el estudio de las obras de los discípulos y continuadores de San Isidoro, cuyos representantes en la escuela de Zaragoza son San Braulio y Tajón, y en la de Toledo San Eugenio, San Ildefonso y San Julián.

San Braulio, discípulo predilecto de San Isidoro, es su compilador. Completó, dividió y arregló la famosa obra de *Las Etimologías*. Tiene, además, excepcional importancia, no sólo por ser el escritor más elegante de aquella época, sino por su gran *Colección epistolar* (40 cartas descubiertas a fines del siglo pasado por el P. Risco), obra que aventaja en el estilo a la de San Isidoro y que tiene carácter más personal. Recuerda esta *Colección epistolar* las cartas filosóficas de Séneca. Cuatro de ellas van dirigidas a consolar a sus amigos y tienen un fondo de filosofía estoica; otras son de carácter político, como las dirigidas a Chindasvinto y al Papa Honorio, y otras, por último, de carácter familiar e íntimo, que contienen datos interesantes de las costumbres de aquel período.

Tajón, sucesor de San Braulio, es el autor del *Libro de las sentencias*, obra fundada en las de San Gregorio y San Agustín, y que forma un cuerpo de doctrinas teológicas, a las que dió un carácter marcadamente pedagógico.

San Eugenio de Toledo es casi el único representante de la poesía en la época gótica. Autor de muchas composiciones líricas, unas sagradas y otras profanas, tiene excepcional importancia por las novedades métricas que introduce. En unas *Lamentaciones sobre la vejez* cambia hasta cuatro veces de metro, anunciando la libertad romántica de la poesía moderna. En una oda sáfica *Al Verano*, se observan pormenores realistas y humorísticos en alto grado interesantes. Júzgalo el Sr. Menéndez Pelayo, si no como gran poeta, como versificador notable por su habilidad técnica.

En San Ildefonso domina el carácter oratorio, principalmente

en su obra *De perpetua virginitate Sanctae Mariae*, donde se encuentran pasajes notables por su elocuencia.

San Julián intentó, con éxito, la restauración de la historia clásica. Su historia *De la rebelión de Paulo contra Wamba*, rompe los límites de los cronicones de Idacio. Trató de imitar a Salustio y a Sulpicio en su crónica o *Historia Sacra*. Las demás obras de San Julián son de carácter teológico, imitadas de San Isidoro.

Examinadas magistralmente por el Sr. Menéndez Pelayo las obras de los principales representantes de las escuelas episcopales influenciadas por la cultura isidoriana, dice que florecieron también otros autores más independientes, pero que deben mencionarse a este propósito, como Paulo y San Valerio, apellidado el *Solitario del Bierzo*.

Las obras poéticas del último son importantes por su carácter romántico, y las visiones fantásticas que describe en alguna de ellas, supónelas el ilustre conferenciante como un antecedente de la posía e*dantesca*.

Termina aquí su estudio interesantísimo el Sr. Menéndez Pelayo, anunciándonos que tratará en la próxima conferencia de la influencia de la escuela de San Isidoro entre los árabes y mozárabes, y examinará los movimientos de cultura a que da origen entre los sajones, los francos y los germanos.

* * *

En la conferencia de ayer, notable como todas las suyas, el Sr. Menéndez Pelayo acabó el estudio de la cultura isidoriana en España, y su influencia entre los anglo-sajones con Beda, en Francia durante la dinastía carolingia con Alcuino, y en la Germania, con Rabano Mauro.

Empezó haciendo una síntesis de lo expuesto en la lección anterior respecto a las distintas tendencias de los discípulos y continuadores de San Isidoro durante la época visigótica, así como de la preponderancia que ejercieron las escuelas episcopales desde Recaredo hasta el fin de dicha época.

Luego entró en el examen de la influencia que la cultura isidoriana, después de la invasión árabe, ejerce entre los cristianos

sometidos, o muzárabes, los cristianos independientes, y en los principales pueblos de Europa.

Entre los muzárabes—dice el docto catedrático—continúa la influencia de San Isidoro sin transición brusca. Especialmente, el Pacense en su crónica, emplea párrafos elocuentes y digresiones retóricas a la manera isidoriana.

En el siglo IX, San Eulogio, Samsón, Cipriano, Álvaro Paulo, llamado el cordobés, y el famoso abad Speraindeo, que tuvo como discípulos a los citados San Eulogio y Álvaro Paulo, figuran como continuadores de la cultura isidoriana, aunque menoscabada en el último, especialmente por sus exageraciones y su estilo altisonante y casi gongorino. En prueba de sus asertos, lee el conferenciante algunos párrafos de obras de Álvaro Paulo.

La cultura árabe extendíase entonces entre los cristianos y cobraba gran incremento, como nos lo demuestra el haberse traducido en lengua arábiga las *Sagradas Escrituras*, *Los Cánones* y el *Calendario Muzárabe*. Contra esta invasión de la influencia semítica, fué una protesta viva la escuela cordobesa, entre cuyos representantes antes citados distinguióse Álvaro Paulo en la polémica que entablara epistolarmente con Juan Hispalense.

En la España cristiana independiente—dice el conferenciante—no abundan los escritores, porque los antiguos centros de la cultura isidoriana (Toledo, Sevilla, Zaragoza) hallábanse en poder de los árabes. No deja, sin embargo, de haber comunicación entre los muzárabes y los nuevos estados cristianos; de ello dan testimonio las refutaciones por San Beato y Heterio de las herejías de Félix y Elipando.

La difusión de la cultura isidoriana manifiéstase principalmente en los cronicones del tiempo de Alfonso el Magno y siguientes, que tienen todos como base la famosa crónica del gran Obispo hispalense.

De aquí hasta el siglo XII—añade el Sr. Menéndez Pelayo—los datos son pocos y oscuros. Sabemos que se sigue enseñando en las escuelas monásticas el *trivium* y el *quadrivium*, que se conservan con especial predilección los libros clásicos latinos que figuran en bibliotecas, como las de Toledo y León y en varios monasterios, y esto es suficiente para deducir que no fué totalmente interrumpida la tradición clásica en aquellos tiempos, como algunos

han supuesto, sino que se advierte en ellos tendencia marcada a conservar la cultura isidoriana, que puede decirse que recibe el primer rudo golpe en tiempo de Alfonso VI con la abolición del rito muzárabe en 1085.

El Sr. Pelayo examinó después la influencia de los libros de San Isidoro entre los principales pueblos de Europa, empezando por el llamado Renacimiento anglo-sajón en el siglo VII.

En la cultura primitiva de los anglo-sajones, obsérvanse orígenes que se podrían llamar indígenas, mezclados con influencias latinas y aun griegas. La de San Isidoro manifiéstase especialmente en el venerable Beda, que, como historiador, no hizo más que seguir en un todo el estilo y forma de la crónica isidoriana, y en cuanto a su doctrina cosmológica y meteorológica, está tomada del tratado *De Natura Rerum*, de San Isidoro.

Al renacimiento anglo-sajón sigue en Francia el llamado carolingio, al que prestan su influencia las escuelas anglo-sajonas, las italianas y las españolas, y especialmente éstas, que con Teodulfo, Félix, Prudencio y Claudio, danle excepcional importancia.

Los libros escolares de Alcuino, manuales de gramática, retórica y dialéctica, son análogos a las *Etimologías* de San Isidoro, y puede decirse que un extracto de las mismas.

La influencia isidoriana se manifiesta en Alemania con Rabano Mauro, Abad de Fulda, y más tarde Arzobispo de Maguncia. Sus veintidós libros *De Universo*, son copia casi a la letra del gran polígrafo español.

Terminado el examen de la cultura isidoriana, de que aún se advierten huellas en la España cristiana de los tiempos de Alfonso el Sabio, da por concluído este eruditísimo estudio el sabio profesor, prometiendo que en la conferencia próxima tratará del período hispano-arábigo, representado por el eminente polígrafo Averroes.

(De *Heraldo de Madrid.)*

IV.—ESPAÑA ÁRABE: AVERROES

En su conferencia de ayer, dedicada al estudio de la cultura hispano-arábiga, comenzó el Sr. Menéndez Pelayo diciendo que, así como la de la España romana se personificaba en el gran polígrafo Séneca, y la latino-cristiana o gótica en San Isidoro, la España árabe, o mejor dicho, musulmana, ofrecía dificultades para encontrar una personalidad que revistiese el carácter típico de un polígrafo de ese período.

Si bien es verdad—dijo—que había algunos escritores árabes de carácter científico y literario, eran especialistas en un género determinado, y únicamente Averroes puede considerarse como polígrafo por la variedad de sus obras de carácter filosófico y científico, si bien quedan fuera de su estudio otras ramas de la ciencia a que él fué ajeno por completo.

Averroes fué poco estimado por los árabes; se le estudia principalmente por los judíos primero y después por los cristianos, especialmente en Italia. Su influencia ha sido póstuma, y persiste hasta el siglo XVII. Tal era la indiferencia de los árabes para con él, que sus obras las conocemos traducidas del hebreo y la mayor parte del latín.

La importancia de Averroes y su escuela filosófica tiene su origen en los antecesores arábigos Abentofail y Avempace: en la novela del primero [1] y en el *Régimen del solitario* del segundo. Pero la enciclopedia de Averroes nos da en su conjunto una idea más completa del movimiento filosófico de aquella época. Las fuentes históricas son pocas y andan dispersas y mezcladas entre los estudios orientalistas. Cita a este propósito algunos autores.

---

[1] *Nota del Colector.*—Se refiere al «*Hay ben Yacdán*» o *El Filósofo autodidacto.*

Para el examen filosófico de los árabes españoles, hay que tener en cuenta en primer lugar, las obras del mismo Averroes, traducidas del hebreo por el judío Jacobo Mandino en el siglo XVI; las obras ya citadas de Abentofail y Avempace, de las que se han hecho —especialmente de la Novela filosófica del primero—versiones a casi todas las lenguas de Europa, excepto a la española, a quien más le interesaba; vienen después los trabajos críticos posteriores con dos obras capitales: las *Miscelánéas árabes y judías* de Munk y la más cabal en la exposición historica, la tesis doctoral de Renán titulada *Averroes y el Averroísmo*.

Respecto a los eruditos trabajos de los arabistas españoles modernos, dice el Sr. Menéndez Pelayo que se dedicaron especialmente a la reconstrucción de la historia política y civil de aquel tiempo. Cita, sin embargo, al ilustre orientalista Sr. Gayangos, en cuyos trabajos—dice—se observan notables disquisiciones acerca de la historia literaria y científica de los musulmanes españoles.

Aludiendo al nacimiento de la cultura científico-literaria de los árabes, dice que principió después de la conquista, y que así como la cultura latino-cristiana de la Edad Media fué trasmitida de la latino-clásica, así la cultura arábigo-hispana, y aún la persa, fué una continuación de la greco-alejandrina que los árabes se asimilaron y trataron de armonizar con sus costumbres y manera de ser.

Los árabes—dice el Sr. Menéndez Pelayo—no por semitas, sino por su ignorancia y carácter nómada, tenían aversión a la filosofía, cuyos estudios se aclimataron solamente en Persia y España. De aquí el dicho de Renán de que para los árabes era un episodio la filosofía.

La doctrina de Aristóteles, que había cobrado en la escuela de Alejandría el mayor grado de esplendor con sus continuadores y comentaristas, llegó a los árabes después de las conquistas realizadas por los ommiadas y abasidas, y durante el apogeo de los califatos de Damasco y Bagdad, adulterada por multitud de errores en la traducción e interpretación de algunos pasajes. De esos errores y deficiencias—dice el orador—nació precisamente la originalidad de la filosofía árabe, que pasó con Avicena y Avempace a Averroes, trasmitiéndose después a la gran filosofía escolástica posterior.

Cita como primer filósofo de Persia a Alkendi, que compuso más de 200 libros. Sigue Alfarabi, que eclipsó al anterior: su obra más importante es el tratado *De los principios de los seres.*

La doctrina filosófica de Alfarabi nace de la mala interpretación de un pasaje del libro III *De anima,* de Aristóteles, respecto al entendimiento activo y pasivo, el cual no quería decir que estuvieran separados, como entendieron los filósofos árabes, pero de esta interpretación nace la originalidad de su teoría.

Avicena fué el que con más extensión expuso doctrinas filosóficas en su enciclopedia. Trasmitida ésta a España en el siglo X, dió origen a la cultura filosófica de los árabes españoles, estudio en el que entrará, el Sr. Menéndez Pelayo, en la próxima conferencia.

* * *

Continuando el docto catedrático de la Central el estudio de Averroes, dice que ya expuso en la lección anterior las razones en que se había fundado para considerar a Averroes como el polígrafo de la España árabe: no por haber sido el mejor y más amplio representante de la ciencia, sino por haberse encarnado en él la filosofía, y por la persistencia de sus ideas hasta el siglo XVI.

Considera que el mérito principal de Averroes estriba en su representación filosófica, especialmente en los siglos XII y XIII, pues aunque la escuela greco-alejandrina no fué desconocida por los judíos, es lo cierto que la gran influencia de ella es a través de la filosofía árabe y principalmente de la de Averroes, perdiéndose después de su muerte la afición a estos estudios. El último filósofo árabe fué Abenarabi de Murcia.

Hace notar también el conferenciante que las obras filosóficas de Averroes—como ya dijo—se conocen por traducciones hebreas y latinas, pues en los códices arábigos sólo conserva algo de sus escritos de medicina y literatura.

Antes de entrar en el estudio de los predecesores de Averroes en España—repite el Sr. Pelayo—que la filosofía mal denominada árabe, derívase de la greco-alejandrina, compuesta por partes desiguales de las escuelas peripatéticas y neoplatónica.

Las doctrinas de Aristóteles no fueron conocidas de los filó-

sofos árabes directamente—pues demostrado está por la crítica que no conocían el griego—, sino por traducciones, y por sus comentadores, principalmente por Temistio, Simplicio y el más importante de todos, Alejandro de Afrodisias. La *República*, de Platón, y las doctrinas neoplatónicas de Plotino y Proclo, entre otros, comenzaron a extenderse por Oriente (Persia), con Alkendi, Alfarabi y Avicena, y toman incremento en España a fines del siglo X con el viajero árabe Abenmasarra, que trae a Córdoba la enciclopedia de Basora y aun las doctrinas de Empédocles.

El primer filósofo árabe que merece nombre de tal en España es Avempace, de Zaragoza, que floreció a mediados del siglo XI. De familia de renegados, era una especie de librepensador de aquella época, y esto explica las diatribas violentas de que fué objeto por parte de los árabes creyentes. Perdidas la mayor parte de sus obras, sólo han llegado a nosotros el *Libro de la unión del entendimiento con el hombre* y el del *Régimen del solitario*, que encierran su doctrina filosófica. Él sienta ya la teoría del intelecto uno, desarrollada después por Averroes. En el *Régimen del solitario* se nota el influjo de las doctrinas de Platón. Divide las acciones humanas en cinco clases: acciones que tienen un fin corporal, acciones espirituales ligadas a fines materiales, acciones cuyo fin es el deleite, acciones desinteresadas y acciones espirituales absolutas.

El Sr. Menéndez Pelayo lee párrafos interesantísimos de Avempace, en corroboración de la doctrina expuesta. El neoplatonismo de Avempace—dice—se manifiesta más claro y de un modo más evidente, en el segundo de los predecesores de Averroes, Abentofail. Su novela, que mereció ser traducida a todos los idiomas europeos, y que se popularizó grandemente, llevó el título de *Philosophus autodidacticus*, es decir, el filósofo que se educa a sí mismo, obra que el Sr. Pelayo califica de historia de una especie de Robinson metafísico. De ella da la siguiente referencia:

El solitario Hai, nacido en una isla desierta, amamantado por una gacela, y entregado luego a sus propias fuerzas, sin trato ni comunicación con racionales, va educándose a sí mismo (de donde viene el título de *autodidacto* que usó el traductor latino de esta novela), elevándose desde el conocimiento de las cosas sensibles, concretas, particulares, relativas y temporales, a la contemplación de lo absoluto, necesario, eterno y universal, hasta obtener la per-

fección espiritual suma, mediante su unión con *las formas superiores* de que Avempace hablaba. Cuando el solitario ha llegado a abismarse en el éxtasis y en la contemplación, empleando para ello medios materiales propios hoy mismo de las sectas fanáticas e iluminadas de Persia y Berbería, acierta a llegar a la isla donde moraba Hai, un santón musulmán, que había alcanzado las mismas consecuencias que el solitario, pero por un camino absolutamente diverso, es decir, por el de la fe, y no por el de la razón. Poniendo al uno frente del otro, ha querido mostrar Tofail la armonía y concordia entre estos dos procedimientos del espíritu humano.

Además de los procedimientos mecánicos para llegar al misticismo contemplativo, aconseja Abentofail ciertos procedimientos higiénicos; desprenderse después en su propia ciencia y fundirse en la absoluta.

El conferenciante lee párrafos de la novela de Abentofail, que producen murmullos de admiración.

La última parte del libro del filósofo árabe es una especie de estudio religioso. En todo él—observa el Sr. Menéndez Pelayo—se notan no sólo las influencias del neoplatonismo, sino hasta cierta doctrina filosófica budista, desarrollada en una forma nueva.

Es tan importante—concluye el orador—este misticismo de Abentofail y abre tan hondo surco en el pensamiento árabe español, que ni el mismo Averroes se ve libre de su influjo poderoso, como veremos en las sucesivas conferencias.

* * *

Expuestas—empieza el Sr. Menéndez Pelayo—en anteriores conferencias la procedencia de la filosofía averroista y las doctrinas de sus predecesores, es mi propósito ahora decir algo de la biografía de *Abulgualid Mohamed ben-Roxd*, o simplemente Averroes, que es como más comúnmente es conocido aquel ilustre filósofo de la España arábiga.

Escasas son las primitivas fuentes biográficas que tenemos de Averroes; pero, en cambio, pueden reputarse seguras. Como las primeras en importancia, pueden citarse las menciones que de él

hacen Abenalabbar y Abenpascual en sus obras históricas *Tecmila* y *Mocham*.

Viene después la extensa noticia de Abenarabi, el artículo que Dhehebi consagra a Averroes y a su perseguidor el emir Yacob Al-Mansur (Almanzor), en sus Anales (año 905 de la Hégira), y el texto árabe de Aben Absarí, llamado el Marrecoxí, publicado por Dozy en 1874.

Fuera de esto—dice el conferenciante—nos queda como testimonio el opúsculo que León el Africano escribió en 1664, que, aunque fabuloso en algunas de sus partes, debe mencionarse por haber servido de fondo a lo publicado sobre Averroes, no solamente en el siglo que se escribiera, sino en los posteriores hasta el XIX.

Resumiendo, en fin, se pueden dar las siguientes noticias:

Averroes nació en Córdoba el año 530 de la Hégira, 1126 de nuestra Era.

De familia de origen oscuro, sábese de ella que el padre y el abuelo de Averroes fueron jurisconsultos eminentes y ambos desempeñaron el cargo de cadíes en Córdoba. Del último se sabe, además, que fué el que aconsejó la deportación a África de los muzárabes, que habían favorecido la invasión de Alfonso el Batallador en el territorio musulmán.

En este medio nació nuestro filósofo, a quienes unos suponen de origen árabe, otros judío y algunos cristiano renegado.

Sea de ello lo que quiera, es lo cierto que Averroes aprendió teología según los Ascharitas, cursó jurisprudencia según el rito malequita, y que, además de consagrarse a otros estudios propiamente árabes, estudió Medicina.

Asimismo es cierto, que no pudo ser discípulo directo de Avempace, pues cuando éste murió, Averroes era un niño; pero sí lo fué indirectamente y por las tradiciones que recogiera de su familia, con la que estaba en relaciones de amistad Avempace. Por éste sintió Averroes admiración grandísima, según testimonios que encontramos en las obras de nuestro filósofo. De quien Averroes fué discípulo directo es de Abentofail. Tuvo también relaciones de intimidad, que le sirvieron para su ciencia, con la familia de los Avenzoar.

Pero en su ansia de saber, Averroes no se conformó con lo que las doctrinas de los escritores mencionados pudieran enseñarle, y se hizo discípulo de ciertas escuelas teosóficas que privadamente

difundían su enseñanza. En Córdoba asistió a la de Abenarabi. Quiso Averroes, siendo cadí de Córdoba, que Aben-Arabi le facilitara el secreto de su filosofía, excusándose éste, que no tenía gran fe en la vocación de su adepto, so pretexto de que una revelación divina se lo había prohibido.

Averroes hizo una carrera política de no escaso brillo, merced a la circunstancia de que a los emires de su tiempo les dió por proteger a los filósofos. El maestro y protector de Averroes, Abentofail, que gozaba de gran prestigio en la corte de Abuyacub Yusuf, le presentó a este monarca, y los incidentes de aquella primera entrevista, de que guardó recuerdo nuestro filósofo, fueron recogidos de los labios de Averroes, por un su discípulo.

El emir Yusuf, después de cumplimentar cariñosamente a nuestro filósofo, preguntóle: «¿Qué opinan los filósofos del cielo? La pregunta del emir de los creyentes—dice Averroes—me llenó de miedo, y rehuí contestarla, excusándome con decir que no me había ocupado de Filosofía. El emir llevó, sin embargo, con tal habilidad la conversación, que yo le expuse lo que sabía en la materia, pagándome él con una buena cantidad de dinero.

Abentofail estaba de acuerdo con el soberano, y presente en nuestra entrevista. Me dió el encargo, en nombre del emir, de comentar los libros de Aristóteles, añadiendo que, puesto que yo tenía condiciones, hiciera lo que él, por su edad avanzada y las ocupaciones de su cargo, no podía ya hacer.»

Averroes—dice el Sr. Pelayo—dió comienzo al trabajo, y este encargo oficial fué lo que le alcanzó el sobrenombre de Comentador de Aristóteles con que se le conoció en las escuelas filosóficas de la Edad Media.

En 1169, Averroes fué nombrado cadí de Sevilla, y allí aparecen fechados algunos de sus libros. En 1182 sustituyó a Abentofail en el cargo de médico primero de Yusuf.

Recelos que indudablemente despertó la superioridad de Averroes, y por otra parte, un odio fanático que había despertado la escuela de los librepensadores, fué causa de que Yacub Almansur (Almanzor), sucesor de Yusuf, después de anatematizar las doctrinas de Averroes, le condenase al destierro, que sufrió en Lucena, y ordenase a la vez quemar todos sus libros, a excepción de los de Medicina, Aritmética y Astronomía.

Esta persecución contra la doctrina de Averroes se hizo general contra todos los filósofos. El encargado de cumplirla fué Avenzoar, fingido enemigo de la filosofía. El docto catedrático cuenta en apoyo de que Avenzoar no era enemigo de la doctrina filosófica, una anécdota ocurrida entre aquel escritor y dos de sus discípulos.

Yacub Almansur cambió de conducta por obra de una revolución: a su vuelta de Marruecos mandó arrancar los edictos prohibitivos de las doctrinas hasta entonces condenadas, volvió a Averroes a su cargo de cadí y en él muere en Córdoba en 1198.

La fecundidad de Averroes fué grande: uno de sus biógrafos dice que escribió más de diez mil pliegos de papel; y aun por lo lo que queda del gran pensador, puede afirmarse que trabajó mucho y con gran provecho.

El Sr. Menéndez Pelayo hace una relación sucinta de las obras del polígrafo hispano-arábigo, señalando cuáles existen, cuáles se han perdido, en qué idiomas han llegado hasta nosotros y de cuál fueron traducidas.

* * *

Hizo el Sr. Menéndez Pelayo en su conferencia penúltima un estudio de las principales obras del filósofo Averroes, y un juicio de las doctrinas de este escritor, con relación a Aristóteles, a quien sigue, y comparativamente con las opiniones de algunos predecesores y contemporáneos del polígrafo árabe.

Estudió, en primer término, los amplísimos comentarios que a las obras de Aristóteles hiciera Averroes, refiriéndose después a algunos de los libros de éste en particular e hizo más detenidas observaciones respecto del titulado *Destrucción de la destrucción*, en el que el filósofo árabe defiende su doctrina filosófica de los ataques de que fué objeto.

Después estableció la relación que existe entre la filosofía aristotélica y la averroista. Trata luego la cuestión de la originalidad de la filosofía árabe, haciéndola derivar de los errores de interpretación de la doctrina aristotélica, por no haber llegado ésta a los árabes, sino por traductores y comentaristas de la escuela alejandrina.

Estableció las coincidencias y discrepancias de la filosofía averroista con la de Abentofail y Avempace, de España, y con la de Alkendi, Alfarabi y Avicena, de Persia.

Difiere Averroes de Abentofail y Avempace—decía el Sr. Menéndez Pelayo—en que los procedimientos filosóficos de aquél son racionalistas, mientras que los de los últimos acuden al misticismo para el desenvolvimiento de sus teorías.

Ocúpase el Sr. Menéndez Pelayo de los teoremas filosóficos de Averroes, comprendidos en sus tres libros que tratan de la eternidad del mundo, del entendimiento separado y del intelecto agente, estudiando con textos del filósofo el alcance de sus doctrinas.

Expone los errores de método que condujeron al filósofo árabe al panteísmo. Hace el corolario de la filosofía averroista respecto del intelecto agente. Añade que la doctrina de Averroes, aunque racionalista en el procedimiento, es mística en su finalidad, aun siendo Averroes el menos místico de los filósofos árabes.

Refiriéndose a los opúsculos de Averroes sobre la concordia entre la religión y la filosofía, dice que en esas obras muéstrase el autor más propicio a no herir la susceptibilidad ni las creencias de sus contemporáneos, y en ellas encubre sus opiniones.

Habla de la disparidad de criterio entre Aristóteles y Averroes respecto del concepto de la mujer, que el filosófo árabe defiende y juzga apta para la guerra y la filosofía.

Refiriéndose a otros libros de Averroes, que especialmente tratan de literatura, dice el Sr. Menéndez Pelayo que se recomiendan por su originalidad y su técnica, aun cuando en ellos comete muchos errores y contrasentidos, pudiendo citarse como ejemplo de esto, la definición que da Averroes de la comedia y de la tragedia.

* * *

Trató el docto catedrático de la Central en su última conferencia, de la escuela averroista.

La fama de Averroes—dice el conferenciante—fué póstuma, pues durante su vida, los árabes, no muy bien predispuestos en general para la filosofía, halláronse sumidos en guerras interiores. La reacción fanática de los almoravides y almohades hizo, por otra parte, estériles entre su raza sus enseñanzas. Pero las doctrinas filosóficas de Averroes conservaronlas los judíos y se las trasmitieron a los cristianos. Era el pueblo judío más culto y estaba

mejor preparado para estas especulaciones. Bien claramente demuestran este aserto nombres como el de Avicebrón (Salomón ben Jehudá ben Gabirol en su lengua) y otros ilustrados hebreos españoles que trataron asuntos filosóficos un siglo antes que Avempace, y eran, a la vez, distinguidos poetas.

Esta filosofía judaica procedía como la de los árabes de la escuela alejandrina; pero presenta con preferencia marcada tendencia neoplatónica, que llega hasta Maimónides.

Éste es el primer filósofo hebreo en el que se advierten huellas de la filosofía de Averroes. En su obra *Guía de los Perplejos* sienta principios averroistas, tales como los referentes al intelecto agente, negación de los atributos positivos en Dios, etc., etc. Dicha obra, de carácter indudablemente racionalista, fué—dijo el Sr. Pelayo—para el siglo XII, lo que las obras de Espinosa para el XVII.

La obra de Maimónides provoca grandes luchas teológicas en España; de ellas es testimonio la sentencia del rabino Salomón Ben Albelet de Barcelona, en 1305, prohibiendo la lectura de dicha obra en Barcelona.

El último representante del averroísmo fué Elías de Beigo, en Padua. Fueron, por lo tanto, los judíos—dice el orador—durante los siglos XII y XIII y aun después, los propagadores de las doctrinas de Averroes.

Dos momentos tiene la iniciación de las doctrinas filosóficas orientales entre los cristianos: el primero en Toledo, en el tiempo de Alfonso VII, a mediados del siglo XII, con la protección del Arzobispo don Raimundo, y el segundo en París, a principios del siglo XIII.

Los primeros libros que se tradujeron en Toledo fueron los de Alfarabi y Algazel, y más tarde, la enciclopedia de Averroes. La fama de estas traducciones llega a Italia en tiempos de Federico II, Emperador, filósofo y librepensador, que sostuvo varios diálogos epistolares con Abenarabi de Murcia y otros filósofos.

Los dos nombres más notables de los viajeros que vinieron a Toledo en busca de las traducciones de Averroes, fueron Miguel Scoto y Herman el alemán, recibidos a su regreso con grandes agasajos en la corte de Federico II.

El Sr. Menéndez Pelayo, al llegar a este punto, hace referencia a la fábula del libro *De tribus impostoribus*, que se atribuía al Emperador Federico, y que simbolizaba la lucha del cristianismo,

judaísmo y mahometismo; fábula que con distinto sentido se encuentra en los judíos; entre los cristianos, en algunas de las obras de Raimundo Lulio y en don Juan Manuel, y en Italia, en el cuento *Los tres anillos*, de Boccaccio.

Las doctrinas averroistas al pasar a París a principios del siglo XIII, produjeron gran discusión entre los escolásticos, y fueron condenadas por sus tendencias panteístas. Entre los que las combatieron figuran principalmente Santo Tomás, con su obra *Summa contra gentiles*, y nuestro gran Raimundo Lulio, que dedicó gran parte de sus libros a combatir el averroísmo.

Averroes tiene dos significaciones entre los cristianos: una como librepensador, por lo cual fué duramente combatido, y otra como fiel intérprete de Aristóteles, en la que, aun para Santo Tomás era digno de estimación.

El averroísmo, desde el siglo XIV, encuentra una oposición grande y grandes odios entre los humanistas, que comienza a representar el Petrarca; en el siglo XV, los tomistas por un lado, que pedían las doctrinas de Aristóteles en toda su pureza, y por otro los humanistas, que preferían las doctrinas de Platón, ambos enemigos del averroísmo, hiciéronle caer en una profunda decadencia. Halló, sin embargo, el último baluarte en las escuelas de Padua, Bolonia, Ferrara y otras del Norte de Italia.

En Padua, a principios del siglo XVI, estalla de nuevo la lucha entre averroistas y alejandristas; lucha que ofrece un momento interesante en la discusión filosófica que entablan Pedro Pomponazzi y Nifo y Aquilino.

A esa lucha pone fin la bula del Papa León X (1512), y más tarde, las decisiones del Concilio de Trento.

Con esto—dice el Sr. Pelayo—puede darse por terminada la influencia del averroísmo, cuyo último representante en Padua fué César Cremonini.

El orador pone fin al último de los estudios del presente curso con frases muy modestas y muy sentidas de agradecimiento para sus oyentes y para el Ateneo, por haberse dignado oírle siempre con la misma grandísima atención.

Un aplauso nutridísimo respondió a las últimas palabras del Sr. Menéndez Pelayo.

(De *Heraldo de Madrid.*)

V.—ESPAÑA HEBREA: MAIMÓNIDES

En la cátedra el doctísimo Menéndez Pelayo, entre los oyente muchos maestros en diversas ciencias... La sala llena... ¡Gran tarde!

Empezó el orador recordando su labor del anterior curso, y continuando en la exposición de su galería de grandes polígrafos, dijo que se proponía presentar a Maimónides, como el representante más genuino de la cultura de la España Judía.

A éste seguirán—añadió—Alfonso el Sabio y Raimundo Lulio, como los dos más grandes sabios de la España cristiana de la Edad Media.

Divídese—dijo—mi estudio de Maimónides en tres partes:

Primera.—Cultura hebrea en España antes de Maimónides.

Segunda.—Biografía y bibliografía de este polígrafo.

Y tercera.—Estudio de su obra *Guía de los perplejos.*

No hemos dudado—dice el Sr. Menéndez Pelayo—en la elección de la figura de Maimónides como el representante más legítimo de la cultura de su raza en este período de la Edad Media española; sólo le faltó ser poeta para haber escrito de todo. Aparece, además, en el momento máximo de la cultura hebrea en España, cuando la doctrina va perdiendo su esoterismo y la sinagoga abre sus puertas a las corrientes de ideas nuevas y rompe el hermetismo de las propias. Por otra parte, bastaría a Maimónides su gran libro *Guía de los extraviados* para acusar su recia personalidad dentro y fuera de la sinagoga.

Hay motivos fundados para suponer que los primeros judíos vinieron a España mezclados con los fenicios; pero el gran golpe de ellos llegó, sin embargo, en el siglo primero de la Era cristiana.

Habló el orador de la persecución de que los judíos fueron

objeto en España en el reinado de Sisebuto, que les impuso el bautismo, por lo que dijo de él San Isidoro, que había este príncipe atendido a la fe más que a la conciencia.

El Sr. Menéndez Pelayo detalló después el disgusto y conspiración de los judíos; su unión y ayuda con los árabes para facilitarles la conquista y la importancia de esta ayuda. [1]

La llamada filosofía arábiga y la llamada filosofía hebreo-hispana, son derivaciones de la escuela de Alejandría, observándose en ellas su mismo sincretismo. Dentro de esta unidad de tendencia predominan los elementos peripatéticos o los platónicos en distintas proporciones, según la tendencia de cada uno de estos pensadores. Así, por ejemplo, en Salomón Ben Gabirol, a pesar del uso constante de la terminología aristotélica, en los conceptos de materia y forma, sin embargo, predomina el sistema neoplatónico en modo tal, que cuando se lee la *Fuente de la vida*, parece leerse *Las Eneadas*, de Plotino, interpretadas por un peripatético. En Maimónides, a quien repugnaba todo misticismo, parece, por el contrario, que revive el alma de Aristóteles, a pesar de lo cual no deja de haber en sus comentarios talmúdicos un número considerable de ideas platónicas. En la metafísica, la doctrina de la inteligencia separada imperó y conquistó el espíritu de los árabes, penetrando luego en los filósofos semitas de los tiempos medios. Es evidente que los judíos españoles recibieron esta doctrina de Averroes, aunque antes de él brilla con luz propia Jehudá ben Gabirol (Avicebrón). Este sabio y gran poeta contribuyó poderosamente a fomentar el desarrollo intelectual en su tiempo, escribiendo la *Corona real, La fuente de la vida* y una gramática hebrea en verso, de la cual sólo ha llegado a nosotros el proemio. La inspiración de Ben-Gabirol—decía el Sr. Menéndez Pelayo—consiste en cierto subjetivismo o lirisismo melancólico y pesimista, templado por la fe religiosa, con lo cual se amalgaman, más o menos estrechamente, las ideas de la filosofía griega en sus últimas evoluciones alejandrinas. Como pensador, influyó poco entre los hebreos, porque su principal obra filosófica está escrita en árabe.

Lo que podríamos llamar biblioteca filosófica de aquellos

---

[1] *Nota del Colector.*—Esta primera parte de introducción a la presente conferencia sobre Maimónides, está tomada de *Heraldo de Madrid;* lo que a continuación va es en casi su totalidad de *El Globo.*

tiempos, comprende, los libros de Aristóteles; en parte nada más, pues desconocían, por ejemplo, el tratado de *La Política*, que suplían con los comentarios de *La República*, de Platón. Corrían, sin embargo, atribuídos a Aristóteles, con razón unos, y otros sin ella, otros muchos libros, algunos de los cuales hasta contenían doctrinas desemejantes a las suyas. Platón era menos conocido, aunque de dos de sus principales diálogos, el *Timeo* y *La República*, se tomaran algunas de las ideas cosmológicas y sociales que entonces circulaban.

Fuera de estas informaciones directas se puede decir que, en general, el pensamiento platónico no fué conocido de los árabes ni de los judíos más que por intermedio de los alejandrinos, y es seguro que no leyeron *Las Eneadas*, de Plotino. Su erudición estaba limitada a las obras de Proclo, libros de Hipócrates, de Aristóteles y los atribuídos a Trismegisto.

La historia y el temperamento del pueblo hebreo le daba ciertas condiciones superiores para las especulaciones filosóficas, y, por otra parte, su facultad de adaptación le proporcionaba en alto grado la facilidad de asimilarse y transformar el pensamiento ajeno, combinándolo con el suyo propio, sin perder su nativo carácter ni el sello de su origen.

Estudia el conferenciante los caracteres que tomó la filosofía entre los judíos, siempre de marcado sello religioso, como basada en la exégesis bíblica y talmúdica. Maimónides—dice—es el principal representante de la escolástica hebrea, que logra alcanzar mucha importancia dentro del judaísmo, y además por sus escritos de medicina y ciencias naturales, viene a ser el escritor más enciclopédico de su raza en España.

Y expuestos estos necesarios antecedentes, entremos en el estudio del polígrafo que hoy nos ocupa, comenzando por los rasgos capitales de su biografía. Luego haremos enumeración y clasificación de sus escritos y determinaremos el peculiar carácter de cada uno. De los grupos que tienen importancia histórica, sólo para los judíos dentro de la sinagoga, trataremos muy por encima para dejar desembarazado el camino y poder entrar con más detención en el estudio de las obras capitales de Maimónides.

Moisés Ben Maimón, llamado por los cristianos Maimónides, nació en Córdoba en 30 de marzo de 1135. Su padre era un higie-

nista famoso que cultivaba la ciencia matemática y dejó un comentario sobre Astronomía. Maimónides fué iniciado por su padre en el conocimiento de la Biblia y el Talmud y en el de las ciencias profanas; pero concurrió, además, a las escuelas árabes, y, según él mismo dice, tuvo como maestro a uno de los discípulos más inmediatos del zaragozano, Avempace, y por compañero de estudio al hijo de un célebre matemático de Sevilla. No es cierto, como se ha dicho en muchas biografías, que fuera discípulo de Averroes, cuyas obras conoció en 1191-92, según consta en la célebre carta a su discípulo predilecto. Contaba trece años cuando los almohades conquistaron Córdoba, iniciando persecuciones religiosas contra cristianos y judíos, obligándoles al destierro o a aceptar el islamismo. Parte de los perseguidos emigró y otros simularon hacerse musulmanes. Entre éstos, según los biógrafos de Maimónides, figuró la familia del que había de ser llamado el director de la sinagoga, el segundo Moisés; el que fué la primera figura del judaísmo español en la Edad Media.

La apostasía de Maimónides parece probada por sus testimonios si son auténticas las cartas que se le atribuyen; pero no faltan críticos modernos, y entre ellos un traductor inglés de la *Guía*, que lo niegan, rechazando como apócrifas estas cartas, y teniendo por acusación, desprovista de fundamento, la que un musulmán fanático hizo contra él en Egipto, cuando era médico allí, acusándole de haber pasado por mahometano en Córdoba y haber renegado de sus nuevas creencias para ser judío después. Esta profesión de fe, probablemente sólo externa, explica el empleo casi constante que durante diez y seis o diez y siete años hizo Maimónides, de la lengua árabe en sus obras, con una sola excepción muy notable, de la que hablaremos con más detenimiento despues; la de sus famosos *Comentarios a la Michná*. Los libros de Maimónides fueron escritos, no en hebreo rabínico, sino en árabe, y traducidos al hebreo por Samuel Abentibbon.

No estando seguros en Córdoba Maimónides y su padre, pasaron al Mogreb. En 1160 vivían en Fez. Todavía se encuentran entre los judíos de aquella región tradiciones de su existencia. Allí permaneció un año, por lo menos, hasta que logró embarcarse para Oriente y profesar libremente sus creencias. Aportó a San Juan de Acre, (Tolemaida) y se estableció en Egipto, en el Cairo, donde

se dedicó al ejercicio de la Medicina y al comercio de piedras preciosas, abriendo allí una cátedra de filosofía y rito para sus correligionarios. Creció su crédito y fortuna, y cuando Saladino destruyó la dinastía de los Fatimitas, Maimónides fué nombrado médico del Sultán. Hay una carta de Maimónides a su discípulo predilecto Abentibbon, diciendo la numerosa clientela que tenía y que apenas le dejaba libre día y noche, por lo que le disuade de hacer un viaje para visitarle, según le tenía anunciado. El favor de que disfrutaba en la Corte del Cairo le atrajo envidiosos, y uno de ellos, que le había conocido en Córdoba, le acusó de haber apostatado de la ley de Mahoma para volver a Moisés.

Las obras de Maimónides son muy numerosas. Podemos, sin embargo, dividirlas en tres grupos. Pertenecen al primero las obras teológicas y canónicas de uso exclusivo de los judíos: comentarios particulares sobre el Talmud, el gran comentario de *La Michná*, comenzado en España en 1158 y acabado siete años después; el *Libro de los preceptos*, compendio de ética y religión; la *Colección de las consultas talmúdicas* y el famoso *Compendio del Talmud*, llamado *Mano fuerte*, en que empleó más de diez años de su vida. Las obras del segundo grupo, es decir, los filosófico-teológicos, están compuestas con más amplio espíritu. Entre éstas hay que contar la obra más célebre, *Moreh Nebuhim*, que ha llamado Munk *Guía de los que dudan* y cuya traducción verdadera viene a ser *Guía de los que andan inciertos acerca del rito*, *Camino-guía de los que vacilan entre la ciencia y la fe*, *Armonía de la ciencia y la fe*, *el Tratado de la resurrección de los muertos* y un compendio de la Lógica, traducido al latín en la Edad Media.

El tercer grupo comprende las obras de Medicina y Ciencias Naturales, que se le atribuyen más, de 18, pero no todas son suyas. Las más importantes son un epítome de los diez y seis libros de Galeno, un compendio de Avicena, una colección de aforismos extractados de Hipócrates, Galeno, Avicena, etc., una toxicología, una farmacopea, y, sobre todo, un tratado, que se llama *De regimine sanitatis*, que contiene reglas higiénicas y curativas.

Termina el estudio y descripción de las principales obras de Maimónides, señalando los que se podrían llamar trece artículos de su credo, que es desde entonces el credo de la sinagoga; expone lo que significan los comentarios que puso al Talmud, dejando

para las próximas lecciones el tratar con detenimiento de la *Guía de los perplejos*.

A Maimónides—dice el Sr. Menéndez Pelayo—le podemos considerar como el mayor filósofo de la sinagoga hasta Espinosa. Por lo científico de su método, que le hizo huir de los desvaríos de la Cábala, y por no haber escrito en árabe, se le llamó el Aristóteles musulmán.

* * *

Después de hacer, como siempre, el resumen de la conferencia anterior, comenzó el estudio del libro capital de Maimónides. Dijo que esta obra, compuesta primitivamente en árabe, fué inmediatamente traducida al hebreo por Abentibbon, a quien se debe la conservación de una gran parte de la literatura escrita en árabe por los hebreos, especialmente los españoles, y también de una parte considerable de la literatura filosófica de los musulmanes; pues apenas existen textos originales, sino traducciones hechas por rabinos que sirvieron para el estudio en las escuelas cristianas de la Edad Media.

Encomia la provechosa y constante labor del erudito Munk para traducir y comentar el *Moreh Nebuhim*. Hoy es el texto más depurado que tenemos.

Según el docto profesor, el libro de Maimónides fué conocido en las escuelas de la Edad Media, merced a la traducción hebreo-rabínica de Samuel Abentibbon, la cual es una especie de calco tan servil del texto árabe, que muchas veces llega a ser incomprensible. Después de describir las varias traducciones latinas que del libro de Maimónides se han hecho, manifiesta que la primera de las versiones en lenguas vulgares es castellana y que precisamente en estos días [1] el erudito hispanista Mr. Mario Schiff, con ocasión de estudiar los fondos bibliográficos que constituían la biblioteca del marqués de Santillana, examina un códice del *Moreh Nebuhim*, traducción del siglo XV, hecha por Pedro de Toledo a ruego de D. Gómez Suárez de Figueroa, hijo del maestre de Santiago, D. Lorenzo, códice que se encuentra en nuestra Biblioteca

1 *Nota del Colector.*—La reseña de esta conferencia apareció en *El Globo* de 29 de noviembre de 1897.

Nacional y que contiene esa primera versión española del libro de Maimónides, a que nos referimos.

Parece ser la misma traducción mencionada en el registro de don Fernando Colón, pues coinciden varios datos, además del nombre del autor; consta también descrito este códice en el catálogo de los manuscritos de la Biblioteca de Osuna y del Infantado, por lo cual, y por otros datos que ha logrado reunir, cree el señor Schiff que este códice procede de la librería del marqués de Santillana.

El Sr. Menéndez Pelayo da lectura del prólogo que precede a la traducción de que se trata. La traducción es, como todas las del siglo XV, un calco material, grosero y servil del original. Un comentarista anónimo, probablemente judío, y sumamente versado en las lenguas hebrea y árabe, fustiga duramente al autor de la versión en algunas acotaciones marginales, y, efectivamente, muchos pasajes no han sido entendidos por el traductor, sino trasladados, poniendo materialmente las palabras castellanas sobre las palabras hebreas.

Las dos primeras partes estaban traducidas en 1419 y la tercera en 1432. Por consiguiente, esta obra capital de filosofía y teología judaica, esta especie de resumen teológico de los judíos, fué conocida en la lengua de Castilla merced a la protección de un prócer castellano en los primeros años del siglo XV, sin suprimir ni siquiera aquellos pasajes, muy raros en verdad, en que Maimónides alude a las creencias cristianas, especialmente al dogma de la Trinidad. Después de esta traducción se publicaron otra italiana de fines del siglo XV, varias latinas y otras muchas en lenguas vulgares; pero a todas aventaja la moderna y notabilísima de Munk. Más o menos directamente, casi todas ellas están basadas en la versión hebrea de Samuel Abentibbon, que ha sido la más elogiada.

El libro de que se habla tuvo en el texto árabe y en la traducción hebrea el título de *Moreh Nebuhim*. *Morch* quiere decir guiador, el que dirige, y *Nebuhim* quiere decir descarriado. En las traducciones latinas posteriores se le ha titulado *Dux dubitantium*, *Ductor perplexorum*. Munk lo tradujo por *Guía de los extraviados*. Todos estos y otros títulos coinciden en lo sustancial, aunque el más breve, el más práctico, el más adecuado a un libro de filoso-

fía es *Guía de los que dudan*, de ninguna manera de los que andan extraviados; al contrario, es de los que andan indecisos, no se han salido del camino derecho ni han entrado en él, sino que lo andan buscando. El libro consta de tres partes, sirviendo la primera como introducción o prolegómeno de las dos restantes. En todas ellas se mezclan las materias, no sin cierto orden interno. Hay una cierta distribución metódica en el libro, algo extraña a nuestros hábitos y más acomodada a los de enseñanza de la Sinagoga y de la Filosofía en la Edad Media. La mezcla de materias de teología rabínica con ideas estrictamente filosóficas, es lo que le da cierto desorden más aparente que real. El *Moreh Nebuhim* representa dentro de la teología y a la filosofía hebreas, algo como la *Summa Theologica* de Santo Tomás, en la teología y filosofía cristianas, por más que en ninguna manera se observe en el libro de Maimónides, que más bien parece una colección de disertaciones, aquel admirable organismo científico que da tanto valor a la *Summa Theologica* del Ángel de las Escuelas.

Contiene una parte de filosofía racional, una parte de filosofía especulativa en que dominan los elementos peripatéticos, no sin alguna mezcla de elementos neoplatónicos; pero reducidos a proporciones mucho menores que aquellas que encontramos, por ejemplo, en la *Fuente de la vida*, de Avicebrón. Es, además, un tratado de exégesis bíblica, un método nuevo que aplica Maimónides a la interpretación alegórica de los libros sagrados.

El propósito de Maimónides, en todo el libro, fué conciliar la razón con la fe, la tradición con el libre examen. Se le ha llamado racionalista, y lo es en parte. Como filósofo, procede Maimónides del peripatetismo arábigo, aunque parece algunas veces influído por la filosofía de los persas. Siguió más de cerca las huellas de Avempace y Averroes, que alcanzó a conocer en los últimos años de su vida, antes de escribir su libro. Basta comparar la parte estrictamente filosófica de *La Michná* con el *Moreh Nebuhim*, para comprender esta influencia tardía del averroísmo en Maimónides.

Las doctrinas de Maimónides influyen, no sólo en la sinagoga, sino hasta en los filósofos cristianos del siglo XIII, pues, a pesar del libre examen que aplica a la exégesis de la Biblia, era en el fondo un espíritu religioso.

Estudia a continuación el concepto de la Divinidad entre los

musulmanes y los argumentos que para probar la existencia de Dios emplea Maimónides. Habla a continuación de cómo desarrolla este filósofo la idea aristotélica del primer motor y de la exposición que hace de los atributos de la Divinidad, prometiendo continuar en la lección próxima ocupándose de estos temas teológicos.

* * *

Continuando el ilustre conferenciante el estudio interrumpido en la conferencia anterior, manifestó que uno de los puntos fundamentales del *Moreh Nebuhim*, especialmente en su parte primera, es el relativo a los atributos divinos; teoría capitalísima por la cual Maimónides ha sido juzgado como el verdadero precursor del panteísmo de Spinoza; pero hay que reconocer que Maimónides, lejos de profesar ni defender en parte alguna ideas propiamente panteísticas sobre los conceptos de unidad y de substancia, como lo hicieron filósofos judíos españoles, y entre ellos Salomón Ben-Gabirol, el autor de la *Fuente de la vida*, lejos de afirmar la identificación de Dios y el mundo, más bien procura la total, completa y absoluta separación entre el concepto de lo divino y el concepto de lo humano. Precisamente por un exceso de celo pío propendió a aislar al Creador de sus criaturas.

Maimónides admite la creación, pero establece tal abismo entre el Creador y aquélla, y de tal modo insistió en la negación de los atributos positivos, por considerar que es cierto género de ofensa a la majestad divina establecer paridad y equivalencia entre los atributos de Dios y los correspondientes a la naturaleza humana o a cualesquiera otras substancias creadas, que leída superficialmente esta parte del *Moreh Nebuhim*, ha podido dar pretexto a esas acusaciones, no ya de vago deísmo, para lo cual habría algún fundamento, sino hasta de ateísmo. Aunque parece profesar la creencia en un Dios algo parecido al motor inmóvil de la metafísica aristotélica, es lo cierto que lo mismo que niega como atributos positivos lo restablece luego con el nombre de atributos negativos y atributos de acción. Estos son los que muestran a Dios en sus obras y sus relaciones con las criaturas. Negativos son los positivos, vueltos del revés, por decirlo así. De este modo re-

construye Maimónides la teodicea, aunque sustituyendo distintos nombres a los generalmente admitidos en las escuelas anteriores.

Prueba cierta también de lo apartado que estaba Maimónides de toda concepción panteística nos la da su doctrina acerca de la creación. Es quizá el punto más esencial en que se aparta de Aristóteles, a pesar de la profunda veneración que por él sentía. Y es de advertir que se aparta en este punto de la doctrina aristotélica y combate las ideas peripatéticas de la eternidad de la materia primera, no por razones de orden teológico, puesto que dice muy candorosamente que con el método que aplica a la exégesis de los libros sagrados, con sentido alegórico, puede decir lo que quiera su filosofía, sino por razón de orden filosófico, porque, aunque considerada como hipótesis la creación *ex nihilo*, le parece más racional que la de la materia eterna. Hay que advertir, sin embargo, que Maimónides en este punto se aparta de Aristóteles con mucho miramiento, correspondiente a su veneración casi religiosa por todas las ideas del Estagirita, y aún duda que la doctrina de la eternidad de la materia esté bastante clara en Aristóteles, y dice que éste la sostenía como mera hipótesis. Y, finalmente, para que no se le tache de menoscabar en algún modo la autoridad de aquel gran filósofo, dice que se le debía tener por maestro casi infalible en lo tocante al orden sub-lunar, al espíritu humano y a las cosas de aquí abajo; pero en lo que toca a la luna y a lo que está sobre la luna, indica que no se debe dar un crédito ciego a Aristóteles, sino más bien atenerse a la Biblia. Defiende, pues, la creación por razones meramente filosóficas, siendo la primera que, sólo la libre voluntad del Creador, puede explicarnos la variedad de los fenómenos y formas de la naturaleza.

Otros puntos de la doctrina del *Moreh Nebuhim* son la teoría del milagro y la de la profecía. Claro es que, dado el empeño que manifiesta desde los primeros capítulos de explicar con sentido alegórico los pasajes que encierran elementos sobrenaturales, la cuestión de los milagros debía ser embarazosa para él, que realmente la trata como de soslayo, y da una solución vaga e imperfecta. Admite el milagro, pero lo considera, no como trastorno de las leyes de la naturaleza, sino como una excepción que Dios hizo de esas leyes en el momento de la creación.

La teoría de la profecía es más importante y el espíritu filo-

sófico de Maimónides se manifiesta plenamente al tratar este punto. Jehudá Haleví, en su novela filosófica *Cuzarí*, había considerado el don de profecía como un don especial otorgado por Dios a los hombres de su raza, como un don sobrenatural. Maimónides, por el contrario, interpreta el don de profecía como una mayor elevación, como una mayor perfección de todas las facultades humanas, así físicas como intelectuales y morales. Para él la profecía no es más que la infusión, digámoslo así, del espíritu divino, la encarnación última del intelecto agente de la razón impersonal, en el entendimiento pasivo, en la mente humana.

Se requieren, sin embargo, para ser profeta, una porción de condiciones que Maimónides prolijamente expone; empezando por la fisiológica y siguiendo por las cualidades intelectuales y morales. Estas cualidades, según Maimónides, sólo se vieron juntas en Moisés; por eso su ley es la mejor, la ley inimitable, eterna y su espíritu es el que más penetró en los arcanos de la ciencia divina, y por eso dicen las Escrituras que vió a Dios cara a cara, mientras los demás profetas le vieron solo a través de su velo, o en su imaginación o en los signos.

La tercera parte del *Moreh Nebuhim* ofrece menos interés filosófico que las anteriores; los primeros capítulos están consagrados a la explicación, un tanto cabalística, del sentido simbólico de las cuatro ruedas del carro de Ezequiel. La interpretación que Maimónides hace de este capítulo del profeta, puede decirse que es la base del edificio de su cosmología, que por lo demás es la de los peripatéticos alejandrinos, expuesta ya por Jehudá Haleví, no sólo en el *Cuzarí*, sino en el *Himno a la Creación*, y por Salomón Bengabirol en la *Fuente de la vida*.

Contiene esta última parte del libro de Maimónides su doctrina acerca de la Providencia y la razón filosófica del mal. Maimónides profesa un atomismo, derivado de la escuela de Alejandría: para él el mal, o no existe o es la privación y ausencia del bien, o es un bien menor, y aplica esta doctrina lo mismo al bien físico que al bien moral. Y como considera que la raíz de la personalidad humana es la inteligencia, de aquí deduce que la raíz del mal moral es la ignorancia, y que sólo con el conocimiento de la verdad y especialmente de sí mismo, puede extinguirse el mal moral. En cuanto al mal físico, no lo considera más que como un accidente

en el Universo; y combate en un curioso pasaje la que hoy llamaríamos concepción egocéntrica y antropométrica del mundo, sosteniendo que nuestro globo es insignificante en el conjunto de la creación, y que el hombre es todavía más insignificante entre la multitud de los seres creados.

Aparte de esta especie de indiferencia suya en cuanto al valor del linaje humano, Maimónides, quizá con alguna inconsecuencia, defendió la Providencia, como había defendido la Creación; pero entiende la Providencia de un modo extraño. Desde luego la admite en cuanto al género y las especies, pero no la admite respecto a todos los individuos, y por lo que toca al linaje humano, declara que la Providencia divina protege a unos más que a otros, según su grado de perfección intelectual y moral.

No se puede decir que esta exposición de ideas forme verdaderamente un cuerpo de doctrina, por lo mismo que el autor tampoco se propuso hacer un libro especialmente de teología y filosofía, sino más bien un libro místico-apologético, de armonía y concordancia entre la fe y la filosofía. De aquí que las materias se presenten con muy poco orden. Pero los puntos capitales, la noción de Dios y de los atributos divinos, el concepto de la Creación y de la Providencia, la doctrina del mal físico y moral, las teorías de la profecía y del milagro y la de la inmortalidad del alma y de la vida futura forman un cuerpo de doctrina filosófica con vigoroso sello personal, aunque influenciada por la escuela peripatética.

Después de encarecer la importancia del libro de Maimónides por las noticias que incidentalmente nos comunica sobre el desarrollo de las escuelas filosóficas árabes y judías, el Sr. Menéndez Pelayo expuso brillantemente las vicisitudes de su doctrina y la influencia que ejerció.

. . . . . .

. . . . . .

TERSITES.

(De *El Globo.)*

VI.—ESPAÑA MEDIEVAL EN LOS SIGLOS XIII Y XIV (CASTILLA): ALFONSO EL SABIO

Antes de entrar de lleno en el tema de esta conferencia, que es la obra científica y literaria de Alfonso el Sabio, expuso el profesor que ocupó el jueves la cátedra del Ateneo, las circunstancias históricas externas que concurrieron a la preparación y elaboración de los libros atribuídos al expresado Monarca.

Para apreciar rectamente el carácter de su enciclopedia, hay que considerar en ella dos antecedentes: uno, por lo que toca a su contenido, elaborado ya en parte por sus predecesores, y otro, en lo que respecta a la forma, pues al estudiar los elementos que integran la enciclopedia científica del Rey Sabio, se advierte que procuró imprimirles un modo literario, un sello personal, un como naciente estilo. No tuvo, ciertamente, el que imprimiera a la prosa castellana don Juan Manuel, pero hay cierto parentesco entre ellos, aun en los asuntos más diversos; y debe tenerse en cuenta que las obras de la Edad Media, no sólo las didácticas, sino también las poéticas, son de carácter impersonal. A eso precisamente deben su grandeza y a eso deben también sus deficiencias. Hay, pues, una lengua de Alfonso el Sabio, un tipo de prosa castellana, que se distingue de la prosa más culta de don Juan Manuel.

Los libros de Alfonso X, se forman en gran parte por trabajos de compilación y sus fuentes son sumamente diversas. En primer lugar, provienen de la cultura latino-eclesiástica como fondo común a todas las literaturas romances, y en general, a todas las literaturas de la Edad Media. No puede, ciertamente, decirse que éste sea exclusivo ni aun en los trabajos de pura tradición romana, pues sus mismos libros morales, esos catecismos que él mandó traducir y pueden considerarse como preparación para la parte doc-

trinal de Las Partidas, contienen más elemento de origen oriental que clásico, aunque hay, por ejemplo, entre ellos las traducciones de los aforismos de Séneca y de otros moralistas de la antigüedad que, como Séneca, tienen valor especial para nosotros por tratarse de hijos de nuestra raza. Y esos elementos orientales influyen evidentemente también en las mismas Partidas, sobre todo en esos lugares comunes, que abundan especialmente en la segunda, que comprende lo que llamamos derecho público o político.

Es cierto, sin embargo, que el elemento clásico del Derecho Romano es el que imperó en la parte propiamente jurídica de las Partidas, debiendo considerarse lo demás como un elemento adventicio secundario, muy útil y curioso de estudiar; pero que no quita a este Código el carácter esencialmente romano.

Por el contrario, en las partes estrictamente científicas de las obras de Alfonso el Sabio, en las Tablas Astronómicas, en la compilación tan valiosa de los Libros del Saber de Astronomía, en los libros que contienen preceptos y consejos de moral, algunos de los cuales son efectivamente del Rey Sabio, otros fueron escritos bajo su dirección o por su mandato, y otros concebidos en tiempo de su padre, domina como en la grande colección de apólogos de *Kalila e Dimna*, la influencia oriental y la ciencia que se expone es completamente semítica de origen.

En las obras históricas predomina, por el contrario, el elemento latino sobre el oriental. Basta abrir la Crónica general para comprender que en su mayor parte está calcada sobre orígenes latinos. El Rey sabio basa su obra en las dos compilaciones más completas de carácter general: la de don Lucas de Tuy, escrita por mandado de doña Berenguela, y la del arzobispo don Rodrigo Jiménez, las cuales no sólo están reproducidas, sino que están transcritas minuciosamente según el sistema de los compiladores de la Edad Media, sin que ello sea óbice para interpolar fragmentos sacados de fuentes muy diversas.

Las historias latinas son las que tienen principal predicamento, en la crónica de D. Alfonso, pues del elemento popular, que también interviene en no pequeña aportación, se afirma que son las cosas que los hombres dicen en sus *Cantares de Gesta* y que no se han de creer siempre. Por otra parte, se ve que la conquista de Valencia por el Cid fué tomada servilmente de textos árabes,

conservando los giros de su sintaxis. Hay, pues, en la Crónica general de la historia de España de Alfonso el Sabio, elementos de muy diversa procedencia; los hay latinos de origen clásico y medieval, de poesía popular y hay también una parte, evidentemente la menor, de origen árabe.

Esta parte oriental es mucho más visible en la Historia Universal que, con bríos muy superiores a los que en aquel tiempo podían esperarse, intentó con el título de *Grande e General Estoria*, para lo cual, siguiendo la especie de sincretismo que le dirigía en sus compilaciones, tradujo, no sólo los libros históricos, sino los proféticos de la Biblia, concordándolos con la mitología de las Metamórfosis de Ovidio, literalmente traducidas. La documentación bibliográfica está más completa en cuanto a los libros de astronomía y los lapidarios, que en cuanto a los demás.

De ninguna manera podemos conocer todas las manos que intervinieron en la redacción de la *Crónica General*, que es la obra del Rey Sabio que abraza más diversidad de materias. En la edición de Ocampo, la parte cuarta tiene notables diferencias de estilo, comparada con las demás, y estas diferencias nos hacen recordar la diversidad de orígenes, y los varios encargados de llevar a término la obra, muchos de los cuales, por ejemplo, los que tradujeron de los árabes *La Conquista de Valencia por el Cid*, hacían la traslación de su idioma a otro, poniendo las palabras latinas sobre las palabras árabes, y la traducción resultaba a veces ininteligible. Las versiones latinas tampoco solían ser directas: había un intérprete que decía las palabras árabes en lengua vulgar, para que los clérigos las pusiesen en latín.

Se dice que a Alfonso el Sabio se debe principalmente el establecimiento de la Academia hebrea de Toledo. Esto es una leyenda. Esta gloria, que se ha atribuído a Alfonso el Sabio, pertenece a Alfonso VII y a don Raimundo. Éste abrió la escuela de Lucena, que llegó a ser el foco de la España judaica en la segunda mitad del siglo XII.

Huyendo del fanatismo de los almoravides y los almohades, los judíos se refugiaron en Toledo y sirvieron de intérpretes entre la ciencia oriental y los pueblos cristianos. Al reinado de Alfonso el Emperador corresponden esas numerosas traducciones de libros de Astronomía, de Matemáticas puras, de Medicina, de Filosofía

de Avicebrón, de Avicena, de Averroes, y, finalmente, una serie de libros originales, como los de Matemáticas de Juan Hispalense y los de Filosofía del Arcediano de Segovia, Rodrigo González, que es uno de los panteistas, autor del libro *De unitate intellectus*, derivación del de *La Fuente de la vida*, de Avicebrón.

La iniciación de este gran movimiento científico corresponde enteramente al reinado del Emperador Alfonso VII y se desarrolló bajo el patrocinio de don Raimundo, nombre que divide en dos períodos las teorías científicas de la Edad Media, como dice Renán. No tuvo carácter español, sino más bien un carácter europeo.

Estos traductores usaron la lengua latina, lo mismo en las traducciones que en los trabajos originales y no hay que decir, que igual hicieron muchos extranjeros, especialmente italianos y germanos, que vinieron a Toledo atraídos por la fama de su riqueza intelectual, como Gerardo de Cremona, Herman el alemán, Miguel Scoto y otros. Este movimiento es europeo, entra en la corriente de la escolástica modifica profundamente la explosión panteista arábigo-judaica, y produce luego por reacción el encauzamiento ortodoxo que representan Alberto Magno y Santo Tomás.

La obra de Alfonso VII quedó interrumpida durante el reinado de Alfonso VIII, en que sobrevino la crisis de la invasión almohade, rechazada en las Navas de Tolosa; día grandioso en que, seguros ya del porvenir de la reconquista, pudimos prepararnos a reanudar las tareas de la cultura que en tiempo de San Fernando empieza a expresarse en lengua vulgar.

Realmente, lo que distingue y separa la obra científica de Alfonso el Sabio de la obra de los traductores de Alfonso el Emperador, es su carácter peculiarmente español y de vulgarización. Es una filosofía regia, que baja del trono para adoctrinar a la muchedumbre. Su influencia fuera de España es muy inferior a la que ejerce la cultura del tiempo de Alfonso VII; pero sus efectos en nuestro suelo son enormemente superiores.

Expone después varias consideraciones sobre el desarrollo de la cultura española que precedió al reinado de don Alfonso el Sabio, en el período que va desde el Emperador al Rey Santo. La influencia árabe se nota con más o menos vigor, tanto en la lírica como en la poesía épica, lo mismo en el *Mester de juglaría* que en el de *Clerecía*.

Pero a pesar de todo, lo que forma el fondo del saber de los árabes es, indudablemente, la tradición científica de la antigüedad, tradición que compara con la enseñanza científica pura de los antiguos tal como se observa, por ejemplo, en los libros de Tolomeo y Euclides. Es cierto que superó a aquella cultura latina eclesiástica, derivada de la ciencia romana, que fué siempre muy pobre en lo que atañe a las ciencias especulativas y en lo que toca a las ciencias exactas y naturales, de las que los romanos no fueron más que compiladores. Toda esa vaga y confusa tradición, al llegar el siglo XII, se funde en el raudal mucho más copioso de la ciencia de origen clásico, aprendida por los árabes en la fuente directa del saber alejandrino, interpretada en gran parte por los científicos persas y andaluces. Y este bagaje clásico recibido a través de otros pueblos es lo que se conoce generalmente con el nombre de filosofía árabe, por más que en muchos aspectos tenga tan poco de árabe. No lo es por la raza de la mayor parte de los cultivadores, ni lo es por la lengua, puesto que no hay en ella nada que pueda ser considerado exclusivamente como árabe, ni como semita; sino que la mayor parte de los libros son persas.

Toda esta ciencia antigua que nos llega a través de los árabes influye y se recoge en parte en las obras del Rey Sabio, principalmente en las científicas; pero por lo que toca a la historia, por ejemplo, la fuente es la historiografía latino-eclesiástica. *La crónica general* es el libro de oro de muchas tradiciones poéticas. Gracias a esa compilación, se ha salvado la mayor parte de la poesía épica. Con un gran trabajo meramente mecánico hizo el Rey Sabio una obra tan grande como salvar la poesía de nuestra raza, que está en el libro como en arca sagrada.

En la poesía lírica tienen gran autoridad las cantigas de Santa María; de la lírica provenzal nada puede compararse con esta sección de las obras del Rey Sabio. Las cantigas profanas nos revelan otra fase de su espíritu, con aspectos muy importantes de su personalidad como poeta lírico.

Teniendo en cuenta todos estos antecedentes y orígenes, y tan varios y complejos elementos científicos y artísticos, es como se pueden estudiar la obra y la personalidad de Alfonso X el Sabio.

* * *

Dejando como impertinente y fuera de lugar en un curso de historia de las ideas la exposición de los hechos políticos de Alfonso X, indicó el conferenciante la poca diligencia de los contemporáneos del Rey Sabio por conservar la memoria de su vida, e hizo, después de manifestar las vicisitudes de la historiografía alfonsina, mención especial de la obra del marqués de Mondéjar, a quien se debe el único trabajo serio que hay acerca de la parte política de aquel reinado. Este libro, escrito en el siglo pasado por un autor de ochenta años, está hecho como los de los historiadores de su época (realmente del siglo XVII), sin estilo o con mal estilo, pero con grandes investigaciones y una crítica muy segura, muy firme y casi siempre desapasionada; y debe decirse casi siempre, porque algunas veces le ciega la pasión que siente por la noble persona de Alfonso el Sabio. Aunque el libro es muy pesado, muy difícil de leer y está escrito sin ningún arte y publicado después de la muerte de su autor, tal es la firmeza de las investigaciones históricas, que hacen que se le pueda considerar como el único monumento que la historiografía española ha levantado hasta ahora a la memoria de este Rey tan glorioso y generalmente tan maltratado.

Basta fijarse en algunos puntos para aclarar lo que tan contradictoriamente se ha escrito sobre el carácter de este Monarca. Se ha querido establecer una antítesis pueril entre Alfonso el Sabio y su hijo, suponiendo que al padre le faltó el valor del hijo y al hijo le hubiera venido bien la sabiduría del padre. Tal antítesis es falsa. Sancho IV fué príncipe tan culto como bravo. Obras han corrido con el nombre de su padre que son suyas o se escribieron bajo su dirección; obras tan importantes como *La conquista de Ultramar*, *El Tesoro*, *El Lucidario*, sin contar con los libros más personales, como el compuesto para su hijo Fernando IV con el título de *Castigos e documentos*. Lejos de ser la antítesis de la cultura de su padre, fué el complemento de ella. En este punto no hubo reacción.

Por el contrario, tampoco careció Alfonso X del esfuerzo bélico. No le faltó en la conquista de Andalucía, ni en la conquista de Murcia, ni en la de Jaén, Medina Sidonia, Niebla, y, finalmente,

ni aun en el trance más duro de su vida, se vió en él mengua de ánimo. En esta parte era digno hijo de San Fernando.

Otros cargos son más difíciles de rectificar, si bien alguno, como la alteración de la moneda, más bien que a error suyo, debe atribuirse a la política económica de su tiempo. Aunque uno de los reproches que dirigieron contra él los magnates y sus propios parientes fuera este de la alteración de la moneda, en lo cual tenían razón, pretendieron también otras cosas tan absurdas, tan gratuitas y tan contrarias a la ley y a la justicia como las siguientes, que están en lo que llamaríamos un programa de gobierno que formularon don Nuño González de Lara, el infante don Juan Manuel y todos los primeros rebeldes que se declararon partidarios de don Sancho el Bravo: que anulase los privilegios que dió el Rey a algunas villas; que los hijosdalgo no pagasen las alcabalas que antes pagaban en Burgos, ya que se recibía daño de los inquisidores y pesquisidores del Rey; que los hijosdalgo fueran juzgados por los otros hijosdalgo, de los cuales había de haber dos en la corte del Rey; que destruyese los pueblos fundados en Castilla, y otras pretensiones, que venían a constituir el programa de la anarquía feudal, de la anarquía enfrente del poder central, representante, en suma, de las aspiraciones de la justicia. No fracasó Alfonso el Sabio por sus leyes especulativas, que él jamás promulgó, sino por haber tomado providencias más eficaces y menos teóricas, a las cuales se resistieron los grandes y ricos hombres del modo que hemos visto.

Otro de los cargos se refiere a las tentativas al Imperio. Parece a primera vista desatinado lo de hacerse elegir Emperador de Alemania y sostener luego esta pretensión, gastando gran parte de las rentas del Reino en ella. Es posible que si el resultado hubiera sido distinto, hubiera sido distinta también la apreciación del hecho por los historiadores vulgares; pero, prescindiendo del éxito y de la habilidad con que llevó las negociaciones, hay que reconocer que esa idea del Imperio no era absurda, ni en el sentido práctico, ni en la realidad histórica.

El señor Menéndez y Pelayo leyó la trágica narración, hecha por el infante don Juan Manuel, de las palabras pronunciadas por don Sancho el Bravo en sus últimos momentos, la cual, dice, es, por su entonación vigorosa y por la desesperación y grandeza que revela, digna de un drama de Shakespeare.

* * *

Al hacer la clasificación de las obras del Rey Sabio, pudiéramos, desde luego, prescindir de las apócrifas; pero, para mayor claridad, conviene establecer un orden general, y dentro de cada sección hacer mención también de las apócrifas que se le atribuyen, como son algunas anteriores a él, compuestas en el reinado de su padre San Fernando; algunas del reinado de su hijo Sancho IV el Bravo, y otras del tiempo de Alfonso XI.

Las obras de don Alfonso pueden distribuirse en los siguientes grupos: poéticas, novelísticas, es decir, cuentos y apólogos; científicas de carácter general, ético-políticas, legales, históricas, científicas puras; es decir, de ciencias exactas y naturales. Y, finalmente, una sección que podemos llamar de libros varios de recreación y pasatiempo. Estos libros, con una sola excepción, el de las cantigas, ya sagradas, ya profanas, están compuestos en lengua castellana. Las cantigas están en gallego.

Entre las obras poéticas del Rey Sabio no reconocemos por auténticas más que las compuestas en gallego. En el Cancionero General y en el galaico-portugués de la Biblioteca del Vaticano figuran, bajo el nombre del Rey Alfonso el de Castilla, varias poesías que en modo alguno deben atribuírsele, ya que entre ellas las hay no sólo irreverentes, sino hasta rayanas en la obscenidad.

Prescindiendo de lo que el Marqués de Santillana dice respecto a que don Alfonso compuso versos en latín, lo cual no es inverosímil, aunque ninguno nos haya quedado, se le han atribuído composiciones en provenzal y castellano. Los provenzales son: una respuesta dirigida a una consulta del trovador Capdemons sobre el influjo de los astros en la determinación de la voluntad humana, y otra, dirigida a otro trovador, para definir el arte y el oficio de juglar, o sea, sobre la distinción entre el verdadero intérprete del arte poético y los que profanaban este noble ejercicio. Es poesía muy interesante para la clasificación, sobre todo, para la determinación técnica de las frases juglar, trovador, etc. Aunque se hace intervenir a don Alfonso en una y otra consulta, es casi seguro que fueron redactadas y puestas en provenzal por los mismos trovadores, autores de las preguntas. El estilo no difiere casi nada

en la pregunta y en la respuesta y, por otra parte, sería enteramente desusado que un autor castellano de fin del siglo XIII escribiera versos en provenzal.

En la parte novelística atribuída al Rey Sabio, hay cuentos y apólogos, traducidos en el reinado de San Fernando. Entre ellos están *Kalila e Dimna* y el libro de los *Engaños de las mujeres.*

Como libros de carácter científico tenemos unos cuantos capítulos del *Septenario*, que no llegó a terminar. El del *Tesoro*, en prosa, no es de Alfonso el Sabio. En primer lugar, es una mera traducción de un libro francés de un maestro, del Dante, y además, esta traducción fué hecha en tiempo de Sancho IV el Bravo, constando el año en que se hizo. En cuanto a los libros ético-políticos, catecismos y colecciones de máximas y aforismos, hay que tener en cuenta que algunos de ellos fueron traducidos en tiempo de San Fernando.

* * *

.....

Cuando el que estas líneas escribe entraba en la cátedra del Ateneo, decía el profesor de Historia Crítica de la Literatura Española que era preciso insistir mucho para probar el carácter apócrifo del *Libro del Tesoro.* [1] Todo el mundo lo tiene por tal: en primer lugar por su contenido. Trátase en él de encontrar la piedra filosofal, el secreto de la transmutación metálica. Ahora bien, Alfonso el Sabio condenó en sus obras auténticas, como cosa imposible, como una quimera, esta pretensión de los alquimistas. Basta para corroborarlo, leer la ley 3.ª, título 5.º de la 2.º partida; ley 4.ª, título 4.º de la partida 6.ª, y la ley 9.ª, título 8.º de la 9.ª partida. Compárese lo que estas leyes dicen con la afirmación contenida en el mencionado libro, en el cual se refiere que encontró a un sabio de Egipto de quien aprendiera a hacer la piedra filosofal, causa de su rápido enriquecimiento, y se advertirá con cuanta razón se ha negado la autenticidad al *Libro del Tesoro.* Además, en este libro se da al Rey Sabio el título de Emperador, que no tenía en la fecha

1 *Nota del Colector.*—Se ve que el periodista llegó tarde a clase y la unión de la reseña de la conferencia del día anterior con ésta queda mal zurcida, aunque inteligible. Continúa aquí el análisis de las obras atribuídas a Alfonso el Sabio.

en que fué publicado. La lengua es, a duras penas, del siglo XV, y el metro es la estancia mayor, no conocida hasta las postrimerías del mismo siglo.

Algunos de estos argumentos militan también contra el *Libro de las Querellas*, cuya autenticidad aún sostienen algunos, al paso que la del *Tesoro* es ya por todos abandonada. Bajo el nombre de *Libro de las Querellas* se involucran dos cosas distintas, aunque apócrifas las dos. Impresionaron tanto los ánimos de sus contemporáneos, y de los que vinieron después, los infortunios de Alfonso el Sabio en los últimos años de su vida, especialmente en lo que atañe a la rebelión de su hijo don Sancho, que no es extraño que, a partir del siglo XV, se tratase esto como un tema poético, y diese ocasión a varias ficciones en verso y prosa, cuyos autores, al menos al principio, no tenían intención de engañar a nadie y trataban de las desgracias del Rey como de las de Aníbal, Belisario o cualquier capitán de la antigüedad que hubiese caído de la cumbre de la bienandanza a la más humilde y baja abyección. Responde a este estado poético un romance inserto en el *Libro de los cuarenta cuentos*, de Alonso de Fuentes, romance puesto en boca de don Alfonso, sin decir que él lo compusiera. En este romance lamenta el Rey sus desdichas y el aislamiento en que le dejaran parientes y amigos, comparándose, por fin, con el Rey Apolonio. Fué impreso por Alvar Gutiérrez de Torres primero, después en el *Compendio historial de Garibay*, y más tarde por Alonso de Fuentes. Se encuentra en la *Crónica General* en una de las interpretaciones interpoladas del arzobispo don Rodrigo. En ninguno de los textos falta la alusión al Rey Apolonio.

Indudablemente, estos versos no han sido escritos con la intención de ser atribuídos a Alfonso el Sabio. Es decir, los primeros que los publicaron no lo dan por composición de él. Son apócrifos también los versos que aparecen en un Memorial de Alonso Pellicer, que dicen:

> A ti, Diego Pérez Sarmiento, leal
> cormano e amigo e firme vasallo,
> lo que a míos homes de cuita les callo
> entiendo decir, plañendo mi mal, etc.

Todo género de razones militan contra la autenticidad de estos versos. En primer lugar, el absoluto silencio de los autores anteriores a Pellicer. En segundo término, el evidente propósito de in-

vención, al hablar de Sarmiento, ignorado en la Historia, nada menos que primo hermano del Rey y desconocido en su genealogía. El metro es el de la estancia de arte mayor, el mismo de Juan de Mena, el en que está escrito el *Libro del Tesoro*. La lengua es la fabla que nunca se ha fablado más que en las comedias; y al autor se le han deslizado algunos versos, que indican a las claras que se trata de una falsedad:

«Aquel a quien *réinas* besaban el pie.»

Esta acentuación de la palabra *réina* es muy moderna y no se cita ejemplo de ella anterior al siglo XV. La acentuación correcta en la época de don Alfonso hubiera sido *reína*. Así la tienen el *Poema de Alexandre*, así está en *Berceo* y en el *Arcipreste de Hita*. Prescindiendo de esto, y advirtiendo de paso que es mero descuido de don José Amador de los Ríos el afirmar que estas coplas eran conocidas antes del *Memorial* de Pellicer, diciendo que están insertas en *Garibay* y *Alvar Gutiérrez de Torres*, lo cual no es cierto, vamos a hablar de las poesías auténticas de Alfonso el Sabio. En primer lugar, del Cancionero sagrado del Rey Sabio y después del pequeño grupo, muy curioso, de cantigas profanas contenidas en el Cancionero del Vaticano.

Pero antes de entrar en el estudio del hallazgo de estos monumentos primitivos de nuestra lírica, conviene decir algo acerca de la poesía provenzal. Las Cantigas de Alfonso el Sabio son la primera manifestación de la influencia en nuestra patria de la poesía lírica provenzal; y puede decirse la primera, porque, en realidad, no pueden contarse como parte de nuestra poesía los versos compuestos en provenzal por algunos trovadores catalanes, como Alfonso II y otros. Antes que la lengua catalana se emancipase por el verso, se emancipó por la prosa, pero antes que se marcase distintamente la diferencia entre el provenzal clásico y el vulgar, que se confunden mediante el cultivo de la prosa y especialmente de la historia, hubo un período en que muchos catalanes escribieron versos en provenzal. El primer poeta catalán propiamente dicho, aunque con muchos resabios provenzales, es Raimundo Lulio. Los anteriores escribieron en provenzal, haciendo alarde de purismo por lo mismo que eran extranjeros hasta cierto punto. Lo cultivaron únicamente como lengua literaria. Por consiguiente, estos

trovadores no pertenecen a la historia literaria de la Península, no pertenecen a la historia de la lírica. Esa misma poesía galaico-portuguesa, primera manifestación del lirismo peninsular, había sido educada por la lírica provenzal. No quiere esto decir que no contuviera elementos propios, indígenas. Tradición popular creemos que contenía y en grandísimo grado; pero en todo lo que toca a la disciplina rítmica y musical fué educada por la poesía de los provenzales. Conviene, pues, decir algo de ésta y de los caracteres con que aparece en algunas comarcas occidentales de nuestra patria.

La poesía provenzal fué como una especie de disciplina rítmica que transformó los metros vulgares y los hizo aptos para la expresión de todos los sentimientos...

La falta de espacio nos impide continuar exponiendo las ideas del conferenciante, cuya lección sobre los orígenes de nuestra poesía romanceada es una de las más elocuentes disertaciones que se han oído en el Ateneo de Madrid. [1]

TERSITES.

(De *El Globo.*)

* * *

Con don Alfonso X, comienzan las manifestaciones de la literatura científica española propiamente dicha. Los escritores hispánicos anteriores a él escribieron sus obras, no en castellano, sino en latín, como Séneca y San Isidoro; o en árabe, como Averroes, o en hebreo, como Maimónides; pero el cultivo del romance como lengua científica, no empieza hasta el final del siglo XIII y principios del XIV, iniciándose en Castilla con el Rey Sabio y en Cataluña con Raimundo Lulio.

No poseemos, desgraciadamente, una buena biografía de Alfonso X; lo que la crónica nos cuenta de su vida, no fué escrito hasta el reinado de Alfonso XI, quien mandó continuar la Crónica de España, interrumpida desde los días en que se redactaron los últimos capítulos de la *General;* pero esta narración, hecha por

---

1 *Nota del Colector.*—Para aclarar, y aún para completar ideas, que a pesar de lo abundoso y hasta redundante de esta reseña, resultan a veces confusas e inexactas, intercalamos la publicada sobre el mismo tema por Julio Puyol en el Boletín de la Biblioteca de Menéndez Pelayo, 3.er trimestre de 1924.

autor incógnito, adolece de grandes defectos y aun de gravísimos errores; así es que bien puede decirse que las *Memorias del reinado de don Alfonso el Sabio*, debidas al Marqués de Mondéjar, con no ser, ni con mucho, un trabajo definitivo, son, hasta ahora, el único monumento de importancia que la historiografía nacional ha dedicado a aquel insigne monarca.

En los cargos que la mayor parte de los historiadores formulan contra Alfonso X, proceden con más ligereza que justicia, porque no es lícito en buena crítica hacerle a él solo responsable de culpas que otros contrajeron con él, como es, por ejemplo, la alteración del valor de la moneda, una de las medidas que con mayor dureza se le han censurado, ya que más bien que de sus actos, fué consecuencia de las ideas económicas de aquel tiempo y fenómeno del que sería fácil presentar varios precedentes en otros países: ni tampoco es justo tacharle de visionario por sus pretensiones al Imperio, porque, prescindiendo de que no era descabellado reclamar una corona que le correspondía como heredero de su madre doña Beatriz de Suabia, contaba con apoyos muy importantes en varios Estados de Europa y con el del poderoso partido gibelino de Florencia, bastante por sí solo para contrarrestar la oposición del Papa y para dar calor, aliento y aun fundadas esperanzas de éxito feliz a la demanda del rey de Castilla. No fué, ciertamente, culpa suya que los aliados se le tornasen enemigos, ni el desfallecimiento de su voluntad ha de estimarse único origen de los quebrantos y desdichas que como granizo cayeron sobre él cuando llegaba al ocaso de su vida; pero no se negará que antes que Alfonso X, albergó el mismo pensamiento un monarca que como Alfonso VII nadie calificará de ligero en sus acciones, ni que el que se ha llamado *sueño* del Rey Sabio, tuvo virtualidad suficiente para convertirse en realidad espléndida en tiempo de Carlos V.

* * *

Las obras de Alfonso X pueden ser clasificadas en siete grupos, a saber:

1.º Poéticas.

2.º De carácter novelesco.

3.º Ético-políticas.
4.º Legales.
5.º Históricas.
6.º Astronómicas y de Ciencias Naturales.
7.º De carácter vario.

Sin perjuicio de insistir en la materia cuando llegue la ocasión de estudiar particularmente cada uno de estos siete grupos, conviene advertir ahora que en algunos de ellos se ha solido incluir obras, o que indiscutiblemente no son del rey, o que, por lo menos, no está demostrado que lo sean; así, por ejemplo, en el de las poéticas, deben calificarse de apócrifos el fragmento del *Libro de las Querellas*, escrito con el propósito deliberado de atribuírselo a don Alfonso, y el *Tesoro*, que es una traducción hecha en el reinado de Sancho IV de *Li Livres dou Trésor* de Brunetto Latini; entre las de carácter novelesco, no deben ser reputadas como suyas ni la *Gran Conquista de Ultramar*, que tiene también un aspecto histórico, aunque mezclado con relatos fabulosos, y que parece ser una traducción hecha por encargo del monarca; ni el *Libro de Calila e Dimna*, en el que no tuvo más participación que la de ordenar que se tradujese del arábigo, ni el *Libro de los engaños e asayamientos de las mujeres*, que ni siquiera fué traducido por su orden, sino por la de su hermano el infante don Fadrique, según se lee en las primeras líneas de la versión castellana; entre las ético-políticas, es también apócrifa la titulada *Poridad de poridades*, y si no nos atrevemos a afirmar rotundamente que no sea suyo el *Espéculo de las leyes*, que figura en el grupo de las legales, sí diremos que hay en él vehementes indicios que le hacen sospechoso.

Estudiemos separadamente cada uno de estos grupos.

* * *

Obras poéticas.—De todas las obras de esta clase atribuídas a don Alfonso, así profanas como religiosas, solamente son suyas las escritas en lengua galaico-portuguesa, pues jamás, que sepamos, compuso el rey versos en otro idioma diferente, aunque no falte quien haya dicho que los hizo también en latín, en provenzal y en castellano. Respecto de los primeros, puede asegurarse que,

si los hizo, no han llegado hasta nosotros, ni tenemos noticia de que nadie los haya visto en los tiempos pasados; pero por lo que concierne al uso del provenzal, no sólo tiénense por suyas varias composiciones en esta lengua, sino que la atribución adquiere algún viso de verosimilitud cuando se recuerda que muchos trovadores provenzales visitaron la corte de Castilla, estuvieron en relaciones literarias con el monarca y le dirigieron diferentes *reqüestas* o consultas acerca del arte de trovar o de las materias con él relacionadas. Algunas de las contestaciones que a aquéllas dió o dícese haber dado don Alfonso, incluyéronse en los cancioneros y corren como obra suya, siendo la más notable de todas la motivada por la *reqüesta* de Giraldo Riquier, en la que se define con mucho ingenio lo que ha de entenderse por juglar y por trovador y se establece con claridad y precisión la difenrencia que hay entre el uno y el otro *mester;* sin embargo, tales contestaciones, si fueron, como es lo probable, inspiradas por el rey, no fueron por él versificadas, sino por los mismos trovadores, como es fácil convencerse sin más que comparar el estilo con el de los respectivos poetas consultantes y observar las semejanzas que presentan hasta en el metro preferido por cada uno de ellos.

Tampoco conocemos ninguna poesía de don Alfonso escrita en castellano, porque hoy nadie pone ya en duda que no son suyas las dos que se le han atribuído, a saber, el *Tesoro* o *Libro del candado* y las *Querellas*. Una y otra obra están escritas en estancias de arte mayor, es decir, en estrofas de ocho versos dodecasílabos, que como es sabido, no le usaron en Castilla hasta muchos años después de la muerte del Rey Sabio, dato que bastaría por sí solo para demostrar la falsa atribución. Pero, además, y por lo que concierne al *Libro del candado*, en el que se habla de la manera de convertir en oro los otros metales, nos conduciría al mismo convencimiento, aun sin tener noticia del original de donde procede, la sencilla consideración de que no es creíble que el monarca que reiteradamente había condenado en las *Partidas* aquella suerte de alquimia, calificándola de quimérica y negando especulativamente la posibilidad de la transmutación, escribiese, ni aun patrocinase, un tratado como el *Tesoro* en el que se sostiene todo lo contrario de lo que él dijo en el código que destinaba al gobierno de sus Estados.

En cuanto al *Libro de las Querellas*, del que no se conocen más que dos estancias, la superchería es evidente, a pesar de lo cual cayeron en ella, no sólo los escritores de los siglos XVII y XVIII, sino literatos contemporáneos y, entre ellos, el norteamericano Ticknor, quien, por cierto, no fué rectificado en este particular por sus traductores y anotadores Gayangos y Vedia; pero el hecho de que no haya hablado de tal libro ningún escritor antes que don José Pellicer y Salas; la circunstancia de que en ninguna genealogía se consigne el parentesco de don Alfonso X con Diego Pérez Sarmiento, no obstante ser personaje nombrado varias veces en la crónica del rey; la observación del metro y de la estrofa que se emplean y la acentuación de ciertas palabras (vr. gr: *reina*, en vez de *reína*), que aparecen con una prosodia muy posterior a la de la época de don Alfonso, son otros tantos indicios que infunden la sospecha de que Pellicer, cuya conciencia no era, en verdad, muy estrecha en achaques genealógicos, y mucho menos cuando trataba de halagar la vanidad de quien podía favorecerle, fué acaso el que urdió el embeleco y el autor de las famosas coplas, que quiso hacer pasar, al amparo de su erudición, como resto fragmentario de un libro escrito por el rey para dolerse de sus cuitas y desahogar la amargura de su llagado corazón en el pecho leal del *cormano e amigo e firme vasallo*, procedimiento expeditivo con el que lograba de un golpe entroncar a los Sarmientos con los soberanos de Castilla y decorarlos con la nota de inquebrantable fidelidad al trono, tanto más loable, cuanto que brillaba en el momento preciso en que el vendaval de la rebelión acababa de postrar al monarca arrebatándole la corona de sus sienes.

* * *

Las *Cantigas*, en las que está representada la obra poética de don Alfonso el Sabio, son la primera expresión de la lírica castellana aunque estén escritas en lengua galaico-portuguesa, que era la constantemente empleada entonces en la península para tal género de poesía. En catalán, no escribieron en esta época ni aun los mismos líricos catalanes, pues si es cierto que faltan trovadores en aquella tierra, no lo es menos que ninguno de ellos escribió en

su lengua nativa, sino en la provenzal clásica, que tuvo su centro en el mediodía de Francia, y, por tanto, su poesía, como manifestación que es de la lírica provenzal, sin caracteres propios y especiales que la distingan de ella, no debe ser estudiada en una historia de las líricas peninsulares, ni siquiera en la de la lírica catalana, sino en la historia literaria de Provenza.

Sin embargo, no puede decirse, absolutamente hablando, que la lírica comience en Castilla con las *Cantigas*, entre otras razones, por la de que el lenguaje de este libro supone una lengua, una gramática y una literatura anteriores y no poco cultivadas; de aquí que no sea posible considerarlo aisladamente, sino en relación con los cancioneros contemporáneos, de los que hasta el siglo presente no se tenían más noticias que las escasas referencias contenidas en las obras del marqués de Santillana y en las *Memorias* del marqués de Mondéjar. El hallazgo en Portugal del *Cancionero de la Biblioteca de Ajuda*, publicado por vez primera en 1824 y después en 1849, fué el punto de partida de los estudios críticos que acerca de esta materia han hecho en nuestros días Teófilo Braga, Carolina Michaëlis de Vasconcellos, el italiano Monaci y, entre nosotros, Leopoldo Augusto de Cueto en sus útiles notas a la edición de las *Cantigas* que el año 1890 dió a la estampa la Real Academia Española, estudios todos ellos de gran valor, aunque aún le falte a la crítica mucho camino que recorrer en este respecto para llegar a estado de verdadera sazón. Creyó entonces Varnhagen, segundo editor del códice de Ajuda, que todas sus composiciones habían sido escritas por el conde don Pedro de Barcellos, disparatada atribución, propia de quien, como Varnhagen, carecía de los conocimientos fundamentales que requieren estas difíciles investigaciones, y que él mismo tuvo que rectificar algunos años más tarde al ver que en el *Cancionero del Vaticano*, copia hecha en Italia en los comienzos del siglo XVI de un original que se ha perdido, así como en el llamado de *Colocci-Brancuti*, que lo completa, aparecen las poesías de *Ajuda*, y numerosísimas más que no están en él, con la expresión de sus autores, pero sin que entre éstos figure ni una sola vez el nombre de Barcellos.

El libro de las *Cantigas*, examinado en el aspecto de la técnica artística, no es otra cosa que uno de tantos cancioneros, sin más diferencia que la nota de unidad en cuanto a materia y estilo que

le imprime el hecho de versar sobre un solo asunto y la circunstancia de haber sido escrito, según la hipótesis más verosímil por una sola mano. Su fuente inmediata y, al propio tiempo, su único precedente castellano, hállase en las obras de Gonzalo de Berceo y, de modo especial, en su libro de los *Milagros de Nuestra Señora;* pero conviene no extremar tal semejanza como se ha extremado a veces, porque si, en efecto, no puede negarse que entre ambas producciones existen evidentes puntos de contacto, que el más lego descubriría, hay que reconocer también que éstos quedan reducidos a la identidad del asunto que uno y otro autor se propusieron desarrollar y a la fervorosa confianza que los dos tienen en la Virgen María como intercesora y abogada de los hombres; pero si en este sentimiento, el rey de Castilla y el humilde monje de San Millán de la Cogolla son hijos de una misma y robusta creencia, que medio siglo después supo hacer compatible con su jocunda musa el Arcipreste de Hita, en cambio las *Cantigas* se diferencian de los *Milagros* en que su fondo es más castizamente español, —aunque no sea yo de los que creen que Berceo fuese un nuevo imitador de Gautier de Coincy, porque tengo por casi seguro que ni aún conoció sus obras— en su carácter poético, porque al paso que las poesías de Berceo son todas narrativas, es decir, casi exclusivamente épicas, en las *Cantigas*, sin faltar lo épico, predomina el elemento lírico, por lo que pueden ser estimadas como una de las primeras floraciones de la lírica, no ya en España, sino en Europa; diferéncianse, además, en que todas ellas se hicieron para ser cantadas, como lo demuestra la notación musical que las acompaña, aún no satisfactoriamente descifrada, y se diferencian, por fin, en el metro, o mejor dicho, en los metros que en ellas se emplean, pues mientras que Berceo no usó sino el tetrástrofo alejandrino, las *Cantigas* son un maravilloso ejemplo de polimétrica en el que se ofrecen todas las clases de estrofas usadas por los trovadores provenzales y aun algunas más, así como también todos los metros imaginables, sin excluir los extraños de quince y de diez y siete sílabas, que cuando se recitan suenan poco menos que como pura prosa, lo cual hace pensar en que quizá fueron escritos para adaptarse a tonos determinados y preexistentes, ya de música cortesana, ya de música popular.

Y puesto que ha surgido este punto, he de añadir que el movi-

miento general de la poesía lírica galaico-portuguesa no se explica sin la existencia de un elemento popular muy poderoso, del que aquella poesía es, en gran parte, expresión indubitada, elemento que si se vislumbra en las *Cantigas*, tanto en las profanas como en las de índole religiosa, muéstrase ya de una manera descubierta y con todo su vigor en los días que siguieron al reinado de don Denis de Portugal.

Pero ésta es materia—terminó diciendo el maestro—, que requiere ser tratada con más espacio del que hoy pudiéramos dedicarle y, por tanto, la dejaremos para la conferencia próxima.

JULIO PUYOL.

Madrid, 15 de agosto de 1924.

.....

.....

Siguió hablando el conferenciante de las *Cantigas* de Alfonso el Sabio: los cuatro códices que quedan se conservan en las bibliotecas de El Escorial, de Toledo y de Florencia. Este último es muy incompleto y no está terminado. Falta en él la música, aunque están los espacios para ponerla, y faltan también las miniaturas. El número de *Cantigas* no pasa de ciento veintitantas; pero en cambio, hay dos que no están en los códices de Castilla. Cuatrocientas veinte son las conocidas, sin contar las profanas, y todavía fué mayor el número de versos y leyendas que dictó su ardiente devoción a la Virgen.

La verdadera obra poética de Alfonso el Sabio está representada exclusivamente por las *Cantigas*. Esta inmensa colección no puede ser considerada separadamente del resto de las poesías galaico-portuguesas. Se distinguen por su carácter personal, por la uniformidad y por la materia; pero por lo que toca a la versificación, a la técnica artística, las *Cantigas* son un cancionero más de los galaico-portugueses.

A primera vista pudiera sospecharse y creerse, y muchos sospechan y creen, que así como en todas las obras didácticas de Don Alfonso, lo mismo las legislativas que las históricas y las astronómicas, no tuvo más que la superior dirección, el pensamiento inicial e imprimió en ellas cierta semejanza de estilo, así también las

Cantigas debían ser una especie de cancionero de los poetas de su corte. Pues bien; nada autoriza esta suposición. Leídas atentamente las *Cantigas*, se ve que no hay en ellas la más leve indicación de que haya intervenido otra mano que la del Rey.

Nada podemos decir de la música. En primer lugar, no está todavía publicada. En segundo lugar, es difícil la interpretación. En tercer lugar, es muy fácil que se valiese para ella de diversos artistas. No hablamos tampoco de la parte de exornación pictórica. Detalles artísticos son éstos y otros más de que no podemos ocuparnos, que hacen de las *Cantigas* la *Enciclopedia estética del siglo XIII*. Las miniaturas, suscitan un problema de crítica artística, no planteado con formalidad hasta ahora, a pesar de lo que tienen de indígenas. Hay aquí puntos muy oscuros, como en todo lo que se refiere a la pintura de la Edad Media en sus orígenes. Por otra parte, como no se conoce más que un pequeñísimo número de miniaturas de las *Cantigas*, es claro que sobre la parte artística de este libro no puede decirse nada. Pero sobre la parte poética, sí; la conocemos íntegramente, y no hay duda que es de un solo vate. Tienen tales composiciones unidad de filiación. Es más, siendo narrativo el fondo de la mayor parte de las *Cantigas* (de las 420 que hay, 359 son puramente narrativas), su modo de expresión difiere profundamente del modo violento de la poesía épica, que se encuentra en Berceo, por ejemplo. Éste es un agiógrafo en verso; Don Alfonso, por el contrario, es un poeta que trabaja sobre un tema agiográfico y se apodera de la leyenda no como fin, sino como medio únicamente para la expresión de su sentimiento lírico.

El fondo o asunto de las *Cantigas* es común a todas las literaturas de la Edad Media; las hay, y son las más, que pueden leerse en todos los libros de milagros de la Edad Media. Se han reunido, muy especialmente algunas, en el *Spéculo Historiale*, en el libro *De miraculis*, etc. Algunas pertenecen a una tradición oral, y hasta pudiéramos decir doméstica, como todas las que se refieren a su padre, San Fernando, y a su madre, doña Beatriz. Evidentemente proceden de tradiciones orales las que se refieren a santuarios españoles, así como las que respectan a santuarios extranjeros. Hay que admitir también que el Rey Sabio tuvo a la vista las colecciones especiales de los diversos monasterios y de los distintos lugares donde se verificaban aquellas santas y milagrosas acciones.

El predecesor español que en esta poética manifestación de nuestra literatura tiene Alfonso el Sabio, es Gonzalo de Berceo, por la pequeña colección de los *Milagros de la Virgen*, colección no muy anterior a las *Cantigas* y que tiene con ellas cierta analogía, al mismo tiempo que muy profundas diferencias. El libro de los *Milagros de Nuestra Señora*, como es sabido, es el más antiguo que se conoce entre los de la escuela llamada del *Mester de clerecía*. Como en la vida de Santo Domingo de Silos y de San Millán, el metro es el alejandrino, distribuído en estancias de cuatro versos monorrimos, forma habitual de las poesías de Berceo, con dos raras excepciones. Tampoco difiere en cuanto a la manera amplia, lenta, difusa, algo prosaica, pero al mismo tiempo rica de detalles, del resto de las obras de su autor. Indudablemente es el único libro de Berceo en que se descubre claramente una influencia extraña, que algunos han supuesto francesa; pero, según el parecer del Sr. Menéndez Pelayo, este libro, lo mismo que los otros de Berceo, ha sido influído principalmente por la literatura latino-eclesiástica.

Se ha citado como fuente inmediata de las poesías de Berceo, el libro de *Los milagros de la Virgen*, de Gautier de Coincy. Algunos de los milagros rimados por aquél hállanse en dicho libro, pero también los contienen otros de la Edad Media. La influencia inmediata de Gautier en Berceo no ha sido encontrada por el profesor, a pesar de cuanto se ha dicho. En lo que puede haber semejanza es en el modo de contarlos. La diferencia que hay entre los textos franceses y los españoles es mayor que la que hay entre Berceo y Alfonso el Sabio.

No sabemos si Don Alfonso conocía los libros de Berceo. Es posible que no; pero el asunto del libro es el mismo y muchas leyendas son iguales, lo cual no podía menos de suceder, puesto que el Rey Sabio reunió en las *Cantigas marianas* todo lo que encontró respecto de las gracias de la Virgen otorgadas a sus devotos. De ahí lo voluminoso de su obra. En cambio, la de Berceo es muy pequeña. Los milagros contenidos en la obra de éste son veinticinco; pero por lo general muy extensos: comprenden nuevecientas once estancias de cuatro versos monorrimos.

Fué opinión general que el modelo de Berceo era Gautier de Coincy; mas ya los críticos franceses dudaron de tal imitación, inclinándose a creer que Berceo se valió exclusivamente de textos

latinos. Sus hábitos de composición no inducen a creer otra cosa. No basta que diez y ocho de las leyendas de Berceo estén en Coincy, habría que demostrar que sólo en él están, y esto no ocurre, sino que están repetidas en casi todos los coleccionistas de la Edad Media. Por otra parte, hay mucha distancia entre la manera lánguida, incolora y desaliñada de Coincy y el interés dramático con que Berceo canta sus leyendas, según confesión de los mismos críticos que más le han regateado la originalidad.

Ésta era la única parte en que podía mostrar invención, puesto que el fondo de aquellas leyendas estaba en toda la literatura de los tiempos medios, de donde fueron recogidas después por el Rey Sabio.

El sentimiento general de todas ellas es el mismo, así en Berceo como en Don Alfonso. Todas las *Cantigas* revelan una creencia sin límites en la misericordia divina, manifestada por la intercesión de Nuestra Señora. El mismo sentido, quizá temerario en algunos casos, quizá no ajustado al rigor de las expresiones teológicas, que informó nuestros dramas *La buena guarda, El condenado por desconfiado, La devoción de la Cruz*, etc. Ese espíritu que anima los candorosos versos de Berceo, las dulces estrofas de Don Alfonso y las rotundas y cadenciosas escenas de nuestros dramaturgos lo inspira aquella divina mano que se interpone entre la cuerda y el cuello de un ladrón, o el milagro del monje pecador, que rezaba siempre un Ave María al entrar y al salir del convento, delante del altar de la Virgen, o la ruptura del pacto diabólico del vicario Teófilo, etc.

Hay algunas de estas leyendas que con su cruda verdad pueden ofender las melindrosas y un tanto afectadas costumbres de nuestros días, tan faltos de sentido poético; varias de ellas son de tradición pagana y conservan resabios de su origen, como el cuento del desposado, a quien la Virgen, celosa de su abandono, apartó de su mujer en la noche de la boda; y las hay de delicadísimo sentido cristiano, como la piadosa simplicidad del ignorante clérigo que no acertaba a decir otra misa que la de la Virgen; las cinco rosas que florecían en la boca de un monje devoto de Nuestra Señora; la del Crucifijo invocado como testigo, asunto de la hermosa leyenda de Zorrilla, *A buen juez, mejor testigo.*

Algo hay que decir acerca de la acentuación en esta obra de la

palabra *cantiga*, cuestión que no está resuelta todavía. Cree, sin embargo, el joven maestro que no puede encontrarse entre todos los textos de las *Cantigas* ninguno en-que el metro exija la acentuación esdrújula; y que, por el contrario, lo mismo en estas composiciones poéticas del Rey Sabio, que en los poetas y cancioneros galaico-portugueses y castellanos del siglo XIV, la forma constante es *cantiga* y no *cántiga*. Los que sostienen la acentuación *cántiga*, la derivan de la voz latina *cantica*, plural de *canticum*, forma erudita difícil de hallar en los orígenes de las lenguas romances. Los que sostienen la acentuación *cantiga* derívanla, no de *cantica*, sino del diminutivo *canticula*. Además, el acento cantiga encuéntrase en versos del Arcipreste, en Pérez de Hita, en el portugués Gil Vicente y en otros.

* * *

Comenzó el Sr. Menéndez Pelayo, en la última lección, el estudio del contenido de las *Cantigas*, separando en ellas la parte narrativa de la parte lírica. La parte narrativa es más copiosa que la lírica. Las *Cantigas* que existen hoy, que son todas las que se conservan en los dos códices de El Escorial, en el de Toledo y en el de Florencia, son cuatrocientas veinte. De estas cuatrocientas veinte, trescientas cincuenta y nueve son puramente narrativas y refiérense a leyendas de milagros de la Virgen. Es de advertir, sin embargo, que el estilo personal de la narración en las *Cantigas* contrasta con los hábitos de los narradores poéticos de la Edad Media. Narraban todos con plena objetividad, fijándose en el asunto mucho más que en el estilo, *sin verdadero modo propio*, aunque con un tono general que posee cierta eminencia ética.

La mayor parte de estas obras son anónimas. Y las que no lo son, como si lo fuesen. No sólo las de los poetas populares, sino las de los eruditos están concebidas de este modo. El poeta erudito carece ciertamente de la imaginación y de la espontaneidad y de esa especie de intuición con que el poeta de juglaría hace las cosas; pero lo que le falta en este concepto, procura suplirlo mediante la sujeción casi servil al texto escrito que tiene delante, que suele ser una leyenda monástica. Lo mismo los poetas de clerecía que los de juglaría procuran atenerse fielmente a sus textos escritos, a

sus tradiciones y leyendas. Su obsesión es la estricta fidelidad a lo narrado, a lo que encuentran escrito en los libros que tienen por indiscutible. En este punto, los procedimientos de Berceo o los del autor del poema de Alejandro y de Apolonio, no difieren de los seguidos por los poetas épicos, sino en que unos se fundan en una tradición escrita y los otros en una tradición oral. Las fuentes son diversas: pero en lo que toca a esa especie de objetividad y visión inmediata de la realidad, unos y otros la logran apoyados en la historia y en la tradición respectivamente. En lo que menos se fijan es en poner en sus obras nada peculiar, nada personal, nada íntimo, nada subjetivo, que es propiamente lo que define la índole de la poesía lírica.

La originalidad de las leyendas del Rey Sabio no consiste sólo en su forma. Las *Cantigas* son la más rica, copiosa y variada colección de leyendas piadosas de la Edad Media, no solamente en la literatura mariana, sino en general, en toda la literatura. Enorme repertorio de cuatrocientas veinte composiciones, puede decirse que es, no sólo el resumen y la recopilación de todos los milagros de las colecciones latinas de carácter general, sino también la recopilación de todas las leyendas especiales consignadas en colecciones de otra índole y hasta incluso de anécdotas de carácter cuasi doméstico, relativas al padre y al abuelo del mismo Rey Sabio.

Las fuentes de las *Cantigas* han sido señaladas una por una. Es trabajo que se ha hecho con gran lucimiento por españoles y extranjeros y cuyos frutos pueden verse en la edición de la Academia. Pero no es tanto el fondo de la narración como la manera de contarla lo que da personalidad a la poesía de Alfonso el Sabio, pues siendo casi imposible enumerar los distintos libros en que se encuentra cada uno de los temas de las *Cantigas*, no hay ni uno solo que pueda indicarse como fuente directa. Es decir, que el Rey Sabio, compilador en la mayor parte de sus obras, ya de carácter científico, histórico o legislativo, aunque en las *Cantigas* lo es también en cuanto a la materia, imprime a ésta el sello de lo que pudiéramos llamar un naciente estilo. Por esto es por lo que a nadie se le ha ocurrido dudar de que en la parte poética de las *Cantigas* haya intervenido otra mano que la del mismo Rey Sabio.

En estas poesías la narración en general es muy breve. Al revés de todos los narradores poéticos de la Edad Media, que se preocu-

paban y daban gran valor representativo a los más nimios detalles, el Rey Sabio se apoderaba únicamente de aquellos más significativos, y por esto sus narraciones nunca son tan abundantes ni tan difusas. Hay, pues, que insistir, en que además de la parte narrativa de las *Cantigas*, ofrece gran interés la parte que pudiéramos llamar lírica.

Muy digno también de un detenido estudio es el sistema métrico empleado en este Cancionero. Realmente, aun registrando cuidadosamente toda la enorme colección de composiciones que en los Cancioneros se encuentran, especialmente en los grandes Cancioneros de Italia, no sería fácil reunir una serie tan rica y variada de distintas combinaciones métricas como la que puede extraerse solamente de las *Cantigas* de Alfonso el Sabio, de tal modo, que aunque se hubiesen perdido todos los demás monumentos de esta escuela lírica, nada más con que hubiesen quedado aquéllas, podría reconstruirse la técnica de la poesía galaico-portuguesa.

Es evidente para el conferenciante que toda la poesía galaico-portuguesa, la lírica provenzal y la poesía épica de la Edad Media, se cantó. En cuanto a las *Cantigas* no hay duda, puesto que los códices de ellas, especialmente los de El Escorial, van acompañados de la música.

La variedad de la versificación de las *Cantigas* excede a toda ponderación; hay desde el verso más corto que cabe en la métrica de la lengua latina, de cuatro a cinco sílabas, ascendiendo a los de seis y siete, llegando a los de ocho y nueve, tan frecuente en la Edad Media, tan raros después, hasta los de diez y los de once acentuados a la manera provenzal, aunque hay también algunos acentuados a la manera italiana. Hay versos de doce, que luego habían de ser el metro predilecto de nuestra poesía didáctica del siglo XV. Se sirvió de los de catorce sílabas, los alejandrinos, tantas veces usados por los poetas religiosos y los épico-populares, y por los eruditos del *Mester de clerecía*, forma casi única del siglo XIV. Usó versos de quince sílabas; los de diez y seis, tipo del verso épico-peninsular, ocho más ocho; los de catorce, siete más siete. Y finalmente, están los versos de diez y siete sílabas, que si no les suponemos el acompañamiento de la música, resultan pura prosa.

Así como hay que convenir que apenas hay metro posible en la métrica peninsular que no esté usado en las *Cantigas*, (hasta hay

algunos que se resisten al oído, como los de quince y diez y siete sílabas), hay que hacer también la misma afirmación en cuanto al empleo de las estrofas y en cuanto a la serie de las combinaciones. No sólo están usadas casi todas las que emplearon los trovadores provenzales, sino algunas más; y están empleadas algunas veces con un orden simétrico, con una relación tan armónica entre el movimiento de la frase rítmica y el movimiento de la idea, que pasma en poeta tan primitivo como Alfonso el Sabio. Recuerda a este propósito el Sr. Menéndez y Pelayo la filigrana de *rima romántica* que se nota en la *cantiga* sesenta y siete, en que se habla de cierta mujer casquivana que enfermó, y a quien los ángeles visitaron en sueños y la elevaron a pensamientos más graves.

Al tratar el maestro de las *cantigas de amigo* y de las *villanescas*, dijo que había en los siglos XIII y XIV una poesía popular ingenua y bella, que alcanzó alto grado de perfección y madurez, y preguntaba a este propósito: ¿Quién puede llegar a la raíz de tal fenómeno? ¿Se trata de algo común a todos los pueblos del Mediodía de Europa, o se trata de cosa peculiar del pueblo gallego? ¿Por qué nació allí esa poesía de carácter vago, melancólico y soñador? Cuando los datos faltan, toda generalización es temeraria.

Habló el erudito catedrático de las composiciones de *ledino* y leyó varios fragmentos de cantigas para demostrar la riqueza rítmica y el corte musical de las estrofas, dedicando la última parte de su lección al estudio de la influencia que la lírica popular ejerciera en las obras poéticas del inmortal autor de las *cantigas*.

* * *

Conviene—decía el Sr. Menéndez y Pelayo—que hablemos, antes de pasar al estudio de otras obras de Don Alfonso, de los orígenes de la novelística; materia de erudición fácil y difícil. Fácil, porque es enorme la literatura que se ha ido acumulando sobre este punto, desde que Silvestre de Sacy publicó la versión de *Kalila e Dimna* hasta nuestros días, y difícil, porque conviene reducir a los términos más claros posibles esta materia, un tanto embrollada, y también, en lo general de ella, evitar aquella confusión y exageración a que fácilmente lleva un enfoque único y exclusivo de la cues-

tión como ha sido, por lo tocante al origen de los cuentos, la teoría indianista, teoría cuyos orígenes son antiguos y están bosquejados en el *Ensayo* que el obispo Hue hizo sobre el origen de la novela; pero que no recibió su sanción científica hasta la publicación del *Ensayo sobre las fábulas indianas* de un discípulo suyo, y después de la publicación de los numerosísimos trabajos dados a luz por Reinaldo Keller y toda la falange de discípulos que formó en esta disciplina. La teoría indianista, a la cual dió norma Max Müller en su *Ensayo del origen de la fábula*, puede decirse que ha reinado hasta nuestros días, en que ha tenido la mayor impugnación que ha sufrido; la del gran libro de Bédier sobre los *Fabliaux*, publicado hace tres años. En concepto del insigne conferenciante, pecan por exclusivismo y exageración los pocos contradictores que ha tenido esta teoría. Pero quizá la cuestión fuera más fácil de resolver, si en lugar de un criterio meramente histórico y documental prefiriésemos elevarnos a una consideración general del concepto de la novelística.

La novelística, o sea, la ciencia de la novela, cuento, apólogo, fábula, mito y todo lo que nace de la fantasía popular, tiene no solamente este sentido general y amplísimo que abarca en realidad toda manifestación literaria, sino más bien el sentido peculiar de cuento o de apólogo perteneciente a tiempo y civilizaciones primitivas. Estos cuentos, por los elementos esenciales de ellos, se dividen fácilmente en dos clases: cuentos que pudiéramos llamar de bestias o de animales, y cuentos de personas racionales o cuentos humanos. Que uno y otro género no pertenecen esencial ni privativamente a ningún país del mundo por privilegio de invención, ni a ninguna raza, por antigua que se la suponga, parece cosa de sentido común. El cuento, lo mismo que el apólogo, tienen carácter universal y humano. Se ha dado en el Oriente semítico, como lo prueban las parábolas del *Antiguo Testamento*, la de Natham, por ejemplo, en el *Libro de los Reyes;* se ha dado en Grecia con Hesiodo en la fábula de *El gavilán y el ruiseñor*, y en Roma en el famoso apólogo de *Los miembros y el estómago* de Menenio Agripa. Es un procedimiento común a todas las civilizaciones primitivas.

Realmente, la fábula nace de esa relación que el hombre primitivo, mucho más íntima y estrechamente que el hombre civilizado, tiene con la naturaleza. Y de esa interpretación simbólica

y poética que de la naturaleza va haciendo el hombre primitivo, nace una tendencia a atribuir pensamientos, sentimientos y móviles humanos a seres irracionales, especialmente a los que estén más en su contacto. Y aunque desde que el hombre aparece en la historia se distingue de la naturaleza y del medio en que vive, sin embargo, es cierto que más o menos inmediato no pierde nunca el contacto con ella y especialmente con las fuerzas naturales que le sirven y con los seres naturales que aprovecha para su sostenimiento o en sus trabajos corpóreos.

De esta especie de estado del hombre primitivo en presencia de la naturaleza, nace un concepto de ella que pudiéramos llamar cosmológico, que en épocas posteriores puede ser una especie de filosofía de la naturaleza. Posteriormente, cuando esa especie de frescura de la imaginación humana se va menguando, nace una forma más prosaica de contemplación estética del mundo: el mito degenerado en alegoría, la metafísica convertida en ética; y entonces viene la fábula, que no es más que la aplicación moral y un poco prosaica del mito primitivo. Porque en general, el mito se presenta sin fin alguno de moralidad; lo cual no quiere decir que sea inmoral. Todos los mitos primitivos son cosmológicos, después metafísicos y la aplicación ética es la última, y también, tal como se manifiesta en las fábulas y apólogos, la más prosaica.

Sin decir, pues no hay documentos bastantes para asegurarlo, que este proceso fuese el mismo en todos los pueblos, lo cierto es que el mito convertido en fábula aparece en todos los pueblos de la antigüedad, igual en los monoteístas que en los politeístas, y entre éstos, en los que creen en la transmigración de las almas y en los que no creen en ella. La fábula se convierte entonces, no en una expresión poética, en un símbolo de las ficciones naturales, sino en una especie de lección moral dada indirectamente.

No podemos, por tanto, decir que naciera la fábula en la India ni en Grecia, ni en ningún país determinado. En la India no hay cronología para nada y menos en la historia literaria y tienen razón los impugnadores de la teoría indianista exclusiva en rechazar la idea de que el Esopo de los griegos no es más que el Bidpay de los indios y de que la fábula griega no es más que una transformación de la fábula india. Lo verosímil es, que en estados sociales análogos, en estados de pensamiento idéntico, nazca en la India

el tipo del filósofo popular, de la misma manera que nace en cualquier otro pueblo.

Hay que advertir, sin embargo, y esto parece favorecer la idea de los que sostienen que la fábula en Grecia fué importada, que siempre que de Esopo se ha tratado se le presenta como frigio, según unos, como libio según otros, y los antiguos hablan de las fábulas líbicas y milesias, etc., lo cual parece indicar que este género era de procedencia extraña. Lo cierto es, que en tiempo de Sócrates existían fábulas y que él mismo se entretenía en ponerlas en verso algunas veces. Por consiguiente, no solamente el mito de Esopo existía en tiempo de Sócrates, sino que corría ya una colección de sus fábulas y esta colección estuvo en prosa, puesto que Sócrates la versificaba. Es claro que de estas fábulas no se puede formar idea por las que hoy se imprimen con el nombre de Esopo, que son una de las variaciones más tardías, posteriores a la época romana y alejandrina y algunas quizá de la época bizantina. La fábula para los griegos se confunde con el nombre casi mítico de Esopo. Por más que nada se sepa en concreto de su vida, ni siquiera su patria, sobre la cual se divagaba grandemente, puede creerse y admitirse que el Esopo de carne y hueso, no el personaje legendario, pura representación ideológica, nació en tiempos posteriores a Sócrates, pues el tipo de Esopo parece haberse calcado sobre los modelos de los filósofos cínicos.

Existieron entre los antiguos gran número de colecciones de fábulas que se designaban con el nombre de los países de los cuales se creía que procedían. Así se decía fábulas líbicas, fábulas milesias, etc. Floreció, pues, y se popularizó el apólogo y hasta el cuento propiamente dicho en los pueblos primitivos: pero cuanto más popular es un género, más tendencias tiene a perecer y ser sustituído por las imitaciones. La fábula esópica es sustituída por la de Fedro en Roma y las desvergonzadas leyendas milesias reaparecen en Petronio y Apuleyo y también en algunos diálogos de Luciano.

Pero no todos los cuentos tienen este sucio fondo que acabo de indicar, sino que los había exquisitos de pensamiento y expresión y con sana intención moral, pues si rezuma malignidad el relato de *La Matrona de Éfeso* de Petronio, el mito de Psiquis de Apuleyo en su *Asno de Oro*, es una de las más encantadoras y graciosas

fábulas de la antigüedad y prueba, además, que las alegorías y cuentos, no fueron entre los griegos y latinos asunto de distracción y pasatiempo frívolo meramente, sino también de enseñanza, como se ve también en los diálogos inmortales de Platón, en los que el mito aparece como elemento esencial de la filosofía.

Y por lo tocante al episodio de Psiquis, no cabe dudar que era un mito difundido en las escuelas de Alejandría, en las cuales se enseñó también de un modo velado la transmigración y, por consiguiente, el destino del alma. Conviene decir esto para dejar bien probado que entre los antiguos ni el cuento, ni la novela, ni el apólogo, ni la alegoría, ni ninguna de estas manifestaciones directas o indirectas, ya de verdades metafísicas, ya de verdades morales, fueron desconocidas. Todas ellas fueron cultivadas y todas tuvieron, a la vez que una representación popular, una representación artística. Ni deduzcamos tampoco sofísticamente fundados en el *post hoc, ergo propter hoc*, que los cuentos y apólogos que hoy andan en labios del pueblo suponen una forzosa transmisión literaria indostánica o helénica por el mero hecho de la coincidencia de temas. Nada de esto puede ciertamente afirmarse y es más, en algunos casos hasta puede decirse lo contrario. Muchos de los cuentos que viven hoy en la tradición popular aunque difieran en sus pormenores tienen un fondo común que lo mismo puede encontrarse en Grecia que en la India o en Persia o en Egipto. Tal coincidencia hay que atribuirla más bien a un fondo ético u ontológico común que a una imitación directa. Todo esto no quiere decir, sin embargo, que no sean de origen oriental una gran parte de los cuentos literarios, no los populares, que desde tiempos muy remotos, desde el siglo XIII, por lo menos, empiezan a figurar en todas las composiciones novelísticas. Evidentemente, hay muchos derivados de la tradición literaria oriental, por medio de los árabes, pero esta transmisión no era más que una repetición, un eco de libros persas, que a su vez eran traducción de otros libros indios.

No hay duda alguna, y puede demostrarse con evidencia, que hubo razones especiales para que en la India floreciesen el apólogo y el cuento con más vivacidad que en ninguna otra literatura y también para que adquiriesen desarrollo literario más amplio. Y si bien se repara, exceptuando las dos grandes novelas latinas que son libros literarios, la fábula y el cuento entre los antiguos

se mantienen en general en un estado embrionario. En la India, por el contrario, las colecciones que podemos tener por antiquísimas, dentro de la falta de cronología que hay respecto de todos los monumentos de la literatura sánscrita, propenden a presentar el cuento no aislado, sino enlazado con una cuestión más general que le da amplitud, desarrollo y trabazón con toda la serie. Esta es la característica en los libros de fábulas y cuentos orientales, entre los cuales se pueden citar *Las mil y una noches*, el *Calila e Dimna*, el *Sendebar*, el *Panchatantra* y el *Hitopadesa*. Siempre una ficción general que sirve como de marco y dentro de él las varias pinceladas de la narración breve en forma de apólogo.

Los cuentos orientales nacidos en la India y Persia y que pasaron después a los árabes y fueron divulgados por ellos en Europa, ofrecen además el carácter de ser colecciones de ficciones enlazadas por cierto sentimiento común. Aún se encuentra en el *Calila e Dimna* una novela que generalizada en la Edad Media llegó a suscitar en Francia un ciclo épico-satírico de la mayor importancia; el del *Renard*, en que la astucia de la zorra se propone engañar al león para hacer caer de su gracia al toro, que era su ministro, su privado, y hacer que lo mate. Tal ficción bastó para hacer en la Edad Media una epopeya satírica; y bueno será notar de paso que el *Roman du Renard* tiene su fuente en el libro de cuentos de *Calila e Dimna*.

Una vez sentado que los orígenes de la novelística son muy complejos y que hay que dar parte en ellos a la ficción clásica, parte al elemento popular y al fondo étnico, que si durante la antigüedad clásica se había manifestado poco, se revela con vigor en la Edad Media, no podemos negar que muchos elementos de origen oriental informaron nuestros primeros apólogos y cuentos. Desde luego, el ejemplar más antiguo de cuentos de la Edad Media es español: la *Disciplina clericalis*, del judío converso Pedro Alfonso.

Los primitivos apólogos indios no han llegado hasta nosotros; solamente sus refundiciones y versiones antiguas nos son conocidas. Ya en el año 840 de nuestra era habían penetrado estas fábulas en la isla de Ceilán. Y se conjetura que la colección de fábulas líbicas de que los antiguos hablan, deben ser un extracto de esa colección budista, llevada a Alejandría hacia el siglo primero.

Se ha supuesto, con mayor o menor fundamento, y es tesis que defiende Jacobs, que también estas colecciones budistas estuvieron en el Talmud y, en efecto, hay ciertas coincidencias que autorizan tal opinión...

* * *

Continuando el estudio del origen de la novelística, dijo el maestro de Literatura española, que lo mismo la gran colección de fábulas de origen indio, que lleva el nombre de *Calila e Dimna*, que la famosa de cuentos, llamada *Sendebar*, fueron dadas a conocer en la literatura occidental en versiones latinas bastante alejadas de la fuente primitiva; pero que las traducciones castellanas, lo mismo del *Calila e Dimna* que del *Sendebar*, representan versiones arábigas, mucho más cercanas a los textos indios o persas. Es más, la versión castellana del *Sendebar*, no sólo tiene esta antigüedad remotísima, sino que, además, es único y venerable documento que representa todas las versiones anteriores, puesto que las demás han desaparecido. El *Sendebar* castellano o *Libro de los engannos et los asayamientos de las mujeres* lo mandó traducir el infante D. Fadrique, hermano de D. Alfonso.

El *Calila e Dimna*, si no texto único, representa, al menos, la versión más próxima al original primitivo, puesto que es traducción directa, no de la tardía refundición hebrea, como lo hizo Capua en su *Directorium vitae humanae*, sino del mismo texto árabe de Benalmocafa, que es el primero que recoge las fábulas indias que contiene este libro. El *Directorium*, además, ejerció tan poca influencia literaria, que pronto fué olvidado, y permaneció desconocido hasta el siglo XV, en el que, con el título de *Ejemplos y engaños y peligros de la vida humana*, se hace una versión castellana.

Y sentados todos estos antecedentes sobre su origen, que, como se ve, es el común de la mayor parte de los apólogos y cuentos medievales, hablemos ahora del contenido de estos libros.

Como todas las grandes series de apólogos y cuentos de la India, se compone el *Calila e Dimna* de una ficción general que sirve como de marco y campo para el desarrollo de una serie de apólogos y fábulas, que pueden ser consideradas separadamente,

porque cada una tiene su historia y origen distinto y su influencia más o menos duradera, en las diferentes épocas y literaturas. La ficción o fábula amplia, dentro de la cual se desarrollan los demás apólogos, es la astucia de las dos zorras que engañan al león, para hacer caer de su privanza al toro y llevar a éste a la ruina. Este sencillo argumento es el germen, indudable, de la grande epopeya de bestias de la Edad Media, del gran *Ciclo satírico del Renard*.

No cabe duda, en cuanto a su remoto origen índico, pues aunque el cuadro de bestias con habla y pasiones humanas pueda, a primera vista, parecer exclusivamente griego, ya hemos dicho que este procedimiento es general en las narraciones de la India, y que muchos de los apólogos esópicos se encuentran en colecciones de la antigua literatura sánscrita. Es más, al mismo Esopo se le ha considerado no como un ser real sino como un mito calcado en una de las reencarnaciones de Buda.

La fábula fué empleada en la India como instrumento de educación popular por los budistas, como enseñanza filosófica y de propaganda política. Se presenta, por consiguiente, con caracteres muy análogos a los que tuvo en Grecia, si bien aquí, por lo que sabemos, y se puede alcanzar de los monumentos conocidos y de los historiadores clásicos, no pasó de este estado embrionario de fábulas aisladas, sin llegar a alcanzar aquella forma cíclica en torno a un asunto central de las literaturas orientales. En cuanto a la latina, ya sabemos que en éste, como en otros muchos géneros, carece de originalidad y es más bien un calco de la literatura griega. Fedro sigue fielmente las huellas de Esopo.

Una forma particular adquiere este gran ciclo de las bestias parlantes en nuestra literatura medieval. Es el libro llamado de las bestias, dentro de la novela enciclopédica de Raimundo Lulio, titulada *Libro Félix o de las maravillas del mundo*. Está formado con apólogos del *Calila*, y viene a constituir una especie de poema del zorro; pero son tales y tantas las variantes que se observan comparando los apólogos, no sólo con su forma francesa, sino también con las fuentes orientales del libro de *Calila e Dimna* árabe-castellano, que todo induce a creer que Raimundo Lulio, dado su modo de trabajar y su vida errante y azarosa, no tomó los apólogos de un libro, sino que los conservaba en la memoria,

por haberlos leído tiempo atrás, y que sólo recordaba los datos fundamentales del cuento, no su desarrollo.

Se ha dicho que este libro de las bestias era la única forma conocida del *Román du Renard* en la literatura española de los tiempos medios, lo cual no es cierto, pues lo mismo en el *Conde Lucanor* que en el *Libro de los Gatos*, se encuentran ejemplos de esta literatura. Es un *Roman du Renard* el libro de Lulio, es cierto; pero no tiene nada que ver con los poemas alemanes y franceses del mismo asunto, ya que su inspiración inmediata es nuestro *Calila*.

Respecto a las fábulas sueltas que componen el *Calila e Dimna* poco he de advertir. Muchas de ellas son de las más célebres y populares que en la literatura general se encuentran; están ya en las colecciones esópicas, y han venido rodando por todas las literaturas modernas. Cada una exigiría un largo estudio. Una sola de ellas, la fábula de la lechera, dió materia a Max Müller para el *Ensayo sobre la transmigración de la fábula*. Titúlase dicha fábula *Del religioso que vertió miel y manteca sobre su cabeza*. En resumen, dice que cierto religioso tenía a la cabecera de su cama una olla de miel y de manteca, y una noche pensó que con lo que le dieran por aquello compraría diez cabras, que parirían después de cinco meses y que a los cinco años contaría cuatrocientas cabras, que las vendería y compraría cien vacas, que gozaría de la leche y de la manteca, que labraría un campo, que tendría una casa, que compraría siervos, y concluye en esta forma: «é esto fecho casarme he, con una mujer muy rica y fermosa y empreñarela y tendré un hijo varón, castigarle he con esta vara si no quisiera ser bueno». Y haciendo un movimiento al decir esto, rompió la olla y cayó la miel y la manteca sobre su cabeza. «Y tú, hombre bueno—concluye—no quieras desear lo que no sabes, si ha de ser.»

El segundo libro de los traducidos al castellano en tiempo de San Fernando, es el que comúnmente se llamó *Sendebar*, cuyo título es *Libro de los engaños e assayamientos de las mogieres*. Este libro tiene quizá historia más larga y complicada que el *Calila e Dimna*, aunque en uno y otro, a pesar de lo mucho que se ha afanado la erudición moderna en esclarecer su origen, quedan puntos muy oscuros. El libro que sirvió a todos los traductores

del occidente, exceptuando al infante D. Fadrique, no ha sido descubierto ni sabemos en qué lengua está, mas no corresponde a ninguna de las versiones generales que conocemos y además fué modificado por el traductor primitivo. Al tratar de indagar sobre los orígenes del *Sendebar*, las dificultades se aumentan, porque, aunque sea cierto que tratándose del *Calila e Dimna* no existe la primitiva colección que sirvió de base al libro, existe el *Pantcha-tantra* y otras colecciones que nos dan luz, y esto no sucede en cuanto al *Sendebar*.

Prescindiendo del hecho de que algunos de los cuentos del *Sendebar* se encuentran también en colecciones sánscritas o más bien en colecciones de cuentos compuestos en dialectos modernos de la India, hay la afirmación expresa de que el texto más antiguo de este libro (afirmación del compilador árabe Massudí), es uno que compuso un filósofo indio, con el título de *Libro de los siete visires*. Tenemos, por consiguiente, el testimonio de un autor del siglo X que afirma el origen indio de este libro, origen que se deduciría, aún sin esto, de la naturaleza de los cuentos mismos. La existencia, por otra parte, de un libro persa del *Sendebar*, consta ya en el segundo preámbulo de la traducción griega, o *Syntipas*, de Andreópulos, el cual dice que el libro había sido compuesto en persa por un cierto Muros o Muzo. Tenemos, pues, en contradicción las afirmaciones de un árabe del siglo X y de un griego del siglo XI. Es fácil, facilísimo confirmar el proceso lógico, histórico y literario y conciliar estas afirmaciones. El original del libro fué el mismo que el de *Calila e Dimna;* es decir, indio, y la primera traducción pudo ser persa, como lo fué la primera traducción del *Calila*. Pero lo cierto es que ni el original sánscrito ni la traducción persa existen, y que el texto español del *Sendebar* es el más cercano a la fuente primitiva, por ser traducción de un libro árabe anterior, sin duda, a la versión griega de Andreópulos y la siriaca, de donde tomó la suya; y que el texto árabe era más antiguo que el siriaco, se echa de ver al instante por su mayor brevedad y porque no debió tener todas las interpolaciones de aquél. Por consiguiente, la más sencilla y menos complicada de todas las versiones del *Sendebar* existentes hoy, es la castellana, que representa el original árabe, y aunque sea del siglo XIII, representa probablemente un texto anterior al *Syntipas* griego del

siglo x y al *Sendebar* siriaco que es el más antiguo hasta ahora conocido.

El libro castellano del *Sendebar* ha llegado a nosotros en un códice de la biblioteca del conde de Puñonrostro, del cual dió la primera noticia Amador de los Ríos en la *Historia de la Literatura Española,* códice que contiene, además, el libro del *Conde Lucanor* y el *Lucidario.*

El Sr. Menéndez y Pelayo, cuya lección no puedo extractar totalmente por su especial índole, siguió exponiendo las distintas colecciones de cuentos que siguieron al *Sendebar,* terminando la conferencia con la lectura de la introducción del libro y la de la fábula: «El hombre, la mujer, el papagayo y su moza». Dícese en la introducción que había un Rey en Judea que era llamado Argos, y era de gran poder y amaba a los hombres y mantenía la justicia, y con este Rey había noventa mujeres. Estando una noche con una de ellas, comenzó a decir quién heredaría su reino; y esta mujer, que era cuerda y entendida, le dijo: «¿Por qué estás triste? Dímelo, porque no debes tener pesar tan grande siendo como eres y amado de todos.» Entonces el Rey dijo a su mujer: «Poderosa bienaventurada, no puedes remediarme en lo que estoy triste. Yo quería dejar heredero, y por eso lo estoy.» Y la mujer dijo al Rey: «Ruega a Dios que te dé hijos, si le pluguiese, porque Él nunca se cansa de hacer mercedes. Y después que Él supiese que lo quieres te dará un hijo. Mas quiero que nos levantemos y roguemos a Dios que nos dé un hijo con que holgarnos y quede heredero de nosotros; y si nos lo diera, debemos hacer su mandato y saber que el poder todo es de Dios y de su mano.»

Y después de dicho esto, bajóse el Rey de la cama y supo que lo que ella dijo era verdad. Hicieron oración, y a los nueve meses tuvieron un hijo sano. Llamó el Rey a todos los sabios que fuesen a él y catasen la hora en que nació el hijo. Los sabios predijeron que se rebelaría contra su padre y le quitaría el reino. Encomendó su educación a un sabio, y como fuese la favorita del Rey a visitar al príncipe y le propusiera que se ciñese la corona, enojóse éste grandemente, y entonces la favorita refirió al Monarca que su hijo la había querido forzar. Argos lo condenó a muerte. Para retardar la ejecución, cada uno de los siete privados cuenta dos cuentos: uno mostrando al Rey los engaños de las

mujeres, y otro presentándole los inconvenientes de precipitarse en la administración de la justicia.

Hay aquí una coincidencia con la fábula griega de Fedra e Hipólito: La madrastra enamorada del entenado.

El sabio profesor de la Universidad Central fué muy aplaudido por la numerosa concurrencia que escuchó su discurso, y oyó con grandes carcajadas el gracioso cuento que leyera para mostrar el estilo del libro tantas veces expresado.

* * *

Habló el Sr. Menéndez Pelayo, en la lección que le correspondía desarrollar, sobre los monumentos de historiografía española anteriores a la *Crónica general de Alfonso el Sabio*, fijándose principalmente en las obras de Lucas de Tuy y del Arzobispo D. Rodrigo.

La de Lucas de Tuy conserva la forma de los cronicones antiguos, y en ella se advierte la tendencia general sincrética característica de este período culminante de nuestra historiografía. El Tudense, como generalmente se llama a Lucas de Tuy, empleó aquella manera tosca e inexperta con que suelen proceder los que por primera vez emprenden un trabajo sin guías ni maestros. En vez de fundir las narraciones de los cronistas antiguos, después de haberlas depurado con propia crítica, lo que hace es zurcirlas una tras otra, suprimiendo las repeticiones y procurando establecer entre todas ellas un vínculo cronológico de tal modo, que puede decirse que su obra es una colección de anteriores cronicones empalmados para formar una historia, *Chronicon Mundi*, que alcanza hasta la época en que el autor vivía.

D. Rodrigo Jiménez de Rada, Arzobispo de Toledo, a quien comúnmente se le designa con el nombre de *El Toledano*, era hombre de más letras que D. Lucas de Tuy y dió a su obra cierta elevación de estilo y de método. Ya no es en él la historia mera copia o transcripción de antiguos cronicones, sino que sabe apoderarse del contenido de éstos para exponerlos en estilo propio, suprimiendo a veces cosas que no están bien comprobadas, intercalando otras averiguadas en fuentes distintas y formando con todas ellas un

texto de narración histórica, notable para su época, aunque quizá, más bajo el aspecto literario que bajo el histórico. La prosa de D. Rodrigo es extraordinariamente superior a la de casi todos los escritores eclesiásticos de los tiempos góticos.

La obra histórica de D. Rodrigo se encierra principalmente en dos libros: *Historia Gothica* o *De rebus Hispaniae* y la *Historia Arabum*. No se explica satisfactoriamente que tan curiosos documentos y noticias como contiene esta última crónica no las incorporase el Toledano a la narración de su historia más general *De rebus Hispaniae*. Quizá compuso la obra después, o tal vez ésta, como sospechan algunos, hecha en gran parte con fragmentos de obras árabes, no tenía por autor al Arzobispo D. Rodrigo. Estos eran los principales monumentos de la historiografía española antes de que D. Alfonso el Sabio ordenase sus compilaciones.

Carece de fundamento la especie de que el mismo Arzobispo D. Rodrigo compuso originariamente sus historias en castellano y las tradujo más tarde al latín. Basta leer por cima las varias versiones que del texto latino existen para convencerse de que no pudo ser ninguna del autor de la *Historia Gothica*, por los groseros errores en que en ellas incurre. Además, ofrecen casi todas estas traducciones pasajes intercalados de cosas posteriores a la época de D. Rodrigo; y, finalmente, es inadmisible el hecho del empleo de la lengua vulgar antes de la segunda mitad del siglo XIII.

La *Crónica general* de D. Alfonso es el primer ensayo de historia nacional compuesto en lengua vulgar. Mucho más extensa que las historias latinas anteriores se hizo, como ellas, por el procedimiento de la colección, tan común en los tiempos medios. El mismo Rey, o quien quiera que fuese el autor del prólogo que lleva su nombre, lo advierte así: «Mandó *ayuntar* cuantos libros pudo haber en que alguna cosa constase de los *fechos* de España, tomando los fechos de las crónicas del Arzobispo D. Rodrigo, don Lucas de Tuy, Paulo Orosio, Idacio, Sulpicio, Dión, Pompeyo Trogo y otros historiadores de Roma». Nos engañaríamos, sin embargo, si creyésemos que todas estas fuentes fueron directamente consultadas por el Rey Sabio o por los que trabajaron en su empresa. El prólogo en que tales afirmaciones se hacen no es más que una traducción del que puso D. Rodrigo en el proemio de su historia *De rebus Hispaniae*, y basta, por otra parte, hojear la

Crónica para convencerse de que no fueron tantas las fuentes que los autores tuvieron a la vista.

Parece cosa bien probada y fuera de toda discusión que sólo pertenece a D. Alfonso el Sabio el pensamiento, la dirección general y quizá cierta corrección de estilo para dar uniformidad a su historia. Lo demás quedó entregado, y no podía ser menos tratándose de trabajos largos y áridos hechos en tan corto número de años, a los compiladores que con el Rey colaboraban. En la *Crónica general* aparecen convertidos en prosa poemas enteros, tarea mecánica que no podemos atribuir a D. Alfonso, y hay, además, traducciones del latín y del árabe que no podemos pensar que se hicieran directamente por mano de Alfonso el Sabio, sin que por esto pierda nada su gloria.

Para clasificar ordenadamente las fuentes de la *Crónica general*, se deben formar tres grupos. Incluímos en el primero las latinas, cuyo fondo principal es la *Crónica* de D. Lucas de Tuy y la de D. Rodrigo Jiménez de Rada, traducidas al pie de la letra en la mayoría de los casos y concordadas en lo que podían serlo. Realmente puede decirse que la *Crónica General*, en una gran parte, aunque no en la más interesante, es traducción de las *Crónicas* de D. Lucas de Tuy y de la de D. Rodrigo, cosa no de extrañar en la Edad Media, en que la historiografía estaba en mantillas y ni se citaban, o se citaban con imprecisión, los autores que se traducían, ni se seleccionaban los textos, poniendo en muchos casos juntos dos que se contradecían palmariamente.

La segunda clase de fuentes utilizadas por la *Crónica general* son los *Cantares de gesta*, primitivos monumentos de nuestra épica recogidos en parte de documentos escritos y en parte de la tradición popular. Es evidente que en todo lo que toca a la vejez del Cid, los compiladores de la *Crónica general* tuvieron a la vista un perdido cantar que no es el del *Poema del Cid* que conocemos hoy. Este y otros viejos relatos conocidos por los traductores de la *Crónica general* han desaparecido hoy, sin dejar más rastro que éste de la asonantada prosa del monumento histórico alfonsino. Así el cantar de Bernardo del Carpio.

El criterio con que se procedía era el siguiente: utilizaban como históricas, fuentes épicas, fuentes de origen popular, como los *Cantares de gesta;* pero cuando se encuentran los cantares en

contradicción con historias aprobadas, con las historias latinas, se deciden por éstas, sin perjuicio de completarlas en todo lo que las mismas no hacen más que insinuar. De manera que los *Cantares de gesta* están empleados en la *Crónica general* como fuente secundaria y pospuestos siempre a las narraciones latinas, que son el principal fondo de este libro, lo cual no quiere decir que no los utilicen en gran escala. Es evidente, por ejemplo, que casi todo lo que se refiere a Bernardo del Carpio en la *Crónica general* está tomado de los *Cantares de gesta*, y todo lo que se refiere al Cid procede de un *Cantar de gesta*, muy próximo al *Poema del Cid* que hoy poseemos. Estos ejemplos demuestran la preferencia que daban a la fuente erudita sobre la popular.

Cuando las tradiciones podían haber pasado a los poemas del *Mester de clerecía*, acuden también a él; lo cual sucede, por ejemplo, en el poema de Fernán González. El que tenemos hoy, que es, indudablemente, el que tuvieron a la vista los redactores de la *Crónica general*, es una refundición hecha por un monje de Arlanza, de antiguos *Cantares de gesta*. Como en tiempo de Alfonso el Sabio, existía ya una relación popular de la tradición, relativa a Fernán González, ésta fué la que los redactores de la compilación aprovecharon. Es una lástima que hayamos perdido todos los restos de todas las tradiciones primitivas de Fernán González, salvo los que quedan en la que se llama *Crónica rimada*. Esto es lo que da más importancia a la fuente épica que escondida se encuentra en la *Crónica general*. Sobre nuestra poesía épica pesa la desgracia de haberse perdido los primeros monumentos. No tenemos más que el poema llamado comúnmente *Mío Cid*. Los demás sólo los conocemos por transcripciones en prosa de la *Crónica general*, transcripciones que deben de ser muy fieles, a juzgar por lo que sucede con el poema del Cid y de Fernán-González.

Por otra parte, son considerables los vestigios de versificación que quedan, si bien sobre esto hay que hacer una observación. La *Crónica general* fué refundida varias veces; fué el libro histórico, por decirlo así, único durante los tiempos medios. Todas nuestras crónicas de los siglos XIV y XV son refundiciones de la *Crónica general;* pero, sobre todo, sufre ésta una refundición de gran interés para nosotros en tiempo de Alfonso XI, como casi todas las obras de Alfonso el Sabio.

La segunda *Crónica general*, la del 1344, confundida por mucho tiempo con la primera, sufrió la influencia de nuevos elementos poéticos. La tradición épica estaba viva cuando se escribió la primera *Crónica general*, y no se había extinguido cuando se escribió la segunda. En el período que va de Alfonso el Sabio hasta Alfonso XI, el pueblo castellano siguió cantando sus *gestas*, sus héroes predilectos y refundiendo sus antiguos poemas. Y los que en tiempo de Alfonso XI redactaron esa *Crónica general*, cuyo fondo es el mismo que el de la primera, pero más extenso y más rico en pormenores poéticos, conservaron los cantares y los transcribieron en prosa. Sin entrar en una cuestión oscura, la de cuál puede ser el primitivo metro de la poesía épica castellana, parece probado que debió usarse antes el metro de catorce sílabas, siete más siete, que el de diez y seis sílabas, ocho más ocho, cuyo hemistiquio originó el verso de ocho sílabas.

Comparando los vestigios de la versificación de la primera *Crónica general* con los de la segunda, se observa que así como en aquélla domina el verso alejandrino, en la refundición de los siglos XIV y XV predomina, con notable proporción, el verso de diez y seis sílabas, ocho mas ocho, que se manifiesta también en ciertas compilaciones poéticas muy tardías. Todo esto no puede explicarse más que teniendo en cuenta la influencia continua que la épica cantada debía ejercer en la memoria de los redactores de las *Crónicas* y las historias en prosa, y por esto encontramos que son muchos más los versos de romance en la más tardía *Crónica del Cid* que en la primitiva *Crónica general*.

De aquí la importancia capitalísima que tiene el estudio de las distintas crónicas para el origen de nuestra poesía épica. La historia épica; donde puede rastrearse por capas geológicas, es en las distintas versiones y refundiciones de la *Crónica general*, estudio que empieza hoy a ser posible, aunque no lo era hace pocos años.

El Sr. Menéndez y Pelayo estudió después la filiación de las tradiciones épicas contenidas en la *Crónica* del Rey Sabio, exponiendo cuáles han tenido precedentes en los *Cantares de gesta* y cuáles en las demás fuentes históricas que, como las obras de Don Lucas de Tuy y del Arzobispo D. Rodrigo, fueron objeto de la regia compilación.

* * *

En su última y notabilísima conferencia continuó el Sr. Menéndez y Pelayo el estudio de la historiografía medieval, haciendo notar la influencia que nuestra épica tuvo en los diversos monumentos histórico-literarios de la primera y segunda mitad del siglo XIII.

Dijo que no había de pedirse a este esbozo de la historia nacional un método ni un criterio histórico-filosófico propio de otras épocas más adelantadas, ni tampoco aquella perfección artística propia de las edades clásicas, que se restauraron en el Renacimiento. La tradición de la historia clásica no se había perdido completamente en la Edad Media y aunque los modelos clásicos se leyesen poco, había ciertos historiadores latino-eclesiásticos que, como Orosio y Sulpicio Severo y San Julián, el más pecualiar nuestro, de quien es la *Historia de la rebelión de Paulo contra Wamba*, se empeñaban en imitar las formas clásicas, no en aquellas partes más externas que afectan, por ejemplo, al carácter de los personajes, sino en esos medios de que los grandes narradores antiguos se valían para dar acción dramática a lo que era objeto de sus historias. Así es como por medio de la tradición latino-eclesiástica, en esto inmediata heredera de la tradición clásico-latina, se había conservado el recuerdo de este modo de historia, más amplio, más detallado, que abría más campo a las facultades narrativas del autor.

En general, la forma de historia que durante la Edad Media predominó, fué la de registro cronológico, forma propia de todos los tiempos de decadencia. En los cronicones de nuestra reconquista, durante el período que va entre el del *Pacense*, desde la conquista de los árabes, y el del *Silense*, que alcanza hasta la época de Alfonso VI y termina con la muerte de D. Fernando, hay una serie de libros de poco valor literario y mucho histórico, y que contienen los hechos de la España cristiana desde el siglo VIII al siglo XI. Y así como es de esperar que parezcan nuevas fuentes diplomáticas, se puede perder la esperanza de que aparezcan cronicones nuevos. En realidad, los que se citan de la Edad Media en el siglo XVI son los mismos que se conocen hoy. Ya el Obispo D. Pe-

layo de Oviedo, obedeciendo a sus instintos de falsario, tuvo como cierto propósito de reducir a la unidad los cronicones antiguos y adulterar a su manera la crónica de Alfonso el Magno y de Sebastián de Salamanca, y unir la crónica de San Isidoro, intercalándola también, y logró formar una historia hasta el tiempo de Alfonso VI.

Es evidente también que el *Silense* tuvo por principal propósito, en sus obras históricas, componer la biografía de Alfonso VI, la cual podemos suponer, por la instrucción clásica que manifestó y por el relativo esmero de su estilo, que debió estar concebida con más cuidado y con más arte que habían tenido los narradores que le precedieron. La historia de Alfonso VI, que el *Silense* escribió se ha perdido, si es que llegó a escribirla verdaderamente. Lo que tenemos es un proemio, en cuya primera parte se siguen casi a la letra los cronicones antiguos, si bien intercalándolos. En estas tentativas se notan propósitos que jamás pasaron por la mente de los autores de los cronicones de los siglos VIII, IX y X. El uno intentó fundir una narración seguida de aquellas historias, y el otro tomó como centro la historia de su tiempo y consideró las demás como preámbulo o prolegómenos.

Esta tendencia aparece ya con otro carácter en los dos grandes cronistas de la primera mitad del siglo XIII, D. Lucas, Obispo de Tuy, y D. Rodrigo Jiménez de Rada, Arzobispo de Toledo. Los méritos de estos escritores son muy diversos; pero ambos convienen en haber concebido la historia nacional bajo cierto aspecto de unidad, y en la tendencia que muestran en su sincretismo, realizada por D. Rodrigo de una manera notabilísima para su tiempo, con cierta unidad de estilo, con cierta aspiración a la forma clásica y también con ese espíritu unificador que palpita en todas las páginas de su libro.

Esta misma diferencia puede notarse también en la manera de aprovechar las fuentes históricas; el *Tudense* se limitó a insertarlas de un modo mecánico y grosero, y, al parecer, valiéndose de malas copias; y, por el contrario, D. Rodrigo las fundió en una misma narración, dándolas el colorido propio de su estilo. Hubo, por consiguiente, dos historias generales de España, escritas en latín la una y la otra, antes de la época de Alfonso el Sabio, obras ambas que pertenecen al reinado de San Fernando, al cual, en éste como en los demás ramos de la cultura, puede considerársele

como el precursor de las ideas literarias de su hijo. Así como la obra jurídica de Alfonso el Sabio está iniciada, hasta cierto punto, por su padre, como lo prueba el hecho del Fuero Juzgo, y el de que procuró extender y dilatar esta legislación de carácter más general que la de la Edad Media; y así como en el terreno de la ciencia moral y política hubo libros que pertenecían a este reinado, como el *Libro de los doce sabios* o las *Flores de filosofía*, y en la parte literaria amena se manifestó aquella precedencia por las dos traducciones de las dos colecciones principales de cuentos, tituladas *Calila e Dimna* y el *Sendebar*, hechas una y otra en tiempo de San Fernando, del mismo modo los primeros ensayos de historia general en tiempo de San Fernando se hicieron, por más que les falte la grandeza que tiene la obra de Alfonso el Sabio, y por otro lado, el carácter de haber sido escritos en lengua romance y de haber aprovechado fuentes distintas de la literatura culta latino-eclesiástica y de la popular con los cantares de gesta, como la *Crónica general*.

No es esto decir que los narradores de historias anteriores inmediatamente a la de Alfonso el Sabio hubiesen prescindido por completo de la tradición popular. Es evidente que lo mismo don Lucas de Tuy que D. Rodrigo la utilizaron, aunque en pequeñas proporciones. La mayor parte de los hechos que de Bernardo del Carpio cuentan D. Rodrigo y D. Lucas proceden evidentemente de fuentes populares, primero como imitación y luego como reacción y contraposición a los héroes de la epopeya Carlovingia... Es claro que ya en historias latinas habían penetrado estos *Cantares de gesta*, y estas canciones del *Mester de juglaría;* pero en las canciones populares estaban de un modo más fuerte. En primer lugar, D. Rodrigo había compendiado esas que él llamaba *fábulas de histriones*, y además no las trasladaba directamente, sino que las traducía; procedimiento muy distinto del que observaron los redactores de la *Crónica general*, que se apoderaron de esa materia épica, no sólo como un dato, sino como texto, que seguían fielmente, trasladando el verso a prosa. Aunque, en realidad, el hecho de haber utilizado fuentes poéticas para la historia, no se pueda decir que comienza en la *Crónica general* realmente, pues se inicia en el *Tudense* y en el *Toledano*, y quizás algún indicio puede encontrarse en la *Crónica del Silense;* sin embargo, el haber utili-

zado los cantares directamente y haber fundido en una narración en prosa eso que los antiguos llamaban *disjecta membra poesis*, pertenece a la crónica alfonsina.

Tampoco en acudir a las fuentes árabes tiene la primacía don Alfonso el Sabio. Realmente la *Historia árabe*, sea o no de D. Rodrigo, es de todos modos obra de primera mitad del siglo XIII y anterior a la grande empresa de Alfonso el Sabio, y hasta es libro que arguye más directo y más racional conocimiento de las crónicas árabes que la parte de ellas que aparece transcrita en la *Crónica general;* porque la *Historia árabe* presenta un conjunto sistemático, mientras que la parte árabe de la *Crónica general* aparece por incidencia, como episodio, y no es utilizada directamente. Pero aunque lo mismo en el empleo de las fuentes poéticas que en el de las arábigas había sido precedido D. Alfonso el Sabio por sus inmediatos antecesores D. Lucas de Tuy y D. Rodrigo de Toledo, quedó, sin embargo, para él reservada la gloria de ser el primer creador del pensamiento general de la Historia, de saber aprovechar con mayor amplitud todos los materiales, de acertar a darle carácter más popular por el empleo de la lengua romance.

Y como quiera que muchas de las fuentes utilizadas en esta historia, como documentos poéticos que eran del *Mester de juglaría*, estaban en castellano, es claro que conservaron su primitivo hechizo en la prosa de la *Crónica general*. Y habiendo desaparecido hoy la mayor parte de esas viejas canciones, a lo cual, acaso, contribuyó la mucha difusión de la *Crónica* y el carácter que tuvo la poesía castellana, y esa confusión que ha habido en España entre la historia y la poesía épica, sus más antiguos vestigios, solamente pueden buscarse en estas tradiciones en prosa de la *Crónica general*. No hay duda, por consiguiente, que nuestros poemas épicos primitivos, a lo menos en la mayor parte de su contenido, se conservan sustancialmente en la *Crónica general;* lo mismo las narraciones de Bernardo del Carpio, que las relativas a los Infantes de Lara, a Fernán González y a sus sucesores.

Desgraciadamente, varias circunstancias han impedido que esos rastros épicos de la *Crónica general* hayan llegado a nosotros en toda su integridad. Se advierte que en alguna narración, como la relativa a Bernardo del Carpio, los compiladores de la *Crónica general* fundieron las de D. Lucas y D. Rodrigo y los *Cantares de gesta*.

Éstos los citan sólo en segundo lugar, y, sin embargo, es cierto que tuvieron a la vista distintos cantares, que presentaban cierta oposición entre sí; pero esos textos poéticos, en la estimación de los compiladores de la *general*, vienen en importancia histórica después de los latinos. De ahí que gran parte, sobre todo de las refundiciones de la *Crónica general*, procedan de las fuentes latinas; pero hay otra parte, no pequeña, que, evidentemente, viene de las fuentes épicas populares. En algunos casos, como ocurre en el relato de los hechos de Fernán González, la inspiración directa es el *mester de clerecía*. La *Crónica* de Arlanza refiere las hazañas del Conde, y de aquí las toma la *Crónica general;* pero este poema, no hay que olvidarlo, se deriva de un primitivo *Cantar de gesta*.

Es también de grande e inapreciable valor todo lo que se refiere a la tradición poética de las mocedades del Cid, y lo es, entre otras cosas, por tratarse de un período oscuro de la vida poética del héroe de Vivar, del cual no poseemos relación directa. Para todo lo que se refiere a los hechos del Campeador en el reinado de D. Sancho II y especialmente al cerco de Zamora, nos es imprescindible y precisamente aquí es donde la *Crónica general* ha conservado más datos y vestigios de los poéticos cantares. Por todo esto la expresada *Crónica* es inestimable en cuanto atañe a los orígenes de nuestra poesía épica, y sólo mediante ella podemos reconstruirla. El poema del *Mío Cid*, único códice que tenemos en la forma antigua, aparece como fenómeno aislado; pero merced a la *Crónica general* se explica perfectamente que formara este canto dentro de un numeroso ciclo épico, no tan vario como el de la epopeya francesa, pero de carácter más realista, y aunque influído por esta epopeya, con sello extraordinariamente nacional.

Indicamos también que la *Crónica general* había sufrido durante los siglos XIV y XV numerosas refundiciones de gran interés, no sólo para la historiografía española, sino para la historia de la poesía épica, porque no se hicieron estas refundiciones meramente sobre el texto de la *Crónica*, sino que se recogen también en ellas, tomándolas de la viva voz del pueblo, las leyendas y canciones que entonces circulaban. La más curiosa de estas refundiciones es la de 1344, hecha en tiempo de Alfonso XI, y que muchas veces se ha confundido con la *Crónica general* primitiva. Por primera vez fué hecha la distinción entre ellas por Floranes.

Al mismo procedimiento fueron sometidas las Partidas; la parte legal que hoy se conoce de ellas no es la del primitivo código Alfonsino, sino que es de la época de Alfonso XI. Esto es notorio, pero lo que no aparece ya tan claro es si algunos otros trabajos, como por ejemplo, el libro de *Montería*, sufrieron también estas refundiciones.

La *Crónica general* vuelve a ser refundida en el siglo XV. Lo fué, por lo menos, dos veces, y además trascendió a una colección de compilaciones que durante todo ese siglo vinieron haciéndose. Puede decirse que la historiografía de la Edad Media vivió exclusivamente del fondo de la *Crónica general*. Y a cada una de estas refundiciones se van añadiendo datos posteriores, extractándolos de crónicas particulares y de nuevas leyendas y tradiciones en prosa o versificadas. De lo que resulta que el volumen de estas colecciones va creciendo desmesuradamente, dando lugar a esos enormes mamotretos de cuatro y cinco tomos que llenaban las bibliotecas del siglo XV. Y cuando este enorme y embarullado material hizo poco menos que imposible su consulta, se comenzaron las crónicas abreviadas, que presentan cierto interés, porque en esas mismas abreviaciones se introducen variantes de una poesía épica que pudiéramos llamar terciaria o de tercera formación, y otras curiosas noticias y pormenores, ora genealógicos o ya de carácter local.

A este tipo responde la *Crónica* de Florián de Ocampo, impresa en Zamora en 1541, que no es ya ni la primera de Alfonso el Sabio, ni la segunda del tiempo de Alfonso XI, sino una tardía refundición, de algún perdido códice del siglo XV, que podríamos llamar *Tercera Crónica General*. Es, pues, la obra de Ocampo una crónica abreviada; adolece de grandes confusiones en la cronología y se confunden y trabucan los hechos; pero, a pesar de esto, contiene su texto pormenores y leyendas que no existen en las dos anteriores crónicas.

Por lo que dejamos dicho, se ve que la poesía épica continuó influyendo en la historia, no sólo en el siglo XIV, sino en el siglo XV y aun en el XVI. Testimonio fehaciente del valor de la *Crónica general* de Alfonso el Sabio, no sólo como historia, sino por lo que tiene de poesía.

La otra obra histórica de Alfonso el Sabio es la *Grande e Gene-*

ral Estoria. Es una tentativa grandiosa de historia universal que no fué terminada. Tenemos una fecha, la de 1270, en que se comenzó a escribir. Conocida esta fecha, se comprende que no la acabase dados sus infortunios. Fué escrita después de la *Crónica general*, no hay duda en esto, pues son numerosas las referencias que la *Grande e General Estoria* contiene a la *Historia de España*, mientras en ésta no hay referencias a la *Grande e General Estoria*. Y, por otra parte, el estado de la ciencia histórica en el siglo XIII hacía que se empezase por la historia nacional y se acabase por la historia universal.

Quedan cinco partes de la *Grande e General Estoria;* pero no hay noticia de ningún códice que contenga las que debieron ser la sexta y la séptima. La parte que tenemos abarca hasta la proclamación del Cristianismo, y es un trabajo de compilación, formado también con materiales de acarreo de muy distinta índole. El autor la llamó *Historia Escolástica*, con lo cual ya indicaba el propósito de imitar un compendio de Historia Sagrada, que corría con mucho crédito en la Edad Media a fines del siglo XI: el *Comestro* (así llamado, no por lo mucho que comía, como ingenuamente se ha dicho, sino porque convertía en sustancia propia todo lo que estudiaba), que se reduce a un compendio del Antiguo y Nuevo Testamento, consultando también las historias de los gentiles.

Entre el libro de D. Alfonso y el de Comestro existe la misma notable diferencia, en cuanto a su contenido, que entre los compendios de las Historias de España de D. Lucas de Tuy y D. Rodrigo de Toledo, y la *Crónica general*. Puede decirse que la *Historia Escolástica* no viene a ser más que como el índice de la *Grande e General Estoria*. Así se ve que Comestro, en su *Historia Escolástica*, hace un epítome de los sagrados libros, mientras D. Alfonso los traduce íntegros, Comestro hace alusión a la historia de los gentiles; pero D. Alfonso consulta toda la historia clásica y tiene a la vista los textos de la mitología, pues las *Metamorfosis*, de Ovidio, por ejemplo, están traducidas casi literalmente en la *Grande e General Estoria*. Y al mismo tiempo en esta obra, a la vez que la influencia de la tradición clásica, se observa una influencia oriental, cosa de que carece el libro de Comestro, quizá más considerable que en ninguna otra de las del Rey. Así vemos que Alfonso el Sabio se refiere con frecuencia a libros árabes, que a

veces expresamente cita, como el libro que se llama de la *Historia de Egipto* y el *Libro de los Caminos del Rey de Niebla*, leyenda que en la literatura aljamiada tiene varias manifestaciones, y del cual copia alguna singular historia o cuento, como los que figuran en el *Calila e Dimna* y en el *Sendebar*. Por ejemplo, la historia de Fissuf y Zulema, de la cual leyó el profesor que hablaba un curioso fragmento.

En la próxima lección seguirá ocupándose el Sr. Menéndez y Pelayo de la brillante tentativa de historia universal que atribuye a D. Alfonso el Sabio, determinando los diversos elementos que contribuyeron a su formación y examinándola como cuerpo literario en relación con las demás obras de índole semejante contemporáneas del Sabio Rey.

* * *

. . . . . .

. . . . . .

Ocupóse preferentemente el ilustre maestro, en su última lección, en el estudio de los libros de máximas, sentencias, aforismos, etc., que se publicaron en los siglos XIII y XIV y que tuvieron derivación o precedentes en la bibliografía de Alfonso el Sabio.

Después de exponer los trabajos debidos a la erudición de Hermán Knust, revelados en la primera *Colección Miscelánea de El Escorial* y en la que luego publicó en la Sociedad de Bibliófilos Españoles, dijo que el libro de la *Sabieza*, de D. Jaime el Conquistador, estaba fundado sobre el *Poridat de poridades*. Es tal la variedad que le informa, que induce a creer que los traductores procedieron con cierta libertad y mezclaron máximas de varios autores, unas veces de fuente oriental y otras latina. Esto mismo ocurre respecto al *Bonium*, obra ya bastante conocida en el siglo XVI, en que se da a la imprenta. En ella hay muchas sentencias, no solamente de origen clásico, sino de origen puramente cristiano, tomadas principalmente de los Santos Padres.

Sin tratarse de una colección de apólogos, sino de máximas y pensamientos, precede a todas ellas una especie de ficción, que tiene semejanza con el modo de formarse el *Calila e Dimna*. Como

Barzuyeh, Bonium, rey de Persia, hace un viaje a la India, donde encuentra la hierba de la sabiduría. La traducción del *Bonium* no sabemos si fué hecha antes o después que la de *Calila*, aunque lo probable es que fuera después, porque la introducción del *Calila*, en la que se habla del viaje de Barzuyeh, figura ya en la traducción árabe y en la narración persa. *Bonium*, al llegar a la India, es introducido en el palacio de la Sabiduría por *Juanicio*, quien había reunido un gran número de filósofos antiguos y modernos, la mayor parte clásicos, cuyas vidas se refieren en el libro, y cuyas sentencias se van desarrollando.

El *Poridat de poridades*, que es casi idéntico al *Libro de la Sabieza*, que lleva el nombre de Jaime el Conquistador, contiene en gran parte erudición histórica. Aunque está en el mismo códice que el de los *Enseñamientos y castigos de Alexandre*, libro en que se refiere con verdadera elocuencia la muerte y últimas palabras del Conquistador y las sentencias que los sabios dijeron sobre su sepulcro, es obra completamente independiente de ésta, por más que en ambas se encuentren cartas apócrifas del Macedonio a su madre. También pertenecen a esta época el *Libro de los doce sabios* y *Las flores de Filosofía*, obras que ejercieron influencia en las Partidas del Rey Sabio, aunque no en el mismo grado que el *Bonium* y el *Poridat de poridades*, y sobre todo este último libro, que contiene una especie de filosofía bajada del cielo para iluminar a las muchedumbres, para familiarizarlas con el concepto general de la ley, de la justicia y del derecho, y a propósito para hacer más fácil una legislación como la que dió el Rey Sabio en las Partidas, aprovechando la ciencia jurídica anterior, pero valiéndose también en la parte doctrinal de todos estos libros de máximas sentenciosas y aforismos.

El libro que sirve como de pórtico y preparación a *Las Siete Partidas* del Rey Sabio, es el denominado *Septenario*. Parece que el pensamiento de él, fué de San Fernando. Todo es confuso en lo que se refiere a este libro. D. Alfonso le daba mucha importancia, puesto que de él habla en su testamento. Por mucho tiempo se ha confundido con las Siete Partidas. Quizás había para esto alguna razón, que indicaremos despues. Es evidente, sin embargo, que el *Septenario*, tal como ha llegado hasta nosotros, es cosa muy distinta de las Siete Partidas, por más que el contenido de

algunos libros de aquél esté en éstas. El *Septenario* es una enciclopedia de la Edad Media, como lo había sido la de San Isidoro.

Abarca las siete artes liberales, y a lo que parece (porque no sabemos la extensión que podía tener la parte perdida y sólo conocemos la primera y no completa), abarcaba también una gran parte de la teología y del derecho canónico y civil. Sirven de proemio al libro, y son realmente lo más importante y curioso de él, algunos capítulos en que se refiere la vida de San Fernando, se hace su elogio y se incluye una especie de descripción encomiástica y de buena prosa de la ciudad de Sevilla. Al compendio apologético de la vida de San Fernando sigue la clasificación de las artes liberales del *Trivium* y del *Quadrivium*, separándose algún tanto de la admitida en la Edad Media, puesto que en el *Trivium* se coloca la *Gramática, Lógica* y *Retórica;* pero se innova el *Quadrivium*, sustituyendo las cuatro artes de la clasificación antigua, es decir, la *Aritmética, Geometría, Física* y *Astronomía* por la *Música, Astrología, Física* y *Metafísica*, incluyendo, ya en la *Música*, ya en la *Física*, las nociones matemáticas que antes se daban como parte de la *Aritmética* y *Geometría*. Seguía a esta especie de clasificación de las artes liberales y a la definición de ellas, una parte que pudiéramos decir teológica y una explicación de los Sacramentos, que está casi literalmente transcrita en la Partida primera.

De ahí que, aunque el *Septenario* sea cosa distinta de las *Partidas*, es evidente que las dos obras tienen grandes analogías y diferencias que nacen de ser las *Partidas* un Código y ser una enciclopedia el *Septenario*. Pero es muy verosímil que en la parte perdida del *Septenario* la analogía fuese todavía mayor, y toda la parte moral y política desparramada en los distintos manuales, así como toda la parte del derecho civil, estuviese de alguna manera contenida en el *Septenario*. Solamente de este modo puede explicarse la importancia que el Rey Sabio daba a este libro.

Claro es que no se refiere en el testamento a este fragmento, sino a la enciclopedia misma. ¿Por qué desapareció? Sin duda porque mucha parte pasó a las Partidas; después porque fué destronado por otras obras, especialmente por el *Tesoro*, y estas obras hicieron olvidar el *Septenario*. Casi es evidente que el *Septenario* llegó a terminarse y que mucha parte de este libro

debía ser idéntica a la parte teórica y doctrinal del libro de leyes conocido comúnmente con el nombre de las *Siete Partidas*.

Escribió D. Alfonso varios libros menores y difíciles de clasificar, que podríamos comprender bajo el título de *Deporte o sport*, y que se refieren a las recreaciones caballerescas propias de su tiempo, como los de *Montería*, *Cetrería* y *Pesca* y de los *Dados*, *Tablas*, *Ajedrez* y otros juegos.

Es sabido que el juego de ajedrez es de la India, y por los árabes fué introducido. Empieza este libro, siguiendo la costumbre de la mayor parte de los autores de obras de este género, con una especie de apólogo relativo a la influencia del juego de ajedrez. Según cuenta la historia antigua, en India la Mayor había un Rey que amaba a los sabios y los hacía razonar sobre las leyes que nacen de las cosas. Uno de ellos decía que valía más seso que ventura; otro decía que más valía ventura que seso; el tercero decía que valía más tomar del uno y de la otra. Y después que hubieron dicho sus razones, mandó el Rey *afincado* que diesen muestra de lo que decían, y dióles un plazo. Todos fueron y *cataron* sus libros, y cuando llegó el plazo vino cada uno con su muestra y el del seso trajo el ajedrez con sus juegos; y el segundo, que tenía por razón la aventura, trajo los dados, mostrando que no valía nada el seso, sino la ventura; y el tercero trajo el tablero con sus tablas, con lo que hizo entender que, por el juego de ellas, aunque la suerte de los dados sea contraria, por la cordura podían jugarse aquéllas de modo que se pudiese evitar el daño que viniera.

Después de este apólogo pasa a enumerar una serie de juegos, cuyos nombres conviene que se comparen a los que se emplean en el *Ordenamiento de Tafurerías*. Todo esto está exornado con preciosísimas miniaturas en el Códice de El Escorial, códice que tiene más valor artístico que literario.

Expone después el juego de los dados y distintas clases de juegos de tablas, y trata del ajedrez, que fué hecho en la India y del más difícil que se juega por astronomía.

Además del libro de los juegos compuso, según el infante don Juan Manuel refiere en el proemio del libro de la *Caza*, uno de *Montería*, otro de *Cetrería* y otro de *Pesca*. Del de pesca nada sabemos. En cuanto al libro de *Montería* es evidente y está plenamente demostrado que gran parte de su contenido figura en el

famoso libro de la *Montería*, refundido en tiempo de Alfonso XI, y acrecentado con una tercera parte, que se refiere a la descripción de los montes. Esta especie de geografía orográfica fué escrita en tiempo de Alfonso XI; pero en cuanto a las dos partes primeras del libro de *Montería*, tal como Argote de Molina lo publicó en el siglo XVI, es evidente que, aunque refundidas en tiempo del dicho Alfonso XI, estaban escritas ya en tiempo de Alfonso el Sabio. Lo prueba el Códice de la Biblioteca de El Escorial, probablemente escrito en 1250, y que contiene, casi íntegras, las dos primeras partes del libro de *Montería*. En cuanto al libro de *Cetrería* resulta, de las investigaciones comunicadas por el Sr. de Navarro, que en el mismo Códice de El Escorial que contiene las dos primeras partes del libro de *Montería*, existe también un libro de *Cetrería*, indudablemente del tiempo de Alfonso el Sabio, y anterior al libro de *Caza*, de D. Juan Manuel, del cual éste debió aprovecharse en el suyo. Es más, en este Códice de El Escorial, en que se reduce a una especie de recetario el libro de *Cetrería*, se contiene un tratado latino que probablemente antecedió a todos ellos, no solamente al de D. Juan Manuel, sino también al que suponemos que es un fragmento del perdido libro de *Cetrería*, de Alfonso el Sabio. Este libro latino, que tiene todas las trazas de estar traducido del árabe, lo mismo que el libro de *Cetrería* que suponemos de Alfonso el Sabio, parece que es el tratado *De re accipitraria*, que se cita como de Federico II; el traductor de él dice que lo escribió para un Emperador. El origen oriental del libro de *Cetrería* parece probado por el gran número de indicaciones geográficas que en él se encuentran. En el libro mismo se dice que es traducido y que fué acabado el 9 de abril de 1288.

¿Qué relación tiene el libro de *Cetrería*, de D. Juan Manuel, con el compuesto por su tío? Evidentemente debió aprovechar aquél muchas cosas de éste; para determinarlo con precisión sería necesario comparar ambos libros. Sin embargo, el mismo infante advierte que había añadido muchas cosas, especialmente prácticas.

En la próxima conferencia estudiará el Sr. Menéndez y Pelayo las obras científicas del gran polígrafo español.

* * *

Ante muy numerosa concurrencia, de la cual fueron parte muchos congresistas extranjeros, continuó sus lecciones sobre las obras del hijo de San Fernando, el joven catedrático de la Universidad Central.

Después de haber estudiado las obras de Alfonso el Sabio pertenecientes a la poesía lírica, a la novela, a la historia, a la moral, a la política y a la recreación y ejercicios caballerescos, sólo quedan por examinar el grupo formado por las obras de carácter científico, entre las cuales descuellan por su número y valor las obras astronómicas; y el de las obras de carácter legal que, además de su propio intrínseco mérito, tienen el de haber sido fuente principal de nuestra legislación civil hasta tiempos muy recientes y continúan siéndolo, hasta cierto punto, ahora. Estas obras constituyen una parte muy considerable del caudal científico que legó a la posteridad.

Es cierto que hoy las obras científicas de D. Alfonso tienen un valor diferente del que conservan las *Partidas* y la *Crónica general*, o el que para los orígenes de nuestra poesía lírica entrañan las *Cantigas*, porque es ley del progreso que toda esta literatura científica se vaya convirtiendo en asunto de curiosidad cuando ha pasado cierto tiempo. Ley a la cual se hallan sometidas, no ya solamente las obras que llevan el nombre de vulgares compiladores o traductores, sino también las que van marcadas por el sello de la genialidad, las cuales llegan a pertenecer a los museos de la historia más bien que a una biblioteca científica activa. Ni que decir tiene, por consiguiente, que los libros científicos de Alfonso el Sabio han envejecido mucho, y no son hoy más que un curioso testimonio del estado de la ciencia en España a fines del siglo XIII, muy superior al que Europa tenía entonces. Basta para confirmarlo el saber que las Tablas Alfonsinas rigieron como libro de texto hasta la época de Copérnico, cuyo famoso libro lleva la fecha de 1504. Marca, por consiguiente, D. Alfonso el Sabio una época en la historia de la ciencia astronómica.

Y aunque sea cierto que en los libros de astronomía compuestos bajo la dirección del Rey Sabio, hay mucho que no es origi-

nal, también hay que advertir que lo mismo en lo que toca a la declaración de diversos instrumentos, como en otras lagunas que Alfonso el Sabio creyó notar en los libros árabes que tenía a la mano y que le sirvieron de principal fuente para esta especie de enciclopedia científica, procuró hallar remedio encargando trabajos supletorios a personas doctas. Y, por otra parte, no puede dudarse que el monumento más importante de esta labor científica, las Tablas llamadas alfonsinas, arregladas por Mariano de Toledo, tomando por era el año que comenzó a reinar D. Alfonso, son trabajo propio, nacido de verdaderas y directas observaciones y experiencias. Hay, por tanto, en estos libros mucho de compilación, lo cual era inevitable en la Edad Media, y algo que es peculiar de España. Alfonso el Sabio, en este linaje de trabajos, no era más que el continuador de las grandes empresas científicas iniciadas en tiempo de Alfonso VII y bajo el patrocinio del Arzobispo de Toledo. El renacimiento científico de España y Europa debe buscarse allí; la verdadera inoculación de la ciencia oriental en la escolástica, en Toledo se verifica, y por traducciones hechas en lengua latina. A Alfonso el Sabio, por consiguiente, no se le puede considerar, según se ha pretendido, como el iniciador de esta serie de esfuerzos científicos, pues, prescindiendo de que ya en Barcelona, en tiempo del conde Ramón Berenguer III, hubo conatos de esto, como lo prueban los trabajos matemáticos de Abraham, en Toledo, bajo la dirección del Arzobispo D. Raimundo y con ayuda de dos traductores, Dominico Gundisalvo y Juan Hispalense, se habían llevado al dominio de la ciencia escolástica los libros orientales de matemáticas, astronomía, ciencia natural, etc., sin contar con los tratados originales que llegaron a componerse, pues no se redujeron los trabajos científicos de tiempo de Alfonso VII a traducciones meramente, sino que, a veces, se aspiraba a fines más altos, haciéndose felices tentativas, lo mismo en la esfera metafísica, como lo prueba el libro *De unitate intellectus*, que en la esfera matemática, como lo demuestra el libro de algoritmia de Juan Hispalense. No sólo preceden estas obras al movimiento científico de Alfonso el Sabio, sino que en algunos puntos le aventajan realmente.

Del mismo modo que la unidad legislativa nació en la mente de San Fernando, y es su hijo quien la continúa y plasma en sus

libros, así también los trabajos astronómicos y matemáticos estaban preparados ya desde tiempo de Alfonso VII por el Colegio de traductores de Toledo. Y, sin embargo, entre estos dos movimientos científicos se observa esta gran diferencia: toda la labor del Hispalense y otros que trabajaron en Toledo en tiempo del Arzobispo D. Raimundo, tiene carácter cosmopolita, europeo, universal, Toledo era el gran taller de producción, la gran fábrica de donde salían los libros árabes y judíos que empezaban a recorrer Europa. Movimiento español, es cierto, porque en España empieza, porque lo favoreció un Arzobispo de Toledo y lo protegió un Rey de Castilla; pero en cuanto a sus efectos, movimiento de carácter universal. La gloria de la iniciación corresponde a España, pero los resultados pertenecen a la historia general de Europa en la Edad Media. Y por ser de tendencia universal este impulso científico, se emplea la lengua latina para difundirlo, la lengua sabia que aún perdura entre las ruinas del gran Imperio de Roma. En cambio, la empresa científica de Alfonso el Sabio está comprendida en límites más estrechos, no sólo en las materias sobre que se escribe, sino geográficamente también, pues sus propósitos de difusión no son tan ambiciosos; pero aquellas traducciones que manda hacer el Rey Sabio tienen la singularidad de estar escritas en la lengua del vulgo, circunstancia que no puede sernos indiferente, puesto que ninguna lengua de las vulgares se adelantó a la lengua castellana en la aplicación de la prosa a materia astronómica y matemática: fenómeno semejante al que ocurre con la lengua catalana respecto a la filosofía, porque el primer filósofo que escribió en lengua vulgar es, sin duda, Raimundo Lulio, que no escribió nunca en latín, pues sus libros son traducciones de los que antes había escrito en su lengua vernácula.

Para juzgar del valor de los libros científicos de D. Alfonso no somos—dijo el conferenciante— jueces competentes. Por otra parte, publicados hoy, como lo están, los libros científicos del Rey Sabio en una edición crítica de la Academia de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales, ilustrada con notas, a esta edición nos referiremos, considerando esos libros, ya en su relación con la cultura general del siglo XIII, ya en lo que atañe a la prosa castellana.

Esa ciencia, que en los libros astronómicos y matemáticos se expone, en general es ciencia de segunda mano, ciencia derivada,

es cierto; pero no lo es en todo y por todo, y aún en lo que tiene de ciencia derivada, recogió una tradición española, pues de árabes españoles son principalmente las obras que se traducen. En el siglo X, Abu-l-Qásim Maslama ben Ahmed, de Madrid, escribió un tratado sobre astronomía. En el siglo XI, Aben Assamh, además de escribir un libro de matemáticas puras, escribió una tabla astronómica y un tratado sobre la construcción y uso del astrolabio. Aben Assáfar escribió un tratado de astrolabios y un hermano suyo fué famoso constructor de ellos. Siguió a éstos Azarquiel, residente en Toledo, que determinó con aproximación el valor real del movimiento de predecesión de los equinocios. Azarquiel inventó varios instrumentos, entre ellos un astrolabio, y compuso el *Azafea*, puesto en castellano en tiempo de Alfonso el Sabio. Al XII corresponde al-Pitruchi, autor de una astronomía en que ataca los epiciclos y otras teorías de Ptolomeo. Avempace y Averroes también atacaron los sistemas de Ptolomeo, por no ajustarse a la teoría del movimiento, según Aristóteles, al-Pitruchi explicó, a su modo, el sistema solar, exponiendo el movimiento de los astros y su dirección. En 1317 fué traducida al latín esta obra por Miguel Scoto. Compuso, además, un tratado de lógica y perspectiva. Averroes compuso el compendio del *Almagesto*, libro que trata del movimiento de las esferas y de la apariencia circular de las estrellas fijas.

Estos son los principales autores que con cierta originalidad, grande en algunos de ellos, especialmente en Azarquiel, y en al-Pitruchi ofrece la historia de la ciencia arábigo-hispana durante los siglos X, XI y XII.

Al comunicarse toda esta ciencia árabe a la España cristiana por medio de la Escuela de Toledo, bajo la protección del Arzobispo D. Raimundo y del Emperador Alfonso VII, es el momento en que, por medio de aquellos sabios traductores, que no sólo corregían algunas veces los textos, sino que añadían de propia inventiva nuevos estudios y aportaciones científicas, como lo hicieron los ya nombrados Dominico Gundisalvo y el Hispalense, en que los españoles extendemos por Europa el saber científico de que eran depositarios los árabes.

A primera vista parece extraño que entre el vario caudal científico, mucho de él traducido ya al latín desde los tiempos de Alfonso VII, prefiriese el Rey Sabio los libros astronómicos; pero

esa preferencia, concedida a la astronomía, se comprende bien cuando se considera la curiosidad que en el espíritu infantil de la Edad Media debía despertar necesariamente el espectáculo de las maravillas y misterios de los cielos. Por otra parte, la astronomía, tal como en la Edad Media se cultivó y tal como se había cultivado en las escuelas antiguas y entre los árabes, exigía cálculos matemáticos muy elementales, lo cual explica que esta parte de las matemáticas aplicadas se desarrollase antes que las matemáticas puras.

El Sr. Menéndez y Pelayo, después de exponer estos precedentes de la bibliografía propiamente científica del Rey Sabio, comenzó el estudio de sus libros, que continuará en la próxima conferencia.

. . . . . .

. . . . . .

* * *

En su última conferencia resumió el profesor de Literatura española las afirmaciones capitales hechas durante el curso al estudiar las obras del gran polígrafo Alfonso el Sabio. Recordó las ideas expuestas al tratar de la poesía lírica del autor de las *Cantigas*, atribuyendo a la lengua galaico-portuguesa la primacía literaria que le corresponde como forma primordial en nuestra península de la expresión poética subjetiva, que decimos hoy. Insistió en elogiar al Rey Sabio, más que por su labor jurídica y científica, con ser tan importantes y tan útil aún en la actualidad, por sus originales obras líricas y por ser el conservador de aquella nuestra grandiosa poesía épica que, como en arca santa nos trasmitió en su *Crónica general*, archivo de las tradiciones y leyendas de nuestros héroes medievales, primeros forjadores de la raza. Habló el joven maestro de la influencia que han tenido en algunas legislaciones *Las Partidas* y de la que aún hoy siguen teniendo, indudablemente, en la nuestra.

El Sr. Menéndez y Pelayo, en lecciones anteriores, tuvo el cuidado de separar de las obras auténticas del autor de *Las Partidas* el *Septenario*, que universalmente se le atribuye, demostrando

de modo que casi lleva a la certidumbre, que no pudo ser original del regio polígrafo.

Por lo que toca a las obras astronómicas, se esforzó en hacer notar la trascendencia de las Tablas Alfonsinas, que sirvieron de texto en las escuelas europeas durante muchos años, citando, de pasada, los nombres y las obras de los comentadores o anotadores que tuvieron.

Expuestos, pues, con la elocuencia y la erudición singularísima de profesor tan notable el contenido de las obras del hijo de San Fernando, los antecedentes que le sirvieron de previa información, el estado de cultura de su tiempo, la influencia que pudieron llevar a diversos pueblos y la que han tenido en manifestaciones de géneros literarios distintos, el Sr. Menéndez y Pelayo se despidió de sus alumnos hasta el curso próximo, dándoles las gracias por su continua asistencia.

Y yo pido humildemente perdón a tan insigne maestro por los errores, omisiones e infidelidades de expresión que he cometido, siempre ayudado por los señores cajistas, que no tienen obligación de ensayarse en lecturas de signos hieráticos o demóticos para entender mis cuartillas, casi ilegibles.

TERSITES.

(De *El Globo.*)

VII.—ESPAÑA MEDIEVAL EN LOS SIGLOS XIII Y XIV (CATALUÑA): RAIMUNDO LULIO

Como en los cursos anteriores, se ocupará también en éste el Sr. Menéndez Pelayo, de un gran polígrafo español en quien se sintetiza la cultura patria medieval en la región catalana: Raimundo Lulio.

Dijo en la conferencia de ayer que solamente la ignorancia o la pasión podían quitar a nuestra raza el puesto que en la Historia de la Filosofía le correspondía, que si bien es inferior a los que ocupan las razas griega y alemana, es igual a los que corresponden a la francesa o italiana.

Hora es ya de que se estudie el pensamiento filosófico ibérico. Cuando esto se haga se conocerá el nexo interior y fortísimo que existe entre nuestros pensadores de todos los tiempos, se reanudarán los rotos eslabones, y si no la Historia de la Filosofía Española, podremos ostentar con orgullo la Historia de la Filosofía en España.

Este examen de la Filosofía Española debe hacerse con ediciones críticas, exposición de doctrina, desarrollo histórico, y no de un modo aislado, sino estudiando los diversos elementos que la integran, sean árabes, hebreos, italianos o franceses.

No cree que el genio español esté conformado de distinta manera para la Filosofía. Acusar a un filósofo de plagio, es cosa absurda. Las ideas son de todos... La originalidad de un pensador no está, por ejemplo, en ser panteista, sino en el modo de serlo. El genio español ha sido original en la Filosofía. Baste citar el imperativo categórico de Séneca, el panteísmo racionalista de Averroes, el realismo a un tiempo lógico y ontológico de Lulio, la

concordancia entre la gracia y el libre albedrío de Molina, la escuela mística popular, etc... [1]

Después pasó el Sr. Menéndez y Pelayo a hacer varias consideraciones sobre el glorioso mártir e iluminado doctor, beato Raimundo Lulio, a quien se venera en los altares de Mallorca.

Dijo que para estudiarle conviene recurrir a lo que él escribió de sí mismo en sus obras, a los trabajos de sus biógrafos, desde los más antiguos hasta los del doctísimo Littré, dando de todos ellos lo cierto como cierto y lo dudoso como dudoso, sin dejarse dominar por prejuicio alguno, ni siquiera por el del entusiasmo.

---

[1] *Nota del Colector.*—Para aclarar estas tan breves y a veces muy deshilvanadas cuartillas que dió a la estampa el anónimo periodista de *El Globo*, reseñando las conferencias de Menéndez Pelayo sobre Raimundo Lulio, conviene ir intercalando en ésta y las sucesivas notas, párrafos del discurso que pronunció Menéndez Pelayo en Mallorca el año 1884 y del prólogo a la edición del *Blanquerna* de 1803. Ideas y hasta frases enteras coinciden con las de esta reseña, lo que nos inclina a pensar que D. Marcelino dió en parte lectura en su cátedra del Ateneo a estos trabajos ya publicados, aunque completándolos y ampliándolos sin duda, ya que en ninguno de aquellos dos estudios se propuso dejar totalmente delineada la polifacética figura del santo y sabio mallorquín.

«...Sólo entonces llegará a ser afirmación indiscutible lo que es hoy presunción y conjetura, robustecida cada día por nuevos datos; es a saber, que hay en el pensamiento ibérico tales caracteres y aptitudes, tales rasgos de identidad a través de los siglos y de las civilizaciones más distintas, que nos autotizan para concluir que existe un nexo interior y fortísimo entre las lucubraciones de nuestros pensadores, y que es cosa, no ya lícita, sino de rigurosa justicia (sólo retardada hasta ahora por la ignorancia o la pasión) conceder a nuestra raza un lugar aparte en la historia de la filosofía, si no tan alto como el que ocupan las dos razas privilegiadas en este punto, la griega y la alemana, tan alto, por lo menos, como el que se concede hoy a los italianos y a los franceses. Entonces podremos hablar con entera exactitud de filosofía española. Pero aunque esta unidad del genio nacional en medio de la variedad producida por el desarrollo histórico fuera sólo una síntesis atrevida, y los hechos, más menudamente examinados, vinieran a contradecirla, todavía habríamos obtenido si no la historia de la filosofía española, a lo menos la historia de la filosofía en España.

»Y no pretendemos con esto aislamientos infecundos, ni menos levantar murallas contra la invasión de todo lo que no sea o parezca castizo, que si ello merece vivir, ello vivirá a pesar de todos nuestros esfuerzos, entrando a formar parte esencialísima de nuestro caudal científico, como se han venido incorporando en él tantos y tantos otros elementos extraños: árabes y hebreos; italianos, franceses, escoceses y alemanes. Ni menos envuelve la idea de ciencia nacional la ridícula pretensión de que los españoles estemos conformados y dispuestos para la filosofía de un modo distinto que el de los demás mortales, de tal suerte que podamos plantear y resolver los grandes problemas ontológicos de una manera diversa de como los plantea y resuelve indefectiblemente la inteligencia humana...

»Poco se adelanta con decir que tal o cual metafísico es panteísta o dualista,

Así podrá arrojarse suficiente luz sobre la gigantesca figura de Lulio, verdadero caballero andante del pensamiento cristiano, sin necesidad de que le hagan interesantes las leyendas de la vista del seno canceroso de su amada Ambrosia de Castello, que le cura de su pasión por ella y que le había hecho entrar un día a caballo, persiguiéndole, en la iglesia de Santa Eulalia.

¡Qué vida más agitada la suya, con sus continuos viajes, con sus predicaciones, con sus éxtasis y desfallecimientos, con sus investigaciones orientales, con su cruento martirio!

Todo el amor, fe, teología y ciencia de un siglo tan epiléptico por sus pasiones terrenales o celestiales como fué el siglo XIII, agítase dentro de su pecho. Así Lulio es catedrático en la Sorbona

---

que es sensualista o que es escéptico: lo que nos importa es averiguar cómo y por qué lo es, cómo se eslabonaban las ideas en su mente, cuál era el ritmo que las sometía y disciplinaba. Y en este ritmo, en esta serie lógica y animada de estrofas ideales, está la mayor originalidad, casi la única, que cabe en el pensamiento humano; y es burda y grosera crítica hablar de plagios en filosofía. Las ideas son de todo el mundo, o más bien no son de nadie: son extrañas al filósofo, y moran en un mundo superior, desde donde, *puras, inmóviles, bienaventuradas*, como las vió o fantaseó Platón, mandan sosegadamente sus rayos sobre la frente del filósofo.

»Si entre los sistemas, pues, nacidos en España, los hay que tengan verdadera originalidad, y que hayan influído de una manera eficacísima en las posteriores evoluciones intelectuales, de tal manera que la historia de la ciencia resulte manca o incompleta sin ellos, podremos decir, no sólo que la filosofía ha florecido y tiene historia en España, sino que poseemos una verdadera ciencia nacional. Yo nada prejuzgo, señores; pero para mí la solución está clara. ¿Habrá algún historiador de las ciencias especulativas que se atreva a borrar de su historia el imperativo categórico de Séneca, la ciencia enciclopédica de San Isidoro, el panteísmo intelectualista de Averroes, el panteísmo emanatista de Avicebrón, la conciliación mosaico-peripatética de Maimónides, el misticismo quietista de Tofail, el realismo, a un tiempo lógico y ontológico, de vuestro gran Lulio; la teodicea racional de su fiel discípulo Sabunde, las vigorosas concepciones armónicas de Fernando de Córdoba, de León Hebreo, de Fox Morcillo, en quien Platón y Aristóteles y la *idea* y la *forma* se compenetran; el espíritu crítico, a un tiempo demoledor y restaurador, de aquel prodigioso valenciano, Luis Vives, personificación la más alta del Renacimiento; la psicología experimental, corona luminosísima de esa escuela en el mismo maestro, y en Gómez Pereira, Huarte y Doña Oliva; el radical escepticismo de Francisco Sánchez, la cristología panteísta de Miguel Servet, la *Metafísica* de Suárez, la *Concordia* excogitada por Molina entre la gracia y el libre arbitrio, y, sobre todo esto y dominándolo, aquella sublime filosofía popular, la más española de todas, la que llamamos *escuela mística*, tesoro de intuiciones y centelleos de luz difusa y comunicativa, que desde el entendimiento enciende a la voluntad para la acción?»

(Del «Ramón Lull», discurso leído por D. Marcelino Menéndez Pelayo en Palma de Mallorca. 1884.)

y predicador en las plazas de Túnez, es sabio enciclopedista y almogavar de la idea. [1]

Lulio escribió en lengua catalana. Tiene ésta la envidiable gloria de ser la primera lengua vulgar en que se trató de Filoso-

---

[1] *Nota del Colector.*—«Si todavía quedan en esa vida tan gloriosa y tan llena puntos oscuros que no ha podido desentrañar toda la diligencia de sus numerosos biógrafos, entre los cuales descuellan los PP. Custurer, Pascual y Solerio y el diligentísimo Rosselló; si algunos pormenores muy interesantes y muy poéticos no tienen más apoyo que la tradición, tradición a la verdad muy antigua, constante y autorizada; si el mismo culto inmemorial que en esta católica provincia se le tributa sufrió desde antiguo contradicción y objeciones, arrojándose algunos a negar hasta su martirio, que es de certidumbre histórica irrefragable..., todas éstas y otras cuestiones semejantes sólo en un especial y muy detenido trabajo crítico pudieran dilucidarse tomando por base y fundamento de todo lo que el mismo Raimundo dejó escrito de su persona en sus infinitos libros, y la antiquísima biografía anónima que desenterró el P. Custurer de entre los manuscritos del Colegio de la Sapiencia, de esta ciudad de Palma. A la luz de estos datos, únicos primitivos e incontrovertibles, y teniendo muy en cuenta los procesos de beatificación, podrán acrisolarse, y ponerse en su punto las noticias que acumularon los biógrafos de Raimundo en los siglos XVI y XVII, comenzando por Carlos Bovillio *(Bouvelles)* y el magnífico caballero Nicolao de Pax.

»Sólo de esta manera, dando lo cierto por averiguado, y lo dudoso por dudoso, y calificando las tradiciones según su mayor o menor antigüedad y verosimilitud, sin preocupación anterior ni siquiera la del legítimo entusiasmo que la persona y los escritos de Lull infunden, podrán desatarse las contradicciones cronológicas hasta ahora insolubles, desecharse lo que es manifiestamente imposible, y ponerse en su verdadera luz aquella gigantesca figura, que no perderá ciertamente nada de su grandeza después de pasar por el crisol. Así y todo, la vida de Raimundo queda más poética que la de otro filósofo alguno, puesto que no se pasó en la lobreguez de las aulas, ni en el silencio del claustro o de apartada estancia, sino que se esparció y derramó por el campo de la acción, como verdadera vida, no de contemplador estéril, sino de misionero y propagandista cristiano, y (digámoslo así), de caballero andante del pensamiento. Y sean cuales fueren las maravillosas circunstancias que acompañaron a su conversión, y sea cualquiera el valor que se de a las encantadoras historias del caballo y del pecho gangrenado, y aun a la de la aparición del crucifijo, la imaginación conservará siempre sus derechos respecto de un personaje tan extraño y fantástico y que tanto sale de los vulgares límites de la condición humana, y nunca concebirá sin maravillas semejantes a las citadas, y sin una intervención directa, eficaz y visible de lo alto, el cambio súbito de aquella naturaleza impetuosa, trocándola de *lasciva* y *mundana* que fué en sus principios, como él reconoce y deplora en sus libros (v. gr.: en el *Phantasticus* y en el *Desconort)*, en naturaleza verdaderamente llena de Dios y ansiosa de abrasar a todo el género humano en las mismas llamas que a él le encendían. Y ¡qué campo ofrece a la fantasía del historiador, del poeta y del novelista aquella vida de Raimundo en Miramar y en Randa, tal como él la describe en la *Blanquerna* trayéndonos a la memoria las venerables imágenes de los antiguos padres del yermo! Y, después de este episodio de índole espiritual y contemplativa, aquella vida toda acción y de combate, de fatigas evangélicas, de peregrinaciones y martirios; aquellos viajes a través

fía, así como en la castellana hablaron por vez primera por boca de Alfonso el Sabio, las Matemáticas y la Astronomía. [1]

---

de Europa y a la costa de África, las continuas disputas con infieles, que muchas veces trocaban en piedras los argumentos; el peligro constante, la persecución inminente, el hambre, la sed y la desnudez, las peticiones siempre desoídas a los Concilios y a los príncipes y poderosos de la tierra, el áspero aprendizaje de las lenguas orientales, los certámenes de las escuelas a donde iba a sentarse como discípulo y de donde salía como maestro; la exaltación continua, los éxtasis y los raptos, las iluminaciones súbitas y los súbitos desfallecimientos y aquella continua visión de la gloria, que venía a fortalecer las alas del espíritu abatido, y aquel amor sin límites ni medida, ardiente, devorador, insaciable, que le arrastraba tras de las huellas del *Amado*, con viveza mayor que la del relámpago y la del trueno, y mayor que la del viento que hunde las naos en la mar. Poned todo este conjunto de amor, de fe, de teosofía, de ciencia positiva y de ciencia especulativa en un alma de fin del siglo XIII y principios del XIV, siglo epiléptico en que todas las pasiones buenas y malas llegaron a su mayor grado de furia y de extremosidad, hirviendo toda sangre y toda carne en sed de deleites o en sed de maceraciones infinitas; lanzad a este hombre en medio de aquel tumulto de encontradas religiones, de sectas heréticas y comunistas, de razas y clases frenéticamente encarnizadas que con su batallar continuo, de ciudad a ciudad, de pueblo a pueblo, de señor a señor, enrojecían todos los campos de Europa; iluminadlo todo con el sol de Mallorca o con el sol de África, dad por cátedra a Raimundo no los bancos de la Sorbona, sinó las plazas calcinadas de Túnez o de Bujía, henchidas de clamorosa multitud de judíos, árabes y renegados, que responden a las exhortaciones del predicador arrastrándole, mesándole y repelándole las barbas; y sólo así podréis formaros idea clara de lo que fué ese varón extraordinario, henchido de Dios, ebrio de Dios, batallador formidable en el nombre de Cristo, predicador lego, enciclopedista santo, sabio sin doctrina de escuelas, soldado franco de la idea, verdadero almogávar del pensamiento, hermano gemelo de los que hicieron repetir a los ecos del monte Tauro el nombre de la vencedora casa de Aragón y estremecieron los escombros del Parthenon y del Erectheion con los acentos de aquella lengua que Muntaner llama *lo pus bell catalenesch del mon.*»

(Del «Ramón Lull», discurso leído por D. Marcelino Menéndez Pelayo en Palma de Mallorca. 1884.)

[1] *Nota del Colector.*—«Lengua ciertamente grandiosa y magnífica, puesto que no le bastó servir de instrumento a los más ingenuos y pintorescos cronistas de la Edad Media, ni dar carne y vestidura al pensamiento espiritualista de aquel gran metafísico del amor que tanto escudriñó en las soledades del alma, ni le bastó siquiera dar leyes al mar y convertir a Barcelona en otra Rodas, sino que tuvo otra gloria mayor aún y bien malamente olvidada por sus panegiristas, la de haber sido la primera entre todas las lenguas vulgares que sirvió para la especulación filosófica, heredando en esta parte al latín de las escuelas mucho antes que el italiano, mucho antes que el castellano y muchísimo antes que el francés. Tenemos en España esta doble gloria, que ningún otro de los romances neo-latinos puede disputarnos. En castellano hablaron, por primera vez, las matemáticas y la astronomía, por boca de Alfonso el Sabio. En catalán habló por primera vez, la filosofía, por boca de Ramón Lull.»

(Del «Ramón Lull», discurso leído por D. Marcelino Menéndez Pelayo en Palma de Mallorca. 1884.)

Como San Isidoro, todo examinó Lulio en sus escritos; desde el cedro hasta el hisopo. Con vuelo de Ángel recorrió el mundo sensible y el inteligible. Trató copiosa materia en mil guisas distintas; directamente y por medio de parábolas, con alegorías y sin ellas, en prosa y en verso, con números y con letras, en diálogos y en novelas. Creó un vocabulario extensísimo, que constituye la lengua luliana, que exige aprendizaje del tecnicismo como el sistema de Hegel. Unas veces concreta lo ideal, otras saca la quinta esencia de lo material. [1]

Los que le han juzgado escritor bárbaro, incongruente o pesado, ignoran que él escribió sus obras originariamente en catalán, y que, por lo tanto, no hay que estimarle por sus traducciones latinas o por las que hicieron sus discípulos. No hay que ver a Lulio sólo en el *Ars Magna*, sino en sus tres novelas didácticas. [2]

---

1 *Nota del Colector.*—«Y esta gloria es tanto más insigne cuanto que la pasmosa actividad del bienaventurado mártir se extendió a todas las ramas del árbol filosófico y aun a todos los saberes que tienen relaciones o adherencias cercanas con la filosofía; y como en sus escritos, innumerables como las arenas de la mar, especuló cual otro Salomón desde el cedro hasta el hisopo, recorriendo con vuelo de ángel el mundo sensible y el inteligible, por análisis y síntesis, por ascenso y descenso, directamente y en parábolas, con alegorías y sin ellas, en forma de arte y en forma de ciencia, con números y con letras, en prosa y en verso, en diálogos y en novelas..., todo este enorme caudal de intuiciones audaces y de pacientes deducciones, vino a crear un vocabulario inmenso, henchido de neologismos bárbaros y de términos abstractos a la vez que de concreciones palpables y visibles, una lengua luliana, entendida de tan pocos y que exige tan laborioso aprendizaje como el tecnicismo de Hegel; lengua que unas veces materializa los conceptos más sutiles y los repliegues más tortuosos de la mente y les hace tomar bulto y resalto como de cosa plástica, y otras veces evapora, disipa y *quintesencia* todo lo material, dejando sólo una especie de éter, que bautiza con un nombre de los que en su lógica expresan generalidad.»

(Del «Ramón Lull», discurso leído por D. Marcelino Menéndez Pelayo en Palma de Mallorca. 1884.)

2 *Nota del Colector.*—«Retraducido todo esto al latín escolástico, ya por el mismo autor, que le manejaba con torpeza y desmaño, ya por discípulos generalmente poco hábiles, ha valido al Beato Ramón de parte de críticos ligeros y que sólo conocían una mínima parte de sus obras, los calificativos de escritor bárbaro, incongruente y pesado, sin reparar que lo que ellos leían había sido pensado y quizá escrito de primera intención en catalán y no en latín, Por lo cual, para juzgar del talento de escritor de Ramón Lull, en cuya organización había tanto de artista como de pensador, no debe acudirse al *Arte Magna* o al *Arte Demostrativa*, sino a los tratados suyos que todavía poseemos en su forma original, entre los cuales descuellan sus tres novelas didácticas, el *Blanquerna*, el *Félix* y el *Libre de Cavalleria*.

(Del «Ramón Lull», discurso leído por D. Marcelino Menéndez Pelayo en Palma de Mallorca. 1884.)

El inventario de las obras de Lulio está aún por hacer. Algunos le han atribuído hasta 4.000 obras, infinidad de ellas brevísimas. El catálogo más extenso consta de 400 libros. Pero hay que desechar los apócrifos y aquellos de títulos dobles.[1] Sin embargo, hay que reconocer en él la fecundidad peculiarísima del genio español. En la edición de Maguncia, hecha en el siglo pasado, no están todas sus obras. Es notable también la de Roselló en Mallorca.[2]

En las conferencias futuras tratará el Sr. Menéndez y Pelayo de la vida de Lulio, de la clasificación de sus obras, de los antece-

---

1 *Nota del Colector.*—«Uno de los enigmas bibliográficos que más despiertan la curiosidad y el deseo de desembrollarlos en fuerza de su dificultad misma, es el de formar el verdadero catálogo de las obras de Raimundo, rechazando las apócrifas y los títulos dobles, y haciendo el inventario de lo que realmente existe y de lo que se ha perdido. En general, los bibliógrafos han copiado estos catálogos servilmente y sin discutirlos. Los más recientes suelen copiar a Nicolás Antonio, que a su vez copió al Dr. Dimas y a Wadingo. Comparadas estas listas con lo que resulta de los libros de Custurer, del infatigable P. Pascual y del editor maguntino Ibo Salzinger, tampoco coinciden. Sólo la publicación tan deseada de la *Biblioteca Luliana*, que por tantos años y con tanto celo viene preparando el Sr. Rosselló, podrá darnos la última luz sobre las cuestiones que surgen casi en cada título de los catálogos conocidos. No han faltado discípulos entusiastas que hagan llegar a tres y a cuatro mil el número de los libros de su maestro. Por breves que los supongamos (y de hecho lo son algunos), tal muchedumbre debe graduarse de fantástica y mitológica. Los calálogos más extensos no dan más de cuatrocientos títulos, y aun de éstos hay que rechazar muchos por apócrifos (como lo son casi todos los de alquimia); o por obras de discípulos, que contienen la doctrina, pero no las palabras de Lulio; o por estar repetida una misma obra con dos y aun con tres o más títulos distintos. Y si atendemos a que muchos de los mismos tratados indubitables son meras repeticiones sin novedad alguna, la fecundidad de Lulio, aunque extraordinaria siempre, se reduce a términos menos legendarios y menos imposibles.»

(Del «Ramón Lull», discurso leído por D. Marcelino Menéndez Pelayo en Palma de Mallorca. Palma, 1884.)

2 *Nota del Colector.*—«Esta multitud de libros no prueba por sí sola mérito ni demérito, pero es ya uno de los rasgos más característicos de la fisonomía de Lulio, tan española en todo y tan semejante a la de otros hijos predilectos de la raza, v. gr.: el Tostado, Suárez, Lope de Vega. Aquí, en España, la fuerza se ha manifestado siempre por la abundancia, y en vez de concentrarse en una obra maestra, se ha desparramado en infinitas. Todo español, en la ciencia, en el arte y hasta en la vida política, es improvisador por naturaleza. Lulio improvisaba sistemas, como Lope improvisaba dramas. Y si no, ¿cómo se concibe tan portentosa fecundidad en vida tan extraordinariamente agitada, puesto que Lulio, como el Judío Errante de la leyenda, no dejó de caminar ni un solo momento?

»Pesa sobre España la deuda y la responsabilidad de no haber hecho aún una colección de las obras de Raimundo. La única que tenemos, casi inasequible, es la de Maguncia, del siglo pasado, tan rara ya que de algunos de sus tomos ha llegado

dentes de la Filosofía luliana, de la Lógica, Metafísica y Teodicea, y de las ciencias físicas y militares de Lulio. De su arte y poesía, de sus novelas, y, finalmente, de la influencia póstuma del gran polígrafo.

* * *

El Sr. Menéndez y Pelayo, después de hacer un resumen de la conferencia anterior, ocupóse de la historia externa de Raimundo Lulio.

Dijo que son innumerables los biógrafos del iluminado doctor, por haber éste fundado una escuela filosófica que tuvo cátedras propias y una Universidad que subsistió en Mallorca hasta el año 1845. También hizo secuaces la doctrina Luliana en Francia, Italia (Cornelio Agrippa y Giordano Bruno) y Alemania durante los siglos XVI, XVII y XVIII. Sus admiradores alemanes, a principios del siglo XVIII, hicieron en Maguncia una edición de sus obras, bajo los auspicios del elector de Baviera, por desgracia incompleta, no obstante constar de 12 volúmenes en folio.

A fines del siglo pasado un anónimo mallorquín publicó el libro de las *Contemplaciones*, en 16 tomos.

Existen muchas biografías acerca de Lulio, pero todas de escaso valor. Pero abundan curiosos datos biográficos en los escritos mismos de Lulio, como las fechas y lugares en que los redactó, y en sus novelas didácticas, y muy principalmente en una interesante relación que hizo de su propia vida a unos discípulos suyos en Francia, que, como es natural, no alcanza a sus últimos años, que son por todo extremo oscuros. Esta especie de autobiografía no fué utilizada hasta el 1700, en que fué hallado el manuscrito en la Biblioteca de la Sapiencia, en Mallorca, por el Padre Jaime Custurer. Fué después comentada con esmero por el insigne adepto luliano del siglo pasado, el Padre Raimundo Pascual. Con posterioridad ocupóse de ella Littré en su Enciclopedia.

---

a dudarse con fundamento que fuesen impresos nunca. Con decir que en esta edición, que tampoco llegó a su término, faltan todos los libros catalanes y muchos de los latinos, se ve bien hasta qué punto es incompleta.»

(Del «Ramón Lull», discurso leído por D. Marcelino Menéndez Pelayo en Palma de Mallorca. 1884.)

Nació Raimundo Lulio en Palma de Mallorca en 25 de enero de 1235. Era hijo de uno de los caballeros catalanes que fueron con D. Jaime a la conquista de la isla. Su juventud—según él mismo confiesa—fué en gran manera liviana.

Su primera manifestación fué poética; es decir, era trovador a la usanza de la época. Así narran sus discípulos la conversión: Un día, tenía entonces treinta años, estaba componiendo en la cama unas coplas en honor de una dama de quien estaba enamorado perdidamente, cuando vió a su derecha a Cristo crucificado. No escribió más coplas, y durmióse. En el transcurso de breves días apareciósele varias veces la celestial visión, hasta que, aterrorizado, díjose: «¿Qué querrá Dios?» Su conciencia le respondió que lo que quería es que dejase el mundo. Resuelto a ello, imaginó que no podría hacerle mejor obsequio que dar su vida por la conversión de los infieles.

Este relato fué ampliado por los biógrafos, que recogieron también la tradición, ya aplicada a otros personajes, acerca de sus pretensiones amorosas con una dama, que hubo de mostrarle su seno gangrenado para curarle de su frenética pasión.

Ya convertido, pidió a Dios que le inspirase luz para escribir un libro en que combatiese el mahometismo.

En el sitio en que estuvo consagrado a la meditación hizo que se alzase una ermita.

Él tenía poca cultura entonces. Sólo sabía un poco de gramática. Ignoraba el árabe. Pero no importa. Él realizaría sus tres propósitos; él padecería la muerte por Cristo entre los infieles y escribiría el libro y establecería monasterios para el estudio de las lenguas orientales.

Decidióle a ponerlos en práctica un sermón que oyó en la iglesia sobre la abnegación de San Francisco. Imitándole dió sus bienes a los pobres, excepción hecha de una porción de ellos que dejó para su mujer e hijos, y marchóse en peregrinación a Montserrat. Después fué a París.

Regresó a Mallorca y estudió el árabe con un esclavo moro que había comprado para que se lo enseñase. Éste, por fanatismo, hirióle un día. Lulio le perdonó la vida; pero despechado, en la prisión ahorcóse.

En 1275 pasó unos días en meditación en un monte vecino:

fruto de ella fué su libro *Arte universal o Arte magna*, que creía de buena fe inspirado por Dios, y que agradó tanto al Rey D. Jaime, que accedió a la petición de Lulio, fundando un monasterio de 13 monjes menores, llamado Miramar, para que aprendiesen las lenguas orientales y pudieran luego predicar entre los infieles.

Aquí comienza la odisea científica de Lulio. Escrito ya su *Arte magna*, difundióle por Europa. Tres pensamientos le dominaban: la cruzada a Tierra Santa, la predicación a árabes y judíos y el método para explicarle.

Deja su vida de ermitaño (descrita en su novela didáctica *Blanquerna)* y comienza su vida de acción. Va a Oriente, regresa a Italia, vuela a Francia. Está en París dos años enseñando su filosofía. Va a Túnez, Chipre, Armenia. Vuelve a Italia. Asiste en 1311 al Concilio de Viena. En 1314 fué de Palma a Bugía. Allí fué apedreado por las turbas, recogido milagrosamente—según la tradición—por unos marineros mallorquines y conducido a Palma, donde expiró en 1315 y fué enterrado en el templo de San Francisco. [1]

---

[1] *Nota del Colector.*—«Tres pensamientos le dominaron desde el tiempo de su conversión: la cruzada a Tierra Santa, la predicación del Evangelio a judíos y musulmanes, un método y una ciencia nueva que pudiese demostrar *racionalmente* las verdades de la Religión para convencer a los que viven fuera de ella. Aquí está la clave de su vida: cuanto trabajó, viajó y escribió se refiere a este objeto supremo.

»Para eso aprende el árabe y retraído en el monte Randa imagina su *Arte universal*, que tuvo de buena fe, por inspiración divina, y así lo da a entender en el *Desconort*. Logra de D. Jaime II de Mallorca, en 1275, la creación de un colegio de lenguas orientales en Miramar, para que los religiosos Menores allí educados salgan a convertir a los sarracenos: fundación que aprueba Juan XXI en el año primero de su pontificado.

»¡Qué vida la de Raimundo en Miramar y en Randa! Leyéndola tal como él la describe en su *Blanquerna*, se cree uno trasportado a la Tebaida; parece que tenemos a la vista la venerable figura de algún padre del yermo. Pero Dios no había hecho a Raimundo para la contemplación aislada y solitaria: era hombre de acción y de lucha, predicador, misionero, maestro, dotado de una elocuencia persuasiva, que llevaba tras sí las muchedumbres. Así le vemos dirigirse a Roma para impetrar de Nicolás III la misión de tres religiosos de San Francisco a Tartaria, y el permiso de ir a predicar él mismo la fe a los musulmanes, y emprende luego su peregrinación por Siria, Palestina, Egipto, Etiopía, Mauritania, etc., * disputando en Bona con cincuenta doctores árabes, no sin exponerse a las iras del populacho, *que le escarneció, golpeó y tiró de las barbas*, según él mismo dice.

»Vuelto a Europa, dedícase en Montpelier a la enseñanza de su *Arte;* logra del Papa Honorio IV la creación de otra escuela de lenguas orientales en Roma; permanece dos años en la Universidad de París, aprendiendo gramática y enseñando

* Algunos tienen este primer viaje por fabuloso; pero el Sr. Roselló le afirma.

La tradición de su martirio es muy antigua, y fija con precisión las fechas. Críticos tan positivistas como Littré la encuentran verosímil y digno coronamiento de su vida azarosa en tan peligrosos viajes, en los que ya otras veces estuvo a punto también de ser martirizado.

* * *

El Sr. Menéndez y Pelayo trató en su conferencia de ayer de la bibliografía luliana.

La edición de Maguncia de 1731 debió constar de 10 tomos, pero en ninguna biblioteca existen dos de ellos: el séptimo y el octavo. Los lulianos del siglo pasado no sabían qué había sido de ellos, o a lo menos no dieron explicación alguna. Así, el Padre Pascual, en el catálogo que dió de los libros de Raimundo Lulio,

---

filosofía; insta a Nicolás IV para que llame a los pueblos cristianos a una cruzada; se embarca para Túnez, donde a duras penas logra salvar la vida entre los infieles, amotinados por sus predicaciones; acude a Bonifacio VIII con nuevos proyectos de cruzada, y en Chipre, en Armenia, en Rodas, en Malta, predica y escribe, sin dar reposo a la lengua ni a la pluma.

»Nuevos viajes a Italia y a Provenza; más proyectos de cruzadas, oídos con desdén por el rey de Aragón y por Clemente V; otra misión en la costa de África, donde se salva casi de milagro en Bugía; negociaciones con pisanos y genoveses, que le ofrecen 35.000 florines para ayudar a la guerra santa... * Nada de esto le aprovechó, y otra vez se frustraron sus planes. En cambio, la Universidad de París le autoriza, en 1309, para enseñar públicamente su doctrina, verdadera máquina de guerra contra los averroistas, que allí dominaban.

»En 1311 se presenta Raimundo al Concilio de Viena con varias peticiones: fundación de colegios de lenguas semíticas; reducción de las Órdenes militares a una sola; guerra santa, o por lo menos defensa y reparo a los cristianos de Armenia y Santos Lugares; prohibición del averroísmo y enseñanza de su arte en todas las Universidades. La primera proposición le fué concedida: de las otras se hizo poca cuenta.

»Perdida por Lulio toda esperanza de que le ayudasen los poderosos de la tierra, aunque el rey de Sicilia, Don Fadrique, se le mostraba propicio; y determinado a trabajar por su cuenta en la conversión de los mahometanos, se embarcó en Palma el 14 de agosto de 1314 con rumbo a Bugía, y allí alcanzó la corona del martirio, siendo apedreado por los infieles. Dos mercaderes genoveses le recogieron expirante y trasladaron su cuerpo a Mallorca, donde fué recibido con veneración religiosa por los jurados de la ciudad y sepultado en la sacristía del convento de San Francisco de Asís.»

(Del Prólogo de D. Marcelino Menéndez Pelayo al *Blanquerna*. Madrid, 1883.)

* Algunos niegan este hecho, que realmente es poco probable.

al hablar de la edición de Maguncia, salta del tomo sexto al noveno sin decir nada. Quizá no fueron nunca impresos. La base principal de esta edición fueron unos manuscritos que conservaba en Barcelona una familia que se decía originaria de Raimundo Lulio. Comprende tan sólo las obras escritas en lengua latina. Con los tomos noveno y décimo hízose en Mallorca una edición de 14 volúmenes pequeños que contienen las *Contemplaciones*.

La primera clasificación que debería hacerse de las obras de Lulio, es la basada en la lengua en que están escritas. Pero no hay bastantes datos para ello. Muchos textos catalanes se perdieron. Otros descúbrense a cada momento. La obra de Lulio fué perseguida a fines del siglo XIV por un inquisidor fanático y tomista, que, amparándose con una bula (apócrifa, según los lulianos), que dijo le había concedido en Avignon Gregorio XI, consiguió destruirla en gran parte, no obstante la protección que dispensaban a la doctrina luliana los franciscanos.

Los libros escritos en latín son posteriores a su enseñanza en París, y fueron en su mayoría motivados por sus disputas con los escolásticos y por la necesidad de difundir su doctrina por toda Europa.

La lengua en ellos es tosca y el estilo desaliñado. Se ve que son transcripciones del catalán, que es en el idioma en que él vertía directamente su pensamiento. Otras obras las escribió en árabe o las tradujo él mismo a esta lengua. Son aquéllas de propaganda destinadas a la conversión de moros y judíos.

Otra clasificación podría hacerse, según la materia de que tratan los libros. Pero hay tal singularidad en la enciclopedia de Lulio, que no se presta a ello con la facilidad que ocurre, v. gr., en la de Aristóteles.

Lulio es polígrafo. Con extraño método trató de todas las ciencias y artes que se conocían en su tiempo. Además, muchos libros, como *El árbol de la Ciencia*, etc., son verdaderas enciclopedias.

No es, ciertamente, un filósofo de escuela, sino un filósofo popular, por su constante empleo de la lengua vulgar, por los artificios de que se vale para que su enseñanza penetre en la inteligencia del pueblo, como son los esquemas, diagramas, círculos, triángulos, símbolos y alegorías, apólogos, novelas didácticas y

PÚBLICA RUEL

diálogos, procedimientos artísticos que convierten su doctrina en una especie de filosofía artística, aparte de su contenido estético, como, v. gr., en la filosofía del Amor. Lulio no es un escolástico, sino un pensador solitario que debió mucho al Oriente, poquísimo a los clásicos y algo de su realismo a la Escolástica.

La clasificación que puede abrazar, si no todas, las obras más capitales, es la siguiente:

Primer grupo: Las obras de Lógica. Para Lulio, lo mismo que para Hegel, la Lógica y la Metafísica es una misma cosa. Lulio supone que sobre la Lógica, que trata del ser de las cosas en el entendimiento, y sobre la Metafísica, que versa sobre el ser de las cosas fuera del entendimiento, existe una ciencia demostrativa que estudia al Ente en sí, derivándose de ella, como de toda ciencia, su arte, es decir, el arte demostrativo.

Estos escritos, que dan la clave de todo su sistema, son innumerables. El más célebre es su *Arte Magna*, que va siempre unido a su nombre, y que, en rigor, no es sino la lógica del silogismo aristotélico. Las obras son: *Arte Universal, Introducción al arte demostrativo, Tabla general aplicada a todas las ciencias, Lógica nueva, Lógica breve, Lógica metrificada* (en catalán), *Libro del Ente racional*, etc.

Otro grupo. Las obras que se refieren a la filosofía de la religión. Lulio era racionalista religioso. Creía que la razón podía explicar y demostrar todos los problemas de la Teodicea, los dogmas y misterios, como el de la Trinidad, la Encarnación, etc. Son estos sus libros populares, de controversia.

Para estudiar la filosofía de la Naturaleza, en Lulio tenemos su *Libro de la luz, Libro de la Naturaleza*, etc.; para la psicología, los tratados sobre el alma racional, sobre el hombre, sobre el sexto sentido, sobre el entendimiento, la memoria y la voluntad.

Lulio, además de ser un lógico, es un filósofo del amor, filósofo de la voluntad. Esta concepción del amor es la base de su filosofía en la religión.

Místicas son sus *Contemplaciones*. De las ideas de su época participan sus obras políticas, jurídicas y de ciencia militar, lo mismo que su novela utópica *Blanquerna*. [1]

[1] *Nota del Colector.*—Menéndez Pelayo no pudo decir de Raimundo Lulio, beatificado ya entonces, algunas de las afirmaciones que hace el periodista. He

Como el estado de la ciencia en su tiempo lo permitía, pudo también escribir libros de Astronomía, Geometría, Medicina, Higiene y hasta de arte náutico.

Son apócrifos, sin embargo, los libros sobre alquimia y los descubrimientos químicos que con posterioridad se le atribuyeron.

Tal es la obra científica y escolástica de Lulio. De su obra popular descuellan, entre los de controversia, el libro del Gentil y de los tres sabios y el de la disputa de Lulio con el sarraceno Omer, en que con forma amena expone sus conceptos. Tiene el

---

aquí lo que escribió el maestro en el Prólogo al *Blanquerna*, sobre la *Teología Racional de Lulio:*

«Para no extraviarnos en el juicio, conviene tener presente ante todo la doctrina de las relaciones entre la fe y la ciencia, tal como la expone Santo Tomás. En el cap. III de la *Summa contra gentiles* leemos: «Hay dos órdenes de verdades en lo que de Dios se afirma: unas que exceden toda facultad, del entendimiento humano, v. gr.: que Dios es trino y uno; otras que puede alcanzar la razón, por ejemplo, que Dios existe y que es uno, lo cual demostraron los filósofos guiados por la sola razón natural.» Y en la *Suma Teológica* (parte 1.ª, c. II, art. II), añade: «*No son estos artículos de la fe, sino preámbulos a los artículos.*» La fe, por lo tanto, no está *contra* la razón, sino *sobre* la razón. Infiérese de aquí, y Santo Tomás lo dice expresamente, que *la fe no puede ser demostrada, porque trasciende el humano entendimiento* y que *en las discusiones contra infieles* no se ha de atender a *probar* la fe, sino a *defenderla*. Yerran, pues, los que se ostinan en *probar racionalmente* la Trinidad y otros misterios, en vez de contentarse con demostrar que no encierran imposibilidad ni repugnancia.

»¿Fué fiel a estos principios Ramón Lull? Forzoso es decir que no, aunque tiene alguna disculpa. Encontróse con los averroistas, que disimulaban su incredulidad diciendo: «La fe y la razón son dos campos distintos: una cosa puede ser verdadera según la fe y falsa según la razón.» Y Lulio juzgó que la mejor respuesta era probar por la *razón* todos los dogmas y que no había otro camino de convencer a los infieles. No pretende Lulio (que aquí estaría la heterodoxia) *explicar* el misterio, que es por su naturaleza incomprensible y suprarracional, ni *analizar* exegética e impíamente los dogmas, sino dar algunas razones, que aun en lo humano convenzan de su certeza. La tentativa es arriesgada, está a dos pasos del error; y error gravísimo, que en manos menos piadosas que las de Lulio hubiera acabado por hacer *racional* la *teología*, es decir, por destruirla. Tiene, además, una doctrina sobre la fe *propedéutica* verdaderamente digna de censura, aunque profunda e ingeniosa. En el cap. LXIII del *Arte Magna* leemos este curioso pasaje, que ya he citado antes de ahora: «La fe está sobre el entendimiento, como el aceite sobre el agua... El hombre que no es filósofo cree que Dios es: el filósofo entiende que Dios es. Con esto el entendimiento sube con la intelección a aquel grado en que estaba por la creencia. No por esto se destruye la fe, sino que sube un grado más, como, si añadiésemos agua en el vaso, subiría sobre ella el aceite. El entendimiento alcanza naturalmente muchas cosas. Dios le ayuda con la fe, y entiende mucho más. *La fe dispone, y es preparación para el entendimiento*, como la caridad dispone a la voluntad para amar al primer objeto. La fe hace subir el entendimiento a la

primer libro su precedente en el de un judío toledano, que versa sobre *las tres religiones*, como se decía en la Edad Media.

Hay otras novelas de carácter más interesado: [1] *Blanquerna*, *El libro de las maravillas* y *El libro de la Caballería*, que inspiraron después en España obras de la misma índole.

Sus poesías en catalán fueron recogidas en un tomo por el erudito mallorquín Roselló. Es famosísima *Los cien nombres de Cristo*.

---

intelección del ser primero. Cuando el entendimiento está en un grado la fe le dispone para otro, y así de grado en grado hasta llegar a la inteligencia del primer objeto y reposar en él, *identificándose fe y entendimiento.*»

»Cabe, sin embargo, dar sentido ortodoxo a muchas de estas proposiciones, aun de las que parecen más temerarias. Cuando llama Raimundo a la fe *preparación para el entendimiento*, se refiere al hombre rudo e indocto, en quien la fe ha de suplir a la razón, aun por lo que toca a las verdades racionalmente demostrables, v. gr.: la *existencia y unidad* de Dios. Pero no ha de negarse que esa *escala* y esos *grados* tienden a confundir las esferas de la fe y de la razón, aunque Lulio, fervoroso creyente, afirma a cada paso *quod fides est superius et intellectus inferius*. Él comprendía que *la verdad es principio común a la fe y al entendimiento*, y empeñado en demostrar que *illa lex quocumque sit per fidem, oportet quod sit vera*, erraba en el método, aunque acertase en el principio.

»Repito que el error de Lulio es de método: él no intenta dar explicaciones *racionales* de los misterios: lo que hace es convertir en positiva la argumentación negativa.»

(Del Prólogo de D. Marcelino Menéndez Pelayo al *Blanquerna*. Madrid, 1883.)

«Pero la originalidad de Lulio y el verdadero alcance de su doctrina no consiste en las letras, ni en los *schemas*, ni en el juego de los predicados. Todo esto no es más que la corteza o el velamen de un principio tan recóndito y tan luminoso, que él sólo bastaría para inmortalizar a su autor, como ha inmortalizado a otros, que antes y después de él le concibieron. Este pensamiento es sencillamente que lo real corresponde a lo ideal, y se fundamenta y explica por lo ideal; que las leyes del mundo objetivo, son paralelas a las del mundo subjetivo; que de la idea se induce la realidad o más bien, que la idea es entidad realísima y fecunda; que los términos y las categorías lógicas no son abstracciones huecas, ni menos vana gimnasia o juego de palabras, sino que en ellas, como en espejo nitidísimo, se transparenta algo real, permanente y eterno, como que son los mismos atributos del Ser y las perfecciones divinas, reflejadas y traducidas en el entendimiento; que del conocer es lícito el tránsito al ser; que todo lo que *debe ser, es;* y, finalmente, que a la antigua lógica *formal* aristotélica debe sustituir la Dialéctica platónica, la Lógica realísima, la Lógica del Ser, una Lógica precursora de la de Hegel, aunque sin el sabor panteístico, o más bien nihilista, que ésta tiene. La *idea* en Lulio es llama de amor viva, que abraza amorosamente todas las criaturas y las reduce a la unidad. La *idea* de Hegel, solitaria y próxima a la nada, es un sol que desparrama y quiebra sus rayos sobre un mar de nieve.»

(Del «Ramón Lull», discurso leído por D. Marcelino Menéndez Pelayo en Palma de Mallorca. 1884.)

[1] *Nota del Colector.*—Interesado en el sentido de que persiguen un fin religioso proselitista.

En suma: las obras de Raimundo Lulio son, según Littré, unas 500 aproximadamente. No todas son del mismo valor ni de la misma extensión. Algunas son repeticiones tan sólo, pues Lulio, como todo propagandista, consecuente con una idea fija, repetíase mucho, a fin de poderla inculcar en la mente de sus prosélitos o adversarios en las aulas, en sus viajes o en su sagrada peregrinación.

* * *

De cinco a seis dió ayer tarde en el salón de sesiones del Ateneo la cuarta lección acerca de nuestros grandes polígrafos el Sr. Menéndez Pelayo.

Empezó haciendo un breve resumen de las tres lecciones anteriores, relativas, como la de ayer, al preclaro Raimundo Lulio.

Habiendo estudiado las obras y la biografía de este gran polígrafo, entendió que procedía analizar los principios sobre qué basaría la bibliografía luliana.

Indicó las líneas generales de la clasificación de las obras de Lulio, que pasan de 600, por la índole de materias del saber humano.

Pero entendió que no basta este examen preliminar para entrar en el estudio de sus obras, sino que es necesario investigar cuantas fuentes existan de la filosofía y enciclopedia lulianas, puesto que no hay ninguna teoría completamente original.

Aunque la doctrina de Lulio parece que sea intuitiva y espontánea, es evidente que en lo que tiene de más profundo se encuentran conexiones con otras teorías anteriores. Pero el determinar los orígenes de la filosofía luliana no es cosa sencilla, pues a primera vista aparece sin precedentes.

En grandilocuentes párrafos, llenos de profundos conceptos, vestidos con las galas de una forma hermosísima, pasó el Sr. Menéndez y Pelayo a examinar las relaciones de la bibliografía de Lulio con otras doctrinas anteriores.

La primera semejanza que aparece en la filosofía luliana es con el idealismo de Platón, pero tales afinidades no arguyen derivación inmediata.

Analizó gallardamente estas relaciones con las teorías arábigo-platónico-aristotélicas.

Lulio mismo, en su introducción a la famosa *Cábala*, demuestra sus afinidades con Platón; y como éste, se ve que no reconoció Lulio más ciencias que la idea que Platón llamó dialéctica y Lulio *Arte magna*.

Apuntó, en corroboración de este aserto, algunos estudios de Antonio Raimundo Pascual, discípulo de Lulio.

Desenvolvió en brillantes períodos las fuentes arábigas de Lulio, relatando el florecimiento de Toledo en tiempo de Alfonso VII el Emperador, a la que acudieron a estudiar las traducciones árabes de los mejores autores, sabios de todas partes.

Este florecimiento arabista de Toledo influyó fuertemente en Lulio, que fué el héroe de la gran cruzada antiaverroista.

Además, Lulio recibió influencia directa de la filosofía árabe, pues aprendió perfectamente este idioma como instrumento de controversia y de propagación de sus ideas.

Que recibió influencia directa de varios escritores árabes, lo demuestra un luminoso trabajo que en breve publicará el docto catedrático de la Universidad de Zaragoza D. Julián Ribera.

Entre estos autores árabes descuella Mohidín, Abenarabi cuyas obras se han publicado recientemente en El Cairo.

Hizo el Sr. Menéndez y Pelayo una minuciosa comparación de los puntos de semejanza en las ideas de algunas obras de Lulio con las de Mohidín, Abenarabi deteniéndose en el examen de los esquemas y del llamado *Círculo de los posibles*.

Diferénciase, no obstante, la filosofía de Lulio de la de Mohidin en que aquélla no es panteista.

Pero importa mucho insistir en que estas afinidades o semejanzas son muy remotas, siendo difícil señalar pasaje alguno que proceda determinadamente de fuente alguna.

Terminó el Sr. Menéndez y Pelayo analizando en hermosos conceptos las fuentes de Lulio con relación a la literatura vulgar y algunas otras obras, leyendo pasajes demostrativos de sus asertos.

* * *

De cinco a seis de la tarde continuó anteayer el Sr. Menéndez y Pelayo sus lecciones acerca del gran polígrafo Raimundo Lulio.

Examinó el carácter especial del sistema luliano, que no se

refiere a una ciencia determinada y concreta, sino que consiste en un tejido de principios generales, aplicables a todas las ciencias, deduciendo estos principios de lo especial y pasando de éstos a lo individual.

Esto es el *Arte magna*, que considera distinta de la lógica y de la metafísica.

Extendióse en consideraciones acerca de las tendencias de la filosofía de Lulio, sus afinidades con la del polígrafo árabe de Murcia Mohidín Abenarabi, pero sin caer en el panteísmo de éste, pues si bien llegó en ocasiones a sus linderos, nunca pasó de un dualismo espiritualista cristiano.

Hizo un examen de las dos colecciones de las obras de Lulio que existen, una de ellas editada en Maguncia, que son las únicas fuentes de la enciclopedia luliana.

Rebatió elocuentemente las imputaciones hechas por los detractores de Lulio, de que éste pretendió fundar un sistema que tenía por fin enseñar en poco tiempo todas las ciencias, principio de charlatanismo, impropio del gran Lulio.

Ocupóse después de las obras que, con el *Arte magna*, completan la filosofía luliana, manifestando que de intento dejaba para lo último el hablar de los *esquemas*, para que se viese que la doctrina de Lulio podía exponerse razonadamente y en leyes generales, extrayéndose del conjunto de sus obras, prescindiendo del simbolismo del triángulo, del cuadrilátero, de los círculos concéntricos y excéntricos y de todas las demás fórmulas del fárrago escolástico.

En la lección próxima continuará el Sr. Menéndez y Pelayo el examen de las obras filosóficas, haciendo algunas observaciones acerca del miticismo de Lulio.

. . . . . .

. . . . . .

C.

(De *El Globo.*)

VIII.—ESPAÑA EN LA EDAD DE ORO: LUIS VIVES, FRANCISCO SUÁREZ, ARIAS MONTANO

Don Marcelino Menéndez y Pelayo, dedicó el cuarto curso de su estudio acerca de *Los grandes polígrafos españoles*, al examen de la gran figura de Juan Luis Vives (1492-1540).

No era ésta, ni mucho menos, la primera ocasión en que el sabio catedrático consagraba sus tareas al polígrafo valentino.

Varias veces y en diversos lugares, ha dicho el Sr. Menéndez y Pelayo cuál es su pensamiento acerca de la personalidad y doctrina del simpático autor del tratado *De disciplinis*. [1]

Comenzó, según su costumbre, exponiendo las fuentes de conocimiento de la materia. Hizo detenida y completa indagación bibliográfica, fijándose muy especialmente, como era de esperar, en los trabajos de Mayans, Mamèche, Vanden-Bussche y Lange.

Entró luego en la biografía del filósofo valenciano, haciendo especial consideración de sus estudios en Valencia y París, y del estado de las disciplinas en aquella época. Narró con su habitual maestría la lucha entre el escolasticismo arcaico y la filosofía del Renacimiento al iniciarse el siglo XVI, poniendo de manifiesto la parte que en esta contienda tomó Luis Vives. Hizo ver cómo éste, después de haber militado con Gaspar Lax y Juan Dullard en las huestes de los decadentes, se hizo ferviente partidario de Erasmo y del Renacimiento, mostrándose así a partir de la valiente invectiva *In pseudo-dialecticos*, enderezada a su amigo Fort en 1519.

Habló luego de las vicisitudes de Luis Vives como pedagogo

---

1 Señaladamente en La ciencia española (passim); en la Historia de las ideas estéticas en España (t. II, vol., pags. 228 y sig., [en la Ed. Nacional, vol. II, pág. 148]) y en el Discurso acerca de *Los orígenes del cristianismo y los precursores españoles de Kant*, leído en 1891 ante la Real Academia de Ciencias morales y políticas.

en Flandes y en Inglaterra, de sus relaciones con los principales sabios de la época, de su matrimonio con Margarita Valdaura, y, en suma, de los puntos más importantes de su oscura vida, que, como muy atinadamente decía el ilustre catedrático, «está más en los libros que en otra parte».

Pasó a continuación al examen de la doctrina y sistema filosófico de Luis Vives. Tomando por punto de partida el inmortal tratado *De disciplinis*, comenzó exponiendo las ideas generales del polígrafo valentino acerca de las causas de la corrupción de los estudios y de la manera de reformarlos.

Las ideas vivistas acerca de la Lógica, la Metafísica general y la Psicología, fueron objeto de sucesivas conferencias. En ellas procuró demostrar el Sr. Menéndez y Pelayo la relación íntima que existe entre las doctrinas de Vives y las de la escuela escocesa, haciendo ver asimismo las que median entre aquéllas y el sistema crítico kantiano. A su juicio, las distinciones kantianas entre el elemento material y el elemento formal del conocimiento, entre el fenómeno y el nóumeno, entre la razón pura y la razón práctica, se encuentran casi en los mismos términos en las obras de Luis Vives.

Respecto a la Lógica, después de hacer mérito del examen crítico del *Organon* aristotélico hecho por Vives en el tratado *De causis corruptarum artium*, expuso el Sr. Menéndez y Pelayo el armazón de la dialéctica vivista, haciendo notar especialmente la atención que el filósofo valentino concede a la doctrina de la probabilidad.

Pasando a la Psicología, hizo un detenido análisis de los tres libros del tratado *De anima et vita*, cuyo carácter experimental puso de manifiesto, observando que Vives, por la importancia que a la epagoge e inducción concede, tanto en este tratado como en los libros *De prima philosophia*, debe ser considerado como el precursor más importante de Bacon.

En este punto suspendió sus lecciones el Sr. Menéndez y Pelayo, restándole, para completar el estudio de Luis Vives, exponer sus ideas, políticas y sociológicas, sus trabajos como humanista, etcétera, etc., y apreciar su influencia en la historia de la filosofía universal y particularmente en la cultura española.

De todas suertes, dejó bien probadas sus afirmaciones de que Vives «es el gran pedagogo del Renacimiento, el escritor más com-

pleto y enciclopédico de aquella época portentosa, el reformador de los métodos, el instaurador de las disciplinas. Él dió el último y definitivo asalto a la barbarie en su propio alcázar de la Sorbona; en él comienza la escuela moderna. Él restableció el alto concepto de la enciclopedia filosófica, perdido y casi olvidado entre las cavilaciones sofísticas del nominalismo decadente. Él reconcilió la elegancia de las letras humanas con la gravedad del pensamiento filosófico».

* * *

El curso de 1900 a 1901 dedicólo el ilustre profesor al examen de las ideas éticas y económicas, políticas y sociológicas de Vives y sus demás trabajos científicos y literarios, sin llegar a dar fin, como era consiguiente, al estudio de un pensador cuya vida intelectual ofrece tan diversos matices, y cuyas obras, por poco que en ellas se detenga el expositor, dan materia para vastísimas consideraciones.

Los tratados *De comunione rerum ad germanos inferiores* y *De subventione pauperum*, fueron la base de la exposición de la economía vivista. Hizo notar el Sr. Menéndez y Pelayo que el opúsculo *De comunione rerum*, aunque desde un punto de vista sea, quizá, la más elocuente de las producciones de Luis Vives, debe considerarse como una obra de combate, como un libro de controversia, y en tal concepto, sus ideas deben estimarse (en la opinión del Sr. Menéndez y Pelayo) no tanto una retractación del tratado *De subventione pauperum*, como obra contra los excesos del comunismo anabaptista.

Analizó detenidamente el tratado del *Socorro de los pobres*, comparando su doctrina con la de las principales escuelas económicas y haciendo notar su carácter profundamente social. En la doctrina económica de Vives (decía) se advierten dos principales influencias: la de la antigüedad, que tiene su origen en la tradición bíblica y clásica, y la del famoso libro del Canciller Tomás Moro, rotulado: *De optimo reipublicae stato deque nova insula Utopia*.

Las ideas de Vives acerca de la organización de la beneficencia, la propiedad de la tierra, el principio de la herencia, el derecho del trabajo y la asistencia, etc., etc., fueron motivo de largos y lumi-

nosos comentarios por parte del Sr. Menéndez y Pelayo, sintiendo nosotros no poder consagrar mayor espacio en esta brevísima reseña a la transcripción de sus palabras.

Estudiada la doctrina económica del humanista valenciano, pasó al examen de sus ideas pedagógicas, tomando por base los libros *De disciplinis* en sus dos principales divisiones: «*De causis corruptarum artium* y *De tradendis disciplinis*. Observó que lo predominante en Vives no es el amor a la originalidad ni el pueril deseo de exhibición que a muchos escritores anima, sino lo que más adelante sirvió de bandera a la escuela escocesa: el sentido común.

Por eso, el talento del pensador se muestra siempre en forma llana, lógica, natural, accesible a todos los que entiendan el idioma en que se expresa.

En la exposición del sistema pedagógico de Luis Vives, siguió el Sr. Menéndez y Pelayo el mismo orden de los libros *De disciplinis*.

Ocupóse, ante todo, de las condiciones materiales de la Academia o Escuela, según la mente del polígrafo valentino. Trató luego de la elección de profesores, del cuidado que éstos han de tener con sus alumnos y de las condiciones de la educación, que, para Vives, por buena que sea, no llega a producir otro efecto que desenvolver los gérmenes de estudio que la naturaleza dió a la persona: *Semina nobis* (escribe) *scientiae natura dedit*, y en esta base descansa buena parte de su sistema pedagógico.

Estudió también el Sr. Menéndez y Pelayo, como complemento de la doctrina pedagógica de Vives, los tres libros *De institutione feminae christianae*, cuya influencia social hizo notar, el *De Officio mariti* y la *Exercitatio linguae latinae*, obra de extraordinaria divulgación en el siglo XVI y posteriores.

Ocupóse, por último, en el examen de las ideas teológicas de Vives, tomando por base los cinco libros *De veritate fidei christianae*.

En este punto suspendió sus explicaciones el Sr. Menéndez y Pelayo, habiendo de tratar más adelante de la escuela vivista y sus representantes principales.

* * *

Reanudó el erudito maestro sus conferencias del pasado curso, respecto del tema arriba expuesto, el día 31 de enero.

Tomando su estudio en el punto mismo en que lo dejó—presentación del gran filósofo Vives y su obra—continuó su trabajo recordando rápidamente la significación de Vives en la cultura particular de nuestra patria y en la general de Europa.

Dijo de Vives que era la más grande figura del renacimiento español en el siglo décimosexto, el de miras más amplias en el principio de su método filosófico y el que ha dejado mayor suma de enseñanzas aprovechables. Su obra ejerce influencia en los siglos XVII, XVIII y aún en el XIX, en los varios órdenes de la filosofía positiva. Debe estudiársele por su influjo en el mundo bajo diversos puntos de vista y considerarle, sin embargo, con relación a su época y ante la forma medieval y la del renacimiento.

El Sr. Menéndez Pelayo ocúpase de la educación de Vives, quien, por razones completamente ajenas a sus estudios, vivió largos años fuera de su patria, y sufrió la influencia de Erasmo y los humanistas de raza germánica.

Con palabras del propio Vives va examinando en cuáles escuelas y de cuáles fuentes se fué nutriendo la mente del gran pensador.

Fué su cultura verdaderamente cosmopolita, por haber residido en París, Lovaina y Londres; pero Vives lo modificó todo con arreglo a su índole propia y fué reformador hasta de sus mismos maestros. Era un escritor más para inspirar que para ser inspirado, más para influir en otros que para ser de nadie influído.

En la parte filosófica—decía el Sr. Menéndez Pelayo—nada aprendió Vives de Erasmo. Celebra sus comentarios a las obras de varios escritores, que le acreditan de pensador cristiano y profundo humanista más que de filósofo. Pero donde Vives muéstrase más grade—dice—es en sus proyectos de reforma de toda la disciplina.

Añade que donde puede advertirse que el pensamiento de Vives coincide con el de Erasmo, es en la reforma de los estudios eclesiásticos y en la semejanza de la teología en algunos de sus libros.

Cita el conferenciante los nombres de los escritores que con Erasmo coinciden y cuyas teorías no serían todas—dice—defendibles dentro de la más pura ortodoxia. Alude a las controversias por ellas promovidas; pero amante Vives de España—añade—, no se mezcló en ellas, por lo que resulta menos erasmista que muchos otros.

De su educación en París afirma Vives mismo que no sacó ningún provecho por la decadencia de su Universidad en el siglo XVI y da por perdido el tiempo pasado allí. Señala a este propósito nuestro polígrafo el deplorable estado de la dialéctica en la Universidad francesa y aprovecha la ocasión para exponer su método de enseñanza y su pensamiento de reforma.

Educado Vives en la escolástica, desertó después de ella. En Vives no hay influencia francesa. En cambio—decía el Sr. Menéndez Pelayo—nuestro gran pensador recibió mucho del dualismo germano.

Por lo que a su estancia en Londres se refiere, algo sacó Vives de ella. La amistad del gran humanista, mártir de la Iglesia católica, el canciller Tomás Moro.

Señala el conferenciante acto seguido los puntos de contacto entre Tomás Moro y nuestro Vives en lo que respecta a las doctrinas sociales de ambos, ideas de que Moro da testimonio en su Utopía, que escribió imitando el estilo de la República de Platón.

Vives va más lejos que Moro—decía el Sr. Pelayo—en las doctrinas sociales.

Por la amistad entre Moro y Vives, puede estimarse que no es mera coincidencia la paridad de criterio entre ambos en sus doctrinas sociales y económicas. Hay, más que analogías, verdadera comunicación de pensamiento.

Establece el conferenciante que en la cultura de Vives no debe admitirse ninguna influencia exterior, tiene la que le dan los libros de la antigüedad, la que él se procuró y cuyo fondo es la civilización greco-latina. Tenía Vives—siguió diciendo el Sr. Menéndez Pelayo—toda la erudición filosófica de su tiempo y había abordado el estudio de los textos clásicos, libre de la preocupación que cohibía a otros humanistas de la época. En sus trabajos acerca de *La Ciudad de Dios*, rompe con las rutinas hasta entonces dominantes y aporta muchas ideas nuevas y enteramente personales, conquistadas por los medios que ponía a su alcance el ser un gran humanista... filólogo que diríamos hoy. El humanista en Vives está al servicio del pensador y del filósofo para esos trabajos.

Vives supera a sus contemporáneos hasta por el estilo en que escribe, que no es mosaico de pueriles imitaciones, ni siquiera de imitación de un solo autor, ni aun siendo éste Cicerón. Escribió en

latín, que parece en él lengua nativa, no prestada. En ninguno de los grandes latinos de los siglos XVI y XVII puede presentarse modelo semejante de estilo filosófico y aun fonético.

Cita el Sr. Pelayo varias obras de Vives como ejemplos que justifican el elogio que hace de él en este punto. Añade que la antigüedad le sirvió a Vives, no sólo para el estilo, sino para el fondo de las ideas, que buscó en Platón y Aristóteles principalmente.

Dice de Vives que tenía un concepto acertado de la filosofía antigua muy difícil de obtener, y él le consiguió por haberlo buscado en las propias fuentes.

Por los elogios a Platón y Aristóteles, ha sido juzgado como aristotélico y platónico Vives, no siendo en realidad ni lo uno ni lo otro; y a juicio del conferenciante, de clasificarle por esos rumbos, podría tenérsele como aristotélico, pero esto sólo en cierto modo.

Detiénese el Sr. Menéndez Pelayo en la enunciación de las obras de Vives, por las cuales podría buscarse el aristotelismo de nuestro gran polígrafo.

Dice luego que la lógica de Vives difiere de la escolástica y de la aristotélica. Trae la de Vives grandes novedades. Trae de nuevo a la lógica el separarla de la metafísica. Tiende a la certidumbre misma de los conocimientos humanos. Por su lógica deductiva e inductiva, de Vives puede decirse que es el más moderno de los antiguos.

Explica el conferenciante la teoría del conocimiento en Vives. En su libro *De prima filosofia*, rompe Vives con la tradición peripatética. Quien por solo este libro juzgue a nuestro gran pensador—decía el conferenciante—, carecerá de lo más nuevo del pensamiento de Vives. Alude a las obras del gran escritor, en que se muestra más terminante lo que hay en él de nuevo.

Dice que en la serie de las 40 obras por Vives escritas se va viendo de qué modo el escritor se completa, el pensador se hace. No es que Vives se rectifique, es que se va formando; por eso deben leerse sucesivamente sus líbros teniendo en cuenta su cronología. Así se apreciará el desarrollo del gran escritor, y de este método de examen de sus escritos, nace precisamente el encanto, que produce su lectura.

Juan Luis Vives es un reformador científico, pero no un reformador desordenado. No dejó de tratar ninguno de los puntos de la

filosofía ni de las demás ciencias, pues él escribió sobre medicina, escribió sobre derecho, etc. No hubo, en fin, rama alguna del pensamiento humano que no fuera tocada por él.

En conferencias venideras—concluyó diciendo el Sr. Menéndez Pelayo—trataremos de los teoremas de la filosofía de Juan Luis Vives y de algunas de sus ideas capitales en la ética, en la economía y en la política.

* * *

Oro puro, dulces mieles, fué la conferencia dada el día 7 de febrero por el erudito maestro Sr. Menéndez Pelayo, dedicada a la tarea meritoria y cultísima de presentar a la consideración de sus oyentes la figura del filósofo grande entre los grandes, del polígrafo insigne Juan Luis Vives.

Gigantesco el tema y doctísimo y experimentado el profesor, no hay que decir si se oirían buenas cosas y de substancia, en la disertación del director de nuestra Biblioteca Nacional. Hay una circunstancia extraordinaria para que el Sr. Menéndez Pelayo esfuerce su talento poderoso en pro de la buena obra. Vives es para el sabio profesor acaso el filósofo más de su gusto, o por lo menos el que mejor encaja en su manera de pensar.

Dos enemigos tiene que vencer, quien pretenda dar idea de lo que el Sr. Menéndez Pelayo dice en la cátedra. El más terrible, la cultura del maestro, que engendra febrilmente las ideas en su cerebro, para que luego salgan en vertiginosa corriente de elocuencia por sus labios. El enemigo segundo contra el cual hay que pelear, nace de ese ligero tartamudeo del profesor, que tal cual vez corta su palabra. Al llegar este caso, las frases y los conceptos parece como que se empujan unos a otros por el ansia de nacer y de triunfar.

Tras este ligero vacilar de su palabra, sigue siempre una *inundación* de cosas dichas con rapidez tal, que se escapan a la retentiva del que oye para escribir...

El día dicho, el Sr. Menéndez Pelayo empezó haciendo exposición de algunas de las principales obras de Juan Luis Vives, especialmente de aquellas que tratan de Ética, de Política y de Economía, según la definición escolástica, o de Sociología o ciencias sociológicas que diríamos hoy. Dijo que aun cuando no sean esos libros

los de más mérito del sabio filósofo español, responden a la manera original de Vives; que el cuadro de estas enseñanzas venía trazado por la enciclopedia aristotélica, y que el filósofo español siguió el método antiguo en la agrupación de estos estudios y en la distribución de las materias a que se refieren.

Expone la atención que las escuelas cristianas concedieron a algunas de esas enseñanzas, desconocidas para los árabes. Tal ocurría—dice—con la *Política* de Aristóteles, por ejemplo, que el mismo Averroes sustituye con un comentario a la República de Platón.

Habla de la aparición del humanismo, de lo que trajo en su esencia. Dice que el humanismo fué muchas veces interpretado en su verdadero sentido por las escuelas cristianas. Cita los nombres de Sepúlveda y otros que trabajaron por continuar en este sentido la cadena de la antigüedad. Alude a las controversias habidas especialmente sobre puntos de Derecho Internacional Público y a las que llevaron la voz de paz Fray Domingo de Soto, Vitoria, etcétera. Vives no intervino—dice—en esos debates.

Alude luego a aquellos libros de Vives en que se ven gérmenes de ideas sobre enseñanzas que, si no constituyeron para él materia preferente de estudio, acusan, no obstante, sus vastos conocimientos en las diversas ciencias.

Poseído Vives de una especie de fervor religioso, dedicó parte de sus obras a la propagación de una generosa caridad cristiana. Estos libros, que si constituyen parte no despreciable de su obra, no son, sin embargo, lo mejor de nuestro filósofo, están por lo común dedicados a los príncipes y monarcas de su tiempo y contribuyen, más y mejor que otros, al conocimiento del carácter moral de su autor. El más notable de este género es el titulado *De comunione rerum*, dirigido *ad principes Germaniae Inferioris*.

Contra lo que por alguien se ha dicho, Vives se mantuvo siempre fiel a la más pura ortodoxia y a la fe de sus mayores sin dar síntomas de exaltación ni aun en sus libros sobre ciencia sociológica. Únicamente dejó su habitual templanza—decía el Sr. Menéndez Pelayo—en su libro *De comunione rerum*, escrito por Vives en circunstancias para él casi apocalípticas. Vives no era jurisperito ni teólogo de profesión, pero por las circunstancias especiales de su vida, tocó en sus escritos esas y otras materias.

En lo poco que escribió de las leyes, Vives mostróse desconfiado, diciendo que las leyes positivas eran lazos tendidos a la simplicidad de los ciudadanos. Que las leyes habían de ser pocas y buenas, y que era una enormidad afirmar que el desconocimiento de las leyes no exime su cumplimiento.

Vives manifestó aversión por igual a los comentadores y a los escoliastas.

Dijo el conferenciante que era punto difícil recoger en su conferencia todos los gérmenes de ideas nuevas que se hallan en las obras de Vives, como los contenidos sobre *Derecho penal* en sus *Comentarios a la Ciudad de Dios.*

Pero donde Vives—siguió diciendo el Sr. Menéndez Pelayo—muéstrase a mayor altura, es cuando se ocupa del pauperismo, de la desigualdad de las condiciones entre los hombres, de la beneficencia, en fin. Ejemplo admirable de esto nos ofrece su libro *De subventione pauperum.*

Sin embargo, se engañaría el que en esta parte de su gran labor quisiera buscar ni la rigidez escolástica, ni la misma trabazón en las ideas de otras obras suyas. Estos libros nacieron más bien de la grande y ardiente caridad cristiana de nuestro filósofo. Las ideas sociales de Vives palpitan en varios de sus libros. Él no encuentra el remedio de los males en el nuevo reparto de tierras que hubo en lo antiguo, sino que cree que para remediar los efectos de la desigualdad, uno de los medios sería destribuir los bienes de nuevo.

Estas ideas tan cercanas del comunismo, no fueron en Vives más que un relámpago. A lo que principalmente tienden sus opiniones más tarde, es a restablecer el derecho a la asistencia para los necesitados y el derecho al trabajo.

Templado nuestro filósofo por un gran estudio de la realidad, escribe *De subventione pauperum,* inspirándose en ideas de la antigüedad, influído en parte por Séneca, atendiendo en algo *Los Oficios* de Cicerón y más profundamente las doctrinas de San Ambrosio. Esto es lo menos nuevo. La originalidad de Vives campea en sus ideas sociales, en que se advierten dos influencias: la de la antigüedad, que tiene su origen en la historia romana de la tradición bíblica y clásica, y la de un famoso libro contemporáneo, la *Utopía* del Canciller Moro, que pretendió resucitar las repúblicas antiguas,

con sus censores encargados de hacer averiguaciones en remedio de los males de la humanidad.

Separa a ambos libros, al del Canciller Moro y al de nuestro gran Vives, un período de diez años. Moro, enamórase de una república ideal, algo al modo de la de Platón, con ligeras variantes. Vives no se satisface con este comunismo infantil. Él no fué (como era Moro) enemigo de toda propiedad individual. El comunismo de la *Utopía* es absoluto; el de la obra de Vives es relativo, excepto en ese pasaje referente al nuevo reparto de bienes.

Vives, en la organización de la beneficencia, desconfía de la eficacia de la limosna individual y reconoce el derecho a la asistencia. Todo el mundo debe trabajar—dice Vives—y el Estado está en el deber de proporcionar trabajo a todos los ciudadanos, conforme a las aptitudes de cada uno. Pide que una junta de magistrados se encargue de llevar a la práctica esta tarea. Afirma, pues, el derecho de todos los mendigos a la asistencia y después el derecho al trabajo. Pero va más allá, pues no circunscribe a los pobres de cada localidad ese derecho, sino que dice que cuando en una provincia sobren recursos luego de atender ese deber, esos recursos deben enviarse a otra en que sean las necesidades mayores que los medios para remediarlas.

Luego, especificando en qué orden deben ser socorridos los menesterosos, establece que primero debe atenderse a los imposibilitados para el trabajo, luego a los cautivos, especialmente a los que fueren cogidos sin armas, por ser, dice, la guerra una aberración. Luego extiende la gracia del socorro a los traficantes.

La más grave de las atirmaciones de nuestro filósofo, cuando estudia los medios de que han de sacarse los recursos para esas atenciones humanitarias, es la que establece que es un ladrón el que no dedica todo lo superfluo a los pobres, porque nadie—añade—tiene derecho a lo superfluo mientras haya quien carezca de lo necesario.

Contiene la obra que venimos examinando—dice el Sr. Menéndez Pelayo—una parte objeto de grandes controversias. Es la referente a obras pías, fundaciones de hospitales, etc., en que sienta que, con tal de que se cumpla la voluntad del fundador, nadie tiene derecho en la ciudad a intervenir en la forma cómo se realice la buena obra.

* * *

La última conferencia del Sr. Menéndez Pelayo, dada el 28 de febrero, fué dedicada por el erudito maestro, luego de citar aquellas obras del gran polígrafo español menos importantes y que ofrecen menor interés para el estudio de la crítica, al examen del libro de Vives que contiene la doctrina social de nuestro gran filósofo.

Tiénese a Vives por partidario de muy diversas tendencias sociales; pero, estima el conferenciante, que están más en lo cierto los que le juzgan defensor de teorías para remedio de la pobreza. Juzgan bien los que estiman en uno y otro sentido, si bien están más en lo cierto los que le consideran como esto último.

En apoyo de esta afirmación está su libro *De subventione pauperum.* En este sentido inspíranse sus doctrinas sobre la propiedad de la tierra, el principio de la herencia, el derecho al trabajo y a la asistencia a los pobres, etc., etc.

En este escrito, Luis Vives difiere de las conclusiones sentadas por otros escritores anteriores a él, y de las manifestadas por varios de su tiempo, entre ellos el Canciller Moro, en su *Utopía.*

La obra de Vives escrita para una ciudad, la ciudad de Brujas, no es utópica, sino que contiene ideas practicables: su pensamiento sobre beneficencia entre otros, y fueron practicadas en efecto, no sólo por el municipio de la expresada ciudad de Brujas, sino también por algunas otras poblaciones de Flandes.

El conferenciante indica los nombres de algunos que combatieron el pensamiento social de Vives, como Villavicencio, y el de otros que le adoptaron, como Fray Juan de Medina, que en Salamanca, Zamora y Medina, llevó a la práctica algunas de las ideas de nuestro gran pensador, en la ordenanza que publicó para el régimen de dichas ciudades.

Señala el Sr. Menéndez Pelayo hasta qué punto abrieron surco algunas doctrinas de Vives, que mucho tiempo después eran tenidas en cuenta, especialmente las que se refieren al alivio de la pobreza.

En esto, como en otras muchas cosas, puede afirmarse de nuestro filósofo que fué un precursor.

Seguidamente pasa el Sr. Menéndez Pelayo a dar lectura de

algunas partes del libro *De subventione pauperum*, que escrito en latín, como todas las obras de nuestro pensador del siglo XVI, aún no ha sido traducido al castellano.

Censura Vives a los que pasan por ambición la existencia de miseria y procuran vivir después de muertos en la opulencia con suntuosos mausoleos y estatuas, con lo que niegan recursos a los pobres.

Respecto de los medios escogitables para combatir el pauperismo, estima Vives que sería justo renovar aquella primitiva distribución de bienes que tanto daño ha recibido al correr del tiempo. Pero nuestro filósofo, temperamento verdaderamente cristiano, es contrario a todo trastorno público como medio de conseguir el bien que propone, por entender que es costosísimo ese camino para la salud de la República.

El pensamiento de Vives en lo que toca a la intervención del Estado para el remedio de los pobres, es lo más avanzado de su credo social. Ninguno—dice—puede ocultar al gobierno de la República el conocimiento de sus bienes. Y en consonancia con esto establece que a ningún pobre que pueda trabajar se le consienta permanecer ocioso.

Preceptúa la obligación del Estado de proporcionar trabajo a los pobres según las aptitudes de cada uno.

También dice: Los enfermos sanos que estén en el hospital, salgan a trabajar fuera. Los niños expósitos deben tener un hospital aparte. Extiéndese en otros pormenores sobre la educación que debe darse a estos pequeñuelos, y, conforme con Platón, inclínase al nombramiento de una comisión de magistrados cuya misión sea indagar sobre las costumbres públicas de los pobres. En este punto, Vives aconseja que se vigile mucho, porque hay quienes fingen enfermedades que no tienen, como úlceras, cojeras, etc., y que al quererles curar no lo consienten, o porque no son ciertas, o porque aun siéndolo, temen que al desaparecer ellas desaparezca tal medio de vivir en la holganza.

Quiere Vives que la acción de esos magistrados que propone llegue también al descubrimiento del modo cómo viven los hijos de los ricos y se enteren de qué ocupaciones les distraen, para lograr así que nadie pase la vida ocioso. De esta manera cree nuestro gran pensador que se seguirían no pocos bienes para la República.

Vives, en fin, predica una doctrina de paz, pues advierte frecuentemente la conveniencia de que para ninguna de estas reformas se promueva discordia.

La pintura de los vicios de los pobres en el libro que se examina, es admirable y parece de estos tiempos. Habla de los que piden imperiosamente, teniendo siempre a Dios en los labios y nunca en el corazón, de los que explotan a la infancia para pedir y se regodean luego con la limosna, al punto que puede decirse de ellos que mendigan para el figonero.

La pintura que hace de los ricos no es más lisonjera. Anatematiza a los que visten ricamente y lucen joyas, mientras no ven que hay quien no tiene que llevarse a la boca y va desnudo. A los que, tras vivir espléndidamente, gastan su dinero en edificios con inscripciones para perpetuar su nombre, blasones, etc., etc., edificios al cabo levantados con *piedras muertas*, mientras que dejan caer las *piedras vivas*, obras de Dios, como si éste fuera tan niño que pudiera tomar como buenas semejantes obras. Estos tales—dice—van más tras la fama que tras la caridad. Tales cosas no son, no pueden ser en modo alguno gratas a los ojos de Dios.

El Sr. Menéndez Pelayo dice que con lo expuesto puede tenerse alguna idea de lo que es la obra de Vives *De subventione pauperum;* indica que no es rectificación de las doctrinas en ella expuestas la que después compuso nuestro filósofo con el título *De comunione rerum*, que ataca el comunismo y que desde el punto de vista del estilo es lo más elocuente, lo mejor de Vives.

En la lección próxima—concluyó diciendo el Sr. Menéndez Pelayo—, trataremos de las obras de Juan Luis Vives, que contienen su pensamiento pedagógico, y las ideas acerca de los métodos de enseñanza que estima de más utilidad.

* * *

En las conferencias dadas los días 14 y 21 de marzo, continuó el Sr. Menéndez Pelayo exponiendo las ideas pedagógicas de Luis Vives. Tomó por base los libros *De tradendis disciplinis*, que siguen y completan los *De causis corruptarum artium*, ya examinados.

Ante todo hízose cargo de la afirmación formulada por Melchor

Cano y seguida luego por muchos escritores, según la cual el gran polígrafo valentino anduvo más acertado al criticar que al fundar, siendo más de apreciar su obra de destrucción que la de doctrina. En opinión del Sr. Menéndez Pelayo, esta afirmación no es exacta; procede de una ligera y superficial apreciación de la obra de Luis Vives. Lo que hay es que en éste predomina, no el amor a la originalidad, no el pueril deseo de exhibición, sino el que más adelante sirvió de bandera a la escuela escocesa: *el sentido común*. Por eso el talento del pensador se muestra siempre en forma llana, lógica, natural, accesible a todos los que entiendan el idioma en que se expresa.

En la exposición del sistema pedagógico de Vives siguió el señor Menéndez Pelayo el mismo orden de los libros *De disciplinis*.

Se ocupó ante todo de las condiciones materiales de la *Academia* o escuela, según la mente del polígrafo valentino. La escuela —decía éste—ha de fundarse en lugar apacible y tranquilo para que el bullicio y algazara del exterior no perturbe y moleste al alumno.

Por eso no son lugares a propósito para ella las cortes, las ciudades notablemente populosas, los puertos de mar, ni tampoco los pueblos fronterizos (a causa de lo que padecen en tiempo de guerra). Deben ser además lugares de clima saludable y donde los alimentos puedan servirse frescos y sanos.

La elección de los profesores ha de ser motivo de especial cuicado. Se procurará que sean, no sólo de ciencia suficiente, sino además de probidad segura y de intachables costumbres, a fin de que su mal ejemplo no contamine a los discípulos. Insiste Vives muy especialmente en que los profesores no abusen de su situación para sacar dinero a los alumnos por medio de libros, apuntes o notas de cualquier género.

Celebrarán los profesores reuniones periódicas, con objeto de comunicarse sus opiniones acerca de la marcha y disposición de sus discípulos. A esas reuniones concede Vives gran importancia, porque de ellas espera obtener excelentes resultados, ya impidiendo que un alumno se dedique a estudios para los cuales no muestre aptitud ni afición alguna, ya estimulando su aplicación por medio de recompensas.

A juicio de Vives, la educación, por buena que sea, no llega a

producir otro efecto que desenvolver los gérmenes del estudio que la naturaleza otorgó a la persona: *Semina nobis*—escribe—*scientiae natura acdit*, y en esta base descansa buena parte de su sistema pedagógico.

En el tratado *De tradendis disciplinis* surgen a cada paso todas aquellas diatribas contra la barbarie escolástica, contra las inútiles arideces de la mal encaminada dialéctica, que en otras obras del mismo autor hemos visto y que no hemos de reproducir aquí. Baste hacer notar—concluía el Sr. Menéndez Pelayo—que en el referido tratado pululan los grandes pensamientos y las inspiraciones geniales, por lo cual es muy digno de atenta y repetida lección.

* * *

En la conferencia dada por el sabio maestro el día 28 de marzo, siguió el examen de los libros del gran pensador Luis Vives, en los que—decía—tropiézase frecuentemente con un inciso o una frase corta que encierran el germen de poderosas enseñanzas.

Entre otros que podrían citarse a este respecto, están—dijo—los titulados *De tradendis disciplinis*, que contienen gran número de ideas nuevas y luminosas. Otros libros que tienen relación con los titulados *De tradendis*, contienen asimismo su sistema pedagógico. En ellos existe un verdadero caudal de máximas y de sentencias, pues no hay que olvidar que Vives fué siempre un educador del género humano. Así mostróse en todos sus trabajos, aun en aquellos que tienen un carácter más ligero. Esto, sobre dar unidad a sus escritos, les presta el carácter de imponente monumento que tienen.

Vives hizo además varias aplicaciones prácticas de sus ideas en este sentido.

En este particular de las doctrinas de Vives, son muy interesantes sus tres libros *De institutione feminae christianae*, en que nuestro filósofo discurre acerca de la educación de la mujer en sus tres estados: doncella, casada y viuda.

Estos libros son el más antiguo ensayo de Pedagogía femenina con carácter científico que se conoce, pues no son verdaderos libros de enseñanza femenina los de la Edad Media.

Tradujo *De institutione feminae* al castellano, del latín en que se escribió, como las demás obras de Vives, Juan Justiniano, y puede decirse que esta obra influyó en los tratadistas españoles y aun en la educación femenina de entonces.

En ella muéstrase Vives partidario de la obligación en que están las madres de amamantar a sus hijos; cree en la eficacia de la educación recibida de labios de la madre, y es contrario a la idea de que la mujer pueda llegar a la enseñanza pública, pero da importancia a la enseñanza doméstica.

Las doctrinas de Vives en este punto son de moral estoica y de moral ascética; nada hay en ellas de lo que hoy llamamos feminismo ni galante caballerodidad en honor del otro sexo. La mujer es para él la madre de familia y a este punto endereza los recursos de su oratoria severa. Él especifica los deberes y las incumbencias de la madre. Además de estas obras del gran pensador valenciano, existen diversos opúsculos de educación por él escritos, que son complementos de su obra en este particular.

Merece citarse entre éstos su diatriba contra la Universidad parisiense. Censura sus enseñanzas sobre gramática, retórica y otras materias.

Además escribió, muy notables por cierto, sus diálogos para la enseñanza del latín, lengua de la educación científica entonces. El procedimiento que Vives sigue en estos opúsculos, es el mismo que se sigue hoy para la enseñanza de las lenguas vivas. Estaban escritos esos diálogos para facilitar el aprendizaje del latín, y son coloquios entre estudiantes. Erasmo fué el primero que escribió de estos diálogos, si bien este pensador, dejándose llevar de su genio satírico, mezcló en sus diálogos excesivas alusiones a las polémicas personales suyas y aun censuras a personas de su tiempo, lo que les condenó a vida efímera y fueron por sus insinuaciones sobre materia teológica al Índice expurgatorio.

Aun cuando Erasmo influyera en Vives, como en efecto influyó, los diálogos de éste conteníanse dentro de límites de mayor templanza. Seguramente Vives no calculó el inmenso valor que para las futuras generaciones tendrían sus diálogos, que por el carácter que impensadamente sin duda dióles, resultan hoy de gran interés por ser verdaderos cuadros de costumbres de la época.

Los diálogos de Vives además son completamente inofensivos.

Sus mayores atrevimientos son de orden especulativo. Buscó en ellos asuntos adecuados a la inteligencia del niño y habla de sus juegos, de las personas que le son afectas, de cuanto hiere agradablemente su imaginación y su vista, por cuyo procedimiento inculcaba en él gran número de ideas nuevas y enriquecía con nuevas palabras el caudal de voces que le eran conocidas.

Vives imita en alguno de esos diálogos a Xenofonte, a Platón y a otros escritores. Además de lo que contienen de pedagogía general, facilitaban el entonces largo y completo aprendizaje de la lengua latina, pues en ellos obsérvase cómo va modificándose ésta a medida que aumenta el progreso de las ciencias, porque en el Renacimiento no fué el latín lengua muerta, sino viva, y se enriqueció su vocabulario con gran número de palabras no conocidas de los romanos. El Renacimiento no sólo inventó palabras, sino que creó otras de raíz conocida.

Esto originó un conflicto que se manifiesta en las polémicas de Erasmo con los ciceronianos. Entendían éstos que no era lícito rebasar el lenguaje de Cicerón, otros admitían con éste a tres o cuatro escritores clásicos más. Erasmo entendía que el latín debía admitir innovaciones como las lenguas vivas y proclamó la libertad del neologismo. Huía el lenguaje de los escolásticos y prescindía de sus métodos.

Establecía la necesidad de crear gran número de palabras y ver el modo de utilizar las antiguas, por lo que hay en sus obras muchos términos nuevos que no se pueden encontrar en la escolástica. En esta tarea siguió a Erasmo nuestro Luis Vives. Él venciendo el hasta entonces predominante escolasticismo enriqueció el habla de los latinos.

Los diálogos de Luis Vives acusan, en efecto, neologismos familiares de Plauto, Petronio, Apuleyo, Vitrubio, etc., y entre las reliquias de su obra, adviértese la influencia de la comedia plautina y terenciana.

Para nosotros esos diálogos de Vives—repetía el Sr. Menéndez Pelayo—tienen positivo interés, por haberse convertido en espejo de cierta especie de sociedad de principio del siglo XVI, y su influencia late en los siglos XVII y XVIII y perdura aún en el XIX. Los diálogos de Erasmo, por el contrario, han quedado reservados a la lectura de los humanistas.

De otros libros referentes a humanidades no haré especial mención—dijo el conferenciante—porque ya en su obra magna está contenido lo más importante.

Quedamos por estudiar los cinco libros de Vives *De veritate fidei christianae*, su teología o teodicea. Estos libros tienen tal importancia, que sin ellos la obra del gran filósofo quedaría incompleta. Son la verdad de la fe cristiana de Vives, su testamento como cristiano y como filósofo. En ellos Vives muéstrase siempre partidario de la templanza, de la paz y de la concordia entre los filósofos cristianos, pues él no dejó de ser filósofo cristiano y ortodoxo a pesar de su contacto con el grupo de los erasmitas. Siguió la tendencia común en todos ellos, siguió la corriente, si bien el espectáculo de la contienda le llevó a una situación teológica distinta.

Convenía con los reformistas en la censura de la decadencia de la enseñanza monástica, de la corrupción del clero, del olvido de su humildad evangélica, etc., etc., pero nunca hizo causa común con los luteranos, que el mismo Erasmo combatió, muriendo dentro de la ortodoxia, y eso que fué más lejos que sus amigos en ciertas doctrinas. Ninguno de estos amigos quiso separarse de la Iglesia católica, aun cuando en la crítica rebasaran los límites de la justa moderación. Lo que les separaba de los reformistas es la poca atención que prestaban a los problemas suscitados por la Reforma sobre la justificación, la gracia y el libre albedrío. En las cuestiones de disciplina dánse la mano, pero no en la dogmática. En la lección próxima, pues—concluyó el docto maestro—, analizaremos los libros teológicos de Juan Luis Vives, titulados *De veritate fidei christianae*.

* * *

La primera conferencia del mes de abril, dada por el erudito maestro, dedicóla a continuar el examen de las obras del gran filósofo español del siglo XVI.

Dijo, entre otras muchas cosas de interés, como proemio a su discurso, que en Vives la labor pedagógica era como un arte derivado de su enciclopedia científica y además de la disciplina de la educación de la voluntad, mereciendo por tal concepto ser tenido como el pedagogo del Renacimiento más completo, tipo por ninguno otro superado.

Para su labor tenía nuestro pensador la poderosa ayuda que le daba el conocimiento de la antigüedad y de la Edad Media. A él se adaptaba en su tendencia crítica como en su parte positiva.

Vives debe ser considerado como el fundador de la ciencia moderna. En su obra crítica, como en su obra dogmática, hay un caudal inmenso de ideas nuevas sobre cada una de las materias que trata. Eran vastísimos sus conocimientos literarios e históricos, y sobre todo de los autores clásicos.

La obra de Vives es recomendable por el método que en ella sigue, por la manera libre y amplia de filosofar, encontrándose frecuentemente en sus libros mucho más de lo que prometen.

Dijo que la principal obra teológica de Vives es la titulada *De veritate fidei christianae*, su obra póstuma. Contiene su pensamiento religioso, que en parte está también en sus otros libros, pues en todos, cual más cual menos, se ve infiltrada su profunda religiosidad.

La verdadera filiación teológica de Vives, decía el Sr. Menéndez Pelayo, ha sido desconocida por alemanes y holandeses.

Los libros teológicos de Vives deben ser juzgados pensando en la época en que fueron escritos, es decir, en la Reforma, coincidiendo con las primeras excisiones de la Iglesia.

El pensamiento de Vives es más apologético que de controversia, y realmente si aparece en él la discusión es con judíos y musulmanes, no con los reformistas. De aquí que sus libros hayan sido aceptados por las distintas escuelas.

El pensamiento de nuestro filósofo—decía el conferenciante—acerca de la Reforma, encuéntrase en la carta al Papa Adriano, escrita en 1522. Dice en ella Vives:

«Esta guerra—la promovida entre reformistas y no reformistas—es injusta, malvada, contra lo lícito y contra la piedad. El Papa debiera mostrárselo así a los príncipes y a los consejeros de los príncipes, para que cesase.»

El remedio que Vives propone contra ese mal es la reunión de un Concilio general, remedio que se tomó, si bien un poco tarde, juzgando dentro de lo humano.

«Entre Erasmo y Vives—decía el Sr. Menéndez Pelayo—hay la diferencia de que el primero carecía de la sólida piedad que tenía nuestro pensador. La teología de Luis Vives se basa en argumentos de razón y de autoridad dogmática.»

El tratado teológico de Luis Vives, titulado *De veritate fidei christianae*, se subdivide en los siguientes libros: 1.º *De Homine et Deo*. 2.º *De Jesuchristo*. 3.º *Contra judeos quod Jesus est Messias*. 4.º *Contra sectam Mahometi*. 5.º *De praestantia doctrinae christianae*.

El conferenciante extiéndese en una explicación detallada acerca del motivo por el cual Vives escribió cada uno de sus libros; examina su método de argumentación, sus ideas, su plan, sus derivaciones, sus enlaces con determinadas escuelas, el género de filosofía a que responden, etc., etc., mostrándose en esta difícil labor el mismo pensador altísimo de siempre, cuya cultura y vastos conocimientos producen el asombro de los que le escuchan y la admiración de todos.

* * *

El día 18 de abril continuó el docto maestro su estudio del gran polígrafo español Luis Vives, presentando los frutos que sus escritos han producido en la cultura general de Europa.

Insistió en que debe tenerse en cuenta el momento de la aparición de nuestro gran filósofo para juzgar la influencia de sus escritos, bien en la escuela que le sigue, ya en los escritores que le leyeron y tuvieron en cuenta, confiesen o no el hecho, en sus trabajos nacidos al calor de aquel pensamiento poderoso.

Vives influyó, en efecto, en los filósofos y en la ciencia de la educación, y aun hoy todavía perdura su influencia produciendo provechosos frutos.

Para juzgar bien en este respecto—decía el Sr. Menéndez Pelayo—conviene atender, no sólo a lo que en la superficie aparece como de la fuente de Vives, sino a lo que se ve en los que de él se aprovecharon. Razón del influjo poderoso de nuestro maestro, es el haber Vives publicado sus obras en diferentes países europeos. Por este hecho explícase el que fueran de todos conocidas y que a todas partes llegaran.

Si el nombre de Vives no sonó en la historia filosófica todo lo que debiera, débese a la lucha religiosa en que vivían en su tiempo humanistas y filósofos. Movido de una ferviente caridad, trabajó con la palabra, con la pluma y con el ejemplo por la concordia entre los filósofos. Este sentido informa todos sus escritos.

Cita el Sr. Menéndez y Pelayo la carta a Adriano, a que ya aludió, en pasada conferencia, como uno de los testimonios del espíritu de Vives frente a la Reforma.

Se ha llegado a una gran injusticia con Vives, pues algunos, como el reformista Juan Sturm y Pedro Ramús, saquean y explotan las obras de Vives, y sin citar su nombre. Esta conducta siguen igualmente otros escritores de fama, no obstante lo cual, es facilísimo comprobar que tuvieron a Vives en el pensamiento, aunque no le tuvieran en su gratitud, para la justicia que le debían. Y hasta se da el caso de que Ramús cite a Sturm, y Sturm a su vez a otros autores cuyos textos proceden de nuestro sabio polígrafo.

Nadie, sin embargo, extraña este silencio, como no extraña el guardado por otros que plagiaron la pedagogía de Luis Vives.

Cita el Sr. Menéndez y Pelayo la serie de nociones filosóficas de Vives de que se fueron nutriendo las diversas escuelas, y dice que el conjunto de su sistema filosófico no es, como se ha pretendido por algunos, positivista. Insiste en que para juzgar la obra de Vives es necesario leer todos sus libros y empaparse en el espíritu y doctrina que los anima.

Señala como derivación y directa descendencia de Vives la tentativa aristotélica de Pedro Ramús. Hace una referencia a la trágica muerte de este último, asesinado, se dice, por celos de uno de sus comprofesores de la Universidad de París. Y refiriéndose a la controversia o polémica contra Aristóteles que planteó Ramús, dice que es trabajo más endeble de lo que a su fama correspondía y que debido al trágico fin de su autor ha despertado la general curiosidad.

Refiriéndose a la polémica de Ramús, dijo que la planteó con ocasión de su tesis presentada para ser revalidado como profesor de la Sorbona, en unos términos que ninguna persona de sereno juicio y recto criterio lo haría, pues sentaba en ella que todo lo escrito por Aristóteles era error o mentira.

La obra de Ramús recoge las invectivas formuladas no sólo contra Aristóteles, sino contra los peripatéticos; reproduce la polémica de Vives contra los escolásticos y niega autenticidad de origen a las obras de Aristóteles, aun a aquellas que se tienen como indudablemente suyas.

El trabajo produjo la marejada que era de suponer y tuvo sus impugnadores de distintos países, entre ellos al famoso jurisconsulto Antonio de Govea. La intervención de Govea en esta polémica originó que se prohibiese a Ramús volver a juzgar las obras de Aristóteles. Casos muy curiosos—decía el Sr. Menéndez Pelayo—y semejantes al de Pedro Ramús, se repitieron después en la Universidad de París, como el del proceso seguido contra un español en el siglo XVII.

Clasifica el conferenciante a Ramús más como humanista que como filósofo, y dice que formó tal juicio de Aristóteles, no porque le fuera desconocido el griego, sino porque leyó sus obras con poco maduro pensamiento. Ramús, como ya se ha dicho, no comprendió el libro que impugnaba, y excluye de la dialéctica la teoría del juicio demostrativo. Indica el Sr. Menéndez y Pelayo a este propósito otros detractores del filósofo griego; extiéndese en muy altos conceptos acerca de la lógica, de lo que debe ser, *como ciencia de las leyes del razonamiento*, según la define el conferenciante.

En la lógica no hay más inducción que una: la que Aristóteles definió, en lo que están conformes pensadores de diversos países... (el Sr. Menéndez y Pelayo los cita) y nuestro gran filósofo Vives.

La lógica puramente formal de Aristóteles—decía el conferenciante—es indestructible, pero es preciso comprenderla y acertar a aplicarla según cada caso.

Extiéndese el erudito maestro en digresiones filosóficas de gran interés. Señala la poca consistencia de los argumentos de Ramús contra Aristóteles, y cita, por último, los nombres de secuaces de Ramús, algunos de gran notoriedad por su ciencia, prometiendo para la lección próxima, última del curso, un programa tan sugestivo como vasto, imposible realmente de cumplir para quien no tuviera su grande y envidiable cultura.

* * *

Puso fin a sus conferencias del presente curso examinando la influencia póstuma de las obras del ilustre pensador valenciano, en la cultura general de Europa y en la particular de nuestra Patria, trabajo éste—decía—que no podía ser contenido en el espacio que permiten una o dos conferencias—que son las que pudo

dar al asunto—, sino que merece ser tratado en un libro que debe componerse y que, seguramente, se escribirá.

Insistió mucho el maestro en la gran injusticia que con Vives se ha cometido por teólogos y filósofos de distintos países, que, no obstante conocer las obras del gran polígrafo que estudia, y nutrirse de sus principales ideas, llegan hasta omitir su nombre en los trabajos en que, por ser Vives el predecesor unas veces, el indicador otras, merecía muy distinta correspondencia.

Vives influye con sus obras mucho más de lo que hubiera podido influir con la enseñanza de sus doctrinas expuestas de viva voz, primero, por la vida relativamente corta de Vives; después, porque así sus opiniones hubieran sido recogidas de un número siempre reducido. Publicados sus libros en el centro de Europa y en el período interesante de la Reforma y del Renacimiento, pudieron ser y lo fueron, en efecto, muy conocidos y muy leídos, a lo que contribuyó, indudablemente también, el hecho de estar escritos en el lenguaje de los doctos y de los maestros de entonces.

Por esta causa, por razones de compañerismo unas veces, pues Vives era estimado y conocido por los maestros, y por el influjo que pudieron ejercer en los discípulos directos de Vives, fué un hecho la verdadera difusión de sus escritos. Pero Vives teólogo, Vives humanista, Vives gran cultivador de los estudios clásicos, aun cabiéndole la gloria de haber realizado el plan de sus importantísimas obras, no mereció de los contemporáneos ni de sus sucesores inmediatos la consideración a que tenía derecho.

El Sr. Menéndez y Pelayo enumera varios de los escritores que, debiendo a Vives la iniciación en muchos puntos teológicos, filosóficos o psicológicos de interés, muéstranse con él injustos.

Cita, entre ellos, a Pedro Ramús (ya aludido en pasada conferencia) que, a pesar—dijo—de que nada hay en él en lo fundamental de sus doctrinas que no esté en Vives, no menciona jamás a nuestro filósofo. Juan Sturm, cuya pedagogía está basada en la de Vives, y que, además, le sigue en el plan que propone sobre reforma de los estudios, observa igual conducta que Ramús.

Los maestros de las escuelas católicas no le tratan mejor. Ejemplo tenemos de esto en el juicio que de Vives hace Melchor Cano, quien dice de él que si estuvo acertado al señalar las causas de la corrupción, no lo estuvo al proponer el remedio.

Explícanse este desafecto y faltas de consideración a un pensador de tan grandes méritos como Vives, porque supo éste en medio de las generales disputas de su época, permanecer independiente sin afiliarse a escuela ninguna.

Esta desconsideración persistió entre los maestros de las Universidades católicas y protestantes del siglo XVII, y en mayor o menor grado ha llegado hasta nuestros días. Ni aun entre los mismos erasmistas, a pesar de los puntos de contacto que se señalaron entre las doctrinas de Erasmo y Vives, tuvieron los libros de éste la resonancia que merecían.

Detiénese el conferenciante a examinar el por qué no mereció mejor suerte nuestro filósofo, como predecesor importante y eficaz influidor en la reforma educativa. Analizó los juicios de Mayans y Forner entre los nuestros, así como de eruditos, franceses y alemanes, que afirman, conformes con Mayans, que Vives echó los cimientos para el gran edificio de la reforma científica que luego vino a completar el canciller Bacon.

El Sr. Menéndez y Pelayo pone las cosas en su punto en este respecto, diciendo que tal aseveración era cierta solamente en parte, porque Vives fijó la importancia de la observación, es cierto, y hasta acaso hay en él un sistema experimental embrionario, pero yo no veo en ninguno de sus escritos el *método de experimentación*. Si en lo tocante a la filosofía racional, Vives aventaja a Bacon, en la lógica, cuyos límites propende a restringir más que a ampliarlos, queda por bajo del Barón de Verulam.

El Sr. Menéndez y Pelayo extiéndese en este particular en definiciones de las doctrinas de Bacon y Vives; da el concepto del valor general que a su juicio tiene la inducción, y termina esta parte señalando las más profundas analogías que tiene Vives con la escuela escocesa.

Expone la tardía influencia de la filosofía de Bacon en el continente y las causas de ese retraso.

Estudia después la influencia de Vives en Descartes, menos visible—dice—que en Bacon. Hay, no obstante, más puntos de contacto en lo referente a la psicología experimental. En esto sí que fué Vives verdadero precursor de Descartes, y, desde luego, puede afirmarse que éste conocía, si no los textos vivistas, por lo menos los de aquellos que siguieron su dirección. Se extiende sobre

los puntos de contacto de la psicología de Descartes con la de Vives.

Estudia seguidamente el erudito maestro la clara influencia de la psicología de Vives en los pensadores de la escuela escocesa, y principalmente en el último de sus representantes, Willians Hamilton. Termina esta parte señalando asimismo las conexiones de las ideas vivistas con las de las dos Críticas Kantianas.

Estas analogías estudiadas, y otras que podrían presentarse, no quieren decir que en todos los casos nuestro filósofo haya sido plagiado. Sus doctrinas corresponden al fondo de la cultura general y esto produce no pocas dificultades para distinguir lo que puede ser copia o inspiración y lo que no es más que coincidencia ideológica. Mi criterio en punto a la originalidad de las doctrinas, es que pertenecen al último que de ellas se apodera y acierta a darles el sello de su personalidad.

«Esto—dice el Sr. Menéndez y Pelayo—es cuanto en este momento puedo decir por lo que toca a la filosofía vivista, pues lo que a la pedagogía afecta, me haría rebasar los límites de esta conferencia, y ya Lange, uno de los más entusiastas panegiristas de Vives, nos da hecho el trabajo en este punto.»

El tiempo que le quedaba al conferenciante al llegar a esta parte del estudio era muy poco, por lo que, en grandes síntesis, dijo algo acerca de la influencia de Vives en la cultura española. Expone de qué manera penetra su doctrina en los diversos estudios científicos del siglo XVIII, como renace y cobra fuerza en las escuelas de Valencia con Piquer, Juan Bautista Muñoz, Simón de Vier y otros. No paró aquí el movimiento de regeneración vivista, pues en el siglo pasado tenemos panegiristas fervorosos de nuestro filósofo, como Ricardo González Muzquiz, de Valladolid; José Joaquín de Mora y Andrés Bello, que en Cádiz el primero y en las Repúblicas americanas el segundo, trabajaron con entusiasmo en el campo científico vivista. Tales también Martínez Izala y don Francisco Javier Llorens, en Barcelona del último de los cuales puedo asegurar que atendía con predilección singular al pensamiento vivista en la psicología, la lógica y otras ciencias.

Tal es, sumarísimamente expuesto, lo que el Sr. Menéndez y Pelayo dijo como final del estudio de Juan Luis Vives.

(De la revista *Nuestro Tiempo.)*

ESTUDIOS
MENÉNDEZ-PELAYISTAS

LA MUERTE DE MENÉNDEZ PELAYO EN LA PRENSA EXTRANJERA

Muy cuerdo anduvo aquel que primeramente caracterizó a Menéndez Pelayo como «Insigne Polígrafo». La palabra hizo fortuna y ha quedado como enquistada en la fraseología ditirámbica de que se echa mano ordinariamente para hablar de nuestro gran crítico de literatura, de arte, de historia y, sobre todo, de *gusto*, dicho en *sabrosa* metáfora muy española, como nacida en nuestra patria, aunque en todas las demás haya adquirido ya carta de naturaleza.

Me viene a la pluma esta consideración al leer la prensa extranjera y principalmente la francesa, que en aquel mes de mayo de 1912 dedicaba artículos, algunos bastante extensos, a la muerte «d'un écrivain célèbre», «Un esthéticien espagnol», «Un grand critique espagnol», «Le plus grand historien espagnol», «Un grand écrivain catholique espagnol».

En muchos de estos artículos se ve desde las primeras líneas, al mismo tiempo que un propósito laudatorio, un desenfoque grande de la personalidad del sabio español, presentándole a los lectores como un hombre que almacenó todos los conocimientos humanos, un prodigio de memoria, un monstruo de retentiva aun en los más nimios detalles, un hombre a quien todo se le podía preguntar porque todo lo sabía; inmensa biblioteca viviente o enciclopedia siempre abierta por la página que a cada uno convenía leer.

Figura contrahecha y deformada la de este Menéndez Pelayo, que no solamente recorre las páginas de la prensa extranjera, sino a veces, las de la nuestra y que es, por desgracia, la que más ha penetrado también en las mentes populares; esas gentes candorosas que todo lo miden por la extensión y no por la profundidad; los

que se interesan siempre por la cantidad, no por la calidad; los visitantes de la Biblioteca del Maestro que aún preguntan si los 50.000 volúmenes que en ella se conservan los escribió todos Menéndez Pelayo; si es verdad que sabía hasta en qué página caía cada frase de cualquier libro y que leía dos páginas a un mismo tiempo.

«Son oeuvre est d'autant plus considérable que sa précocité tint de prodige. A vingt-deux ans il avait parcourut les principales bibliothèques d'Europe et le cycle complete des connaissances humaines.»

Con tan evidente exageración se expresaba un escritor francés en un artículo del *Journal des Débats* que transcribió gran parte de la prensa provinciana, al dar cuenta de la muerte de Menéndez Pelayo; artículo que por otro aspecto tiene juicios acertados e indica mayor conocimiento en esta materia del que era corriente entre periódicos franceses.

Este Menéndez Pelayo enciclopédico dista mucho de la realidad, como no puede ser menos, hoy que por tan inmenso campo se han dilatado los conocimientos humanos. Por eso, repetimos, que es acertadísima la frase de «insigne polígrafo» con que se ha caracterizado al hombre que escribió no de todas, ni aún de muchas siquiera, sino de algunas variadas materias de historia, de arte, de literatura, cimentándolas en una base filosófica y estética que es como el resumen del pensar y sentir tradicional de su pueblo, que ve en él su hombre más representativo, su genio nacional y su vate, tomado este vocablo en toda su significación etimológica. [1]

Creemos acertadísima la frase, aunque desviando su recta significación haya servido para la burda ironía de un anónimo periodista germano, que en le *Frankfurter Zeitung*, de 25 de mayo de 1912, con este mismo epígrafe en español de «Insigne Polígrafo», escribió un artículo en el que, a vueltas de sus lucubraciones sobre la ciencia y la sabiduría, lo único que demuestra es que de nuestro «ausgezeichneter Vielschreiber» conocía poco más que el nombre, y el aprieto en que se encontraba para, con tan escasos datos, llenar media ancha columna de su periódico.

---

[1] Sobre este concepto del polígrafo trata la primera de las conferencias de Menéndez Pelayo que reproducimos en este volumen e inútil será por tanto que insistamos.

Los españoles, afirma el articulista, no perciben el retintín irónico que la frase *insigne polígrafo* tiene en la versión alemana *ausgzeichneter Vielschreiber*. «El influjo siempre dominante sobre la cultura nacional de un clero de rígida formación escolástica ha asegurado en este país la perduración, casi siempre peligrosa, del concepto medieval del *Universitas literarum*. El tipo de sabio universal que la historia de la cultura medieval nos enseña no es hoy en España ninguna rareza, sino que por el contrario, responde al concepto popular de *sabiduría*. Sólo que la pretendida ciencia universal con harta frecuencia se convierte en universal ignorancia.»

Y por este camino continúa el autor divagando despectivamente y con grandes aires de suficiencia, sobre nuestra cultura memorialista, para decirnos no más que en cuatro líneas lo poco que a su noticia ha llegado sobre Menéndez Pelayo: que se le tiene por filósofo estético, historiador y filólogo, que ha sido dos veces diputado, que lleva la representación de la Academia Española en el Senado y que a los veintidós años fué nombrado catedrático (el escritor no sabe de qué) en la Universidad de Madrid.

Pero todo esto lo debía, añade como epifonema de su caliginoso divagar, a una inaudita memoria que se hizo proverbial y le fué fiel hasta última hora. «Und auch, nos dice repitiendo machaconamente su *graciosa invención*, diese korbaste Waffe des «insigne polígrafo» machte ihn zum typischen Vertreter des spanischen Bildungswesens, dessen ausgeprägt mnemotechnischer Betrieb durch ein wahrhaft chinerisches, von der Elementarschule bis zum akademischen Lehrsthul, sich erschreckendes Prüfungssystem sancioniert wird.»

Así es como se expresaba un periodista alemán sobre el hombre que tan bellas y atinadísimas páginas había escrito acerca de poetas alemanes como Goethe, Schiller y Heine; de críticos tan eminentes como Lessing y Winckelmann; de sabios y eruditos como los Humboldt y los Schlegel; de filósofos, tan separados de él doctrinariamente como Kant y Hegel. Sólo a ignorancia se puede atribuir tal desacierto, nota única de desafinación aun dentro de la prensa germana.

Si a un español le es difícil comprender el sentido irónico que el «ausgezeichneter Vielschreiber» encierra, más difícil, por lo visto, resultó para el periodista alemán, poco empapado en la cultura

latina, penetrar el hondo sentido humano que las palabras *Polígrafo, Sabiduría* y *Universidad* encierran. Ni el polígrafo es un enciclopedista, ni sabiduría es lo mismo que ciencia, ni Universidad significa universalidad de conocimientos científicos. Son conceptos éstos que precisamente se embrollaron al venir la época renacentista, con más ansias de ciencia *(scire)* que de saber o saborear *(sapere)* los conocimientos, con más espíritu de disgregación que de juntar amorosamente aquella universidad *(in unum vertere)* o conjunto de maestros y de escolares a la que dirigían nuestros Reyes, desde San Fernando y Alfonso el Sabio, sus pergaminos sellados, concediéndoles grandes privilegios. Si el tema no se saliera del marco de este artículo, lo desarrollaríamos extensamente de buen grado, que bien lo merece. Pero tampoco es cosa de tomar muy por lo serio éste que no fué más que un excepcional desahogo de un periodista para el que la mejor contestación hubiera sido aquellas palabras de Goethe: «Seit ich keine Zeitung mehr lese, bin ich ordentlich wohler und geistesfreier.»

Fuera de esta irreflexiva página del *Frankfurter Zeitung*, la prensa mundial, pero principalmente la francesa, dedicó grandes elogios a Menéndez Pelayo, reseñando en sus columnas las efemérides más culminantes de su vida laboriosa, las principales obras que a su pluma se deben, los talentos de un sabio español a quien, como dijo otro ilustre compatriota nuestro: *le apuntó el genio antes que el bozo.*

Noticias telegráficas breves comenzó a publicar la prensa francesa desde el día siguiente de la muerte del maestro: «Le grand écrivain espagnol Menéndez y Pelayo vient de mourir. On sait la place éminente qu'il occupait dans l'histoire et dans la littérature, et les savants travaux de critique auxquels il dut une célebrité universselle.»

«Il meurt relativement jeune, a l'age de 56 ans. Le Senat, dont il etait membre a levé ses séances en signe de deuil. Le Roi, le Gouvernement, la Nation entière ont senti et dit quelle perte ils venaient de faire. Tous les partis ont fait tréve pour célébrer le grand polygraphe qui a tant et si bien honoré la Patrie.».....

«Le ministre de l'instruction publique est parti pour Santander pour représenter le Gouvernement aux obsèques de M. Pelayo.»

«Il disparait, jeune encore, sur cette terre cantabrique ou vé-

cut et mourut un autre littérateur catholique comme lui, le romancier Pereda.»

Así iba la triste noticia rodando por las columnas de la prensa francesa y llegaba a los hispanistas amigos que se apresuraban a manifestar su condolencia en telegramas dirigidos a Santander.

Después de estos partes secos y meramente informativos, aparecen en los siguientes días estudios biobibliográficos cortos y enjuiciamientos sobre la obra del sabio español, enfocados desde muy diferentes puntos de vista.

Con el anagrama J. d'A., se publicó en varios periódicos de provincias un artículo, en el que se leían los siguientes datos sobre el insigne escritor español:

«Menéndez Pelayo né à Santander le 3 novembre 1856, fut l'élève favorit du grand professeur Milá Fontanals à l'Université de Barcelone. Comme nous l'avons dit plus haut, à 21 ans il conquit à la suite de rudes examens, la chaire d'Histoire critique de littérature espagnole à l'Université Centrale dont il prit possession le 22 décembre 1878.

»Déjà deux ans auparavant, la municipalité de Santander lui avait accordé une subvention spéciale pour lui permettre de faire un voyage d'études en Europe et de visiter les plus célèbres bibliothèques du vieux continent.

»En 1880, à peine agê de 24 ans Menéndez Pelayo succéda, à l'Académie Espagnole au célèbre Hartzenbusch, qui venait de décéder; il fut ensuite nommé membre de l'Académie de l'Histoire, de celle des Sciences Morales et Politiques et de celle des Beaux-Arts. Conseiller de l'Instruction Publique, il siégea à la chambre des Députés pendant la législature de la dernière année du regne d'Alphonse XII; la ville de Saragosse l'élut en 1890 au Sénat, mais la politique n'attirait pas l'illustre écrivain et il finit bientôt par s'en éloigner completement.

»En 1898 il fut nommé Directeur de la Bibliothèque Nationale, poste qu'il a conservé jusqu'à sa mort.

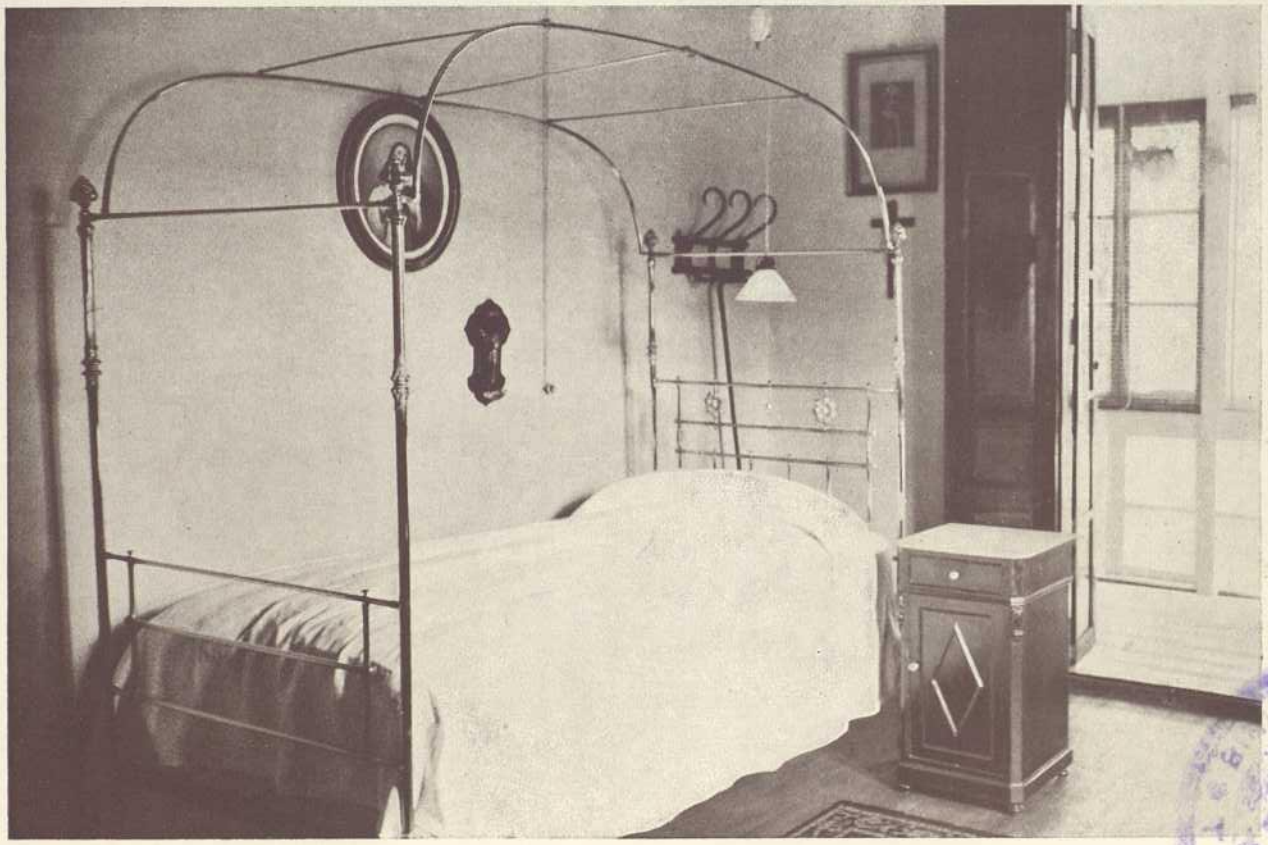
»Au milieu de ses études, de ses travaux, de son cours universitaire et des occupations de son poste à la Bibliothèque, il trouvait encore le temps de professeur à la chaire d'études supérieures qu'il avait créée à l'Aténée Royal de Madrid.

»Travailleur infatigable, chercheur toujours à l'affût de nouve-

lles choses à découvrir, d'une érudition phénoménale, Menéndez Pelayo laisse à l'Espagne un mouvement littéraire des plus achevés; son oeuvre embrasse tout, histoire, littérature, poésie, philosophie, critique, et est parfait dans toutes ses productions.»

Henri Toulouse, escribió en *Journal des Débats* de 26 de mayo un largo artículo que, unos en parte y otros en su totalidad, lo transcribieron también gran número de periódicos franceses. La biografía de Menéndez Pelayo se aumenta en este trabajo con datos, algunos muy exactos e íntimos, como los siguientes: «Logé à Madrid dans le vieil édifice de l'Académie de l'histoire, mal installé dans un méchant cabinet, à peine meublé, privé d'air et de lumière, —indifférent à tout ce qui n'était pas vie de la pensée ou travail de l'esprit—, il s'occupait a rédiger des articles ou à préparer des travaux de plus longue haleine; chaque dimanche à quatre heures il recevait ses amis dans une *tertulia* intime; puis, le printemps venu, l'âme en joie, il partait pour six mois à Santander. Là il retrouvait, avec une émotion toujours nouvelle, non pas seulement les souvenirs de son enfance, mais l'admirable, la merveilleuse bibliothèque qu'il avait lentement constituée, qu'il enrichissait chaque jour et qui est, peut-être, le plus éblouissant de ses chefs—d'oeuvre. Pour elle il avait fait construire au bout du jardin paternelle un édifice approprié, car autant il était dur à lui-même, autant il abondait en prévenances pour ses chers volumes. Dans cette enceinte sacrée, où trois salles immenses suffisaient à peine à renfermer les manuscrits précieux, les exemplaires uniques, les documents inestimables, il s'installait à sa table de travail et il n'en bougeait guère. De la main tous les secours souhaités, il s'abandonnait à ces fringales de science, à ces débauches de travail qui le faisaient ressembler aux grands humanistes de la Renaissance. Sa prose nuancée et harmonieuse couvrait d'innombrables feuillets sans une seule de ces ratures, sans aucun de ces repentirs que les écrivains moins robustes n'évitent pas. A l'approche de l'hiver, lorsque l'heure sonnait de regagner Madrid, les «vacances» enfin terminées, ç'étaient souvent deux volumes entièrement achevés, qu'il emportait avec lui.»

No solamente la prensa de derechas, sino la neutra y a veces hasta la francamente izquierdista, hace destacar la profunda fe religiosa de Menéndez Pelayo, que confirmó con su vida ejemplar y con sus escritos.



HABITACIÓN DONDE MURIÓ MENÉNDEZ PELAYO

«M. Menéndez Pelayo était profondément catholique. Au Congrés Eucharistique de Madrid il célébra les gloires de l'Eucharistie.

»L'inmense mayorité des espagnols l'avait proposé pour le prix Nobel contre l'anticlerical Pérez Galdós.»

«Il obtenait au concours à l'Université de Madrid, la chaire d'Histoire de la littérature espagnole. Dans une séance restée fameuse de ce concours il avait affirmé ses convictions catholiques au début d'une leçon en dessinant sur son front, sur ses lèvres, sur sa poitrine, à la mode espagnole, un triple signe de croix. Il n'a jamais renié ce geste. Une de ses premières publications fut, en trois volumes, et avec le visa de l'autorité ecclésiastique, une *Histoire des Heterodoxes espagnols.*»

«Ce qui distingue surtout Menéndez Pelayo dans ses travaux, c'est l'inaltérable et constante profession de foi catholique qui en marque toutes les lignes, c'est ce parfum de vrai croyent qui se dégage de toutes ces pensées, de toutes ses pages, de tous ses livres. Certes, ce fut un croyent, comme il en reste encore en Espagne, un croyent de vieille roche, un croyent convaincu soutenant très haut, avec crânerie et orgueil, son titre fier de catholique de la vieille école... Et il ne se cachait pas pour l'écrire, pour le dire, pour le proclamer tout haut, à la face de tout le monde, dans ses discours si éloquents. Menéndez Pelayo est l'un des rares prefesseurs universitaires espagnols, le seul même, je crois, qui ait ossé faire en un discours, en ces temps de scepticisme railleur, le panégyrique fervent et prendre la défense de l'Inquisition espagnole si bafouée on peu partout.»

Tal vez ningún francés en estas breves impresiones de una hoja volandera diaria, ha sabido juzgar más certeramente la labor literaria de Menéndez Pelayo y su espíritu de artista, que el ya citado Henri Toulouse en los siguientes párrafos que con gusto transcribimos:

Profondément sensible à la beauté littéraire, poète lui-même comme il l'a prouvé dans un recueil exquis, amoreux jusqu'à l'idolatrie de toutes les gloires espagnoles, fils déférent d'une patrie toujours grande malgré ses misères, il se livrait en toute sincérité aux impressions qui naissaient en lui de ses immenses lectures. Derrière les oeuvres, il dressait avec une intuition toujours sûre la figure des auteurs, et ceux-ci, il les traitait en vieilles con-

naissances, en amis de longue date, qui pour lui n'avaient pas cessé de vivre: je l'ai vu rire aux éclats d'un trait de je ne sais quel auteur du quinzième siècle que l'on évoquait devant lui, comme s'il se fût agi d'une frasque de sa propre vie d'étudiant! Saisi et dominé par ce commerce tyrannique avec les écrivains de jadis, ramené dans le passé par la suggestion qu'ils exerçaient sur lui, il n'avait pas d'effort à faire pour parler d'eux. Sa critique vivait; elle *évoquait* et elle *suggerait*. Et c'est par ces deux traits, je crois, qu'on le définirait le mieux.

»Tous ses ouvrages tiennent beacoup plus qu'ils ne promettent. Son *Anthologie des poétes lyriques espagnols* (13 volumes publiés) est bien autre chose qu'un recueil de morceaux choisis; c'est une histoire, singulièrement riche, de la littérature espagnole jusqu'au seizième siècle. Son *Histoire des idées esthétiques* (9 volumes) déborde des limites de l'Espagne et s'étend à l'Europe entière. Dans son édition des *Oeuvres dramatiques de Lope de Vega* (12 volumes publiés), dans son édition des Romans espagnols antérieurs à Cervantes (3 volumes publiés), ce qui l'a le moins préoccupé, c'est d'éditer les textes. Il a voulu surtout tracer le protrait des auteurs, interpréter et faire comprendre leurs oeuvres. Ce qui lui a un peu manqué, c'est l'ordre et la méthode: il laisse inachevées la plupart des publications qu'il avait entreprisses, et ses écrits ne s'interdisaient pas les disgressions, où l'on fait parfois à sa suite les rencontres les plus imprévues et d'ailleurs les plus charmantes... Helas! il est arrivé un grand malheur à l'Espagne d'aujourd'hui. Les héros de la littérature ont perdu en Menéndez Pelayo le plus chevaleresque, le plus dévoué, le plus invencible de leurs champions, le plus authentique de leurs héritiers.»

Aunque en todo este concierto de alabanzas haya alguna que otra pequeña desafinación, por insignificante y como de pasada, no merece la pena de mencionarlas.

Las anécdotas pintorescas, y no siempre muy exactas, a que tan aficionado se muestra el ingenio francés, se encuentran también de vez en cuando en estos artículos necrológicos de la prensa diaria.

«L'Académie Espagnole, pour bien marquer ce sentiment, à décidé de laisser sans titulaire le fauteuil devenu vacant par le décés de Menéndez Pelayo; même mort, Menéndez Pelayo continuera à siéger, en pensée, parmi ses collégues académiciens et son

fauteuil endeuillé deviendra le culte du souvenir.» Linda idea que pasó por la mente del periodista que escribió estas líneas; pero que no se sabe que llegara a ningún cerebro de académico español.

«Je sais de lui un trait touchant: en bon espagnol, il s'attardait au lit le matin, mais il n'y restait pas oisif; ses livres les plus precieux à ses côtes, il rédigeait d'une plume alerte la matière d'une publication prochaine. Un beau jour quelque faux mouvement renversa l'encrier copieusement rempli: notre travailleur saisit aussitôt ses incunables et constata qu'ils étaient indemnes. Alors, ressuré, l'esprit tranquille, il s'écria sans même remarquer les flaques noires qui souillaient la blancheur des draps: «Par bonheur, il n'est rien arrivé.» Et il se remit à la besogne.»

Pero no fué solo la prensa diaria la que dedicó en Francia artículos necrológicos a Menéndez Pelayo, sino que también los hispanistas más prestigiosos hicieron estudios, profundos y extensos, de la labor literaria del sabio español que acababa de desaparecer. En la *Revue Hispanique, Mercure de France, Le Polybiblion, Le Partenon, Revue de deux Mondes, Bulletin Hispanique* y hasta en algunas revistas españolas fueron apareciendo firmas prestigiosas de estudiosos extranjeros de nuestras letras, como Merimée, G. Cirot, Vézinet, Maseras, Morel-Fatio y otros. No hemos de recoger aquí estos estudios, ya muy divulgados; pretendemos únicamente espigar, como muestra, algunas ideas expresadas en las páginas menos conocidas de estas publicaciones.

«Il n'est pas aisé de résumer en quelques pages l'oeuvre du grand critique littéraire que fut Marcelino Menéndez Pelayo, décédé à Santander, sa ville natale, le 19 mai dernier. Quoi qu'en dise l'opinion espagnole, la mort de Menéndez Pelayo n'a pas eut en Europe le retentissement mérité, ce qui prouve l'isolement de la littérature castillane et le regrettable oubli dans lequel vit la sciencie espagnole. Mais ce n'est pas ici le lieu d'insister sur ce sujet, que les érudits français qui s'occupent spécialement du mouvement littéraire espagnol seront les premiers à reprendre. Hâtons-nous de dire que par la mort de Menéndez Pelayo l'Espagne perd un de ces rares talents qui résument à eux seuls toute la sciencie d'un peuple et d'une époque. Ce n'est point là une exagération. L'oeuvre du grand critique est si considérable, d'une telle profondeur et d'une telle étendue, que l'on est émerveillé à la pensée qu'elle n'est due qu'à

l'effort d'un seul homme.....

»D'abord, et sans vouloir étudier l'homme, lequel reste effacé sous l'énormité de son oeuvre, nous nous trouvons en présence de l'humaniste et du poéte. Humaniste, il l'a toujours été, et dans ses premiers essais et dans ses derniers ouvrages. Epris des littératures anciennes, pendant qu'il goûtait les auteurs grecs et latins, il les traduisait et les imitait. Rien de plus frais que ses versions de Théocrite, de Moschus, de Martial et d'Horace, qui lui valurent l'éloge de Juan Valera, le délicieux traducteur de *Daphnis et Chloë*. Un de ses premiers livres est un volume sur l'influence d'Horace en Espagne. Là le jeune humaniste offre le grand lyrique latin aux poètes castillans comme l'unique modèle. En cela, Menéndez Pelayo suivit l'exemple de Fray Luis de León, qui, déja au seizième siècle, avec des pensées nouvelles faisait des vers antiques.....

»Mais, poète, il ne s'éloigne pas du calme et de la sérénité qu'il admire chez les Grecs et les Latins; il rêve de l'éternelle jeunesse, de la vigueur et de la clarté qu'il trouve chez Horace. Il écrit des odes et des épîtres où sont mélangés le sel attique et le miel de l'Hymette, où l'on retrouve l'ambitión qu'eurent Goethe, Foscolo, Léopardi et Chenier de faire revivre la muse antique. Et. il y parvient, avec maëstria, avec inspiration même.....

»Erudit avant tout, imbu des enseignements du maître Milá y Fontanals qui contribua si brillamment à éclaircir l'histoire littéraire du moyen âge en Espagne et apporta à la science critique de nouvelles méthodes d'investigatión, il explique et commente la formation, l'essor et la décadence de la poésie pupulaire et classe et réhabilite tous les anciens poétes espagnols. Il a étudié le *Romancero* dans un traité que fait autorité et dit les qualités des poémes dont ce recueil se compose: l'art de condenser en peu de traits une situation et de dresser la figure d'un héros, la vive précision des descriptions, l'elan impétueux de la narration, la manière brusque et rapide d'éluder les transitions, la rapidité excessive du dialogue, la nerveuse franchise du style.....

»La liste des travaux critiques et philosophiques de Menéndez Pelayo prendrait plusieurs pages du *Mercure*. On sent dans tous que l'auteur parle toujours de choses sues, méditées, recherchées consciencieusement. On ne peut qu'admirer, outre sa puissance de travail, son érudition inmense.....

»Avant de réhabiliter le passé intellectuel de sa patrie, Menéndez y Pelayo dut d'abord restaurer, et presque à lui seul, l'érudition nationale. Depuis qu'avec Herder, Schlegel, Wolf, les Allemands eurent remis en honneur les lettres castillanes, seule l'Espagne était restée à peu près indifférente, sinon hostile, à ce grand mouvement de réparation littéraire; comiquement convaincue qu'elle ne saurait sortir d'une postration séculaire qu'en empruntant à l'étranger ses derniéres nouveautés, comme, par exemple, des systèmes philosophiques aussi médiocres et inadaptables que le *rationalisme harmonique* de Krause, elle dédaignait de collaborer avec les peuples voisins à sa propre histoire, et pensait naïvement ne pouvoir redevenir européenne qu'en cessant d'être espagnole. L'enseignement philosophique et littéraire était réduit à la phraséologie la plus creuse. C'était le temps oú un rhéteur, comme Castelar, s'amusait à écrire de mémoire une Histoire de la Civilisation durant les cinq premiers siècles du Christianisme, triomphe de l'improvisation la plus effrontée et d'une folle emphase. A Menéndez revient le mérite d'avoir, par son exemple, imposé à ses compatriotes, outre l'amour de l'étude, l'apprentissage de la méthode critique la plus rigoureuse, le souci d'une documentation précise, une sage défiance de l'improvisation.....

»Sans doute aurons-nous l'occasion de revenir sur quelques-uns des aspects originaux de cette vaste encyclopédie, si, comme nous en avons l'espoir, la réedition à peine commencée des oeuvres du célebre critique continue, malgré sa mort. L'Espagne se doit à elle même de faciliter, dans la péninsule aussi bien qu'à l'étranger, la connaissance d'un des plus beaux monuments qu'on ait élevés a sa gloire passée, un de ceux aussi qui favoriseront le mieux sa renaissance. L'influence exercée par le restaurateur de la tradition nationale ne portera vraisemblablement que plus tard tous ses fruits: elle a pourtant été, du début à la fin de sa carrière, chaque jour plus efficace.»

Completemos estas notas de la prensa francesa con algunas, aunque breves, pues la extensión del artículo no nos permite otra cosa, de las que los periódicos de varias naciones publicaron también con ocasión de este gran duelo que sufrió la patria española. Algo hemos indicado ya respecto a Alemania, pero como aquel tono desabrido que reseñamos no fué más que una excepción den-

tro de la prensa germana, bueno será que transcribamos algunos de los juicios laudatorios sobre la gran figura de Menéndez Pelayo.

«Es fällt schwer, das Schaffen und Bedeutung Menéndez y Pelayo in einem der üblichen Worte zu erschöpfen. Gelehrter, Literarhistoriker, Kritiker, alles das und noch viel mehr war er. Als Menéndez y Pelayo als frühreifer Jüngling mit hervorragend literarischen Neigungen auf der Universität Barcelona phillologisch-philosophischen Studien oblag, die er in Madrid durch Erlangung der Docktorwürde krönte, setze er alle, die mit ihm in Berührung kamen, durch seinen bewundernswerten Fleiss um sein ausserordentiches Gedächtnis, in Erstaunen.»

No es singularidad, pues ya veremos inmediatamente cómo la prensa de otros países lo hace también, que los diarios de Alemania procuren destacar en la necrología de Menéndez Pelayo todos aquellos hechos y anécdotas que más de cerca se relacionan con su patria.

«Cuatro años más tarde de haber ganado la cátedra, dice un articulista, hacía su entrada Menéndez Pelayo en la Academia de la Lengua Española, como sucesor de don Juan Eugenio Hartzenbuschs, el hijo de un ebanista de Schwadorf de Colonia.»

«Cuando la noticia de su muerte en Santander se hizo pública, daba la Orquesta Filarmónica Madrileña un concierto que fué interrumpido inmediatamente. El maestro Arbós dirigió la ejecución de la impresionante marcha fúnebre del «Ocaso de los Dioses» en honor del ilustre muerto.

»Con lágrimas en los ojos abandonaban la mayoría de los espectadores la sala del concierto.»

El sesudo *The Times*—y él dió tono a la prensa inglesa, que limitó sus informaciones casi a copias y estractos de este periódico—nos habla, perdiendo un poco los estribos, del *carácter exclusivamente nacional de la obra of Señor Marcelino Menéndez Pelayo*, y a esto atribuye que su nombre no sea más familiar entre el público culto de Europa. Sin embargo, añade: «The announcement of his death vill carry with it an acute sense of personal los to any one who has, even for a moment, seriously turned his attention to the study of Spanish literature.»

Aunque el escritor entre los datos bibliográficos que a continuación da cita la *Historia de las Ideas Estéticas en España*, no conocía seguramente más que el título de la obra y no se enteró

de que como antecedente al entrar en el estudio del siglo XIX español, Menéndez Pelayo—aunque a él le parece tan poco europeo y que no supo concentrar su atención más que en la literatura española—hace un extenso estudio de las principales literaturas e ideas estéticas y filosóficas de varios países de nuestro continente y entre ellos de Inglaterra, sobre cuyos poetas dejó escritas muy bellas páginas y juicios que contenían bastante más que la *subtilty of critical instinct and a sanity of judgment*, que el escritor inglés a duras penas le concede.

En Italia se había oído más el nombre de Menéndez Pelayo. Sus estudios sobre clásicos latinos, los mismos trabajos de literatura española, que tanto contacto tienen en muchos puntos con la de Italia, sus viajes de joven por este país, sus numerosas amistades con hispanistas y profesores de aquella nación, extendieron, aun fuera del círculo de los eruditos, la fama del sabio español.

Y se dió un fenómeno muy semejante al de Francia: que al morir Menéndez Pelayo la prensa quiso delinear su figura y la vió, aunque muy grandiosa, algo desdibujada y como en sombra. Por eso en la mayoría de las notas necrológicas de la prensa italiana eflora una retórica hueca, que si algo la salva es el buen deseo y la amistad que muestra hacia las cosas de España.

Sirvan como ejemplo los siguientes párrafos que recortamos:

«Scrivere, dire di questa potente e rara mentalità, della ricchissima e profonda opera sua, dell' enorme potenza cerebrale, del prodigioso laboro intellettuale che la sua svariata, multiple e colossale produzione suppone, è compito impossibille. Non una pagina, ma dei volumi interi occorrono, e menti superiori che possano comprenderlo, dopo averlo lungamente ed accuratamente studiato.

»Non è facile trovar nella terra uno uomo che possegga la sua colossale cultura; temperamento essenzialmente indagatore, fibra da studioso, filosofo nell' anima, natura salda, ferrea, senza rilasciamenti nè stanchezze il tutto secondato da una memoria prodigiosa. Gli bastava leggere una volta un libro per ricordare i piu facili dettagli...

»Senza dubbio, Minerva aveva segnato col suo dito la via di questo uomo privilegiato e nessuna difficoltà, nessuno ostacolo potè arrestare la potenza del suo straordinario talento.

»La qualità, e la quantità delle opere sue è tale da poter cons-

tituire, per se sola, la piu completa Biblioteca di Filosofia e Lettere...

»Forse dalla terra avara uscirà un fiore, e questo fiore non puó essere altro che la *viola del pensiero*, emblema gentile del profondo pensiero e della scienza immortale del gran filosofo.»

Y sin dejar de hacer retórica como sus paisanos periodistas; pero retórica de más altos vuelos, un espíritu muy cultivado, un profesor de extraordinario talento, íntimo amigo y profundo conocedor de la obra toda del maestro, escribió una bella página que se ha hecho ya clásica al hablar del Genio de nuestras letras.

«Maestro e educatore vero di una nazione intera, risorta con lui ad un nuovo ideale di vita e conscia infine del suo valore, della sua nobile missione! Era presente in tutto, duce, per volontà di Dio, di tutte le schiere degli studiosi in patria, esempio memorando di operosità, di volontà tenace e ferrea, di saggezza e rettitudine, rispettatissimo, veneratissimo, dovunque è amore per le glorie de Spagna e i tesori suoi indistruttibili d'arte e di scienza. La voce sua era come la voce di un popolo entero; nel suo cuore era il palpito del cuore dei milioni; il suo lavoro era el lavoro di dieci accademie congiunte. Come por disposizione divina ponevasi alla testa di ogni impresa tentata, per accrescere vigore allo studio, per investigare, valutare, ordinare il gran patrimonio di cultura tremandato dai secoli. Tuto assimilava con prodigiosa prontezza; e penetrava ovunque col suo geniale intuito. Ogni difficoltà cadeva dove lui s'affacciava. Dal raggio del suo pensiero tutto riceveva luce; dal calore della sua anima tutto aveva moto e vita. E non troneggiava como un Dio questo possente suscitatore di energie; agli alti rumori mondani preferiva i profondi silenzi; si raccoglieva romito nel santuario della sua coscienza; viveva solitario, stendeva le opere sue maggiori nel suo asilo di pace a Santander.»

También los periódicos portugueses se ocuparon y, en general, con acierto y simpatía para nuestra nación, de presentar a sus lectores la figura gigante que la muerte había arrebatado a la hermana España.

«Esta morte representa para Espanha uma perda incalculavel, E' como um tesouro perdido repentinamente num naufragio.

»D. Marcelino Menéndez y Pelayo dispunha, em grau insupera-

vel, de duas grandes forças: unia ás energias do cerebro mais vigoroso uma potencia de trabalho absolutamente fenomenal.

»Nenhum outro escritor desentranhou como ele, dos arcanos da historia, o verdadeiro espirito da raça espanhola.

»Atribuia grande poder ao renascimento da alma poetica do povo, explorando as fontes antigas como unico puro manancial de seiva vivificante.

»Conta-se que quando um dia, nâo distante, alguem lhe falou (tal vez expressamente por ouvil-o) no triunfo dos poetas exoticos modernistas, respondeu: «Qual triunfo nem meio triunfo! Napoleao conquistou o mundo com a sua receita—«dinheiro, dinheiro e dinheiro», para conquistar Espanha nâo ha mais receita que esta —«Romanceiro, Romanceiro, e Romanceiro.»

Quede por cuenta del periodista portugués la veracidad de la anécdota; yo lo único que afirmo es que *è ben trovato*, y responde muy exactamente al espíritu y doctrina del incomparable estudio del gran polígrafo español sobre nuestros romances viejos.

Si todo el anecdotario, que con ocasión de la muerte de Menéndez Pelayo, se recordó en la prensa, inventado unas veces y desfigurado otras, estuviese tan de acuerdo como éste que acabamos de transcribir, con lo que fué médula viva del pensamiento y obra del maestro, nada tendríamos que objetar a la fantasía desbordada de algunos periodistas extranjeros que nos pintaron al biografiado repitiendo memorísticamente páginas y páginas de libros, que con una ligera ojeada había aprendido, o aburriéndose en su magnífica biblioteca de 50.000 volúmenes escogidos por no tener ya nada nuevo que gustar.

No, aún le quedaba mucho que hacer, mucho que leer y escribir a quien se llamaba con deleite perpetuo estudiante, al incansable trabajador de nuestras letras que, desde niño casi, empezó a bucear en el pasado glorioso de la patria y a encender nuevas luces que iluminaran nuestras rutas en el porvenir.

Este afán insaciable de estudio, de beber continuamente ciencia para convertirla en sabiduría, es lo que expresó el maestro en su lecho de muerte, mirando a la biblioteca que encerraba sus libros y de la que había dicho modestamente, pero con indudable verdad, que era su mejor obra: «¡Qué pena morir cuando tantas cosas tenía que hacer!»

Frase que, rodó por las columnas de la mayor parte de los periódicos de Europa escrita en las más variadas lenguas:

«Wie Schade zu sterben, da ich noch so viel zu lesen hatte!»

«How sad to die when I have so much to learn!»

«Peccato, dover morire, cuando mi restava ancor tanto da fare!»

«E' uma pena morrer cuando eu tinha tantas cousas que fazer!»

«Quel dommage! Mourir quand j'avais encore tant de choses à lire!»

ENRIQUE SÁNCHEZ REYES.

MENÉNDEZ PELAYO Y LA CULTURA ITALIANA [1]

Como todos sabéis mejor que yo, a propuesta del alcalde, el Ayuntamiento de Santander votó por unanimidad el día 28 de enero de 1876 el acuerdo de poner a disposición del Dr. D. Marcelino Menéndez Pelayo la suma de tres mil pesetas y de invitar a la Diputación a hacer otro tanto para que aquel joven tan extraordinario por su ingenio y saber pudiese trasladarse al extranjero, para ampliar sus conocimientos con seguro provecho para la cultura nacional.

Un viaje por Europa es una perspectiva que en la juventud, cuando hierve en el corazón el deseo de ensanchar los horizontes de nuestro destino y es más acuciadora la curiosidad de conocer hombres y cosas lejanas, nos sonríe siempre lisonjera y tentadora, semejante a una bella y aun no conocida aventura. Mas, si don Marcelino acogió la oferta con alegría y con profunda gratitud, lo hizo sólo pensando en lo que esto significaría para sus estudios, y pronto, en su mente despierta e infatigable, germinaron proyectos de vasta investigación bibliográfica que de un lado le llevarían a conocer mejor la literatura extranjera y de otro a encontrar algunos de tantos libros del Siglo de Oro que, no obstante la riqueza de su contenido, permanecían olvidados en los estantes de tantas bibliotecas diseminadas por el mundo. Proyectos graves y de gran entidad, como veis, que únicamente un cerebro privilegiado como el de Menéndez Pelayo podía concebir a la edad de sólo veinte años. Sin embargo, señores, estoy seguro de que, al lado de esta preocupación por acrecentar su cultura, un deseo de belle-

[1] Conferencia pronunciada por su autor en la Biblioteca de Menéndez Pelayo de Santander con motivo del XXVII aniversario de la muerte del Maestro.

za ardía en su alma. Un dulce sueño, hecho sólo de poesía, de entusiasmo y de amor debía aletearle en torno al espíritu apresurándole la partida para poder convertirse en realidad. Esta llama de belleza, este sueño de poesía se llamaba: Italia... Roma.

De su pensamiento ya se había nutrido abundantemente y sus escritores le eran familiares al par que los españoles. Cuando, dos años antes, en Barcelona habían brotado de su alma jubilosa los primeros versos de amor en alabanza de su dulce Epicaris, no supo hacer nada mejor que parangonarla con la Beatriz de Dante y con la Laura de Petrarca.

> Tal a su Laura concibió el Toscano,
> tal adorara en Beatriz el Dante
> que puso en ella del saber divino
> símbolo eterno.

Y resonancias de la *Vita Nuova* y aromas petrarquistas encontraremos aún más tarde en su lira siempre que la inspiración le mueve a cantar la dama de sus pensamientos.

Se comprende, pues, que, tras una breve estancia en Portugal, lo estrictamente necesario para realizar ciertas indagaciones, se apresurase a partir para Italia, a donde llega en enero de 1877.

¡Roma! ¡La ciudad de Horacio, el poeta por excelencia de sus sueños de humanista! La impresión que de Roma recibe fué de admiración mezclada de tristeza por su pasado imperial que a la sazón no veía reflejado en el presente y del cual aún no podía preveer la resurrección. Admiración y tristeza que expresó en un soneto pocos meses más tarde.

Nada el tiempo ha respetado:

> No ya del triunfador por gloria rara
> siguen al carro domeñados reyes,
> ni de Clitumno los hermosos bueyes
> en la pompa triunfal marchan al ara.

I bei giovenchi dal quadrato petto de la oda carducciana *Alle fonti del Clitunno*, escrita y publicada tres meses antes, se parecen demasiado a los *hermosos bueyes* del poeta español para que no se descubra inmediatamente la directa descendencia.

Después de Roma, visitó Nápoles, Florencia, Bolonia, Milán y Venecia. Revisó y rebuscó todas las bibliotecas, descubriendo

viejos y olvidados autores de su patria, especialmente teólogos, que desde hacía siglos dormían plácidamente en el fondo de sus estanterías; copió manuscritos, tomó voluminosos apuntes de incunables y de libros raros, muchos de los cuales compró, y, cargado de un nuevo y magnífico bagaje de saber, volvió a España en el mes de mayo pasando por París y Bruselas, donde se contentó con una fugaz permanencia.

Sus viajes al extranjero pueden considerarse reducidos a este viaje a Italia. Había conocido la patria de Horacio y de Dante y esto le bastaba. El resto de Europa le interesaba sin duda; no podía ser de otro modo tratándose de un espíritu como el suyo abierto a todos los conocimientos y ávido de saber, pero para el resto de Europa le bastarían los libros: no le seducía hasta el extremo de obligarle a ponerse otra vez en camino.

En cambio, Italia era otra cosa. Aquella Italia que, apoyándose cada día más en su tradición, volvía a construir la propia ciencia «emancipada igualmente de la servidumbre francesa y del magisterio alemán». No nos lo confiesa nunca explícitamente, pero la tierra del católico Dante y del helénico Hugo Fóscolo, fué para él su segunda patria: cientos y cientos de páginas de sus libros y discursos están para demostrárnoslo. Aquel fondo de orgullo español que justamente tiene y que, por la naturaleza misma de su misión histórica, no lo abandonará nunca, se atenúa o se amortigua sólo cuando habla de su hermana mediterránea. Hablando de franceses o de cosas francesas, usaba, acaso sin darse mucha cuenta de ello, muy otro lenguaje. Las disposiciones de ánimo no eran ya las mismas; los errores y la disconformidad de opinión de los franceses le irritaban casi siempre y le empujaban a la polémica que, a veces, se revestía de un tono casi agresivo; con los italianos dialogaba siempre con plácida dulzura, sin perder nunca su bondadosa serenidad, aún tratándose de expresar pareceres contrarios. El suyo fué, se comprende, un amor de literato; no podía ser de otro modo en un hombre nacido para vivir solamente en medio de los libros.

Mientras permaneció entre nosotros, escribió cinco cartas a su amigo y paisano José María de Pereda, que la revista santanderina *La Tertulia* iba publicando a medida que llegaban. No esperéis en ellas cáusticas o maliciosas observaciones a lo Montaigne, ni tampoco sentimentales confesiones Stendhalianas. Son cartas, di-

gámoslo francamente, más bien áridas para un joven de veintiún años; son temas sólo de bibliotecas y de libros los que en ellas se tratan. Se diría que rehuía el contacto con los vivientes. Apenas nos habla de Don Vito Fornari, el docto prefecto de la Nacional de Nápoles, cerca de quien se había hecho preceder por una solemne epístola latina, fechada en Santander, anunciándole su próxima llegada. Se dice que el buen Fornari que, llegado el momento, se apresuró a correr a la estación para recibirle con todos los honores debidos, quedó un poco desconcertado cuando se vió ante un imberbe muchachito con una gruesa maleta en la mano y con una expresión de inmatura adolescencia, más acentuada aún de lo normal. ¿Es posible que fuese verdaderamente aquél el famoso profesor español de quien había oído hacer ya muchos elogios? Mas la admiración por el estudioso no tardó en volver a él. Bastó que don Marcelino se pusiese a hablar.

Nápoles fué la única ciudad que acertó a arrancarle una rápida frase en que vibra un poco de entusiasmo por la vida externa y se respira un poco de aire puro y de luz. Mas, si nos conformamos con la austeridad del viajero, y buscamos, como hacía él, la alegría de la vida sólo en la intimidad del espíritu y en la voz jamás muerta de la poesía, entonces también estas cartas sabrán hablarson con un lenguaje de pasión que resplandecerá especialmente al recuerdo de la histórica, providencial e inevitable fraternidad italo-española. Dios quiere, escribe desde Roma, «que las dos penínsulas hespéricas, principal morada y asiento de la raza latina, se comuniquen eternamente la vida y la muerte, las tinieblas y la luz, siendo a veces influyentes y a veces influídas, cual cumple a sus particulares destinos y al general de la humanidad que, en Italia y en España ha visto cumplirse algunas de sus más prodigiosas evoluciones».

Volvió a la Patria con una óptima impresión de los italianos, pueblo que poseía la gran virtud de no renegar jamás, a cualquier secta que perteneciese, de la historia de su antigua ciencia; y llena el alma del sol de Roma y del perfume exquisito de nuestra poesía.

¡Los espléndidos y sonoros versos de Vincenzo Monti! ¡La gracia «áttica» de los «Sepolcri»! ¡La alada inspiración de la fe en los «Inni» manzonianos! ¡Y Giacomo Leopardi!

Titán vencido, pero no domado

como cantaba en la «Oda a Cabanyes»: «El lírico de la forma pura y de la armonía clásica, aquel que más se ha acercado a los antiguos por tales condiciones», como escribía al amigo Pereda.

Y continuaban, nuestros cantos, zumbándole dentro agradablemente, aun a la orilla del áspero Cantábrico. ¿Por qué no intentar traducirlos? ¿Al menos los más bellos? Y los favoritos fueron Monti, Fóscolo y Leopardi.

Del primero tradujo los cuatro sonetos a Judas, del segundo los «Sepolcri» y de Leopardi la «Palinodia».

El rígido católico Leopoldo Augusto de Cueto, que se encargó de presentar al público por primera vez estas y otras traducciones poéticas del joven literato, habría preferido que la selección de Menéndez Pelayo recayese sobre el Manzoni o sobre Terenzo Mamiani. Los impíos endecasílabos de los «Sepolcri», donde se piensa en la gloria terrestre y no en el cielo, le hacían horrorizarse. ¿Era posible que los gustos por el arte pagano deslumbraran al traductor hasta tal punto? ¡Lástima! ¡Un joven de tan prometeder ingenio! ¿Por qué escoger a Hugo Fóscolo y no antes a Lamartine o a Klopstock? ¿A qué esperaba Laverde para volver al buen camino a su discípulo?

Mas, ¿cómo matar en el ánimo de don Marcelino la «gracia de la Grecia», por decirlo con una frase que le era querida, o la potente sugestión de la latinidad? ¿Cómo podrían las amonestaciones de los demasiado rígidos censores arrancarle de la hechicería de las Musas antiguas y separarle de la serenidad riente y abierta del mundo clásico? ¿Cómo borrar el Renacimiento de su espíritu sin mutilarlo? Ninguna fuerza acertó a destronar sus ideales, tanto más si estaban revestidos de belleza.

Bajo el signo de la belleza fué como él comunicó con Italia. En la «epístola» poética a los amigos santanderinos, evoca la Florencia medicea para presentarla como ejemplo a su ciudad:

> Y no olvides jamás, patria adorada,
> que fueron, como tú, de mercaderes,
> cuna y albergue Rodas y Florencia;
> recuerda que el magnífico Lorenzo
> no fué educado en el feudal castillo
> que alzó el señor germano entre las ruinas
> de la inmortal, helénica cultura,
> sino en la abierta florentina lonja:

y de aquel mercader so el regio manto
medró la ciencia, sublimóse el arte:
la lámpara platónica encendida
tornó a brillar en manos de Ficino,
y del latín en las marchitas frases
el alma juvenil de Policiano
supo infundir calor y nueva vida.

Con semejante entusiasmo hacia nuestro pasado, es natural que este grande español se sintiera también un poco ciudadano de Roma y que nuestra historia literaria fuese también un poco su historia literaria. De ella se volvió un apasionado apóstol. Escribía el 28 de mayo de 1886 al amigo Juan Luis Estelrich: «Todo cuanto se haga por popularizar entre nosotros la literatura italiana, que tanto nos importa y tanto tenemos en olvido, me parece poco.»

Todavía, salvo una conferencia que dió, mejor, que improvisó, sobre el Manzoni en 1890, no se ocupó nunca de propósito de nuestros escritores, estudiándolos por sí mismos, independientemente de las relaciones que pudieran tener con España.

Es verdad que al día siguiente de dicha conferencia prometía al amigo y cronista de las provincias vascas, don Carmelo Echegaray, dedicar en otra ocasión al «primero de los líricos cristianos de nuestro siglo» un estudio «menos indigno de su grandeza»; pero después, arrollado por otras empresas, no hizo nada de ello. Si la muerte no le hubiese sorprendido antes de tiempo, el décimo volumen de las «Ideas Estéticas» habría sido dedicado a nuestro siglo diecinueve y a las doctrinas que en torno al arte de lo bello tenían Gioberti, Tommaseo y Rosmini. Pero, si los franceses le deben uno de los más completos estudios relacionados con su Romanticismo, y los alemanes, además del amor hacia Heine, páginas entre las mejores que hayan sido escritas sobre sus grandes filósofos, y los ingleses muchos fructíferos desvelos sobre Shakespeare, sólo de la literatura italiana se puede decir que ella esté siempre en su mente de crítico y de historiador, y se respire en cada capítulo suyo, dondequiera que él ilustre el pasado literario de su país.

Nosotros vemos en las obras de Menéndez Pelayo la prueba más tangible, elocuente y magistral de la fraternidad, no sólo sentimental, sino también histórica, hispano-italiana. Cuando un hombre como él no puede hablar con la seriedad y la profundidad a

que nos tiene habituados de los hechos y de las personas que se mueven en el desarrollo de la historia literaria española sin deber continuamente acudir al recuerdo de los hechos y de las personas de nuestra historia literaria, significa claramente que un íntimo, indisoluble y fuerte vínculo nos ha ligado siempre a través de los siglos, confundiéndonos en la misma alegría y en el mismo llanto, en los mismos errores y en las mismas virtudes. Queriéndolo, se podrían mutilar las páginas de Menéndez Pelayo de las notas y referencias a la literatura francesa—no hablemos de la literatura alemana e inglesa—; quedarían por ello, cierto es, empobrecidas y alguna vez sufriría su estructura; pero, salvo algún vacío, el edificio crítico del escritor permanecería igualmente en pie. Probad a borrar en ellas cuanto tiene relación con Italia y os daréis cuenta de las sombras y de las lagunas que se acumularían con daño irreparable de su exposición y claridad. Ciertamente se requería la mirada de águila de don Marcelino para dominar como maestro, el vasto panorama de dos literaturas fértiles y densas, como la italiana y la española y seguir su entrelazarse a lo largo del curso de los siglos, a través de infinidad de sutiles y frecuentemente subterráneas ramificaciones que se multiplican y complican a cada paso. Ningún extranjero, que nosotros sepamos, ha demostrado conocer como él nuestra literatura con tanta perfección y seguridad.

Desde Brunetto Latini a Giosué Carducci, ninguno de nuestros escritores se le escapa, y no nos referimos solamente a los mejores, sino también a aquellos que, como Rusticiano de Pisa, el juez Armannino, Alvise Pasqualigo, Ugolino Pisani, Piovano Arlotto, Gonnella, Fabricio de Fornaris, Alberto Pío y otros ciento, hoy apenas entran en el caudal de conocimientos de cualquier especialista en la materia. Con sus juicios diseminados por doquier en sus múltiples obras, casi se podría formar una historia de la literatura italiana a la que poco faltaría para ser completa. A la cabeza de ella debería figurar la siguiente página que transcribimos aquí de la ANTOLOGÍA DE POETAS LÍRICOS CASTELLANOS; una página iluminada por uno de aquellos escorzos sintéticos que la feliz genialidad de visión de Menéndez Pelayo solía regalarnos:

«Los modelos del arte y de la ciencia comenzaban a venir de Italia. La antigua hegemonía de Francia sobre los demás pueblos de la Edad Media estaba definitivamente perdida desde el siglo XIV.

Dante, Petrarca y Boccaccio habían destronado completamente a los troveros franceses y a los trovadores provenzales, sin excluir aquellos que en algún modo podían considerarse como maestros suyos. El genio francés, que tanto creó en aquellas edades, no había acertado a perfeccionar nada ni a poner acento personal en sus obras. La cantidad había ahogado monstruosamente a la calidad, en aquellas selvas inextricables de canciones de gesta, de *fabliaux*, de leyendas devotas y de misterios dramáticos. En aquella masa informe estaban contenidos casi todos los elementos de la literatura moderna, pero rudos y sin desbastar, esperando el trabajo de selección y la obra del genio individual: Francia que en los tiempos modernos se ha distinguido principalmente por el don de adaptar y perfeccionar las invenciones y pensamientos ajenos, y por el modo fácil y agradable de exponerlo y presentarlo todo, tenía en la Edad Media cualidades absolutamente contrarias: el don de invención enorme, facilísima y atropellada, no el de la perfección ni el de la mesura. Por eso, la primera literatura de carácter moderno no fué la francesa, sino la italiana, la mas tardía en su aparición de todas las literaturas vulgares, la que desde el primer momento pareció reanudar la tradición clásica, en parte conocida, en parte adivinada por el secreto influjo de la raza.»

Los juicios del escritor español son siempre interesantes aunque no siempre los suscribiríamos. Nos atraen porque son personales, sinceros y, algunas veces, confesémoslo, apasionados.

Es demasiado severo con Federico II, «relajado en sus costumbres y *dado al trato de judíos y musulmanes*». ¿Por qué este desprecio, esta singular acusación, mientras que otras veces el mismo Menéndez Pelayo exalta la gloria del Arzobispo toledano don Raimundo por haberse rodeado de averroistas y de sabios orientales y haber fundado aquella escuela famosa que salvó para el Occidente el tesoro de la sabiduría oriental? ¿No hizo otro tanto con iluminada inteligencia aquel gran Emperador *che fu d'onor si degno*, como dice Dante, aquel Emperador el más moderno de los soberanos del siglo XIII, el que, si la fortuna le hubiese sido menos contraria, hubiese podido, quizá, realizar desde entonces la unidad italiana?

Otras veces el austero castellano no nos oculta su indignación por la materia irreverente de los cuentos del «infame» Boccaccio

y por los dardos satíricos excesivamente violentos de aquel su «grosero libelo», como llamó al Corbacio; pero, a pesar de todo, son muchas las olorosas flores de gracia latina que cultiva el certaldense en su jardín para que la ira y el desdén puedan durar mucho. Cuando Menéndez Pelayo lo llama «padre indiscutible de la novela moderna en varios de sus géneros y uno de los grandes artífices del primer Renacimiento», cuando reconoce en la *Fiammetta* «una penetración psicológica que el Boccaccio tuvo en sumo grado y aplicó, antes que a ningún modelo, al estudio del alma de la mujer», la paz está hecha y la innata y ardorosa objetividad de nuestro crítico acaba por triunfar de su instintiva y comprensible repugnancia.

Más difícil le era reconciliarse con la «impiedad política» de Nicolás Maquiavelo, con los «impíos aforismos» dictados por él. En la *Historia de los Heterodoxos* llega incluso a llamarlo hombre sin entrañas y «peste del Renacimiento». Se le escapó el valor diagnóstico de *Il Principe* y de los *Discorsi* sugerido por la experiencia que a la sazón empezaba a imponerse como método. Sin embargo, había traducido *I Sepolcri* en que Ugo Fóscolo pone «quel grande» en su verdadera luz. No valieron para interceder por el secretario florentino los méritos que el crítico español honradamente reconoce a la «Mandragora», «comedia original, verdaderamente italiana, que sería admirable si pudiese prescindir de la profunda inmoralidad del argumento»; ni valió la «admirable mezcla de originalidad y sencillez, de fuerza y naturalidad» que encuentra en el estilo de las *Storie Fiorentine*.

De Dante, se comprende, y también del Petrarca, tiene ocasiones de hablar más veces. El poema del Alighieri le atrae, más que por razones artísticas, por su sentido cristiano y universal. «Dante, por su misma grandeza, es más humano y sobrehumano que italiano y florentino, a pesar de serlo mucho. Pertenece a toda la cristiandad y señala el punto culminante de la Edad Media.»

Son curiosas y simpáticas ciertas predilecciones suyas, como por ejemplo, la que siente por Vittoria Colonna, «la reina de las poetisas italianas», en torno a la cual se detiene con evidente afecto en el cuarto volumen de los *Heterodoxos*, ingeniándose con toda su habilidad para absorverla de los rumores que acerca de ella corrían referentes a su inclinación hacia las ideas de Juan Valdés.

La materia española tratada por Menéndez Pelayo le ha lleva-

do muchas veces a hablar de ciertos escritores nuestros con mayor amplitud y tal fortuna ha correspondido a Andrea Navagero y a Baldassarre Castiglione en el estudio bellísimo dedicado a Juan Boscán. Decimos: fortuna, porque, en verdad, aquellos nuestros magníficos embajadores y literatos no podían esperar, de parte de un extranjero moderno, un retrato más cálido, más sugestivo y tan magistralmente trazado.

En la evocación que el escritor hace de ellos vibra un entusiasmo tan sentido y profundo que hasta nosotros parece llegar una nota de eternidad perenne de aquella misión de poesía que en nombre de Italia llevaron a cabo en España nuestros dos preclaros embajadores del principios del cinquecento.

Menéndez Pelayo no conoce solamente nuestros poetas y prosistas, sino también los estudios que acerca de ellos se publicaron en Italia y en el extranjero. Desde los viejos maestros del método histórico hasta los estetistas, desde Momenico Comparetti—a quien tenía en alta estima—hasta los críticos más recientes, ninguno se le escapa.

La correspondencia que el escritor español mantuvo con nuestros literatos se conserva íntegra, con celoso cuidado, en su Biblioteca. Leyéndola desfilan ante nosotros las figuras de los que han sido nuestros venerados y caros maestros: Ernesto Monaci, Emilio Teza, Pío Rajna, Cesare De Lollis, Vittorio Cian, Benedetto Croce, Francesco D'Ovidio, Francesco Flamini, y más viva que todas, más efusiva, más elocuente, la imagen de Arturo Farinelli, cuyo copioso epistolario con don Marcelino, rebosante de afecto y de admiración no cesó hasta la muerte del crítico español. Al mismo tiempo estas cartas nos ponen de manifiesto dos cosas: primera, la gran amabilidad y modestia de don Marcelino, que permitía a todos acudir a él siempre que le necesitaban y pedirle sugerencias, consejos, libros, noticias, opiniones, transcripciones de fragmentos, copias y fotografías de manuscritos. Hasta hubo un cierto conde veronés que en carta recomendada le rogó que le buscase y comprara un Nobiliario del 1677, donde según noticias que él tenía hacíase mención de sus ilustres antepasados. Y segunda, el sentimiento filohispano de que son testimonio; sentimiento que, en espera del vigoroso resurgir que las circunstancias actuales han de impulsar cada día más, nunca había muerto en

Italia y a fines del ochocientos continuaba su secular tradición refugiado en el ánimo de nuestros mejores. A cada paso encontramos en estas cartas acentos de sincero afecto por la noble España. Acentos que irrumpen en un clamor conmovido cuando en el 98 la desgracia llamó a sus puertas y Cuba, última gema de su corona imperial, le era arrebatada con ayuda de la turbia voracidad de los demócratas de Washington.

Conmueve releerlas hoy, en este 1939, año de la Victoria, que con jubilosos epinicios y con la fuerza de una fe decidida en el porvenir, clausura el triste y humillante período de la historia española abierto precisamente el 98, año de la derrota, fecha del pesimismo.

Al afligido apóstol de la grandeza de su país, herido por el desastre, en aquello que tenía como más querido y sagrado, llegaba el 6 de julio la voz de Emilio Teza que, desde Padua le escribía con acento, más que de dolor, de exacerbado desdén: «Los hijos de vuestros padres os traicionan en Cuba; manos rapaces, manchadas en sangre, se arrojan sobre la presa; mas, combatiendo generosamente y sufriendo con entereza, los castellanos conservan intacto el honor; conquista antigua que ninguno os robará.»

Le llegaba la amargura del gran amigo Arturo Farinelli, angustiado y romántico entre las frías montañas de Insbruck: «El bofetón que América ha dado a España ha herido profundamente mi corazón y aguzado mi arraigado e indesarraigable pesimismo. El comportamiento de Europa frente aquella invasión sacrílega, de efectos tan funestos, ha acabado por exacerbarme. No sosiego en paz y leo con avidez febril los periódicos y me auguro... pero ¿qué cosa puedo yo augurarme?»

Le llegaban desde Florencia, el 27 de septiembre, las palabras serenamente confortadoras de Pío Rajna, que tienen un fuerte acento de fe en las virtudes seculares de la raza española llamadas a triunfar al fin; palabras que, escritas al día siguiente de la derrota, adquieren hoy un valor de santa y antigua profecía: «A través de qué vicisitudes ha pasado España desde el momento en que le escribí la última vez. Por dolorosa que sea la conclusión, yo casi tomo argumento de ellas para esperar un bien. Ese vuestro país nunca ha sido más grande que en medio de las dificultades. Épica fué su lucha contra la prepotencia napoleónica; más que épica

aquella ocho veces secular contra la dominación morisca. La prosperidad llevó, en cambio, pronto a la decadencia. Me lisonjeo con la esperanza de ver a vuestra nación dar nuevas pruebas de las dotes admirables que posee.»

Estamos seguros de que, si el maestro viviese aún, hoy, en la alegría de esta victoria, que es la suya, volvería a leer conmovido estas amarillentas cartas de sus queridos y lejanos amigos de Italia y se complacería en sentirlos tan próximos a su pobre España de entonces, como próximas y unidas están hoy las juventudes de las dos renovadas penínsulas hespéridas.

Y yo espero que, desde lo alto del cielo, me perdonará a mí, laico, que me haya atrevido a hablar de él precisamente en su nativa y dilecta Santander y en su propia lengua, a la sombra de esta Biblioteca, hoy famosa en la historia de la cultura, y desde la cual hacía donación a España y al mundo de su generoso saber.

Me perdonará porque, como sumo e indulgente juez, sabrá juzgar estas palabras por lo que han querido ser: un gesto pío que en una hora de triunfo ha intentado encender de nuevo la llama de uno de sus más caros amores: aquel amor hacia la nación hermana que por la poesía de sus vates, desde Horacio a Carducci, iluminó con una divina sonrisa la grande y con frecuencia dura fatiga de sus días mortales.

RUGGERO PALMIERI.

EL PRIMER TRABAJO PERIODÍSTICO DE MENÉNDEZ PELAYO

En *La Abeja Montañesa*, periódico del mayor crédito literario entre los santanderinos de su época y en el cual hubo de colaborar asiduamente Pereda desde 1850 a 1867, se planteó en la sección de *Gacetillas* del número 143 (22 de junio de 1868) este problema histórico: «¿Qué acontecimiento notable tuvo lugar en la 2.ª hora de la 2.ª mitad de 2.º día del 2.º mes del 2.º año de la 2.ª mitad del 2.º siglo del establecimiento de la dinastía de doña Isabel 2.ª?»

Al día siguiente de haber dado a conocer *La Abeja Montañesa* a sus lectores el indicado problema histórico, insertábase en dicho periódico una carta de Menéndez Pelayo, y que firmada con las iniciales de su nombre y apellidos, copiamos ahora:

«Santander, 23 de junio de 1863.

Sr. Director de *La Abeja Montañesa*.

Muy Sr. mío: Ha llamado mi atención el problema histórico, que insertan ustedes en el n.º 143 de su apreciable periódico y después de haber pensado un poco sobre ello, me parece que el hecho más notable ocurrido en España en la 2.ª hora de la 2.ª mitad del 2.º día del 2.º mes del 2.º año de la 2.ª mitad del 2.º siglo del establecimiento de la dinastía de Doña Isabel II de Borbón, o sea el 2 de febrero de 1852, a las dos de la tarde, es la tentativa de regicidio del cura Merino contra la persona de nuestra actual soberana.

Suplico a Vd. dispense la libertad que se toma su afectísimo S. S. Q. B. S. M.—M. M. y P.»

Colaboraba en *La Abeja Montañesa* don Juan Pelayo, médico famoso, agudo escritor y tío de nuestro genial polígrafo, y él debió de hacer la presentación de don Marcelino a los redactores de

dicho periódico, en el que seguidamente de la carta publicada dedicabanse estos comentarios a su autor: «Lo admirable y grande de la anterior solución no se comprendería si nosotros no hiciésemos público que ha sido un niño de once años, alumno de este Instituto Provincial, el que ha dado con ella. Increíble parece que a esa edad tan tierna haya podido el niño Marcelino Menéndez y Pelayo, autor de la carta que antecede, estudiar la historia de España con tanta profundidad y provecho; pero las personas incrédulas pueden hacer la prueba en cualquier punto de nuestra historia y se convencerán de la certeza de lo que dejamos dicho.»

Ni en las interesantes Memorias del insigne Enrique Menéndez Pelayo ni en los celebrados estudios biográficos hechos por Cedrún de la Pedraja, Bonilla, Artigas y otros, hemos hallado referencias sobre este éxito de Menéndez Pelayo, quien fué, por otra parte, de los que no creían mucho en la precocidad infantil, según manifestó al ser solicitada su opinión sobre los versos de un joven poeta que tenía ascendencia montañesa.

FERNANDO BARREDA.

BIBLIOTECA
TERUEL

Don Gumersindo Laverde Ruiz

A Marcelino
Menendez Pelayo
con el corazon
G. Laverde

UN NUEVO OPÚSCULO DE MENÉNDEZ PELAYO

MENÉNDEZ Y PELAYO, AUTOR DEL DISCURSO ACADÉMICO SOBRE FOX MORCILLO, PRESENTADO POR LAVERDE Y LEÍDO EN LA UNIVERSIDAD DE SANTIAGO DE COMPOSTELA EN LA INAUGURACIÓN DEL CURSO 1884-1885.

En la tercera edición de la *Ciencia Española*, publicada en 1887 y 1888 en la *Colección de escritores castellanos críticos*, incluyó Menéndez y Pelayo, como el primero de los apéndices del tomo I, el «Discurso inaugural del Curso Académico de 1884 a 1885 en la Universidad de Santiago por el Dr. D. Gumersindo Laverde Ruiz». [1]

El sumario de esta disertación es el siguiente: Trabajos realizados por Laverde para dar a conocer la existencia y el mérito de la Filosofía española, desconocida y sin valor para la generalidad de los tratadistas e historiadores de la Filosofía a la sazón en boga, aun para los que podían calificarse de españolistas, como el insigne Balmes. Algunos buenos españoles colaboraron con Laverde en esta tarea de vindicar nuestra Filosofía. Entre ellos sobresale extraordinariamente el «portentoso joven, entonces oscuro, hoy célebre y celebrado en ambos mundos, propugnador acérrimo de *La Ciencia Española* y caudalosísimo historiador de los *Heterodoxos españoles* y de las *Ideas estéticas en España*, a cuya voz, como al conjuro de un mago, surgen continuamente de las ruinas de lo pasado tantos y tan preciosos monumentos, hasta aquí inéditos u olvidados, de nuestra antigua sabiduría». [2] La disertación intenta dar idea, aunque somera y breve, de uno de

[1] Págs. 275-315.
[2] Tomo II de *La Ciencia Española* (Madrid, 1887), págs. 277 y 278.

los filósofos españoles: *Sebastián Fox Morcillo*, muy merecedor de ser estudiado, aunque no llegue a la talla de los *dii majores*, y harto poco conocido. Sin embargo, en su tiempo y en la edad siguiente, Fox fué muy leído y encomiado, logrando triples y cuádruples ediciones para sus obras. El estilo de Fox es elegante, enriquecido con los tesoros de la elocuencia griega y latina: «al leer los diálogos *foxianos*, parece como que se respira la misma atmósfera de serenidad y buen gusto que en los de Cicerón o en las *Instituciones* de Quintiliano». [1] Breve noticia biográfica de Fox, sacada principalmente de las noticias consignadas por Rodrigo Caro, en su obra *Claros varones en letras de la Ciudad de Sevilla*, [2] y por Nicolás Antonio, en la *Bibliotheca hispana-nova*. [3] Nota bibliográfica de las obras de Fox, divididas en dos secciones: obras literarias y obras filosóficas. Breve examen de los libros literarios de Fox sobre la imitación y el estilo y el arte de escribir historia. Como antecedentes para comprender las obras filosóficas de Fox, expónese la oposición entre los secuaces de Platón y Aristóteles que se manifestó en la época del Renacimiento y que principalmente se refiere a la doctrina de las ideas del primero y a la de las formas del segundo. Esta oposición constituyó la llamada cuestión de *principiis rerum naturalium*. Solución dada a la misma por platónicos y aristotélicos. Conciliación de unos y otros intentada por Fox en el tratado *De naturae philosophia, seu de Platonis et Aristotelis consensione* (Lovaina, 1554). Análisis de esta obra: Fox resuelve la oposición que, al parecer, media entre Platón y Aristóteles: «Ampliando el concepto de la *forma* hasta confundirle con el de la *idea*, y concretando la *idea* hasta adherirla a los cuerpos para que los *informe*.» [4] «Al reducir a concordia a Platón y a Aristóteles, Fox unas veces explana a Aristóteles por medio de Platón, y otras explana a Platón por medio de Aristóteles: pero se separa de ambos siempre que encuentra sus doctrinas opuestas al dogma católico, dando así prueba de la cristiana libertad e independencia de criterio que siempre tuvo por norma y que es el de toda la ciencia española del siglo XVI, tan bien avenida con Dios

1 Tomo I de *La Ciencia Española* (Madrid, 1887), pág. 281.
2 No tengo a mano la Obra para citar el lugar donde habla de Fox.
3 Tomo II (Madrid, 1788), pág. 280.
4 Tomo I de *La Ciencia Española* (Madrid, 1887), pág. 298.

y con su Iglesia, como rebelde a cualquier otro yugo de autoridad filosofica y humana.» [1] Doctrinas ideológicas de Fox, expuestas en los tratados *De demostratione, ejusque necessitate ac vi.* y *De usu et exercitatione dialecticae.* Armoniza la doctrina platónica de las ideas innatas, que Fox llama nociones naturales del alma, con el aforismo peripatético: *Nihil est in intelectu quod prius non fuerit in sensu,* sosteniendo que nuestras nociones innatas se ejercitan sobre las cosas percibidas por los sentidos, de suerte que nada hay en el entendimiento que antes no haya estado en los sentidos, excepto las mismas nociones naturales, esto es, innatas del propio entendimiento. No admite, ni el conocimiento directo, ni las especies inteligibles; y sustituye éstas por las ideas innatas, por medio de las cuales el entendimiento humano inmaterializa las imágenes de los cuerpos que le transmiten los sentidos. El conocimiento intelectual no se explica por los sentidos sin las nociones, ni por las nociones sin los sentidos, sino por las nociones y los sentidos. Procesos y grados del conocimiento humano mediante la intervención de las distintas ideas innatas y partiendo de la percepción sensible. Procedimientos de síntesis y de análisis correspondientes a los dos modos de conocimiento, uno que va de lo singular a lo universal y otro de lo universal a lo singular. Amplitud y novedad de esta dialéctica de Fox. Indicaciones sobre la Filosofía moral y política de Fox, contenidas en sus comentarios a la *República* de Platón y a los tratados de Ética y Política que compuso el Filósofo Español. Talento filosófico que Fox demuestra. Tendencias al espíritu crítico y al espíritu armónico que se manifiestan en los filósofos españoles. El armonismo en Séneca, Avicebrón, el Beato Llull... Valor del armonismo de Fox. Llamamiento a la juventud estudiosa para que, como Fox, armonice la fe con la razón, la erudición sagrada con la profana y la majestad de la Filosofía con las flores del arte.

No es extraño un trabajo más de Laverde en *La Ciencia Española* de Menéndez y Pelayo. Además de éste que nos ocupa son varios los firmados por Laverde que aparecen en la obra susodicha. En la primera edición, la carta al Autor, titulada *A guisa de pró-*

---

1 Tomo I de *La Ciencia Española* (Madrid, 1887), págs. 300 y 301.

logo y fechada por Laverde en Lugo el 30 de septiembre de 1876. [1] En la segunda edición, el prólogo y la carta dirigida a don Gumersindo de Azcárate, fechada por Laverde en Lugo el 9 de noviembre de 1876. [2] En la tercera edición los dos trabajos anteriores y el opúsculo intitulado *El tradicionalismo en España en el siglo XVIII*, escrito por Laverde en 1868. [3] Pero hay una particularidad que llama la atención en el discurso académico sobre Fox Morcillo: al consignar que Fox estudió en los Países Bajos, apareciendo inscrito su nombre en los libros de matrícula de la Universidad de Lovaina, puso Laverde una nota que dice: «Los ha examinado mi buen amigo el Sr. Menéndez Pelayo, a quien debo éste y demás datos nuevos del presente discurso.» [4] Esto indica que Menéndez Pelayo colaboró de algún modo en la redacción del estudio sobre Fox. ¿Hasta dónde llegó esta colaboración? Afortunadamente, las cartas de Laverde a Menéndez y Pelayo, que se guardan en la Biblioteca del último, ponen en claro este punto.

En carta fechada en Santiago de Compostela el 19 de mayo de 1884, Laverde escribía a Menéndez y Pelayo: «Decíate en ella (en la última carta que le había dirigido y de la cual no había tenido respuesta) que, correspondiendo este año en esta Universidad la oración inaugural a la Facultad de Letras, y habiendo desempeñado ya este cargo los otros dos profesores, el Rector vino a encargármelo; y para hacerme más fuerza me habló de que convendría que yo diera fe de vida, pues llevo tanto tiempo sin asistir a cátedra. No tuve, pues, más remedio que aceptar, esperando que en todo caso vendrá tu opulencia en socorro de mi necesidad. En efecto, si tú no me sacas de este apuro tendré que declinar dicho cometido, por muy cuesta arriba que se me haga, pues no acierto a redactar cosa de importancia sino con la pluma en la mano, y por otra parte, a poco que cavile sobre cualquier asunto se excita mi sistema nervioso, que ya lo está bastante, y me dan insomnios que empeoran más y más mi penoso estado. Por lo tanto, te agradeceré en el alma que me digas lo más pronto posible, para saber a

[1] Madrid, sin año, en realidad 1876, págs. VII-XXIX.

[2] Madrid, 1879, págs, 456-464.

[3] Madrid, 1887-1888, págs. 447-578. En la cuarta edición (Madrid, 1933), preparada, no por Menéndez y Pelayo, sino por D. Miguel Artigas, los mismos trabajos que en la tercera.

[4] *La Ciencia Española*, tomo I (Madrid, 1887), pág. 282.

qué atenerme, si puedo contar con que mandarás en todo julio o antes el indicado discurso. Cualquiera lección de las que tú explicas en cátedra, v. gr., la relativa a la poesía arábiga española, puede servir para el caso. También sería buen tema y muy oportuno, por referirse a un sabio gallego, el de las ideas estéticas del P. Feijóo. En fin, lo que más te plazca.» [1]

Sin duda, Menéndez y Pelayo contestó a Laverde prometiéndole sacarle del apuro, e indicándole como tema del discurso el estudio sobre Fox Morcillo, pues en carta fechada en Otero de Rey el 19 de julio de 1884 dice Laverde a Menéndez: «Buen tema es Fox para mi discurso, tanto más cuanto que, aunque mezquino, algún precedente tiene en mis antiguas lucubraciones. [2] Supongo que pondrás en él unas pinceladas biográficas acerca de nuestro filósofo.»

Preocupado con la idea de tener que presentar el discurso, Laverde decía a Menéndez Pelayo en carta fechada en Otero de Rey el 28 de julio de 1884: «Como va pasando el término del plazo que me señaló el Rector para presentar el discurso, estoy en brasas, temiendo que se compliquen las circunstancias de tal suerte que no pueda cumplir mi compromiso. Por lo mismo te ruego que, si no has tenido tiempo de componer el [discurso] que proyectabas, me mandes cualquier otro trabajo de menos empeño, que para pasar por obra mía, será excelente, pues todos saben el estado de mi salud.»

Menéndez y Pelayo remitió a Laverde el discurso prometido

---

1 No habrá, seguramente, nadie que atribuya a incapacidad intelectual o a pereza no dominada esta petición de Laverde a Menéndez y Pelayo. En sus escritos y publicaciones y en sus lecciones de cátedra, Laverde demostró evidentemente que poseía un talento privilegiado, una laboriosidad ejemplar y un entusiasmo nunca extinguido para dar a conocer y vindicar la Ciencia hispánica. Las mismas cartas dan a ver que era el estado a que le había llevado una enfermedad dolorosa y larga, la causa que obligaba al Profesor compostelano a pedir ayuda al Sabio santanderino: todas las de esta época están escritas por amanuense, costándole a Laverde hasta el firmar, y aunque Laverde procura disimular sus dolores y tribulaciones, hay momentos en que todo esto salta a la vista del lector. Carta existe en la que Laverde dice a Menéndez y Pelayo que había tardado en escribirle porque no disponía de los 15 céntimos necesarios para el sello.

2 Alude al trabajo intitulado *Sebastián Fox Morcillo*, que Laverde incluyó en sus *Ensayos críticos sobre Filosofía, Literatura e Instrucción públicas españolas*. (Lugo, 1868), págs. 219-223.

sobre Fox Morcillo. [1] Laverde le aceptó complacidísimo; y, después de modificar algo el escrito de Menéndez, como lo indica el párrafo que a continuación transcribo de la carta fechada en Otero de Rey el 4 de septiembre de 1884, envió las cuartillas a la imprenta: «Hace ya días que mandé a Santiago el discurso. Sólo cambié algo en el exordio y la peroración, corriendo el riesgo de pegar dos retazos de mal paño a un manto de púrpura. Suprimí los textos latinos algo largos por no luchar con el amanuense y también por razón de uniformidad, pues sólo venían los correspondientes a una pequeña parte de las citas hechas en el discurso.» Al final de la misma carta, Laverde dirige a Menéndez Pelayo esta pregunta: «¿Te parece que convendría remitir a la Universidad de Lovaina algún ejemplar del discurso foxiano, a ver si aquellos doctores hacen algo por la buena memoria de nuestro filósofo?»

Leído el discurso inaugural, Menéndez y Pelayo debió de escribir a Laverde sus impresiones sobre el acto. Laverde, en carta fechada en Santiago el 22 de octubre de 1884, contesta a su amigo y le dice: «Veo una prueba de tu generosidad en lo que me dices del discurso inaugural. Parece que ha gustado. Dicen todos que Fernández le leyó con alma. Remití ejemplares al Padre Ceferino, Pidal, Valera y otros amigos.»

En la correspondencia de Laverde con Menéndez y Pelayo no vuelvo a hallar alusión alguna a este discurso hasta el año 1887, en el que, publicada ya la tercera edición de *La Ciencia Española* con el estudio sobre Fox como apéndice del tomo I, Laverde dice a su amigo, en carta fechada en Santiago el 3 de mayo de 1887: «Has hecho perfectamente en poner entre los apéndices de *La Ciencia Española* el discurso sobre Fox.»

De todo esto resulta que la disertación académica sobre Fox Morcillo, que firmada por don Gumersindo Laverde y en nombre de éste leyó el señor Fernández en la inauguración del curso de 1884

---

1 Este rasgo de Menéndez y Pelayo de acudir en auxilio de su buen amigo Laverde, enviándole, no unas notas para que con ellas redactara un discurso el Profesor compostelano, sino una magnífica disertación sobre Fox Morcillo, ya terminada y perfecta y que sólo faltaba leerla en la solemnidad académica de la apertura de curso y mandarla a la imprenta, y de consentir que este soberbio trabajo apareciera, no como de su autor, Menéndez y Pelayo, sino como del enfermo y atribulado Laverde, honra en verdad al Polígrafo montañés y demuestra que la bondad de su corazón era tan grande como la sabiduría de su inteligencia.

a 1885 en la Universidad de Santiago de Compostela, fué escrita por don Marcelino Menéndez y Pelayo y ligeramente retocada por Laverde.

En esta ocasión se realizó plenamente respecto al filósofo hispalense Sebastián Fox Morcillo el anhelo que exponía Laverde al final del prólogo de *La Ciencia Española*. «¡Cuánto me regocija y consuela, en medio de mis angustias y aflicciones, el pensar... que tal vez a esa comarca [la Montaña] está reservada la gloria de dar, como dió los primeros, el último y más avanzado paso en el camino de la *restauración* científica patriótica que anhelamos.» [1]

MARCIAL SOLANA.

---

1 Pág. XXIX de la primera edición: Madrid, sin año, en realidad 1876.

BIBLIOTECA PÚBLICA
TERUEL

BIBLIOGRAFÍA
MENÉNDEZ-PELAYISTA

«LOS JESUÍTAS EN MENÉNDEZ PELAYO», DE M. CASCÓN, S. J.

Lo es, sin duda alguna, el que, con el título *Los Jesuítas en Menéndez Pelayo,* acaba de publicar el P. Miguel Cascón, acertadamente prologado por don Enrique Sánchez Reyes, editado por la Librería Santarén, de Valladolid, e impreso en talleres tipográficos «Aldus», de Santander.

Menéndez y Pelayo es, ciertamente, quien más despacio y con mayor acierto ha estudiado cuanto atañe al desenvolvimiento de la cultura española.

La Compañía de Jesús en los cuatro siglos que cuenta de vida, ha contribuído valiosísimamente al perfeccionamiento de la cultura hispana en todos los órdenes que ésta abarca. Forzoso era, por consiguiente, que Menéndez y Pelayo analizara y juzgara estas aportaciones de los jesuítas a nuestra cultura patria. Pues bien, el libro del P. Cascón es el conjunto, aptamente ordenado, de todos los juicios en Menéndez y Pelayo sobre la labor de la Compañía de Jesús y los jesuítas en orden a los valores espirituales y culturales de España.

Como colectividad, como orden religiosa, la Compañía de Jesús, para Menéndez y Pelayo, fué suscitada por Dios «para defender la libertad humana que negaban los protestantes con salvaje ferocidad; para purificar el Renacimiento de herrumbres y escorias paganas; para cultivar, so la égida de la religión, todo linaje de ciencias y disciplinas y adoctrinar en ellas a la juventud; para extender la luz evangélica hasta las más rudas y apartadas gentilidades. Orden como las necesidades de los tiempos la pedían, y que debía vivir en el siglo, siendo tan docta como los más doctos, tan hábil como los más hábiles, dispuesta siempre para la batalla y

no rezagada en ningún adelanto intelectual. Allí el geómetra al lado del misionero; el director espiritual, el filósofo y el crítico en amigable consorcio».

Para estos altísimos fines, según Menéndez y Pelayo, San Ignacio de Loyola, «la personificación más viva del espíritu español en su edad de oro» y varón de tanto ascendiente en la humanidad toda, como que «ningún caudillo, ningún sabio influyó tan poderosamente en el mundo», organizó la Compañía de Jesús de tal modo, que ésta es aun «a los ojos de sus más encarnizados enemigos, un dechado de prudencia humana... y, para cualquier espíritu imparcial, un portento de sabia disciplina y de genio práctico».

La Compañía de Jesús, organizada de este modo para conseguir los fines expresados, ¿ha cumplido su misión? Menéndez y Pelayo contesta que ella «con sus misioneros evangelizó (y civilizó por ende) gran parte del mundo, y con sus maestros, insignes humanistas y poetas, adoctrinó a la juventud desde las cátedras, iniciándola en el conocimiento de la antigüedad clásica, y encarriló las tendencias paganas del Renacimiento, impidiéndolas llegar a la exageración que alguna vez habían mostrado en Italia». «Si media Europa no es protestante, débelo en gran manera a la Compañía de Jesús.»

Tal es, en breve síntesis, la idea que Menéndez y Pelayo forma de la Compañía de Jesús; de su fin, organización y resultados por ella obtenidos.

Ahora, ¿cómo se prueba que esta idea es exacta, es decir, que la realidad es en orden a la Compañía de Jesús cual expresan las palabras del egregio maestro santanderino? Los numerosos textos de Menéndez y Pelayo, aptamente recogidos y dispuestos por el P. Cascón, en los que aquél expone la labor de los jesuítas en España, constituyen la prueba más rigurosa de las verdades enunciadas.

En esos textos aparecen: San Ignacio de Loyola, siendo verdadero motivo de honra y grandeza para España; Diego Laínez, sucesor del santo en el generalato y gobierno de la Compañía, como teólogo sapientísimo que iluminó a la Cristiandad toda en el Concilio Tridentino, y como varón tan prudente que parecía haber nacido para gobernar grandes imperios; Alonso Salmerón, como oráculo de Trento, egregio teólogo, sapientísimo comentaris-

ta del Nuevo Testamento y extirpador de los valdesinos en Nápoles; Nicolás de Bobadilla, llevando la defensa de los derechos e intereses de la Iglesia Católica en las dietas de Worms y Ratisbona; el Cardenal Francisco de Toledo, doctísimo escriturario, profundo teólogo, sapientísimo filósofo y maestro soberano; Pedro de Fonseca, lumbrera filosófica en Portugal, hasta el punto de ser justamente apellidado el Aristóteles lusitano; Luis de Molina, organizador del sistema de la *ciencia media*, que ha llegado a ser la doctrina más corriente en las escuelas católicas; Benito Pererio, insigne comentarista de la profecía de Daniel, trabajo en el que va intercalado un perspicuo tratado de magia, y filósofo excelso en el tratado *de principiis*, de tendencias renacientes; Gabriel Vázquez, clarísimo teólogo, justamente llamado el Agustín español; el eximio Francisco Suárez, el más célebre de los teólogos y filósofos jesuítas, cuyo nombre no es aventajado en la Escolástica por otro alguno, como que no hay en ella libro más admirable que las *Disputationes Metaphysicae* suarezianas, y, además, se mostró insigne psicólogo en el tratado *De anima*, egregio moralista y jurista en el *De legibus*, y en la famosísima *Defensio Fidei Catholicae* redujo a polvo las doctrinas cesaristas del Rey Jacobo de Inglaterra y el torpe fundamento de la iglesia anglicana, y mereció justamente ser elogiado y seguido por pensadores y universidades hasta de países heterodoxos; Gregorio de Valencia, príncipe de los controversistas católicos en el siglo XVI, luz de las Universidades de Dilinga e Ingolstadt, y asombro de los mismos protestantes hasta el punto de ser aclamado como *scriptor aeternitate dignissimus;* Rodrigo de Arriaga, teólogo y filósofo arrojadísimo y de tal independencia de criterio que se le puede calificar de insurrecto dentro de la Escolástica; Diego Ruiz de Montoya, fundador de la Teología positiva; Juan Martínez de Ripalda, que con su tratado *de ente supernaturali* derramó a torrentes la luz sobre cuestiones dificilísimas; el Cardenal Juan de Lugo, quizá el más célebre de todos los teólogos moralistas anteriores a San Alfonso M.ª de Ligorio; Juan de Maldonado, restaurador de la enseñanza teológica en París, y escriturario de tal valía que su comentario a los cuatro Evangelios es eternamente memorable, no sólo por la profundidad teológica y el valor polémico, sino también por el estudio crítico del texto; Juan de Mariana, verdadero polígrafo y, sobre todo, historiador de pluma enérgica

y austera, llamado con fundamento el Tito Livio talaverano; Pedro de Ribadeneira, humanista, hagiógrafo, historiador, asceta, escritor político y uno de los prosistas más dulces, halagadores y amenos de nuestro Siglo de Oro; Juan Eusebio Nieremberg, elegantísimo prosista y el más notable, si no el más profundo, de los ascéticos jesuítas, traducido, no sólo a todas las lenguas cultas, sino también a las más bárbaras y exóticas; Pedro Juan Perpiñá, ciceroniano perfecto, cuyas oraciones le dan, con justicia, el primer puesto entre los oradores académicos de su tiempo; Cipriano Suárez, preceptista y retórico consumadísimo; Baltasar Gracián, estilista de primer orden y autor de la famosísima novela filosófica el *Criticón*, uno de los mejores libros del mundo para Schopenhauer; Luis de Losada, filósofo de quien puede gloriarse la Compañía de Jesús aun en una época, el siglo XVIII, de universal decadencia para estos estudios; Andrés Marcos Burriel, paleógrafo, numismático e investigador infatigable en archivos y bibliotecas, sumamente benemérito en el estudio de nuestras fuentes de legislación canónica y municipal; Antonio Eximeno, matemático, astrónomo, filósofo, y, sobre todo, estético notabilísimo; Esteban de Arteaga, quizá el primero de los estéticos del siglo XVIII después de Lessing; Lorenzo Hervás y Panduro, padre de la filología comparada, principal creador de la ciencia lingüística, en la cual, merced a Hervás, nos pusimos a la cabeza en el mundo todo; Juan Andrés, polígrafo eminente y creador de la historia literaria; Javier Lampillas, ilustre defensor y apologista del saber y la literatura españoles; José Francisco de Isla, satírico de renombre nunca marchito.....

.....

Estos estudios de Menéndez y Pelayo sobre la labor cultural de los jesuítas son, según lo que reclamaba el plan de las obras que el polígrafo escribía, unas veces sintéticos y concentrados, que en una frase y hasta en una palabra expresan acertadamente un juicio fundadísimo, reflejo de la realidad; y otras, trabajos extensos, que en ocasiones llegan a ser verdaderas monografías, riquísimas en pormenores y detalles, aun de los más menudos. Entre los escritos de Menéndez y Pelayo sobre la Compañía de Jesús y los jesuítas de este segundo tipo, del género que podemos llamar monográfico, destacan las memorables páginas que dedicó a historiar la expulsión de la Compañía de Jesús de los reinos de Espa-

ña y Portugal, y la extinción de la misma en la Iglesia Católica; el rudo golpe que esto supuso para la cultura patria, la valía y los trabajos meritísimos de los jesuítas expulsados de España y el patriotismo de estos beneméritos españoles, saliendo a defender las glorias de la Patria, aun cuando ésta les había arrojado de susuelo.

No se propuso Menéndez y Pelayo escribir una apología de la Compañía de Jesús en España; pero dejó hecha en sus libros una defensa y un elogio de los jesuítas tan fundado en la realidad y tan soberanamente escrito, como pedía la prestancia de una orden benemérita de la Iglesia de Dios en el mayor grado posible y honra de las más grandes de España.

¡Cuán grande fué sido la oportunidad y el acierto del Padre Cascón al dar a la prensa este libro precisamente en el año en que se conmemoró el cuarto centenario de la fundación de la Compañía de Jesús! Difícilmente se podrá presentar un elogio y una apología de este Orden, escrito más bellamente y con mayor fundamento histórico como éste que ofrecen las páginas inmortales del sapientísimo Menéndez y Pelayo.

La labor del P. Cascón para preparar este libro ha sido abrumadora. Puede decirse que no ha dejado libro ni manuscrito de Menéndez y Pelayo que no haya examinado para recoger lo que ellos dicen sobre la Compañía de Jesús y los jesuítas. Difícilmente podrá agregar nadie, por grande que sea la diligencia y el esmero que en ello ponga, algo nuevo, y, sobre todo, importante, a lo que el P. Cascón ha reunido en este libro.

Otro mérito grande tiene el trabajo del P. Cascón: haber dado unidad y orden armónico al ingente número de párrafos que Menéndez y Pelayo escribió sobre los jesuítas con arreglo a lo que pedían los planes de sus obras; pero no con el fin de escribir una que tuviera como objeto el estudio de la Compañía de Jesús y los jesuítas.

Por último, el *Nomenclator bibliográfico* que el P. Cascón ha puesto al fin del libro merece un elogio extraordinario. En él se sintetiza el juicio de Menéndez y Pelayo sobre 1.042 jesuítas, empleando casi siempre las mismas palabras del polígrafo montañés y con las oportunas referencias bibliográficas a las obras y lugares en donde constan estos juicios.

La enorme utilidad de este índice y el trabajo bibliográfico

paciente y esmerado que él representa, bastan para justificar el fundamento con que Menéndez y Pelayo escribió que «ninguna Orden religiosa ha excedido a la Compañía de Jesús en lo esmerado y completo de su extensa y curiosísima bibliografía». Más aún: el *Nomenclator* del P. Cascón, con los trabajos bibliográficos de los PP. Uriarte y Lecina, constituye un nuevo motivo para esperar que el cetro de la bibliografía jesuítica, que empuñó antes que nadie un español, el P. Pedro de Ribadeneira, primero de los grandes bibliógrafos jesuítas, pero que en los últimos años había pasado a manos extranjeras, como las de los PP. Bäeker y Sommervogel, ha de volver en día no lejano a manos españolas, y esto para siempre.

Como juicio breve y exacto sobre *Los Jesuítas en Menéndez Pelayo*, puédense aplicar a este libro las siguientes palabras de la carta que el 16 de enero de 1903 dirigió el Sabio santanderino al P. Antonio Astrain, juzgando el tomo I de la *Historia de la Compañía de Jesús en la Asistencia de España*, publicada por este último: «Era obra que hacía falta, y que, a mi juicio, puede satisfacer a la crítica más severa, tanto por la riqueza de su contenido como por la severidad del método y la imparcialidad del juicio. Terminada la obra será un verdadero monumento para la Compañía de Jesús y para España. Amigos y adversarios tendrán que acudir a ella en la seguridad de encontrar plena satisfacción a sus dudas.»

MARCIAL SOLANA.

«MENÉNDEZ PELAYO», DE P. LAÍN ENTRALGO [1]

La bibliografía sobre Menéndez y Pelayo crece amenazadoramente. Está de moda escribir sobre don Marcelino, y sus más fieles amigos, los de ayer y los de mañana, contemplan, con vago ademán de asombro, la insólita ríada que ha nacido de su entusiasmo. Pero es lo cierto que entre tal profusión de artículos, libros, conferencias, apenas si de año en año puede espigarse alguna página que valga la pena, alguna idea original que merezca ser meditada, y sólo rarísima vez brota una obra en la que se alíen, con la deseada y feliz ventura, pureza de intención, capacidad para el empeño acometido y conocimiento profundo de la ingente labor del maestro.

Pues bien, el presente año aporta a la literatura Menéndez-Pelayista un libro francamente valioso: el tomo denso, elocuente e inteligente que sobre el gran escritor ha compuesto el profesor Laín Entralgo. No me es posible en esta recensión justificar como debiera algunas afirmaciones que habrán de leerse a lo largo de ella; pero sí quiero subrayar este carácter de profesor que por modo tan nítido destaca en la obra de Pedro Laín, catedrático de la Universidad Central, vocado y pertrechado como pocos para el difícil arte de enseñar. Basta leer una docena de páginas de su *Menéndez Pelayo* para apercibirse de que el autor es hombre que no sólo posee ideas claras sobre muchas cosas, sino que, además, tiene el don de expresarlas en forma que con un esfuerzo mínimo el lector las asimila y hace propias.

El hecho de que algunos temas—no los fundamentales, natu-

---

[1] Pedro Laín Entralgo.—*Menéndez Pelayo. Historia de sus problemas intelectuales.*—Instituto de Estudios Políticos.—Madrid, 1944.—398 páginas.—30 pesetas

ralmente—queden sin desarrollar, apuntados como sugerencias que brinda a la imaginación de ese colaborador ideal que en algún modo viene a ser el leyente, es el señuelo que incita a meditar por cuenta propia sobre aquel punto del que una palabra se nos dice al oído con cierto aire de confidencia. Así, no estamos frente a un libro que pueda verse con presura, sino que, al contrario, demanda imperiosamente atención sostenida, amoroso afán de conocimiento.

Se escribió este volumen con ímpetu, conciencia y amor. Ímpetu intelectual que no excluye, antes se afirma por ella, serenidad. Conciencia de que era necesario destacar en nuestra hora el ejemplo de don Marcelino, la trascendencia de su esforzada labor lúcida, sencilla, sin retórica y sin desmayos. Amor genuino al hombre y a la obra; amor revelado en hechos, no en palabras o gestos sin contenido. Y así, la *Historia de sus problemas intelectuales* resulta un trabajo concluído con escrupuloso rigor científico, en el que, por feliz coincidencia, una mano de artista aligeró la ejecución disimulando aquél bajo la elegancia y la finura del trazo.

El propósito de Laín Entralgo ha sido entender y explicar el caso Menéndez y Pelayo. Para que éste no se convierta en puro mito, en *monstruo* o en milagro, es conveniente que alguien se coloque en esta actitud crítica, con toda humildad, pero también con toda firmeza, esforzándose por comprender cuanto pueda ser comprendido mediante el análisis pormenorizado de las ideas del maestro, de los orígenes de ellas, de las relaciones entre el hombre y las corrientes intelectuales de su tiempo—relaciones no siempre visibles y muchas veces harto difíciles de captar—, y de los pasos más importantes de la vida de aquél.

Lo ambicioso del propósito exigía que se acometiera la empresa con mejores alientos y preparación más ancha que la que es, por desgracia, usual; pocos tan aptos para la tarea que se propuso como Pedro Laín Entralgo, en quien encontramos tantas personales semejanzas con la figura de don Marcelino, con aquel espíritu que profesó, como él, *in dubiis libertas;* igual generosa condición de ánimo, la misma amplitud de visión, idéntico sentimiento religioso y parejo entusiasmo por lo español en todos los órdenes y muy caracterizadamente en el de la cultura.

Los materiales útiles no eran muchos, porque, en realidad, a

Menéndez y Pelayo, lo que se dice estudiársele, se le ha estudiado poco. Es evidentemente más cómodo y hacedero abrir la espita de la retórica adobada y resobada por los autores de fáciles elogios, que preocuparse en serio de rastrear las conexiones del pensamiento Menéndez-Pelayino—como dice Laín—con el de los artistas y filósofos de todos los tiempos, pues para esto se precisan, además de otras dotes, una memoria de primer orden, vastísima cultura y decisión de servir, que no de servirse, de la obra ajena.

Laín Entralgo divide su trabajo en tres partes, a las que añade un epílogo. En la primera de ellas estudia el problema que se ofrece a quien pretende escribir una biografía. Sustancialmente tal propósito exige, en primer término, reunir todo el material auténtico atañedero a la vida que se desea narrar; en segundo lugar, rigurosa ordenación cronológica de la documentación obtenida, y, por último, saber qué es lo que el biografiado pudo hacer de su vida y lo que en realidad quiso hacer de ella. Esta postrera cuestión es la más detonante y ocasionada a error, porque para contestarla es en cualquier caso preciso aventurar algunas hipótesis sobre la intención del hombre estudiado. En el caso concreto de Laín, el meollo de su preocupación radicaba en aclarar el significado que para don Marcelino tenía su propia obra, cómo y por qué se suscitaron sus problemas intelectuales y la razón de que los resolviera de determinada manera y no conforme a otras posibilidades.

Para formular una «respuesta prudente»—como decíase de las resoluciones de los viejos jurisperitos—, propone Pedro Laín, con singular fortuna, el estudio de la que llama «geometría de la intimidad», es decir, de la curva vital del biografiado, de los actos de la vida, examinados los antiguos a la luz de los posteriores y éstos explicados, en parte, gracias a los precedentes. Sin descuidar el estudio del medio, de las influencias del tiempo en que se vive, que le parecen tan decisivas en la formación de las ideas.

La papeleta de cómo debe ser una biografía, más en concreto, la biografía de un escritor, queda expuesta con técnica personalísima. «Bien miradas las cosas—resume—el empeño biográfico consiste en reconstruir el proceso creador de una obra, corriente arriba del primitivo acontecer. El autor parte de una intención creadora, a la cual da expresión escrita e impresa a través de un

proceso psicológico que va desde el nudo y vago propósito a la formulación explícita y bien articulada. El biógrafo se apoya en esa expresión, remonta conjeturalmente los diversos hitos del camino que a ella condujo y trata de adivinar la central intención creadora que dió nacimiento a la obra. La mejor prueba de ser verdadero historiador consiste en adivinar parte de lo que un autor dijo por haber llegado a conocer, a través del resto de su obra, la verdadera intención creadora de su espíritu.» Creo que la transcripción de este texto me ahorra bastantes explicaciones.

Después de este a modo de programa definitorio del género, advierte Lain que no aspira a escribir una biografía completa de Menéndez y Pelayo en que se recojan todos los sucesos de su vida, sino que procura tan sólo desvelar lo esencial de cuanto el maestro «dijo, pensó y sintió acerca de España y de la cultura española». Rechaza la división de su vida en etapas, presididas por signos diversos, estimando fué una de esas existencias que caminan «hacia arriba», «hacia modos de existir en los cuales se realiza cada vez más altamente la propia vocación». El hombre es el mismo, pero al crecer espiritualmente gana riqueza de horizontes y su mirada se extiende cada vez más lejos.

En el resto del volumen estudia minuciosamente la obra de don Marcelino, en quien advierte cinco notas definitorias: las de ser católico, español, hombre moderno, historiador y esteta. A ellas añade «la existencia de una vena caliente y apasionada», de un corazón generoso, bueno y entusiasta. Le incluye en la gran promoción de sabios españoles que nacen entre los años 1850 a 1860 del pasado siglo: Ramón y Cajal, Hinojosa, Ferrán, y es muy interesante el estudio que hace de esta generación de profesores encuadrada entre sus contemporáneos escritores, políticos y arbitristas.

La interpretación que da Laín a la entrada en fuego del joven Menéndez y Pelayo, a su arremetida en pro de la *Ciencia española*, se nos antoja de singular sagacidad; según ella, fué ésta una polémica contra los polemistas y contra la polémica en sí, contra la permanente polémica que era en aquella época la vida española misma.

El afán de cristianizar, de aprovechar para el bien común y la gran verdad que bullía en su corazón toda la útil riqueza flo-

recida en otros campos, es subrayado como testimonio del entusiasmo de don Marcelino por «ese vivaz, poderoso y creador ejercicio de la humana libertad, sin mengua de su leal servicio a la verdad católica, antes con notorio beneficio suyo». De aquí viene su elevada valoración de los siglos XVI y XVII que le llevó a disentir con tanta energía de Pidal y del Padre Fonseca.

Reivindicó libertad intelectual para opinar en todo lo que es materia opinable, ayudado por la robusta fe en que se amparaba que no había de permitirle, ya lo sabía él, exceso alguno. Rechazó toda política estrecha, de partido, pues desde el primer momento sus esfuerzos tendieron a acabar toda división y quebranto entre españoles. Señálase en el texto la importancia que para Menéndez y Pelayo tenían los conceptos de «genio» nacional y de raza, el estilo que antepone incluso a la lengua; lo «castizo» es término que suena siempre con acentos decisivos. El genio de la raza consistiría simplemente «en un estilo, tanto literario como intelectual». En la sangre española, claro, pero según previene Laín, con excepciones que atenúan considerablemente el alcance de la tesis. El resumen de las ideas del maestro, apoyado en sustanciosas citas de sus obras, es completo y convincente. He aquí, reducidas a tres notas, las inclinaciones nativas apreciables en el *estilo castizo* de nuestra producción intelectual: 1.—Sentido práctico y tendencia a la acción. 2.—Armonismo y criticismo. 3.—Sentimiento del «yo» y panteísmo.

Seguidamente se describe cómo Menéndez y Pelayo superó esta etapa casticista, ascendiendo a la madurez intelectual gracias a dos medios: «uno de ellos es su fidelidad al tema central de su vocación; el otro, la servidumbre cada vez más estricta a su primitiva idea del perfecto historiador». Porque para Laín Entralgo, el genial montañés fué, por encima de todo, historiador. Historiador cuya obra fué perfeccionándose a medida que los años aportaron a su alma el inestimable regalo que es la serenidad, permitiéndole, aun en plena juventud, edificar monumentos definitivos.

Dos fundamentales ideas destaca Laín como procedentes de la influencia de Hegel: la primera es la convicción de que ni cambian los problemas ni las respuestas humanas a los mismos, y la segunda, la creencia en el ritmo dialéctico en la historia del pensa-

miento. Anota asimismo el parecido que se registra entre Brentano y Menéndez y Pelayo en cuanto a la concepción cíclica de la Historia de la Filosofía, «misterioso, desconcertante parecido entre los hombres, por cuya boca habla eso que suele llamarse, por llamarlo de algún modo, *espíritu de la época*», y después analiza el contraste entre las ideas historiológicas de ambos.

Como historiador de figuras caracteriza al maestro, como hombre convencido de que «nada verdaderamente eficaz puede hacerse en el orden intelectual sin información y sin mentalidad histórica». Sobre esta convicción forjó su vida el hombre extraordinario, de quien ya dijo *Clarín* que era «nuestro primer erudito de literatura, nuestro primer tratadista de historia intelectual», y que lo fué gracias a su intuición del pasado, a sus facultades de comprensión histórica debidas, más que a lo extenso de su saber y a su falta de prejuicios, a aquella «pasión por la verdad», que le permitió maravillosas, increíbles adivinaciones.

RICARDO GULLÓN.

ANUNCIOS
MENÉNDEZ-PELAYISTAS

MENÉNDEZ-PELAYISMO

SEGUNDA ÉPOCA DEL

BOLETÍN DE LA BIBLIOTECA DE MENÉNDEZ PELAYO

Colección de escritos inéditos de Menéndez Pelayo y estudios biobibliográficos y críticos sobre su personalidad y doctrina.

Aparece semestralmente en los días 19 de mayo y 3 de noviembre, aniversarios, respectivamente, de la muerte y el nacimiento de Menéndez Pelayo, en libros de unas 250 páginas, del formato del presente, al precio de 15 a 17 pesetas ejemplar en librerías

Lo publica la

«SOCIEDAD DE MENÉNDEZ PELAYO»

y lo reparte gratuitamente entre sus socios

DIRECCIÓN Y ADMINISTRACIÓN:

BIBLIOTECA DE MENÉNDEZ PELAYO - SANTANDER

SOCIEDAD DE

MENÉNDEZ PELAYO

SANTANDER

Desde hace 25 años viene dedicándose a fomentar el estudio y extender las enseñanzas del Maestro por cuantos medios están a su alcance:

PUBLICACIONES,

CONFERENCIAS,

CERTÁMENES, ETC.

Su órgano de comunicación con el público y con los

CÍRCULOS DE AMIGOS DE MENÉNDEZ PELAYO, ES:

MENÉNDEZ-PELAYISMO

Solicite su inscripción como miembro de la «Sociedad de Menéndez Pelayo». Recibirá gratuitamente todas sus publicaciones y con un descuento del 25 °/o las

OBRAS COMPLETAS DE MENÉNDEZ PELAYO

Cuota anual ordinaria . . . . . 25 Ptas
Cuota de Socio Protector . . . . . 100 »

DOMICILIO SOCIAL:

BIBLIOTECA DE MENÉNDEZ PELAYO - SANTANDER

OBRAS COMPLETAS DE

MENÉNDEZ PELAYO

EDICIÓN NACIONAL DEL CONSEJO SUPERIOR DE INVESTIGACIONES CIENTÍFICAS

1.ª Serie: «Historia de las Ideas Estéticas en España». 5 volúmenes. Obra aumentada con un *guión inédito* sobre las Ideas Estéticas en el siglo XIX por Menéndez Pelayo. (Agotada y en reimpresión.)

2.ª Serie: «Estudios y Discursos de Crítica Histórica y Literaria». 7 vols. Se recopilan cerca de 100 trabajos dispersos y casi desconocidos que no aparecieron en la 1.ª edición; algunos de ellos inéditos.

3.ª Serie: «Orígenes de la Novela». 4 vols.

4.ª Serie: «Antología de Poetas Líricos Castellanos». 10 volúmenes. Nuevamente ordenada para su más fácil manejo en la siguiente forma: Estudio doctrinal sobre «La Poesía en la Edad Media»; vols. I, II y III. «Textos Poéticos Medievales»: vols. IV y V. «Tratado de los Romances Viejos»: vols. VI y VII. «Romancero»: vols. VIII y IX. «Boscán»: vol. X. Salen ahora a la venta los cinco primeros; los otros cinco aparecerán antes de fin de año.

Cada Serie lleva su Índice de autores, títulos y materias, y al final de la Colección se recogerán y ordenarán todos en un Índice General.

Suscripción y pedidos de librerías en el «Consejo Superior de Investigaciones Científicas», Medinaceli, 4. Madrid.

Los miembros de la «SOCIEDAD DE MENÉNDEZ PELAYO», dirigiendo a ésta la petición, obtendrán un descuento del 25 por 100.

EPISTOLARIO
DE
MENÉNDEZ PELAYO

Agradeceremos a cuantos posean cartas de Menéndez Pelayo, contestaciones sin duda a las que se guardan en esta Biblioteca a él dirigidas, que se pongan en comunicación con nuestra Sociedad, bien para facilitarnos copias o la adquisición de los autógrafos.

Tiene gran interés toda esa correspondencia—aun la que no trata de asuntos literarios—para el estudio de la genial figura del Maestro.

ESCRIBAN A

«SOCIEDAD DE MENÉNDEZ PELAYO»

SANTANDER

Precio: **16,50**

1944
F A
3890